



+ 66896

C. 1084387



t. 66896  
Dcc  
A

D. PEDRO I DE CASTILLA.



**D. PEDRO I DE CASTILLA.**

D. PEDRO I DE CASTILLA.





*D. Pedro I.*

# D. PEDRO I DE CASTILLA,

6

## EL GRITO DE VENGANZA.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

por

D. V. A. BOLANGERO.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS, CALLE DE LA PAZ, N.º 7.

1851.



R. 55357

A Don Rafael Riaño.

*Grande, vehemente era mi afan, amigo mio, de pagar un tributo de gratitud á las infinitas pruebas que he recibido de su buena y verdadera amistad. Por fin llegó el dia en que pudiera hacerlo, si bien con el disgusto de no dedicaros una obra digna de vuestro nombre y que con ella sola pudiera recompensaros las muchas é inequívocas señales de vuestro fraternal cariño hácia mi. Pero tal como es recibidla, y no ved en ella mas que mi buen deseo y el anhelo de cumpbir cuanto antes con una deuda ya sagrada. Sed indulgente, amigo mio, como lo habeis sido con las dos anteriores, y si tuviera la desgracia de que mi Don Pedro os desagradasse, recordad las palabras que Cervantes escribió en el prólogo de su obra inmortal cuando dijo: «Un libro, por muy malo que sea, siempre tiene algo bueno: el formar lo solo es un mérito.»*

*Si cito aqui las palabras del hombre grande que tantas veces hemos admirado juntos, si veis en las mias una prevencion contra vuestra critica, no os ofendais, tomad solo mis palabras como las de un padre que trata de disculpar para con los estraños los defectos de su hijo mas querido.*

*A Dios, amigo mio; contad con el invariable afecto que os profesa*

V. A. BOLANZERO.

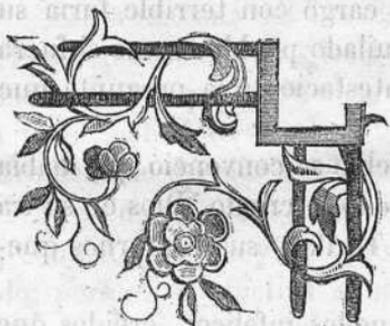
Madrid 28 de Setiembre de 1850.



# INTRODUCCION.

## CAPITULO PRIMERO.

*De como se habla de una hosteleria, de un hostelero, y de varias cosas que pasaron en ella.*



A Semana Santa del año de 1350, sino iba tocando á su fin cuando da principio nuestra historia, faltaba muy poco para que terminara.

Los habitantes de la noble y antigua ciudad de Tarifa se dirigian todos á la Iglesia en la mañana del 26 de marzo del año ya citado, no solo con el objeto de presenciar los oficios de Jueves Santo, sino para impetrar del Ser Supremo que hiciera cesar la peste que se habia declarado en todo aquel rico pais, y muy mas en el ejer-

cito que sitiaba á Gibraltar para arrancarle de nuevo del poder musulman. La epidemia que reinaba habia hecho horrosos estragos no solo en el ejército, sino en todos los pueblos inmediatos. Tarifa se vió diezmada en cinco dias. Por sus calles no se veían mas que los lúgubres sayones que conducian los cadáveres á los templos; de sus casas salian mil suspiros y ayes, lanzados todos á la vista de un padre, ó un esposo arrancado por la peste del seno de sus familias. Todo era luto, llanto y desolacion; todo amargura y desconsuelo. Tarifa estaba sumergida en un asombro estático á la vista de tantas víctimas y de tantas desgracias. Y mientras que esto sucedia, el cielo mas límpido y azul servia de campo á un sol, cuyos rayos de oro prestaban á los campos y á los árboles un color parecido al mas dorado topacio. La primavera mas risueña y placentera hubiera envidiado los hermosos dias que hicieron mientras duró la epidemia. Inconcebible y estraño fenómeno! Diríase que la naturaleza se complacia en adornar con todas sus galas mas brillantes á aquellos dias de luto y lágrimas.

La peste, ese terrible azote, aborto del infierno sin duda, aumentábase con asombrosa rapidez. Ya no habia remedio para los infelices atacados: Tarifa se quedaba sin hijos.

— Señor, dijeron en su terror, será un castigo esto?

Y entonces la fatal epidemia cargó con terrible furia su mano homicida sobre aquel aniquilado pueblo, como si fuera la encargada por Dios de dar contestacion á la pregunta que se le hacia.

Todo era inútil ya. Aquel pueblo se convenció que habia escitado la cólera del Señor de todo lo criado. Dios en su ira implacable habia decretado que Tarifa y sus contornos quedaran sin hijos.

— Todo se acabó! decian aquellos infelices, creidos que Dios los habia maldecido, ofendido por sus maldades (1).

(1) Con efecto, creyeron que la epidemia que hubo por entonces era un castigo del cielo.

— Todo!

No, no se habia concluido. Tènian una esperanza, y aunque creidos de que aquella calamidad provenia de la cólera celeste, se dirigieron á las iglesias; arrodilláronse, besaron una y mil veces el yerto pavimento, y llenos de fervor, con voz suplicante, mientras los sacerdotes celebraban los oficios divinos de Jueves Santo, pidieron al hijo del Padre Eterno que levantase el fatal anatema.

La Providencia pareció escuchar y acogió al cabo con benigna mano tantas súplicas. El cielo se encapotó de pronto; sonó el trueno, y las nubes, preñadas de agua y electricidad, pugnaron largo rato por destruir la ciudad, ya que la epidemia habia diezclado sus habitantes. Los tarifeños vieron un nuevo castigo en aquel peligro nuevo tambien. Pero se engañaron, porque al momento un aire salúfero y benéfico limpió la atmósfera, y con rápidos progresos hizo desaparecer la peste.

Tarifa entonces se entregó al regocijo mas grandé. Y despues de dar gracias al Altísimo con mil brillantes funciones de iglesia, se entregó á todo género de diversiones, pasada la semana en que la Iglesia celebra los misterios del hombre Dios.

En la mañana del Jueves Santo, y cuando la gente se dirigia contristada á la iglesia mayor para pedir al Ser Supremo la gracia que al fin alcanzó, como dijimos, atravesaba la ciudad, caballero sobre un brioso y enjaezado corcel, un hombre armado de pies á cabeza. En otro tiempo hubiera llamado la atencion aquel hombre arrogante, aquel caballo tan lujosamente vestido y la riqueza de la armadura del desconocido; pero en la afflictiva situacion en que se encontraban los naturales de Tarifa, ni fue siquiera notado el hombre de la rica armadura de acero y plata y del brioso caballo árabe. El armado pasó á todo correr por las calles mas principales sin cuidarse de la gente que transitaba por ellas ni del llanto y desconsuelo en que se hallaban.

El desconocido se paró al cabo: llevóse su mano, cubierta con la enorme manopla de hierro, á la visera del casco, como si se le hubiera ocurrido alguna idea, ó como indeciso por el camino que debia seguir, porque era aquel un sitio precisamente donde desembocaban multitud de calles estrechas y oscuras como todas las de entonces. En esta posicion se le acercó un hombre, que por su traje indicaba ser del pueblo, alto de cuerpo, de largos y lasios bigotes, y de mirada un tanto socarrona y suspicaz. Sus descomunales brazos y piernas, que guardaban una notable desproporcion con su cuerpo, parecian talmente los remos de una lancha, porque su movimiento era igual y acompasado. El hombre alto se acercó con paso un tanto indeciso y le dijo al armado, no sin quitarse antes el viejo birrete de terciopelo que le cubria la cabeza:

— Busca el señor infanzon posada?

El desconocido miró de alto á bajo al que le hacia semejante pregunta, y despues de tan minuciosa revista, contestó con voz bronca y desabrida:

— Pico mas alto, seor villano.

La frente del hombre alto se anubló de repente, su vista vagó por un momento, y sus manos apretaron con terrible fuerza la faldilla del justillo de piel de zapa que ajustaba su bien configurado pecho y espaldas. Pero todo desapareció apenas hubo nacido: sus ojos volvieron á tomar su viveza natural, y dando mas de una vuelta al birrete que aun conservaba entre sus manos, volvió á decir con tono humilde:

— Busca posada el señor gentil-home?

— Precisamente.

— El Cuerno de la abundancia, ó la Ballesta del moro?

— No conozco á ninguna de las dos.

— Oh, pues si vuesa merced se deja conducir por mí, yo le llevaré al Cuerno de la abundancia, que es donde hay los mejores vinos y las mas ricas carnes con pimienta en grano.

— Y está muy lejos, buen hombre? repuso el armado, no

disgustándole al parecer la proposición del que poco antes apostrofó con el nombre de villano.

Este se sonrió maliciosamente, y contestó con cierta alegría que en vano procuraba ocultar:

— Oh, nada de eso, señor gentil-home, nada de eso... Todo al contrario; ya lo vereis si teneis á bien seguirme.

— Sí, os sigo.

Apenas el armado pronunció las palabras anteriores echó á andar el hombre alto, y despues de atravesar infinidad de calles, todas ellas tan malas como feas, hizo alto en la puerta de un terrible caseron que no podia desmentir el nombre que llevaba, porque colgando del alero del tejado se veia un enorme cuerno todo pintarrajeado, que á pesar de su enorme tamaño se mecía constantemente, dando fuertes porrazos en la deteriorada fachada del edificio, y causando un ruido no muy agradable. El aire solo era el que hacia mover á aquel cuerno de la abundancia, falto enteramente de sus atributos.

El hombre de largas piernas y largos brazos dijo dando desaforados gritos:

— Maese Ponce, maese Ponce...

Un hombre estremadamente grueso, de espantoso vientre acabado en punta, de cortas piernas, de ojos sumamente pequeños y de colorados y abultados mofletes, fue el que se apareció en el portal á contestar al hombre alto.

— Qué me quieres con gritos tan infernales? dijo andando con trabajo y procurando dar á su risueño semblante un aire de mal humor que en vano procuraba aparentar.

— Este caballero viene á honrar tu hostelería, y...

— Ah! Perdonad, noble y gran señor, perdonad si no he recibido á vuestra grandeza con todo aquel decoro y humildad que vuestra escelsitud se merece; perdonad, repito, y comenzad á disponer de cuanto pertenezca á este vuestro servidor.

El armado no pudo menos que reirse, aunque para sus adentros, de las palabras del dueño de la hosteria del Cuerno de la abundancia. Este, que no abandonaba tan facilmente

sus cumplimientos ni su sempiterna charla, dijo acercándose al estribo y haciendo ádeman de cogerlo:

— Me permitirá vuestra grandeza el alto honor de tener el estribo mientras...

— Cesad, amigo mio, cesad en vuestros afectuosos cumplimientos, y conducid mi caballo á parage donde descanse y pueda reponer las fuerzas que le faltan, contestó el armado con gravedad y apeándose en un momento.

— Como gustéis, como gustéis, repuso el hostelero asaz mohino de verse asi desairado.

El armado se dirigió á su guia y le entregó una moneda de plata, la que fue recogida con prontitud.

Pocos momentos despues hallábase el armado sentado cerca de una mesa y el hostelero dando vueltas cerca de él como queriendo entablar conversacion. El pobre hombre no podia encontrar un medio que le pusiera en relacion con su huésped, que hasta entonces no habia hecho mas gasto que el pienso que su caballo se comia con espantosa rapidez. Al fin se le ocurrió una, y girando sobre sus talones con una ligereza increíble en un hombre de sus carnes, se dirigió al encubierto y le dijo con el tono mas amable que pudo:

— Agrada á vuesa merced el Cuerno de la abundancia?

El desconocido permaneció silencioso. No cabia duda que era presa de algun hondo pesar.

— Como gustéis, contestó maese Ponce; pero lo decia porque hasta ahora no ha tenido su grandeza lugar de saber lo que es esto.

— No os comprendo, buen hombre, dijo el desconocido saliendo de su distraccion.

— Decia que no ha tenido vuestra grandeza lugar de saber lo que es el Cuerno de la abundancia, cuyo dueño soy, si vos no disponeis otra cosa; porque como hasta ahora... vamos, ni ha probado vuestra merced sus vinos ni comido sus carnes asadas tan esquisitas...

— Lo creo, amigo mio; pero no acostumbro á comer mientras no tenga ganas.

— Pero cómo, ni un sorbo siquiera de vino? ni un tasajo de morcon?

— Nada absolutamente.

— Oh! pues no es así vuestro caballo, que come de un modo espantoso.

— Mi caballo ha llegado á Tarifa mas cansado que yo.

— Lo creo, contestó el hostelero con una candorosa carcajada.—Y quiere vuesa merced que se le prepare habitacion para esta noche...

— Gracias, no os molesteis, porque me marchó tan luego como concluya mi caballo de comer.

— Como gustéis, señor gentil-home, como gustéis; pero yo quisiera que probáseis un vino tinto que tengo...

— Os he dicho que nada quiero, contestó el desconocido con acritud.

— Señor... mi objeto era... llevado de un buen deseo...

— Decís que mi caballo come con ganas?

— Oh! y extraordinarias! en menós que se reza un credo se ha comido un pienso que habia para mantener en un dia á tres caballerías.

— Pobre animal! dijo el desconocido por lo bajo: sino tomó la determinacion de entrar en Tarifa se muere en el camino de necesidad!

— La peste me lleve, repuso maese Ponce, si vuestra grandeza no ha venido á marchas dobles. Acaso pertenece su escelitud al ejército cristiano que sitia á Gibraltar?

— No os habeis engañado.

— Oh, pues voy á daros una noticia que tal vez no sepais, y que os llenará de tristeza y desconsuelo si sois partidario...

— Acabad!

— Nuestro querido y gran rey don Alfonso XI ha sido atacado ayer de la peste que diezma hace dias esta ciudad.

— Lo sé, contestó el armado con tristeza y ahogando un suspiro.

— Hay otra desgracia mayor aun si se quiere.

— Otra desgracia!

— Sí, y grande: figuraos que la reina doña María, madre del príncipe don Pedro, inmediato sucesor...

— Seguid.

— Pues la reina doña María, que siempre ha odiado á su esposo el rey por los amores con la Guzman y otras cosas, ha ganado á cuantos rodean á su alteza en el lecho del dolor, á fin de apartarlo de sus buenos amigos y que su última voluntad sea conveniente á los proyectos que tiene.

— Luego entonces...

— Luego entonces, el rey está rodeado de agentes de la portuguesa, que lo asesinarán si es necesario, con tal de que reine don Pedro cuanto antes.

El armado apretó los puños é hizo rechinar los dientes.

— De modo, dijo todo trémulo, que el rey está en poder de sus mas implacables enemigos?

— Lo habeis acertado. Pero aun hay mas.

— Hablad, hablad, señor Ponce, que ya veo sois un pozo de verídicas y exactas noticias.

— Como querais; pero es el caso que el rey no muere de la peste, todo menos que eso... su alteza ha sido envenenado...

— Cielos! envenenado!

Y al hacer esta exclamacion el encubierto, se puso en pie como movido por un resorte.

— Eso es, envenenado... y como reina esta maldita peste, que Dios confunda, se ha hecho creer...

— Miserables!—Y conoceis al autor de semejante infamia? exclamó el armado casi fuera de sí.

— Silencio por Dios, señor caballero, y no me comprometais! Yo os lo diré todo, siempre que me contesteis á una insignificante pregunta que quiero haceros.

— Hablad.

Y el misterioso personaje se volvió á sentar.

— Vos sois de la corte?

— No puedo negarlo.

— Partidario del rey?

— Hasta morir.

— Bien, bien, sois de los nuestros! exclamó el hostelero dando palmadas de alegría.—Ahora os puedo hablar con toda franqueza.

— Oh, sí, hacedlo por Dios!

— Escuchadme:—Bien sabeis que mas de una vez nuestro partido ha intentado disponer el ánimo del rey para que se jurase príncipe heredero de la corona al noble y generoso bastardo de Trastamara.

El armado no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

— Atendedme:—Si nuestro partido ha hecho semejante indicacion, ha sido porque conoce demasiado bien las tendencias é inclinaciones del príncipe don Pedro, tan malo y perverso como su madre. El favorito del rey, su querido amigo desde la infancia el conde Felipe de Ledesma, habia conseguido de don Alfonso tan difícil y arriesgada empresa. El hijo mayor de doña Leonor de Guzman reinaria en Castilla despues de su padre con el título de Enrique II.

El armado pasaba de una en otra sorpresa, no porque lo que oía era nuevo para él, sino porque le llanaba de admiracion cómo el hostelero de un pueblo estaba tan enterado de los asuntos mas reservados é importantes de los dos partidos beligerantes.

— Seguid, seguid.

— La reina doña María, ese tigre que acecha constantemente al rey y á su partido, lo ha sabido todo, porque siempre hay traidores que todo lo cuentan.

— El nombre del traidor!

— Se ignora.

— Continudad.

— Doña María se iba á ver perdida si en vez de su hijo, á quien ha educado á su manera, de quien espera la reparacion de todos sus ultrajes, reinára el de su odiosa rival. Tal amago de desgracias lo ha sabido evitar á su manera.

— Y cómo?

— Envenenando al rey.

El armado tembló de pies á cabeza.

— Cielos! exclamó; y podeis consentir tanta infamia?

— Aun hay mas.

— Todavía!

— Nadie puede penetrar en el campo de los cristianos sin una orden ó contraseña particular, firmada por ella. De modo que el rey se encuentra solo, abandonado.

— Semejante orden no habrá un soldado en todo el ejército que la cumpla.

— Semejante orden, señor gentil-home, la cumplen y obedecen todos, porque cuando un rey está próximo á dejar de serlo, todos sus cortesanos lo abandonan para saludar al nuevo poder.

— Oh, cuánta infamia!

— Ya se ve, continuó el hostelero, la reina teme la influencia que sus enemigos tienen con el rey, y quiere evitar á toda costa que tuerzan su voluntad en el momento precisamente en que lo que se haga tiene que quedar hecho. Además...

— Todavía mas?

— Todavía. El mas temible de todos los enemigos de la reina y del príncipe su hijo, es el favorito de don Alfonso, el conde de Ledesma, y como este se halla ausente de la corte, no se sabe por qué, doña María quiere evitar á toda costa tambien que pueda llegar hasta el rey en cuanto sepa su estado.

El armado se sonrió con cierta alegría. Semejante sonrisa no fue notada por el hostelero, porque sus obstinadas miradas no podian penetrar por la visera de menudos y juntos alambres perfectamente tejidos.

— Y decidme, continuó maese Ponce queriendo llegar al verdadero asunto, ó á la parte que mas le interesaba, vais al ejército del rey?

— Esta misma mañana tengo que estar allí.

— Supongo que ireis provisto de vuestra correspondiente contraseña?

— Pues suponeis bien.

— La habeis leído?

El encubierto se encogió de hombros.

— Dice acaso, «*Jesus, Sevilla y reina?*»

— Creo que sí.

— Oh, pues entonces os engañan, noble caballero, os engañan como á un miserable! exclamó el hostelero lleno de indignacion al parecer.

— Qué decís!

— Que os engañan, porque esa es la contraseña que da la reina para que prendan á las personas que la llevan. Si os presentais en el ejército con semejante salvoconducto, sois perdido sin remedio.

El desconocido no contestó. Se conoce que la desconfianza se habia apoderado de él. Seria un espía aquel hombre, tan enterado en todas las cuestiones que se agitaban en la corte?

— Oh, dijo el hostelero cruzando las manos, veo con dolor que desconfiais de mí, señor caballero; veo con sentimiento que no creéis en mis palabras. Pero escuchadme; asi Dios me confunda, asi la peste me lleve, como es verdad cuanto os digo. Y sino, qué interes podria yo llevar en engañaros? á vos, que sois amigo, ó sino amigo, partidario acérrimo del rey mas grande y querido que ha tenido Castilla y Leon? No, gran señor, no es mi intencion engañaros, y en prueba de ello, os voy á decir cuáles son las palabras de la otra contraseña, del verdadero salvoconducto, porque ese que llevais solo sirve para ir á una prision. «*San Jorge, amigo y Castilla,*» es la verdadera señal, creedlo por esta santa cruz,

dijo haciéndola con los dedos índice y pulgar de su diestra.

— Bien, buen hombre; gracias por vuestra atención é interés; y en prueba de que no he dudado ni un momento ni de vuestra honradez ni de vuestras palabras, tomad la contraseña y ved á qué clase pertenece, porque yo ni la he visto siquiera.

Esto diciendo, el armado alargó al hostelero un papel perfectamente doblado que sacó de su escarcela.

Maese Ponce lo cogió rápidamente y leyó con indecible avidez su contenido.

Sus ojos brillaron de alegría, y el contento mayor se vió pintado en su semblante.

— Ah, respiro, señor caballero, respiro... loado sea Dios! os habeis equivocado de medio á medio, y yo por ello os felicito. El salvoconducto ó contraseña que llevais es de buena ley... Oh, ya lo creo; y tan de buena! con ella podeis llegar hasta el mismo lecho de su alteza. Dichoso vos! afortunado una y mil veces, porque vais á verlo, á hablarle y... le direis el peligro en que está?

— Tal vez no.

— Cómo! vos, su mejor amigo, su mas fiel servidor, el que mas influjo ejerce sobre su alteza...

— Engañado estais, amigo mio, porque un rey no es amigo, como decís, de un pobre soldado novel en la carrera de las armas.

— Vos un soldado novel! Jesus mil veces y qué cosas tan raras y estrañas ve uno á cada paso en este mundo. Un soldado novel no lleva con tanta gracia y desenvoltura esa pesada y rica armadura que cubre todo vuestro cuerpo. Un soldado liso y llano, como decís que sois, no gasta tanto lujo en su traje de guerra, ni tan magnifico caballo, ni tanto oro ni plata como traeis.—Vamos, vamos, señor caballero, que algo mas que soldado y aun gentil-home creo que sois. Y digo esto, porque solo una armadura asi he visto no há mucho en un

personage que, á no dudarlo, es mucho más que vuestra grandeza.

— No os comprendo, aunque me propongo á ello.

— Hablaré mas claro. En el ejército de don Alfonso hay dos armaduras iguales en riqueza, en lujo y en hermosura. Dos armaduras sin rivales que visten siempre dos altos y poderosos señores.

— Sabeis sus nombres? dijo el armado aparentando indiferencia.

— Oh, sí, perfectísimamente. El uno es el rey de Castilla Alonso XI...

— Y el otro?

— El otro es su íntimo é inseparable amigo el conde de Ledesma.

— Y bien...

— Que como el rey no viaja en este momento, porque me consta que está en Algeciras á las puertas de la muerte, y vos traéis la armadura hermana á la suya, os he tomado por el conde de Ledesma, privado de su alteza.

El armado hizo un movimiento de disgusto que no pasó desapercibido por el moffetudo mesonero. Este, sin abandonar cierta sonrisa burlona, dijo con su aire de buen humor:

— Habré tenido la desgracia de equivocarme?

El desconocido hizo un nuevo movimiento que causó cierto temor á maese Ponce. Su intencion era ahogarle para que el secreto que habia tenido la imprudencia de manifestar concluyera con él. Pero se contuvo, sin duda obedeciendo á otras razones, y contestó con amabilidad:

— Con efecto, amigo mio, os habeis engañado de medio á medio. El conde de Ledesma está en Sevilla espiado por la reina doña María. El infeliz no puede abandonar los umbrales de su casa sin que lo sepa esa terrible y odiosa muger.

— Sin embargo, sin embargo, caballero, repuso maese Ponce con aire incrédulo; yo conozco perfectísimamente al

conde de Ledesma, y aunque no os he visto el rostro, encuentro notable semejanza entre vos y él...

— Calle el villano, si no quiere que le haga yo callar arrancándole la lengua! exclamó el encubierto poniéndose de pies y dando fuertes puñadas en la mesa.

— Perdon! gran señor, perdon os pido si en algo he podido ofenderos... Bruto de mí, que por ser tan imprudente y pesado he perdido el aprecio de tan noble caballero! decia lamentándose. Perdon, que mi ánimo no era ofender á tanta grandeza. Disponed de mí, señor; mandad cuanto querais... sí, es verdad; no sois el conde de Ledesma, me he equivocado, lo confieso. El conde de Ledesma es mas bajo de cuerpo que vos; el conde no tiene tanta magestad, ni una voz tan dulce y simpática como la vuestra. Teneis razon en ofenderos por haber yo hecho comparacion, cuando no la hay, entre el conde de Ledesma y vuestra escelsitud; sí, teneis razon, porque no puede haberla entre la noche y el dia.

El armado no pudo menos que sonreirse y decir á media voz, aunque sus palabras fueron oidas por maese Ponce:

— Este hombre es un borracho ó un imbécil.

— Como gusteis, señor caballero, como gusteis; pero de un modo ó de otro, siempre estoy á vuestras órdenes.

El caballero guardó silencio por un momento. Despues dijo abandonando el sitio que ocupara desde su entrada en la hostelería:

— Traed mi caballo.

— Os marchais ya? preguntó el hombre gordo con muestras del mas marcado sentimiento.

— Traed mi caballo os he dicho, contestó el desconocido.

El hostelero desapareció de la estancia, diciendo entre dientes:

— Como gusteis, como gusteis...

A poco de esto montaba en la puerta del Cuerno de la abundancia el desconocido de rica armadura, sobre su caballo de sedosas crines y orgullosa presencia.

Maese Ponce y el hombre de largas piernas que allí habia conducido al armado, se hallaban á la puerta del meson, ambos con sus gorros de tela oscura en las manos, y ambos haciendo cortesías y saludos. Pero sobre todo el hostelero, que no abandonaba su sempiterno estribillo de «*como gustéis.*»

El armado se afirmó en los estribos, recogió la brida, y despues de echar en el gorro de maese Ponce una moneda de oro, salió á escape por las calles, saliendo á poco al pedregoso y fatal camino que habia de Tarifa á Algeciras.

Mientras tanto el hostelero del Cuerno de la abundancia llamó á un lado al hombre alto y delgado, y le dijo casi al oido:

— Albricias, señor escudero, albricias!

— Habeis descubierto algo? preguntó el otro con el mas marcado interes.

— Algo decís? No algo, sino mucho. Don Alonso de Olmedo cuando quiere saber... me comprendeis?

— A las mil maravillas!

— En ese caso, prestadme una poca de atencion.—Ahora mismo montareis en el caballo mas corredor que haya en Tarifa y emprendereis el viaje á Sevilla.

— Sereis obedecido.

— Una vez allí, vereis á la reina, y direis de mi parte á su alteza que el conde de Ledesma ha caido ya en la red. Si os place contadle mi disfraz, y referidle cuanto habeis oido, aunque oculto.

— Está bien.

— Añadid que mañana iré al campo cristiano para recoger los restos mortales de su esposo el rey.

— Ha muerto ya?

— No; pero morirá muy pronto. Marchad, y haced cuanto os he dicho.

— Está bien. Quereis alguna otra cosa?

— Ah, sí, asegurad á su alteza que yo seré el primero en dar el grito de «*Castilla por Don Pedro.*»

El hombre alto se inclinó en muestra de respeto ante el gordo hostelero, y desapareció en un momento del meson.

Mientras que el supuesto hostelero del Cuerno de la abundancia daba las instrucciones que sabemos al hombre de largas piernas, corría rápidamente con dirección al campo cristiano el armado desconocido. Con asombrosa rapidez atravesó los hondos valles y subió por los escarpados pericuetos, como si el sendero que servía de camino fuera tan liso y llano como el pavimento de una estancia. A juzgar por su paso, algo más que precipitado, debía ser grande la priesa que tenía de llegar cuanto antes al campo de los cristianos. En media hora no muy cumplida anduvo las tres leguas que separan á Algeciras de la ciudad donde Guzman el Bueno dió su tan señalada y admirable prueba de abnegacion y fidelidad. —

Ya se descubrian las morunas torres de la ciudad tan codiciada por Alfonso XI, ya se percibia, aunque en lontananza, el ruido que salia de ella y del campo cristiano, y ya por fin respiró de alegría el desconocido porque habia llegado al término de su carrera.

Todo lo habia descubierto á favor de un elevado cerro donde á la sazón se hallaba. Y despues de contemplar el panorama que á su vista se presentaba, abandonó el cerro para continuar su precipitada carrera. El caballo, cubierto de sudor y echando dos torrentes de aire por la henchida nariz, obedeció á la espuela del ginete, y en un momento bajó el cerro y se internó en un profundo valle, lleno de árboles, arbustos y mil plantas silvestres.

El entendido animal se paró de pronto.

— Adelante, Jadly, adelante! dijo el armado.

El caballo dió un relincho, y no se movió.

— Voto á tal! que has de danzar como un bailarín de Galicia! exclamó el armado dando tan fuertes espolazos en los hijares de Jadly, que el animal se encabritó y lanzó un relincho lastimero.

— Adelante! volvió á decir.



UR

D. Pedro I. — Lam. 1.º



Pero Jady permaneció quieto.

— Por Santa Brigida, que esto es asombroso!

— Vuestro caballo se ha espantado conmigo, y mientras permanezca yo aquí, dudo mucho que pase.

El desconocido escuchó con admiración lo que oía, y miró á todos lados para ver de dónde salían semejantes palabras.

No tuvo necesidad de molestarse mucho; porque muy cerca de él, y sentado al pie de un añoso álamo, copudo y de formas gigantescas, habia un hombre de poco mas de treinta años. Su traje derrotado y andrajoso, su barba larga y descuidada, y su morral y cayado, indicaban, y así se lo hicieron creer al armado, que aquel hombre era un mendigo de los muchos que vagaban por España, y más principalmente por los campamentos. Sin embargo, un no sé qué de noble y magistoso se veía pintado en el rostro del mendigo.

— Una vez, dijo el desconocido, que sois la causa de que mi rebelde caballo no quiera pasar, tendríais algun inconveniente en apartaros por un instante del camino?

— Con mil amores, caballero, contestó el mendigo cortemente, y haciendo lo que se le pedía.

— Gracias, amigo, gracias, repuso el armado, alargando al pobre mendicante una moneda de plata, que este rehusó con gravedad.

— Cómo! exclamó sorprendido el ginete: rehusais una limosna, cuando á lo que entiendo sois mendigo?

— Mendigo soy, y sin embargo no la acepto.

— Por San Bruno, que no he visto cosa igual!

— Perdonad, caballero; pero yo quiero de vos otra cosa.

El armado no pudo menos de sorprenderse.

— Otra cosa! exclamó: acaso mi caballo?

El mendigo se sonrió, y le dijo:

— Tranquilizaos, caballero... Solo deseo que me contesteis á una pregunta que quiero haceros.

— Veamos.

— Vais al ejército?

— Tal intencion llevo.

— Y teneis algunas noticias respecto al rey?

— Sí, buen hombre; pero son funestísimas...

— Oh! no le hace! decidmelo todo!

— Su alteza está acabando.

— Cielos! con que al fin es cierto?

— Tan cierto como me habeis hecho ya mas de una pregunta.

— Oh! perdonad, y compadeceos de mí! Con que el rey, pero decidme, si lo sabeis, cuál es su mal... si hace dos dias estaba tan bueno?

El armado hizo un movimiento de disgusto, porque al oír la pregunta del mendigo, se acordó de las palabras del hostelero del *Cuerno de la abundancia*.

— Imposible! imposible! dijo por lo bajo queriendo desechar un fatal pensamiento: aquel hombre ha mentido! el rey no muere envenenado!

— El mal de su alteza es...

— Teneis razon, me habia distraido... el rey ha sido atacado de esa peste mortífera que asola este pais hace mas de cuatro dias.

El pordiosero ocultó el rostro entre sus manos.

Entonces el armado le dijo con cierto deseo de terminar una conversacion que habia afectado tanto al hombre andrajoso, y causádole á él no poca admiracion:

— Deseais alguna otra cosa?

— Oh, no os vayais!... quisiera saber mas!... Deseo saber si don Alonso se encuentra solo... comprendedme... si ha sido abandonado por sus amigos!

— Sin amigos! Callad por Dios! el rey está entre sus vasallos, y un rey tan bueno y tan grande como don Alfonso, jamas es abandonado, ni...

— Teneis razon... contestó el mendigo con ironia. — Gracias, caballero, por vuestra amabilidad. — Dios os colme de ventura.

Dijo, y desapareció como por encanto, apoyándose en su grueso y largo cayado.

El armado quedó un buen rato parado, presa de su admiración; pero acordándose despues de la priesa que llevaba, metió espuelas á su caballo, diciéndole al mismo tiempo:

— Adelante, Jady.

El noble animal partió mas ligero que el pensamiento.

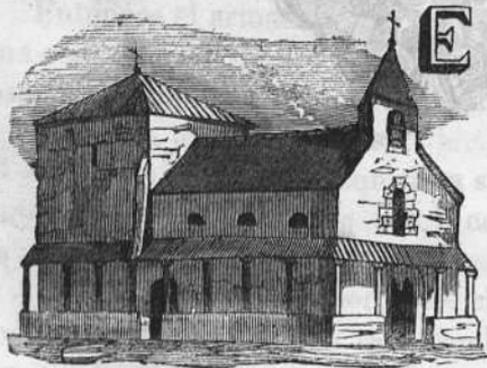




GARNICERO

## CAPITULO II.

*De como se sigue hablando de la misma materia, porque hasta ahora no hay otra de que ocuparse.*



**E**L armado desconocido llegó al cabo al campamento de los cristianos, establecido entre Algeciras y Gibraltar.

La confusion mas grande, el espanto mayor reinaba entre aquellos soldados, tantas veces victoriosos.

El rey habia recibido aquel dia los Sacramentos, y se hallaba en los últimos momentos de su existencia. Los soldados lloraban la pérdida del mas entendido capitan de su época, y los grandes al rey mas noble y generoso de cuantos habia habi-

do en Castilla. Sentida fue en realidad la muerte del padre de don Pedro I.

Hasta los mismos moros, á quien hacia diez meses asediaba con un sitio tenaz y constante, sintieron como cosa suya la muerte de tan magnánimo monarca.

Todo era llanto y dolor en el ejército mandado por el espirante rey. Porque no solo perdian á un hombre querido y respetado en su patria y fuera de ella, sino que todos los corazones nobles se estremecian al pensar en el porvenir que le esperaba á Castilla. Don Pedro heredaría la corona de su padre, y don Pedro no solo era un niño, sino que estaba educado en la escuela cruel y sanguinaria de su madre doña María.

Cuando tal conflicto y dolor reinaba entre aquellos buenos é hidalgos castellanos, se presentó el desconocido, y atravesó con la misma velocidad que había traído en su marcha el trecho que le separaba de la tienda de Alonso XI.

Nadie le puso impedimento, ni nadie se acordó de pedirle contraseña, ni de salvo conducto alguno. Así es que al llegar á la tienda del monarca se apeó con destreza, y abandonando á Jadly, se dirigió á la puerta guardada solo por un soldado de la guardia del rey.

— Atrás! le dijo el centinela.

— Atrás! no conoces la armadura que llevo, villano?

— Atrás! volvió á decir el soldado, enristrando su larga alabarda.

— Voto á sanes, que estás por demas imprudente! exclamó el desconocido dando con rabia una fuerte patada en el aéreo piso. — Déjame pasar, sino estás reñido con la vida.

— Atrás! respondió el imperturbable soldado.

— Por Cristo, que tienes razon: cumples á las mil maravillas con la consigna que te han dado. — Pero semejante orden no reza conmigo. Mirame, dijo alzándose con presteza la visera de su casco.

El soldado dió un paso sorprendido, exclamando al mismo tiempo que se cuadraba:

— Atrás, conde de Ledesma!

Las facciones del conde se contrajeron súbitamente. Su frente se anubló, sus ojos brillaron de una manera espantosa, y sus labios profirieron con voz de cólera:

— Cómo! te atreves todavía?...

Y el conde se adelantó hasta dejarse atrás al soldado.

— Conde de Ledesma, dijo este acercando su arma al pecho del favorito del rey, conde de Ledesma, encomendaos á Dios!

Pero el conde se libró como por encanto del peligro que le amagaba tan de cerca, y cogiendo al soldado por el cuello, le dijo con indecible rabia:

— Qué has hecho, villano, y mas que villano! Sabes el atentado que has cometido? No sabes que el conde de Ledesma tiene entrada franca á toda hora en la morada del rey?

— Perdon! perdon!... decia el pobre soldado, sintiendo en su cuello los dedos del conde, que cual dos tenazas de hierro le oprimian de la manera mas dolorosa.

Las palabras del conde y los quejidos del soldado llegaron hasta la estancia donde el rey estaba. Un hombre alto, ancho de espaldas y con un enorme bigote mas blanco que el ampo de la nieve, se presentó en la puerta de la tienda para indagar la causa de aquel alboroto.

— Felipe! exclamó al ver al conde de Ledesma.

Este abandonó á su víctima, y fue á precipitarse en los brazos de su amigo, diciendo al mismo tiempo:

— Nuño! querido amigo!

Los dos permanecieron largo rato entregados á la alegría que experimentaban. Al fin, Nuño le dijo casi al oido:

— Cómo has podido llegar hasta aqui?

— No lo sé.

— Hay una orden de prision contra tí!

— No me importa... firmada por quién?

— Por el justicia mayor.

— Y de orden...

— De doña María, que está rigiendo los destinos de Castilla desde que el rey fue atacado de la peste.

— Poco me importa... Háblame del rey, Nuño; dime, cómo está, y si hay alguna esperanza.

— Felipe, dentro de poco lloraremos fuera de nuestra patria la muerte del rey mas grande y noble que ha existido!

— Fuera de nuestra patria!

— Sin duda, cuerno y sangre! contestó el veterano sin dejar su antiguo juramento. — No ves que en seguida que muera el rey, iremos á hacerle compañía sino andamos listos? Doña María nos tiene un odio terrible, odio implacable, que concluirá con nuestras vidas. Ahora vamos á pagar lo del maestro, y...

— Qué nos importa á nosotros ser odiados por esa muger repugnante? repuso el conde interrumpiendo á su amigo.

— A mí me importa un bledo... pero no dudes, querido amigo, que las primeras víctimas sacrificadas á su furor seremos nosotros.

— Desecha ese temor, Nuño, deséchalo, porque no es tan facil como crees quitar la vida á dos hombres como nosotros.— Y sobre todo, cuál es nuestro delito? de qué nos acusan?

— Nuestro delito es haber querido demasiado al que espira ahí dentro.

— Eso solo! pues entonces nada temas.

— Ay! Felipe! y qué poco conoces á la rival de doña Leonor de Guzman! Qué poco conoces de lo que es capaz una muger obligada á tolerar lo que la deshonra, y á una reina despreciada que por espacio de veinte y tantos años no ha hecho otra cosa que amontonar sobre su perverso corazon odios y desaires para vengarse en su dia! Ese ha llegado ya! faltó el rey, faltaron los miramientos, faltó el temor; y solo hay deseo de venganza, anhelo de derramar sangre!

— Cuanto me has dicho, lo esperaba ya de esa muger; pero y su hijo?—Qué, el rey no considerará á los amigos de su padre? no respetará su memoria, y cuanto á él haya pertenecido?

— Deliras, amigo?... Pues qué, ignoras que el niño don Pedro ha sido educado por su madre, y que desde que pudo odiar, odia á las personas que doña María le ha designado, incluyendo al cadavérico don Alonso?—Ignoras que en el nuevo rey tiene el instrumento de sus venganzas?

— Tampoco puedo creer, y no te ofendas, que don Pedro salga en sentimientos y en instintos tan á gusto y deseo de su madre.

— Escúchame, Felipe, y quiera el cielo me equivoque! Ves á Castilla feliz y tranquila, ahora que parece desafiar á las demas naciones con su paz octaviana, paz que no se ha alterado ni una sola vez en el reinado de don Alonso? Pues antes de cumplirse el año de su muerte, estando todavía palpitante este fatal suceso, y viviendo aun en nuestros corazones su memoria, Castilla habrá sufrido la mas espantosa transformacion! De feliz que es, se convertirá en el pais mas desgraciado del orbe todo. Por las calles de sus pueblos correrá á torrentes la sangre del inocente. Todo dependerá del capricho y voluntad de un rey sanguinario, porque lo ha mamado, y cruel, porque se lo han enseñado!

— Si tal sucediera, exclamó el conde casi fuera de sí, juro á Dios que ese hijo espúreo de su patria sabria lo que es un pueblo irritado justamente! Mas, clavaria mi puñal en el pecho de ese rey indigno, que de tal manera mancillaba la memoria de su padre!...

El conde calló de pronto! Su diestra pasó lentamente por su rostro, cuyas facciones brillaron en un momento de alegría.

— Qué te pasa? dijo Nuño sorprendido.

— Oh! una idea magnífica se me ha ocurrido!...

— Habla.

— Nosotros estamos en el caso de evitar todos los males que has enunciado.

— Nosotros!

— Sin duda!...

— Pero de qué modo?

— Ha muerto el rey?

— No.

— Pues entremos á verlo, que cuando espire, gritará con nosotros todo el ejército «*Castilla por don Enrique.*»

Y los dos amigos penetraron en el interior de la tienda.

En medio de ella habia una tarima de campaña, cuya cabecera era de ricas maderas oscuras habilmente combinadas, terminando en dos agujas angulares del mas limado gusto gótico. En medio, y formando contraste con los ya referidos adornos, se destacaba, dibujando mil caprichosos pliegues, el célebre pendon de Santiago que dió á Alonso XI la victoria en la batalla del Salado. El primer cuidado del espirante monarca al caer en el lecho de la agonía, fue colocar sobre su cabeza aquella bandera, gloria y orgullo de Castilla. Cerca del lecho, y al alcance de su brazo, se encontraban en forma de trofeo las armas que vistiera en el sitio de Gibraltar, ciudad que deseó arrancar del poder sarraceno tanto por aumentar sus dominios y disminuir el de los moros, cuanto porque su padre don Fernando IV lo conquistó años atrás valerosamente, aunque á costa de un soldado que valia por ciento, cuyo nombre era Guzman el Bueno.

Un hombre respiraba con dificultad dentro de aquel lecho. Ese hombre era Alonso XI, que en dos dias habia dejado de ser mortal para convertirse en momia.

El monarca estaba solo cuando entraron los dos amigos. El conde de Ledesma dió un paso atrás horrorizado al ver al padre de Enrique de Trastamara.

— Cielos! exclamó al mismo tiempo. Es este Alonso XI?

— El mismo, amigo mio, contestó Nuño.

— Pero y ese círculo negro que rodea sus ojos y boca, es acaso el sintoma marcado de la enfermedad que padece?

— Ese círculo negro es el sello de la muerte!

— Con que ya no existe!

— Sí, amigo mio, aun tiene un resto, un soplo de vida. Acércate, y oirás su débil y penosa respiracion.

Con efecto, Alonso XI estaba inmóvil como un cadáver; su rostro se hallaba invadido por el sello de la muerte; sus párpados cerrados ocultaban completamente el estado de sus ojos, vivos y sagaces en otro tiempo; pero en su pecho bullía una cosa que sonaba fatidicamente, y que sin embargo era vida.

El conde de Ledesma escuchó un buen rato, apoyado en la cabecera del lecho, la respiracion de don Alonso, que cada vez era mas débil y fatigosa.

— Oh! si pudiera hablar!... exclamó Felipe como contestando á su mismo pensamiento.

Nuño movió la cabeza en señal de duda.

— Y está en este estado desde que cayó en cama?

— No; ese letargo, precursor de la muerte, le ha sorprendido despues de recibir esta mañana los Santos Sacramentos. Hasta entonces contestaba á cuanto se le preguntaba, y te nombraba alguna que otra vez. Otras proferia frases incoherentes que no podian comprender ni el sacerdote que lo auxiliaba, ni cuantos estábamos aquí.

— Yo quisiera saber lo que decia, Nuño amigo...

— Muy difícil lo veo; pero tal vez el sacerdote pudiera decirte...

— Y dónde está?

Apenas acabó el conde de Ledesma de pronunciar las anteriores palabras, cuando se presentó en la tienda un hombre de sesenta años de edad, de rostro simpático y venerable, todo vestido de negro, y con un libro sagrado entre sus manos.

Al reparar en los dos amigos hizo una profunda reverencia, y después tomó asiento junto al lecho real, y comenzó á rezar por lo bajo las preces y oraciones de la agonía.

— Decidme, padre mio, le dijo Nuño, habeis notado alguna novedad en su alteza en los momentos en que yo he faltado de aquí?

— Ninguna absolutamente, señor. Solo de vez en cuando suele decir alguna que otra palabra, que al instante es ahogada por un suspiro ó un quejido doloroso.

— Y habeis podido entender esas palabras?

— Eran sueltas y confusas; pero creo haberle oido nombrar á los hijos de doña Leonor, y llamar á su amigo el conde de Ledesma.

A pesar que el sacerdote hablaba por lo bajo, cuando pronunció el nombre del conde hizo el monarca un leve movimiento y abrió los ojos, que en un segundo recorrieron con avidez cuanto alcanzaban.

— Felipe... yo quiero ver á Felipe! dijo con voz casi apagada.

— El amigo de Nuño cogió una mano del rey, y dijo, no sin poder ocultar la emocion que experimentaba á la vista de tan marcada deferencia:

— Aquí estoy, señor... podríais creer que os abandonara ahora, cuando nunca me he separado de vuestra alteza?... Aquí teneis á vuestro amigo, á vuestro servidor, que daría su vida por conservar la vuestra!... hablad, si quereis confiar algun secreto á este corazón amigo... Mandad cuanto querais, en la inteligencia, señor, de que el conde de Ledesma cumplirá lo que su rey le ordene, aunque para ello peligre su vida!

El monarca levantó los ojos al cielo, y despues de hacer un esfuerzo como para incorporarse, dijo, derramando dos lágrimas que espresaban la gratitud de su alma:

— Lo sé, Felipe, amigo mio! sé que me amas, y sé tambien que en tí tendrán mis hijos y la madre de estos seres desgraciados... Oh! no puedo continuar!... el dolor me ahoga!... exclamó, moviendo la cabeza á uno y otro lado.

Los circunstantes tuvieron necesidad de ocultarse el rostro para reprimir el llanto.

Don Alonso permaneció largo rato sumido en el profundo letargo que le embargaba completamente los sentidos. Despues volvió á abrir los ojos, y haciendo otro esfuerzo como el primero, dijo con voz mas clara y menos fatigosa:

— Felipe... amigo mio... quiero hablarte! necesito decirte

cuántos temores tengo acerca... Pero dime antes quién está contigo, porque hay ciertos secretos... Estás solo?

— Hablad, señor, contestó Felipe; hablad sin temor, que tanto Nuño como vuestro confesor saben ocultar en lo mas hondo del corazon los secretos que se les confia. Tu alteza puede decirnos cuanto quiera.

— Oh, sí lo haré, Felipe, porque esas dos personas que te acompañan son muy dignas tambien de que su rey les confie su última voluntad.— Escúchame: has sabido mi estado, y has venido aqui, abandonando á la muger que te habia confiado mientras durase esta guerra maldita, que ha acabado con lo mejor de mi ejército, no es eso?

— Perdon, señor, si...

— No te aflijas, porque te perdono: mas, me alegro que hayas venido... porque sino hubiera ido al sepulcro sin dejarte recomendado á todos esos seres tan desgraciados!...

— Oh! señor, aunque vuestra alteza...

— Lo sé, Felipe; pero no basta decirte ahí te dejo á mis hijos, sé tan amigo de ellos como lo has sido de su padre. Aunque quiero eso mismo, aunque quiero que los ames, que los protejas, y que los defiendas siempre de don Pedro y su madre, necesito darte instrucciones.— Dirás de mi parte á doña Leonor, á esa muger noble y generosa que todo lo sacrificó por mí, y que en medio de su desgracia no se le ha oido una sola queja, le dirás de mi parte que muero amándola como el primer dia, y que sea tan buena madre como hasta aqui. Que en obsequio mio y de sus hijos, procure captarse la voluntad y aprecio del nuevo rey y de mi esposa. Que nada tema, porque mientras tú la guardas aqui, yo la defenderé desde el cielo. Dile asimismo, que si se viera perseguida por doña María, que abandone la corte, y viva siempre en parage seguro, y donde pueda ser útil á mis hijos... á mis queridos y desgraciados hijos. Júrame ahora defender y proteger siempre á la muger que amo...

— Señor...

— Tienes razon; perdóname: me has dicho que darías tu vida por salvarme, y faltando yo, lo mismo harás con las personas que me son tan caras! no es cierto, Felipe?

— Sí, gran rey! y si tal no hiciera, maldecidme desde el cielo, y haced que caigan sobre mí las mayores desgracias!

— Oh, hermano mío, y qué consuelo tan grande derraman tus palabras en mi corazon! Antes de hablarte sentia morir, porque dejaba abandonadas á esas criaturas queridas; pero ahora que tienen en tí un segundo padre, muero tranquilo y feliz. Felipe, amigo mio, quiera el cielo que vivas tanto como ellos! — Ahora voy á hablarte de otra cosa no menos importante. — No han pasado desapercibidas para mí tus suger-tiones y las de los que me aman, á fin de que nombrara príncipe heredero del trono de Castilla á mi hijo Enrique. Mucho amo á los hijos de doña Leonor, Felipe; quisiera dejarles á cada uno una corona y un imperio tan vasto y poderoso como el de oriente; pero no tengo el derecho de despojar á mi único hijo legítimo de los derechos que su nacimiento le conceden. — Don Pedro reinará en Castilla despues de mi muerte; harto lo siento! pero fuerza es legar á mi hijo la corona que mi padre me dejó á mí! Diles que respeten á su hermano siempre, que no intenten nada contra él, que lo amen si es necesario, para quitarle el derecho de que los aborrezca! Dirás cuanto te voy diciendo, amigo mio?

— Haré cuanto me ordenais, señor; pero permitidme hacer os una objeccion.

— Bien sabes que nunca las he admitido cuando mandaba para que me se obedeciese; pero á tí todo te lo permito, y mucho mas ahora que tal vez será la última gracia que te conceda. — Habla, Felipe, repuso el monarca tomando aliento y pareciendo reanimarse, síntomas infalibles de una cercana muerte.

El conde de Ledesma se vió algo embarazado al decir su objeccion. Tartamudeó algunas palabras confusas, y volvió á guardar silencio. Nuño le hacia señas con la vista de que

no desperdiciara los momentos, tan preciosos entonces.

El monarca no pudo menos de sorprenderse con la confusión y atortolamiento de su privado.

— Por qué no hablas lo que tenias que decirme? has mudado de parecer, ó ibas á anunciarme alguna desgracia?— Si es lo último no te detengas, Felipe, dime cuanto sepas, que te juro por el monarca de los monarcas, que te oiré con la mayor tranquilidad.— Ha muerto acaso don Pedro?

— Mas nos valiera que no hubiera nacido! exclamó de pronto el conde, y como contestando á su propio pensamiento.

— Felipe! dijo el rey incorporándose milagrosamente. — Qué has dicho! y cayendo en el lecho casi exánime, repuso á media voz: — *Infeliz hijo! todos le aborrecen!*...

El conde de Ledesma se inclinó sobre Alonso XI, y exclamó con el tono mas sentido:

— Perdon!... perdon por Dios, señor! ha sido una indiscrecion, es verdad! lo conozco; pero perdonadme y volved de vuestro letargo... hablad, rey y señor querido, continuad dándome órdenes, seguid confiándome vuestros secretos, para mí mas preciosos que todos los tesoros del mundo... Y mirándole detenidamente, repuso casi enagenado: — Maldición!... ya no se mueve!... oh, yo le he muerto!

El conde de Ledesma dió un paseo por la tienda casi fuera de sí, y haciendo las mayores exclamaciones.

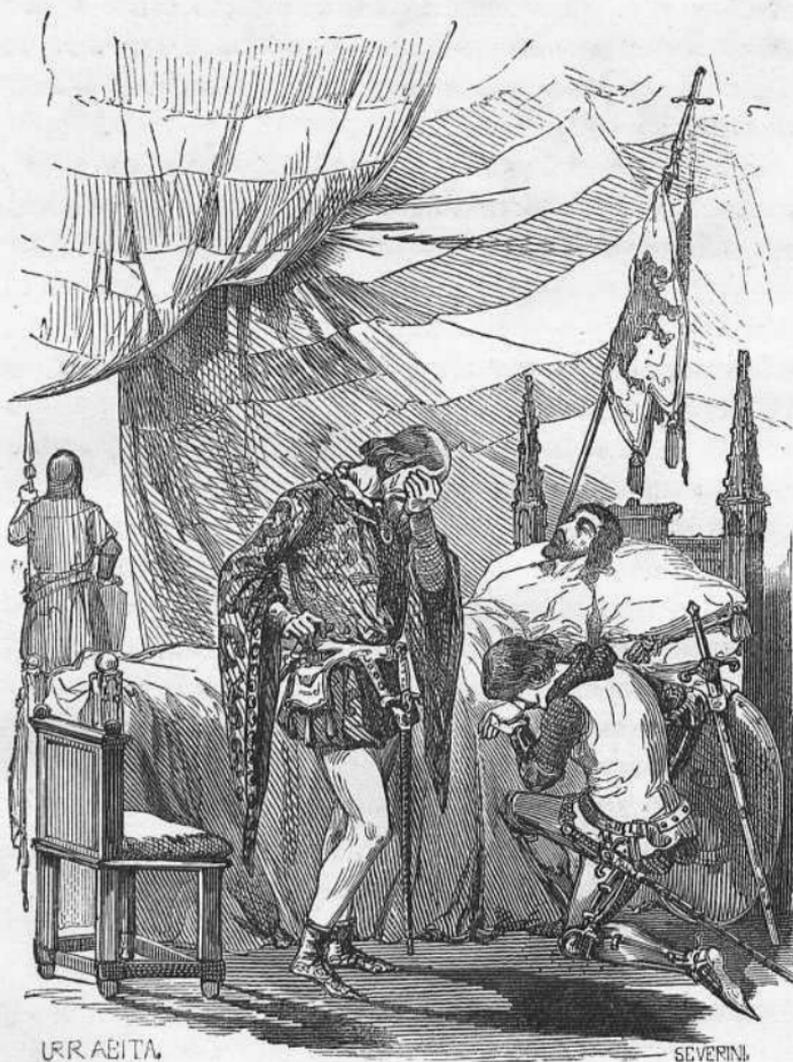
Don Alonso permanecia inmóvil.

Todo trémulo y lleno de espanto Nuño, se acercó al lecho y contempló por un momento al monarca. La muerte no podia estar mejor retratada en el semblante del regio cadáver; pero el veterano soldado no queria convencerse aun de tan espantosa realidad.

— Decidme, padre mio, dijo al confesor del rey, que durante la escena anterior no habia cesado ni un solo momento su rezo y oraciones, decidme, si lo sabeis, cuál es el estado de su alteza?

El ministro de Jesucristo se puso al instante de pies, de-





URRABITA,

SEVERINI.

D. Pedro I. — *Lám. 2.ª*

jó su breviario sobre el lecho mortuorio, y sin abandonar su rezo y latines, pulsó con el mayor cuidado al marido de la reina doña María. La frente del sacerdote se anubló de pronto, sus facciones manifestaron por un momento sorpresa, y alzando despues los ojos al cielo, dijo á Nuño con mesura y solemnidad:

— Rogad por él al cielo, seor capitán... Su alteza está en este momento en los brazos del Dios que se humanizó por salvarle y salvarnos!

El confesor de Alonso XI volvió á sentarse para comenzar el rezo de difuntos.

Fue tal la sorpresa de Nuño, que el infeliz no pudo moverse siquiera.

— Muerto! exclamó, llevándose ambas manos al rostro...

— Todo se ha concluido ya! todo... ahora solo nos resta llorar sobre ese cuerpo inanimado, sobre ese marmol frio!

Felipe, que seguia paseándose precipitadamente y absor-to en sus ideas, oyó cuanto habia dicho el sacerdote y Nuño.

— Ausilio! favor! exclamó acercándose al monarca, y queriendo con su aliento devolverle el calor que le faltaba.

— Deteneos, señor conde, repuso el religioso: todos vuestros esfuerzos son inútiles.

— Inútiles, padre mio!

— Ciertamente: el rey ya no existe! y si no quereis convenceros, observad por un momento su rostro, y notareis el completo reposo de sus facciones.

El conde de Ledesma hizo cuanto le dijo el sacerdote, y convencido de la realidad, cayó de rodillas asido de una mano del monarca, y exclamando como Nuño:

— Muerto!...

Hubo un momento de silencio, interrumpido solo por los sollozos y ayes de ambos amigos.

Nuño lloraba con el mayor sentimiento y dolor. El conde de Ledesma, el valeroso y denodado esposo de Elvira de Luna y Osorio, casi habia calentado con sus besos y lágrimas la



yerta mano del rey, que tan fuertemente oprimia entre las suyas.

Semejante escena de luto y sentimiento sincero tuvo al cabo su término, como todas las cosas. El sacerdote, que con tanta moderacion y mansedumbre habia encomendado á Dios el alma del oncenno Alfonso de Castilla, dejó de nuevo su puesto, ya inútil, y se dirigió pausadamente á la salida de la tienda. Sus pisadas fueron oidas por el conde de Ledesma.

— Adónde vais, padre mio? le dijo abandonando la mano del monarca, y aparentando serenidad.

— Al campamento. Porque ya es tiempo de que sepa Castilla y el ejército entero tan infausta y espantosa noticia!

— Oh! deteneos por Dios!... aguardad un momento!...

— Voy, siguió diciendo el religioso mientras hablaba el conde Felipe, á dar órdenes para que se atienda al cuerpo de don Alonso, ya que su alma está en la mansion del justo atendida por el mismo Dios.

— Esperad un solo momento... volvió á decir el conde.

— Teneis que prevenirme algo, ilustre señor?

— Nada absolutamente. Solo deseo que presteis una poca de atencion á lo que voy á decir, contestó Felipe. — Y tú, amigo mio, dijo dirigiéndose á Nuño, cesa en tu dolor por un momento como yo hago, y escucha el juramento que voy á hacer ante los restos mortales de mi señor, ya que no he podido hacerlo cuando su corazon latía á impulsos del átomo de vida que le quedaba.

Y el favorito de Alonso XI, despues de hacer una cruz con los dedos índice y pulgar de su diestra, y de apoyarla sobre el pecho del cadáver, comenzó á hablar de esta suerte:

— Juro por Dios y su Madre, tomando por testigos á los aqui presentes, que obedeceré y cumpliré al pie de la letra cuanto me ha ordenado y confiado el difunto rey don Alonso de Castilla. Juro asimismo respetar y acatar al nuevo rey don Pedro I; de protegerlo con mis fuerzas y poderio si alguna vez se viese injustamente ofendido; de no conspirar con-

tra él, favoreciendo tal ó cual partido; de ayudarle cuantas veces me pida proteccion, y de hacer que Castilla entera le reconozca por su rey, en el caso de que rehusara hacerlo. Digo y declaro solemnemente que si presto semejante juramento, defraudando de este modo las esperanzas de la causa á que pertenezco, no es porque me haya alistado en las banderas de don Pedro, ni porque desee captarme el aprecio y favor del nuevo monarca, sino por obedecer en un todo y cual debo, á fuer de noble y leal castellano, los mandatos y disposiciones del difunto rey don Alfonso. Pero si don Pedro I, legitimo heredero del trono de Castilla, se desvia del recto camino de la razon y de la justicia; si por satisfacer venganzas particulares se lleva de sus instintos feroces, instintos que ha revelado mas de una vez en su infancia; si atropella por conseguir sus intentos cuanto hay de sagrado en estos reinos; si menosprecia á los hombres que procuren conducirlo á buen camino, y si para él no hay respeto ni consideracion alguna, entonces...

El conde de Ledesma se paró al llegar á esta parte de su juramento. Miró el frio rostro de don Alonso, y despues dijo:

— Perdonadme, señor, pero antes de nada es mi patria!... despues de su felicidad son vuestros mandatos! — Habeis dejado dispuesto que reine vuestro hijo; es muy justo, le corresponde de derecho, y por lo mismo soy el primero en jurarle obediencia... pero si en vez de padre se convierte en tirano de su pueblo, oh! entonces no lo estrañeis desde el cielo! pero yo seré el primero en dar el grito de venganza... yo seré el primero en hacerle bajar de un trono puro y sin mancha al heredarlo, y mancillado por sus infamias! Por el bienestar de mi patria todo lo sacrifico, todo, señor; hasta la amistad! En ello no hago mas que obedeceros y seguir vuestros consejos. — Quiera el cielo no tenga necesidad de odiar y perseguir al hijo legitimo y verdadero del monarca que me daba el honroso titulo de amigo! — Esto es cuanto tenia que decir, padre mio, dijo volviéndose al religioso.

Vuestra reverencia y mi amigo Nuño, capitán de la guardia del rey, son los testigos del juramento que acabo de pronunciar sobre el yerto cuerpo de ese rey tan querido. Publicadle si quereis; sépalo Castilla y el mundo entero, para que si hago mañana lo contrario de cuanto he dicho, caiga sobre mí la maldición de mis compatriotas y el castigo que se merece el perjuero.

— Ah, señor! exclamó el sacerdote; si hubiera en Castilla siquiera veinte hombres como vuestra grandeza, y estos hombres rigiesen los destinos del reino, sería la patria del Cid el pueblo mas grande y feliz de cuantos existen.

— Cesad en vuestras alabanzas, padre mio, que lo que yo he hecho lo harán todos los castellanos. Y sino, noticiad al ejército y á la corte la muerte del rey, y vereis cómo al instante se oye un grito unánime que proclama á don Pedro por su sucesor.

El sacerdote salió de la tienda para cumplir y desempeñar su fúnebre cometido.

No bien acabó de trasponer el religioso el umbral de la puerta, cuando Felipe volvió á coger la mano del monarca que habia tenido asida, y sacó de uno de sus dedos una enorme sortija que habia.

— Qué haces? le dijo Nuño sorprendido.

— Ya lo ves... contestó el conde con la mayor serenidad. Quitar al rey esta sortija.

— Pero semejante atentado...

— Nada temas, amigo mio. Con ella podremos salvarnos mas de una vez caso de que seamos perseguidos por los secuaces de doña María. — Esta sortija es hereditaria en los reyes de Castilla. El que hereda el trono hereda esta alhaja, por la que daría don Pedro cuantiosas sumas. No la quiero por lo que vale materialmente, sino por lo que nos pueda valer mañana moralmente. Baste decirte que con ella puedo destrozar á don Pedro el dia que me haya relevado por sus maldades de mi juramento. — Este es un secreto que sabrás algun

dia, pero que ahora solo sabemos Dios y yo, puesto que ha muerto el que lo sabia despues del primero.

— Aumentas mi sorpresa con tales palabras; contestó el veterano, deseando ser el tercero que poseyese tan misterioso secreto.

— Lo creo, amigo mio; pero perdona si no te lo digo, porque de hacerlo ahora, sería faltar al juramento que has oido. Don Pedro no reina aun, y por consiguiente no ha tenido lugar de desmandarse todavía, ni yo de faltar á mi fé y palabra. Esta sortija es un arma poderosa que daria don Pedro por ella cuanto tiene, y Enrique de Trastamara media Castilla, porque con ella ganaba la otra media.

Nuño Fajardo se encogió de hombros, como no comprendiendo lo que oía.

— No comprendes aun? le dijo Felipe.

— Tanto como al principio.

— Pues deja correr el tiempo, que dia llegará en que lo sepas todo.—Ahora salgamos de aqui, y unámonos con los grandes de la corte y caudillos del ejército para dar el grito de *«Castilla por don Pedro.»*

— Al fin se salió ese malvado con la suya! exclamó Nuño con el mayor sentimiento.—Al fin tenemos que tragarlo por rey!

— Sí, Nuño, ya es rey de Castilla! nuestros planes han sido frustrados con la última voluntad de don Alonso. Respetémosla hasta que su hijo nos obligue á odiarle y á destruirle.

— Crees tú que llegará ese caso?

— No sé qué responderte. Lo que si te puedo asegurar es que desearia no llegase nunca.

— Cómo! desees que reine don Pedro en vez de Enrique de Trastamara?

— Si don Pedro no es el que se cree, que reine con tranquilidad hasta que pague el tributo que todos pagamos á la muerte.—Yo no haré la contra á don Pedro por favorecer

los designios del hijo mayor de doña Leonor de Guzman; solo deseo hacer la felicidad de mi patria.

— Y creéis hacerla defendiendo los derechos de don Pedro? dijo, entrando al mismo tiempo en la tienda un hombre de larga barba negra, y de tan andrajoso y pobre vestido, que el mas miserable mendigo no podia llevarlo peor.

El conde y Nuño miraron llenos de sorpresa al hombre que se anunciaba de tal manera.

— Cuerpo de Cristo! exclamó Felipe dándose una palmada en su ancha y espaciosa frente: sino me engaño, sois el mismo mendigo por quien se detuvo espantado mi caballo Jady en el camino que media de Tarifa aqui.

— El mismo soy, conde de Ledesma; y el mismo que os pregunta si creéis hacer la felicidad de Castilla defendiendo los derechos del infante don Pedro.

— Alabo vuestro descaro! Y con qué derecho me haceis semejante pregunta?

— Con el derecho que me concede mi clase...

— Su clase! este hombre está loco! dijo el conde volviéndose á Nuño, y riéndose con el mayor sarcasmo. — Retiraos, buen hombre, retiraos sino quereis salir mal de este lugar. — En este momento no estoy de humor de chanzas.

— Teneis razon, conde de Ledesma, en hablar asi, porque no me habeis conocido; pero negareis este derecho al hijo de vuestro amigo, de vuestro rey... repuso dejando caer el andrajoso manteo y arrancándose la barba.

Un jóven de diez y ocho á diez y nueve años todo lo mas, de rostro simpático en extremo, de finos y elegantes ademanes, y de presencia noble y magestuosa á un tiempo, era lo que ocultaba tan andrajoso disfraz.

El conde de Ledesma dió un paso atrás como sorprendido.

— Qué veo! exclamó; en este sitio el conde de Trastámara!

— Sí, amigo mio, aqui estoy, y creo escusado decirte que

ese traje araposo y mugriento y esa barba llena de miseria, son los únicos que me han hecho llegar hasta donde se encuentra mi padre.

— Y qué pretendéis aquí, señor?

— Ver al rey; estrechar su mano por última vez, si es cierto que está acabando.

— Oh! imposible, joven, imposible de todo punto!

— Imposible! dijo el príncipe lleno de sorpresa; y por qué, conde de Ledesma?

— Porque yo no puedo ni debo consentir semejante cosa.

— Tú también!... Ah! comprendo por lo que decias que solo será feliz Castilla si reina don Pedro.—Padre mio, ya no te queda un solo amigo! hasta el conde de Ledesma es apóstata y traidor!...

— Deteneos, conde de Trastamara, que vuestra poca edad ó vuestra mucha ambicion os hacen pronunciar palabras de las cuales tendreis muy pronto que arrepentiros. Si he jurado fé y obediencia á vuestro hermano, legitimo heredero de la corona, ha sido por obedecer á vuestro padre, y por cumplir con su última voluntad! Porque mi deber es respetar y acatar las disposiciones de vuestro padre, y porque don Pedro es el verdadero sucesor de Alonso XI! Y tanto lo es, joven é inesperto don Enrique, que hasta el mismo rey, que yace cadáver en aquel lecho, ha prohibido que nadie le despoje de sus derechos, y que vos mismo le obedezcais y acateis por tal rey de Castilla y Leon.

El conde de Trastamara, desentendiéndose completamente de cuanto habia dicho Felipe acerca de la sucesion de don Pedro, esclamó alzando las manos al cielo:

— Con que ha muerto mi padre!

— Si señor, contestó Felipe: hoy á las cuatro nos ha hecho pasar el cielo por tan terrible y espantosa prueba!

— Padre mio!... Oh! y solo... ni uno de sus hijos ha estado aqui para cerrar sus ojos, para darle el último á Dios! Ah, conde, y qué terrible noticia me habeis dado, qué dolor tan

grande se ha apoderado de mi corazon!—Padre mio! cuántas veces nos habrá nombrado! No es cierto, amigo mio?

— Con efecto: su alteza me ha dado un encargo para vos, con la espresa condicion de que os lo dijera al instante.

— Hablad, Felipe, hablad sin detencion! Te dijo!...

— Que os mandase, en su nombre, juráseis por rey de Castilla y le prestáseis fé y obediencia á vuestro hermano don Pedro. Me dijo ademas...

El conde de Ledesma se paró un momento para notar con mas libertad en el gesto de disgusto que hizo Enrique al escuchar las palabras que le dirigia el favorito de su padre.

— Te dijo ademas... repitió el príncipe como deseando oír algun encargo que á él le conviniera.

— Me dijo casi espirando, que siempre fueseis obediente á los mandatos del nuevo rey, que nunca le contradigais, como igualmente vuestros hermanos, ni hagais cosa que le disguste, para quitarle de ese modo el derecho de odiar y perseguir á los que no son hijos de su madre. Os prohíbe, por último, terminantemente, que conspireis contra él, por venalidad ó capricho. Conde de Trastamara, esto me ha dicho para vos. Tratad de cumplir con los deseos de vuestro padre, y no dad lugar á que yo tenga que recordaros sus palabras, pronunciadas en acto tan solemne, y á presencia de su confesor y del capitan Nuño Fajardo.

— Yo quiero ver al rey, dijo el príncipe sin contestar al conde de Ledesma.

— Pasad, repuso este, y vedlo; vuestro padre es ese cadáver.

— Padre mio! exclamó el conde cayendo sobre él, y derramando un raudal de lágrimas.

Felipe y Nuño se quedaron en la entrada.

— Qué opinas de Enrique de Trastamara? dijo el primero al antiguo teniente de la *formidable*.

— Oh! casi estoy por no decírtelo.

— Si, si, dime sin rebozo lo que te ha parecido el prínci-

pe que sin conocer á fondo, sin haberlo puesto á prueba, queríamos hacerlo rey de Castilla nada menos.

— Tienes razon.

— Pero no contestas?

— Pues bien, aqui para los dos, me ha parecido muy ambicioso.

— Lo has acertado.

— El deseo de reinar lo revela hasta en su mas insignificante movimiento.

— Pues considera tú ahora qué buena la hubiéramos hecho si en vez de dar á Castilla un rey caprichoso como don Pedro, hubiésemos nombrado á un ambicioso como Enrique de Trastamara. Ya ves que entre los dos hay poca diferencia: niño y caprichoso es el uno; niño y ambicioso es el otro. No sabemos si serán de iguales condiciones dentro de veinte años.

— Cáspita! mucho plazo es ese para mí! repuso Nuño haciendo un movimiento involuntario con todo su cuerpo.

— Por qué?

— Porque veinte añadidos á...

— Pobre Nuño! es verdad!

Despues de anunciar la muerte del rey el religioso que lo habia auxiliado á los principales gefes y caudillos del ejército, corrió la noticia al instante cual chispa eléctrica, no solo por la soldadesca, sino hasta por los pueblos y villas cercanas al campamento.

Tan infausta y terrible noticia resonó por toda Castilla como el fatidico sonido del trueno. «*El rey ha muerto,*» decian, y á estas palabras, que siempre arrancaban lágrimas, sucedian las de «*Infeliz Castilla.*»

Sentida fue en extremo la muerte de don Alfonso. Todo el reino vistió luto por mas tiempo del que la ceremonia de entonces prefijaba. Diríase que temian quitar los castellanos al trono el negro crespon, único recurso de que se valian para tener á raya el carácter indomable del nuevo rey, que so-

lo el respeto á su padre le hizo no cometer tan pronto como quisiera los asesinatos y crímenes de que fue testigo la patria del Cid y de Pelayo.

La tienda donde habia exhalado el último suspiro Alfonso XI, á la edad de treinta y ocho años, y en la tarde del Viernes Santo del año de 1350, se hallaba á las pocas horas colgada de negro y ricamente adornada con todos los atavíos mortuorios. En su centro se elevaba una tarima cubierta de negro, con las armas reales bordadas en sus cuatro frentes de riquísimos y lustrosos hilos de oro y plata. El padre de don Pedro I se hallaba en ella armado de pies á cabeza, y cubierto por el regio manto de púrpura y escarlata. Multitud de hachones de un tamaño colosal alumbraban al cadáver, y daban á aquella estancia ese tinte sombrío de la muerte.

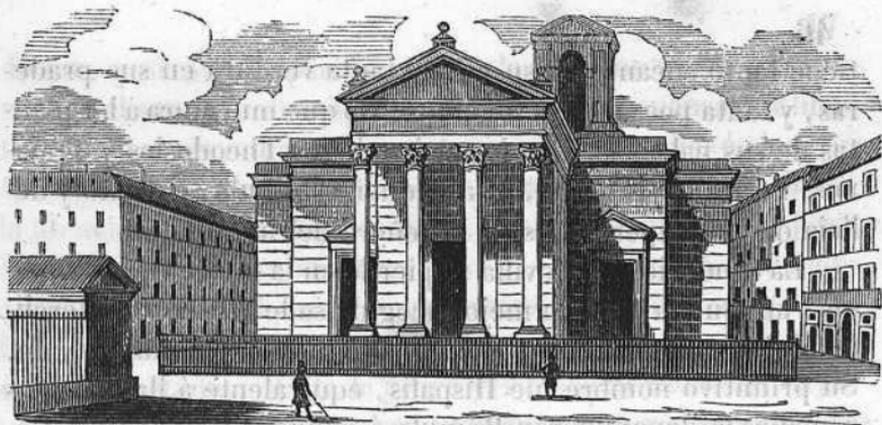
Con la de Alfonso XI se levantó el sitio de Gibraltar, y por esta casualidad se vieron libres los moros de un asedio que hubiera concluido por perder ellos la plaza.

Al dia siguiente, Sábado de Gloria, salió del campo de Gibraltar el ejército real escoltando el cadáver del rey, que fue llevado á Sevilla, donde se hallaba su esposa é hijo. Detras del féretro, y sobre briosos corceles árabes, caminaban el conde de Trastamara, el de Ledesma y Nuño Fajardo, manifestando en sus rostros el dolor que experimentaban sus razones.

Todos los pueblos por donde transitaba la fúnebre comitiva salian á recibirla apenas la divisaban, vertiendo lágrimas tan sentidas como sinceras.

La iglesia mayor de Sevilla recibió en su seno los restos mortales del hijo de Fernando IV, muerto en la mejor y mas florida edad.

Apenas se cubrió de tierra la urna que contenia el cadáver de Alonso XI, resonó por todo el reino el grito de «*Castilla por don Pedro.*»



# PARTE PRIMERA.

## EL GRITO DE VENGANZA.

### CAPITULO PRIMERO.

*De como se habla de un Te-Deum.*



Qué pueblo tan inmenso es ese que le rodean ciento sesenta y siete torreones de romana arquitectura, bañados por un río de agua plateada y de tan caprichoso curso, que talmente se asemeja á las ondulaciones de una cinta, juguete del viento, y que le circunde una preciosa campiña de verde esmeralda y un cielo tan limpido

como el cristal y tan azul como la turquesa? Qué poblacion

tiene tanto encanto en su cielo, tanta verdura en sus praderas, y tanta poesía en el juguetoso río que murmura á las plantas de sus palacios, sino la madre de los Theodosios y Trajanos, la sin par Hispalis, ó la pequeña Rómula, encanto y delicia de los emperadores de la señora del mundo?

La fundacion de Sevilla se pierde en la noche de los tiempos, aunque la opinion mejor acogida se le atribuye á Hércules Egipcio por los años de 2.228 de la creacion del mundo. Su primitivo nombre fue Hispalis, equivalente á llanura: los romanos la denominaron Rómula ó pequeña Roma; Julio Cesar la tituló Julia, y el nombre de Sevilla es una corrupcion de Hispalis hecha por los árabes.

Esta gran ciudad era ya en la época que recorremos una de las primeras del orbe; no sabiendo el forastero qué admirar mas en ella, si la dulzura de su clima y alegría y fertilidad de sus frondosos campos, ó la suntuosidad y magnificencia de sus monumentos.

Dudosa es, con efecto, la eleccion; porque si grande y sorprendente son las maravillas de la naturaleza, no lo son menos las producciones del hombre, que á veces suelen ser tan perfectas y acabadas que aventajan á la misma naturaleza. Sorprendente, maravilloso es para un habitante del Norte una naturaleza siempre riente, siempre adornada con sus mas brillantes galas: un cielo risueño y puro como el corazon de una virgen, un campo verde y aromático, y un agua cristalina y mansa, como mansa es la naturaleza que la cria. Y no es grandioso y admirable asimismo cuando de las manos del hombre sale una obra tan soberbia y maravillosa como la catedral de Sevilla, colosal gigante de piedra, cuyo adorno y festoneado se asemeja al mas delicado encaje de Flandes?

Era una de las mas hermosas mañanas del mes de Mayo de 1550. Los habitantes de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, (residencia ordinaria de los reyes de Castilla, y á la sazón corte del jóven rey don Pedro I) abandonaron sus lechos asi que la aurora hubo recorrido el espacio con su carro

de luz, y arrollado pausadamente las negras sombras de la noche, al son de un repiqueteo general de campanas tan fuerte y prolongado, que jamas nacimiento de príncipe ó elección de Papa lo habia motivado igual. Semejante novedad llamó la atención en el pueblo sevillano, hasta el punto de cuajarse las calles de gentes para averiguar la causa de tan inusitado alboroto. Era tal el ruido de campanas y repiques, que aquello parecia una pequeña Babilonia, segun la espresion de un escritor coetáneo. Hasta la grave y silenciosa catedral, cuyas veinticinco campanas rara vez suenan juntas, y si lo hacen es con arreglo á música, repicaba de la misma manera descompasada y atronadora que las demas iglesias.

Multitud de gentes discurrían por las calles de la capital, haciendo mil comentarios. Pero donde era mayor la afluencia, y donde mas creían saber el verdadero motivo ó causa que originaba tal desbordamiento de campanas, era por las inmediaciones de la Iglesia Metropolitana, y por las del alcázar habitado por don Pedro y su madre la reina viuda doña María.

Espectáculo sorprendente y nunca visto era el que presentaba la catedral en aquel dia memorable. Un pueblo inmenso, bullente é inquieto como las abejas en la colmena, rodeaba á las paredes del edificio, que se levantaban sombrías y orgullosas como despreciando las oleadas de aquel mar que murmuraba y rugía por saber. En vano el pueblo corria de uno en otro lado para ver si el templo tenia abierta alguna de sus puertas; en vano preguntaban á los sacerdotes, que penetraban en la iglesia como por encanto; en vano gritaban los mas curiosos queriendo saber la causa de tanta alegría, todo en vano; Sevilla repicaba; sus campanas se deshacian en volteos, y en mover con la mayor rapidez sus lenguas atronadoras de metal. Una alegría grande ó una noticia importantísima debia de ser la causa, cuando hacia dos meses no se oía otro toque en toda la ciudad que el mortuorio por el alma del difunto rey Alonso XI.

El pueblo había llegado ya desde la impaciencia al desorden. Sus gritos se confundían con el ruido de las campanas. Estas cesaron al cabo por un momento.

Y entonces el pueblo, que rodeaba ávido de noticias el alcázar de los reyes y la catedral, prorumpió en un grito unánime que decía: «*Queremos saber lo que ocurre.*»

Estas palabras, dichas con todo el deseo de la curiosidad y con todo el despecho de un pueblo que hacia media hora se hallaba atronado por el metálico ruido de quinientas ó seiscientas campanas, resonó como el eco del huracán por las vacías y gigantes bóvedas del templo, y subió, aunque algo amortiguado, hasta el último cuerpo de la torre, atalaya formidable de 365 pies, vigía constante que vela por Sevilla y cuantos pueblos la rodean.

Los que hacían voltear las campanas de la Giralda percibieron las palabras de aquel pueblo que bullía á los pies de la torre, asemejándose á una alfombra que la decoraba, y creyendo daban contestación con las campanas á la pregunta que se le hacía, volvieron á echarlas al aire con tanto ruido y estrépito como antes. Toda la ciudad siguió el ejemplo de la iglesia mayor.

El pueblo entonces enseñó sus puños al gigante de piedra, quedando reducido todo su furor en bullirse con más desesperación.

Si nuestros lectores quieren averiguar la causa de tanto repicar, pueden trasladarse con nosotros á parage donde las campanas de la basilica puedan permitirnos escuchar lo que decían varias personas que desde la plaza de S. Francisco se entretenían en ver dar vueltas á las campanas de la Giralda.

Entre la abundante concurrencia había sentada en un carcomido poyete de la casa de la Justicia, una vieja, gruesa como un canónigo, y de rostro redondo y achatado. En su falda tenía un pequeño cesto, lleno de figuras de caramelo y otros dulces por el estilo. De vez en cuando solía meter sus dedos no muy limpios en el cesto, y arreglar, aunque no lo

necesitase, las figurillas hechas con agua y azúcar. Despues sacaba cuanto podia sus abultados labios, y gritaba con voz aun mas atronadora que la de las campanas:

— Confites y caramelos.

Su pregon no fue oido, y la obesa confitera lanzó mil imprecaciones contra las campanas y los sacristanes.

— Maldicion! que no se quedaran esos bellacos sin oidos asi como yo me quedo sin vender mis confites por no oirseme el pregon!

Un muchacho de poco mas de diez y seis años se le acercó, y le dijo con tono jovial:

— Por qué repican, madre Aavernia?

Pero la vieja, en vez de contestar, dijo con toda la fuerza que pudo dar á sus pulmones:

— Confites y caramelos.

— Por S. Cucufato, vieja de los diablos, que me has de decir por qué repican tanto! dijo por lo bajo el mozalvete.

Y alzando la voz, y acercándose á la confitera en ademan hostil, le dijo:

— Por qué repican tanto?

La vieja miró al muchacho un momento, y contestó al mismo tiempo que arreglaba por la vigésima vez las confituras colocadas en la cesta:

— Por la muerte del Papa, hijo mio.

— Cuantos oyeron la contestacion de la confitera soltaron la risa.

— Por la muerte del Papa? dijo uno que tenia trazas de pillete; guardaos de que os oigan, madre Aavernia, sino que-reis imitar á S. Lorenzo en aquello de las parrillas y...

— Calle el insolente, que yo soy incapaz de mofarme de nuestra santa religion y de cuanto á ella concierne... mire no le ahorquen al bachiller por ladron... Lo que yo he dicho está muy en su lugar, y lo probaria sino fuese porque no tengo ganas de dar satisfacciones á galopines y descamisados.

Y alzando la voz volvió á decir:

— Confitos y caramelos.

— No, madre Auvernia, no es por la muerte del Papa... vos sabreis la verdad, porque una bruja como vos todo lo sabe... Por qué repican tanto? volvió á preguntarle el chicuelo.

Un círculo de curiosos y gente de buen humor rodeaban á la confitera y al muchacho.

— Sí, sí, que diga la verdad, dijeron todos á una y tumultuosamente.

— Y si no se le romperán los confitos hechos con la baba del diablo, decia uno.

— O á ella las narices, decia otro.

— O si no, dijo el pillete llamado ladron por la vieja, se le arrancará la lengua, para que no se burle otra vez del rey... de los ministros de Dios.

— Eso es, eso es! se le arrancará la lengua para que no se burle otra vez del Papa... dijeron todos dando palmadas y gritos de alegría.

La madre Auvernia miró á todos lados como buscando salida.

— Eh, bruja!... no hay salida hasta que nos espliques lo del Papa, y nos digas por qué repican tanto. Lo oyes?

La confitera miró á cuantos la rodeaban, y dijo esforzándose á reir:

— Mentira parece seais todos tan brutos y estúpidos. —

Aquella salida de la vieja fue acogida con los mayores aplausos.

— Sí, brutos y estúpidos, porque cuando muere un Papa... como muere un santo, me comprendeis? un santo que habla tres veces al día con el mismo Dios, se repica porque se aumenta la corte celestial...

— Bravo, bravo! Madre Auvernia, sabeis mucho; pero siempre se ha doblado cuando ha muerto el Papa, contestó uno de los mas ilustrados del círculo.

— Es que el que ha muerto ahora era mas santo que todos, y por eso ha dispuesto nuestro señor rey que repiquen

todas las campanas para celebrar su entrada en el reino de los cielos... donde iremos los buenos! exclamó apretando con cariño su cesta de asquerosos confites.

— Bien, conforme sobre lo del Papa, madre Aavernia; pero ahora es necesario que nos digais la verdadera causa de por qué repican tanto en la catedral y en todas las iglesias. Vamos, no andaros con preámbulos, sino quereis ver rodar por el suelo vuestros muñecos de azúcar y saliva.

— Oh! dijo la vieja con hipocresía, voy á complaceros, siempre que... vamos... comprendedme; yo soy una pobre, y si adquiero noticias de cuanto ocurre en la ciudad, es á costa de mil trabajos... y á veces costándome el dinero... por lo que no digo una palabra si antes no reuno entre ustedes lo menos cuatro cornados.

— Y nos engañarás despues?

— Si las noticias que os dé la madre Aavernia no salen ciertas, volveré los cuatro cornados. — Qué os parece? soy legal y buena?

— Si; pero es sumamente caro!

— Caro cuatro cornados? vaya, vaya, la culpa tengo yo, que me meto con pelones y bellacos que no tienen siquiera para mandar decir un Credo! — Caro cuatro cornados por una noticia que ignora á estas horas todo Sevilla!... sí, todo Sevilla, si se esceptúa... vamos, los que lo sabemos desde ayer.

— Sí, pero esa noticia la sabremos muy pronto.

— Y quién os quita el gusto de que seais de los primeros? solo por eso daría yo un maravedís de plata.

— Cáspita! exclamó la multitud asombrada.

— Esto es un supóner... con que en qué quedamos, señores? daos prisa, para que podais ir con tiempo á la catedral y coger un buen sitio para... maldita lengua! si me descuido os lo digo sin recoger siquiera una moneda! — Va en los cuatro cornados, generoso público?

— Es mucho dinero.

— Mala peste os lleve! Pues cuánto me quereis dar, maldocios?

— Tres.

— Uno.

— Dos.

Dijeron varias voces.

— Sepamos, bellacos, sepamos cuánto me dais? dijo la madre Auvernia dominando á la multitud con su magnífica voz de sochantre constipado.

— Dos cornados y al avío. — Te acomoda?

— Miserables!

— Te acomoda?

— No, quiero tres. La noticia es muy importante para vosotros, que sois unos lobos hambrientos. Oh! si os figurárais siquiera...

El círculo que rodeaba á la madre Auvernia comenzó á desbaratarse. Cada cual tiró por su lado en vista de que la vieja no queria bajar la tarifa. La confitera comprendió que todo lo perdía sino queria los dos cornados ofrecidos primeramente, y así es que se puso á gritar con todas sus fuerzas:

— Venid, bellacos y perillanes! venid, que todo lo sabreis por los dos cornados!... Escuchadme, malandrines de los demonios; oid la noticia, y despues que os lleve el diablo!

Con tales palabras consiguió la confitera que el círculo volviera á formarse, si bien con alguna rebaja.

— Mi dinero! dijo la vieja colocándose en medio de la reunion.

— Y si nos engañas?

— Todavía andais con melindres? — No os dije, queridísimos perillanes, que os devolveria el dinero si salian falsas las noticias?

— Y sigues en lo mismo?

— Poder de Dios, y qué hombres tan miserables! Sí, sigo en lo mismo... quereis acabar de una vez? repuso con la mayor impaciencia.

A duras penas, y registrando cuantos bolsillos tenian en sus vestidos los circunstantes, lograron reunir la cantidad que habian ofrecido á la vieja. Los ojos de la madre Auvernia brillaron de alegría al contemplar las monedas que de los bolsillos del público pasaron á sus manos; sus labios dibujaron una sonrisa de placer.

Y despues de contar y recontar el dinero, despues de acariciarlo con miradas dulces y significativas y de hacerlo desaparecer en un hondo y prolongado bolsón que pendia de su cintura, comenzó á hablar de esta suerte:

— Habéis de saber, queridos oyentes, que su alteza el rey sale hoy por primera vez á la calle, despues de la grave y peligrosa enfermedad que ha puesto en peligro su vida preciosa y necesaria en estos dias pasados, asegurando cuantos le conocen que tal enfermedad le aquejó por el mucho sentimiento que tuvo á la muerte de nuestro señor don Alfonso XI, que en gloria esté.

Una tos seca y maliciosa salió del círculo al pronunciar la vieja las últimas palabras.

— Adelante! repuso la multitud.

La madre Auvernia sepultó su diestra en la bolsa, y convencida de que se hallaba allí su tesoro de dos cornados, prosiguió con voz sigilosa:

— Claro está que tan grande acontecimiento se debe solemnizar, prescindiendo del luto de la corte y de otras cosas que vosotros no comprendéis. — El programa de esta funcion lo sé yo de cabo á rabo, si la memoria no me es infiel.

Los circunstantes aguzaron los oidos y se prepararon á escuchar cuanto dijera la vieja, no sin proferir antes un *veamos!* que demostraba toda su impaciencia y el interes que iba tomando para ellos semejante relato.

— Lo primero en todas partes, señores míos, es dar las gracias al Altísimo, y muy mas cuando nos ha concedido la interesante vida del niño rey don Pedro. En la iglesia mayor se cantará muy pronto un solemne *Te-Deum*, con asistencia

de los reyes y grandes de la corte. La iglesia estará hecha un ascua de oro... qué tal? os parece bueno este primer espectáculo?

Los circunstantes guardaron silencio. Silencio que no podremos decir si fue de asentimiento ó de disgusto.

— Despues, continuó la confitera, habrá perdon para muchos culpados, iluminacion general, procesiones, fiestas de todo género, y lo que es mas... oh! abrid los ojos, lobitos míos siempre hambrientos, abridlos hasta no poder mas, que para coronar la fiesta, y para que todos disfruten y gocen á su modo en estas funciones, caerá nada menos... vamos, qué creéis que caerá?

— Asi cayeras tú de lo alto de la Giralda, bruja de los demonios! exclamó uno de los oyentes fastidiado con tantas dilaciones y entretiempos.

La madre Auvernia se desentendió de tal galantería y prosiguió:

— Pues caerá desde los balcones y ventanas del alcázar un magnífico y abundante chorro de dinero, que el pueblo recogerá gozoso y satisfecho. Estas nuevas monedas llevan el busto y sello del rey don Pedro. Qué os parece?

— Viva! viva! gritó la multitud entusiasmada y empezando á desunirse.

— Cesad, malditos ambiciosos; aguardad, miserables, aguardad un poco, que todavía me resta deciros una cosa...!

El círculo volvió á rehacerse.

— Qué falta? dijeron dando formidables gritos: — Qué falta, madre Auvernia? hay todavía alguna otra lluvia de dinero...

— No; falta una fiesta que os costará verla nada, como todo.

— Demasiado pagamos para que nos lleven tambien el dinero por los espectáculos, dijo uno no queriendo desperdiciar aquella ocasion de desahogarse.

— Pues señor, á los tres dias de todo esto, y para comple-

mento de las regias funciones, habrá cañas y un magnífico torneo...

— Estais segura de ello, anciana? dijo un hombre no mal vestido, y embozado hasta los ojos con una capa oscura de rica tela.

— Y tan cierto, contestó la madre Auvernia, que lo he sabido por un cocinero de palacio que en mis buenos tiempos trató... de casarse conmigo.

— Cañas y torneos, vistiendo la corte luto por la muerte del padre del rey, acaecida no hace dos meses!... Vamos, os digo que os han engañado, buena muger! os digo que estais mintiendo...

— Vos sí que estais engañado en creer lo contrario.

— Y el luto?

— No se repara en él.

— Y el dolor que necesariamente debe tener todo buen castellano...

— Basta; y no sabeis, dijo la vieja con aire de triunfo, que la reina doña María quiere ó pretende á fuerza de funciones y fiestas hacer olvidar á los castellanos que ha muerto el gran Alonso XI, y que ella reina en Castilla en la persona de su hijo?

— Teneis razon, anciana! Esa noticia sola vale los cuatro cornados que habeis ganado, mas doce que yo os regalo.

Y el encubierto desapareció con toda la gente que rodeaba á la vetusta confitera. Cuantas personas habia en la plaza y en sus calles adyacentes se dirigieron á la catedral para ver al jóven monarca, vuelto á la vida de la manera mas prodigiosa.

Antes de seguir, como debemos, á la multitud para ver cuanto pasó en la iglesia, diremos algo al lector de lo ocurrido desde la muerte del rey.

A dos personas únicamente causó contento en Castilla la muerte de Alonso XI. Estas dos personas, aunque parezca imposible creerlo, eran su hijo y esposa. El primero porque

ganaba una corona cuyo brillo tantas veces le habia deslumbrado, y á cuya sombra pensaba cometer cuanto su corazon deseaba. La segunda porque cesaba de padecer en su orgullo; porque dejaba de ser víctima para erguirse en señora; dejaba de obedecer para mandar tiránicamente; y por último, porque llegaba el tiempo de las venganzas; el tiempo de deramar la sangre que ella deseaba ver correr bajo sus pies. La muerte de Alonso XI fue llorada por su hijo con lágrimas mentidas y engañosas. Su esposa lloró tambien, pero su corazon se gozaba interiormente con todo lo que meditaba. Castilla comprendió y conoció cuanto pasaba en el pecho de sus reyes al través de sus violentadas lágrimas. Y tan lo comprendió, que comenzó á llorar desgracias anticipadas, y comenzó á creer al momento cuanto sucedió mas tarde. Un raro y no esperado contratiempo vino á retardarlo todo absolutamente; ambicion y tiranía del hijo; venganzas y proyectos de la madre. Fue esto para Castilla un bien? Todo al contrario; porque de este modo supo don Pedro la aficion y voluntad reservada de sus cortesanos, y fue una nueva calamidad para el reino, porque bueno de sus dolencias, comenzaron las rivalidades, persecuciones, destierros y muertes, á que el niño rey era sumamente aficionado.

A los pocos dias de haber fallecido en Algeciras el venerado padre del jóven don Pedro, fue atacado este de una peligrosísima enfermedad que puso tan en peligro su existencia, que se consideró como un milagro patente del cielo la salvacion de ella. Este estado del rey en el momento de heredar el trono de su padre, en su corta edad, pues solo tenia quince años, y siendo único entre los hijos legítimos del difunto don Alonso, puso á la corte en sumo aprieto y cuidado. La enfermedad seguia su carrera destructora rápidamente; el niño rey podia espirar de un momento á otro, y el trono de cien reyes quedar espuesto á la mas espantosa y terrible anarquía. Los grandes pensaron designar sucesor para que la muerte del rey no les sorprendiese sin haber hecho la elec-

cion. Con este motivo se dividió la corte en mil partidos y opiniones, en una lucha continua, que la mejoría del rey vino á poner término. Este terrible acontecimiento sirvió para que despues supiese don Pedro la voluntad y deseo de sus cortesanos. El que propuso por candidato al bastardo de Trastámara ó alguno de sus hermanos, fue asesinado despues traidoramente por el rey adolescente. Los que designaron á los hijos de los infantes de la Cerda, legítimos herederos de la corona de Castilla, unos fueron exhonerados de sus títulos y riquezas, y otros condenados á vivir lejos de su patria para siempre. Pedro I comenzó su reinado cometiendo horriblos atentados, violando los mas sagrados derechos, y disponiendo á su antojo y arbitrio de lo propio y extraño. Semejante proceder en un niño de quince años, á qué se debe atribuir? á sus fatales inclinaciones, ó á los consejos de una madre perversa y egoísta que, deseosa de ver realizada su venganza, no reparaba en los medios, ni echaba de ver que con sus malos y torcidos consejos precipitaba á su hijo en la espantosa carrera del crimen?

Esta es una pregunta difícil de contestar en verdad. Porque si bien don Pedro habia sido torpemente educado por doña María, puede caber duda que su corazón se inclinó siempre al mal? pues qué, su razón y su claro talento no le hacian comprender que cuanto ordenaba, instigado por su madre, era contra razón y justicia? Prueba de que el hijo de Alonso XI se gozaba en la desgracia, cuando tan dispuesto estaba siempre á conceder lo que su madre le pedia, en contra por lo regular de lo justo y bueno.

Como dijimos al principio de este capítulo, era un hermoso y templado dia del mes de mayo de 1550. La causa por la que todas las campanas de Sevilla se habian dado á vuelo de una manera tan estrepitosa y alegre, era para celebrar la total mejoría del jóven rey de Castilla, que habia estado á las puertas de la muerte. Semejante expansion y contento en un pueblo monárquico por escelencia y amante de sus reyes por

tradicion, era muy natural, y muy mas que con la tal mejoría se libraban los pueblos castellanos de la mas espantosa anarquía, de la guerra mas sangrienta y atroz de cuantas hasta entonces se hubieran conocido. Porque si habiendo rey los grandes hacian cuanto les acomodaba, si hallándose ocupado el trono de S. Fernando cada uno pretendia ser un pequeño monarca, qué no hubiera sucedido muerto don Pedro, único de su raza?

Cuantas funciones y fiestas habia anunciado la madre Avernía á su ávido concurso, se disponian en efecto en Sevilla por este tiempo para solemnizar tan fausto y grandioso acontecimiento.

Un solemne *Te-Deum* fue el primer cántico de gracia que se oyó resonar por las altas y espaciosas bóvedas de la iglesia metropolitana.

Este suntuoso templo, monumento de la opulencia, al abrir sus doradas puertas de metal en la mañana del dia ya citado, habia depuesto esa gravedad que constituye el carácter de los edificios góticos. Pudiera decirse que en vez de resonar bajo sus bóvedas los salmos del arrepentimiento, iban á entonarse los himnos de gloria. Con efecto, no era aquella la iglesia fria y desnuda, de altas naves y colosales altares, que siempre triste y sombría nos quiere hacer recordar la muerte y sus mansiones sepulcrales: no era el lugar santo y venerando donde á cada paso se acuerda el mortal de la passion del hombre Dios y de la sangre que este derramó para redimirlo del pecado; no, aquel libro de piedra de páginas mudas, pero llenas de espresion, se hallaba en aquella mañana cuajado de oro y lucés; risueño, alegre y bullicioso; pequeño remedo de la corte celestial. Un gentio inmenso discurria por sus naves de piedra; sus órganos entonaban deliciosos y encantadores cantos, parecidos á melodías, y sus altares, llenos de luces y preciosos y variados ramos de flores, parecian talmente otras tantas piñas de brillante oro con los colores mas vivos del esmalte.

Un repiqueteo general de campanas anunció al clero y cabildo que los reyes de Castilla salían del alcázar real para dirigirse al alcázar de Dios. Entonces todo fue movimiento y aparato. El prelado que gobernaba la iglesia de Sevilla, vestido de pontifical y acompañado del clero y dignidades del templo, se situó en la entrada principal entre densas y azuladas columnas de incienso y mirra.

El ruido de atambores y chirimias se acercaba por momentos. La comitiva que precedía á los reyes de Castilla asomó al cabo por uno de los ángulos del edificio. Seis maceros, vestidos de terciopelo grana recamado de oro, abrían la marcha. A estos seguían los heraldos, capitanes de fama y prezo, los consejeros de la ciudad, altas dignidades, autoridades del reino, embajadores y grandeza de Castilla con ricos y vistosos trages de púrpura y escarlata. En medio, aunque los últimos de tan lucida comitiva, caminaban los reyes, vestidos de luto y con la mayor magestad. Don Pedro daba la derecha á la reina, que con rostro risueño y placentero hacia ver al pueblo la alegría que su corazón de madre experimentaba. Un traje talar de terciopelo negro con dalmática de lo mismo era el traje que vestía la viuda de Alonso XI; de su cabeza pendían lisas y flexibles tocas negras que la cubrían enteramente. Pedro I también de negro, aunque cubierto con el manto de escarlata y púrpura, distintivo real, marchaba grave y taciturno al lado de su madre. Una palidez espantosa cubría su bello rostro blanco como la nieve; sus ojos azules y de rizadas pestañas estaban tristes y amortiguados, y su linda cabellera rubia, larga y sedosa, contribuía no poco á que su rostro apareciese mas descolorido y macilento. El adolescente monarca llevaba pintado en su semblante cuanto había padecido en la enfermedad que tan reciamente le aquejara en la mejor de las edades. Imposible sería encontrar rostro mas bello ni mas simpático que el del joven rey, aumentando la belleza de sus facciones aquella palidez espantosa que las cubría, y el círculo azulado que rodeaba sus grandes y espresi-

vos ojos. Otros seis maceros con las armas de Castilla y León reunidas guardaban la retaguardia á los reyes y cerraban la comitiva. Esta, que tardó bien poco en llegar á las puertas del templo, formó calle en las mismas gradas, y con las cabezas descubiertas permanecieron todos hasta que el monarca penetró en el templo. Tras don Pedro se lanzó en la iglesia toda la multitud que habia por las calles á su llegada.

Apenas los reyes tomaron posesion del solio que de antemano les habian preparado á la derecha del altar, las palabras de *Te-Deum laudamus*, pronunciadas por cien voces, fueron confundidas con el armonioso ruido de los órganos y por las voces de los cantantes.

Doña María contemplaba á su hijo con el mayor cariño.

— Cómo os sentís, hijo mio? le dijo con ternura.

— Bien, señora, aunque algo cansado.

— Pobre hijo mio! cansado, y no habeis andado nada!...

Don Pedro miró á su madre y guardó silencio. La reina comprendió que habia hecho mal con hablarle en acto tan solemne.

La funcion terminó al cabo, y la regia comitiva se puso en movimiento. Pedro I y su madre recibieron la bendicion del anciano arzobispo de Sevilla, y despues se dirigieron al alcázar en la misma forma que habian salido de él.

El pueblo victoreó con el mayor entusiasmo al rey, y por galantería dió un viva á su madre, que le dió las gracias con la mas amable sonrisa. Al estender la vista sobre la multitud, vió á un hombre embozado hasta los ojos que no apartaba de ella la vista. La reina queria conocer aquel hombre; pero un nuevo viva dado á su hijo la distrajo de lo que pensaba. Sin embargo, pasado aquel momento su imaginacion le volvió á representar la figura del embozado. Doña María se puso triste y comenzó á pensar. Al cabo de un rato ahogó un grito, y dijo entre alegre y triste:

— Felipe... siempre ese hombre!

La comitiva penetraba en el alcázar al pronunciar la reina las anteriores palabras.



## CAPITULO II.

*En el que se cuenta una conversacion, y lo que resultó de ella.*



Los días hacia que Pedro I había salido por primera vez á la calle después de la grave enfermedad que puso tan en peligro su existencia. Dos días que doña María había vuelto á sus proyectos de venganza, y dos días que anhelaba encontrar á solas á su hijo para hablarle de lo que tan ocupada la traía.

La ocasion no podía ser mejor! Porque en una pequeña cámara de la reina madre, ricamente adornada, se hallaba esta y su hijo el rey dando paseos y sumergido en mil ideas

hasta entonces desconocidas. Doña María estaba sentada en un sillón primorosamente tallado, guardando como su hijo el mas profundo silencio, si bien es verdad combinaba el modo de entrar al rey de un modo disimulado y prudente.

Pedro I seguia paseándose de un extremo á otro de la estancia. Doña María le dijo, aunque con voz muy baja:

— Pedro, hijo mio...

El monarca continuó paseándose. No habia oido á la reina.

— En qué pensais, que no oís á vuestra madre? le dijo la reina en tono de reconvencion.

— Acaso me habeis hablado, señora?

— Sí, os he llamado, y en vez de contestarme, habeis seguido vuestro paseo y... vuestros proyectos: me equivoco, hijo mio? Teneis proyectos?

— A qué negároslo? los tengo, y proyectos que aprobareis.

La reina se sonrió de placer.

— Veamos. Dijo con sonrisa maliciosa.

— Pero antes decidme lo que queríais cuando me llamásteis...

— Ah, sí; como entrásteis aqui sin decirme nada, os iba á preguntar qué tal noche habíais pasado.

— Buena, magnífica.

— Con que segun eso estais ya completamente bueno?

— Tal creo.

— Oh! vuestro semblante es muy diferente al del otro dia. Os veo animado, y esto me anima á mí tambien.

— Gracias, madre mia.

— Vamos, dad principio á vuestro relato. Son mejoras que quereis introducir en vuestros reinos?

— Mejoras! no os entiendo, señora. Escuchadme y sabreis lo que pienso.

— Doña María prestó el mayor cuidado.

— Durante mi enfermedad, y cuando era dudosa mi existencia, han cometido algunos grandes de mi corte un aten-

tado, que solo con la vida pueden pagarlo aquellos que lo hicieron.

— No os comprendo.

— Comprenderéis cuando os diga, señora, que no velásteis como debísteis mi cetro y mi corona cuando yo estaba postrado en una cama!

— Pedro, hijo mio, me asustan tus palabras! dijo la reina sobrecogida.

— Y digo bien, señora; porque mientras yo gemia en el lecho, se ocupaban los cortesanos en nombrar sucesor, y vos ni lo impedisteis, ni arrancásteis la lengua al que pronunció el nombre del bastardo Enrique, proponiéndolo rey! Vive Dios! que no sé cómo ese villano ha pretendido semejante cosa!

— Villano llamáis á vuestro hermano, hijo mio?

— Mi hermano! Madre, callad por Dios, si no quereis impacientar á vuestro hijo. — Hermano mio un bastardo! de cuándo acá lo defendeis, señora? os olvidais que el rey de Castilla no reconoce por hermanos á los hijos de su padre?

— Mientras tanto habeis olvidado vuestros proyectos.

— Mis proyectos han dejado de serlo para convertirse en órdenes, en determinaciones inmutables. Todos los que hayan nombrado al bastardo de Trastamara con intencion de que me sucediera en el reino si yo hubiese muerto... sufrirán mañana mismo la última pena.

— Vuestro resentimiento no puede ser mas justo; pero considerad...

— Nada considero, señora.

— Sois muy jóven en primer lugar para tomar á vuestro cargo empresas tan dificiles; en segundo, si matais á los partidarios de Enrique, en el dia vuestro aliado, se echará sobre vos el partido de vuestro padre, representado por el conde de Ledesma y...

— Maldito sea ese hombre! Tambien le odio, madre mia! Y vos?

— Yo... Sí, tambien... pero es muy poderoso, hijo mio!

— Oh! á nadie temo, señora: dentro de un año, juro á Dios que han de temblar todos con solo oír mi nombre. Yo os juro que he de concluir de una vez con hermanos, partidos y cuanto no me acomode. La muerte de los que nombraron rey al bastardo está ya decretada, y no hay poder en la tierra que me haga variar de resolución. Me he convencido que el que mata es temido.

— Es una verdad; pero respetad la memoria de vuestro padre, dijo la reina con el fin de saber hasta dónde podía contar con el carácter de su hijo.

— La memoria de mi padre me supone á mí muy poco...

— Pedro!

— Qué le puede importar á un hijo la memoria de un padre que le odiaba?

— Os ha dejado el trono, y sin él...

— Me ha dejado el trono, porque no tenía otro hijo. Oh! señora, extraño vuestro lenguaje; no me habeis dicho esto mismo veinte veces? no me habeis repetido mil que mi padre os odiaba y me aborrecia? Pues bien, á qué os extrañais de mis palabras?

— Es verdad, me odiaba y os aborrecia; pero ya sabeis la causa...

Doña María observó á su hijo despues de decirle las anteriores palabras.

— La causa era una muger, no es eso?

— Una muger, que era la verdadera reina de Castilla.

— La madre de los bastardos, verdad?

— Sí, la misma; por la que fui despreciada, ultrajada, y hasta amenazada, hijo mio.

— Vive esa muger? dijo don Pedro maquinalmente.

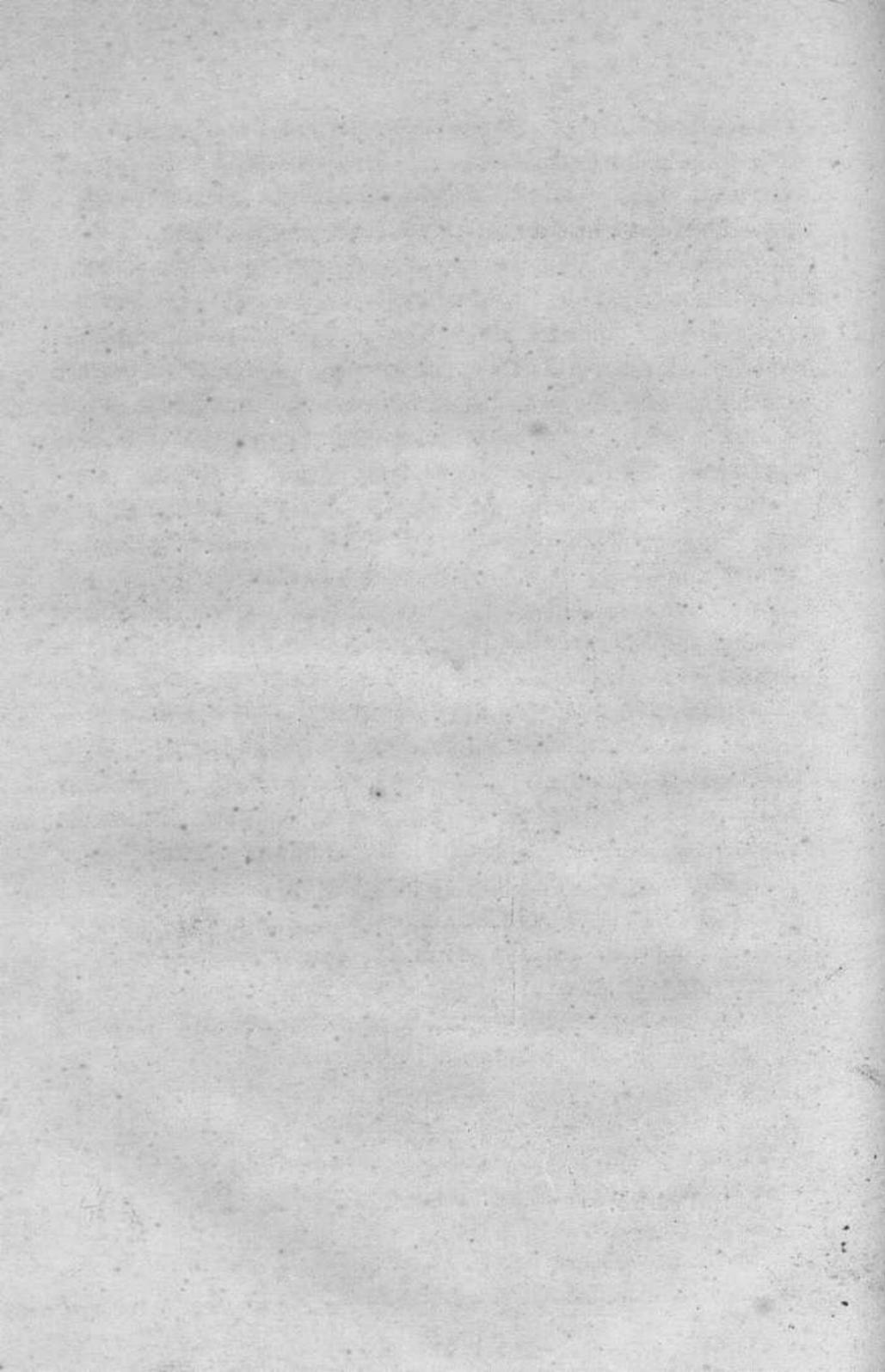
— Vive en tu mismo alcázar.

— Por qué? por qué vive conmigo la madre de los bastardos?

— Vuestro padre le daba el mejor lugar en sus palacios.



D. Pedro I. — Lám. 3.ª



— Oh! y quereis que sea respetada la memoria de un padre que igualaba á su esposa y á su concubina?

Doña María apenas podia respirar de gozo.

— Decidme, madre mia, aborreceis á la querida de mi padre? Hablad.

— Hijo mio...

— Hablad, señora, porque mil veces os he oido maldecir á esa muger, renegar de vuestro esposo, y decirme en vuestro furor, no es cierto que cuando seas rey me darás la vida de esa muger, que te roba las caricias de tu padre? Responded, madre, responded; me habeis dicho eso alguna vez?

— No, querido hijo mio...

— Pues semejantes palabras las tengo siempre en mis oidos: madre mia, me engañais... decid la verdad.

— No te puedo negar lo que tu memoria te hace recordar perfectamente, hijo mio; la aborrezco de muerte. — Tú no sabes lo que yo he padecido por ella!

— Pues venganza, señora.

— Sí, venganza!... pero qué digo!... estoy loca... yo la perdono; porque hartó desgraciada es en el dia... y sin embargo no debia, porque los manes de un hombre noble y generoso, muerto por su causa, estan pidiendo justicia y reparacion por espacio de veinte años, hijo mio.

— Un hombre, decís, muerto por causa de esa muger?

— Un hombre noble y generoso, Pedro.

— Y ese hombre?...

— Murió en un patibulo por mandado de vuestro padre...

El rey miró á su madre un momento, y le dijo despues:

— Seguid, señora.

— Oh! es una historia larga y terrible, hijo mio.

— Quiero saberla.

— La sabeis ya.

— Cierto, señora; pero repetidme ahora cuanto me deciais en mi infancia: entonces lo único que podia hacer por

vos era mezclar mis lágrimas con las vuestras... lo que ahora...

— Ahora, hijo mio...

— Os puedo vengar, señora; os puedo vengar hasta que quedeis satisfecha. No os gusta la venganza, señora? dijo el rey mirando á su madre con tal atencion, que parecia querer leer en su semblante lo que pasaba en el corazon de aquella muger perversa y sanguinaria.

— La venganza!... exclamó la reina con gozo. — Oh! sa-  
beis, hijo mio, que es una palabra dulce y consoladora? cómo consuela y cómo mitiga los dolores del que padece por causa de otro!... y sin embargo, repuso con hipocresía, es innoble y ruin!

— Innoble y ruin, madre mia? No, os equivocais; porque qué es la venganza sino hacer espiar al malvado los crímenes que ha cometido? Pero dejemos esto, y servíos contarme esa historia, tantas veces oida cuando niño, y sin embargo olvidada hoy...

— Ese es el aprecio que haceis de los padecimientos de vuestra madre, Pedro? dijo doña María como aparentando resentimiento.

— Señora... perdonadme, pero lo he querido olvidar por saberlo hoy... hoy, madre mia, que soy el rey de Castilla! hoy, que puedo matar al que aborrezco, y que os puedo decir: no lloreis mas, señora! no envidieis la dicha de la muger á quien amó vuestro esposo, porque la cabeza de esa muger no está muy distante del hacha del verdugo.

La reina no pudo reprimir un movimiento de alegría.

— Sí, madre mia, continuó Pedro I con todo el calor de la mas imponente exaltacion; sí, esa muger tiene que morir por muchas razones! Su muerte está decretada, y morirá... La querida de Alonso XI os ofendió á vos, que érais la reina de Castilla; por su causa murió un hombre noble y generoso, segun decís; ella es tambien la causa de que Pedro I de Castilla y Leon, de que el señor dueño y absoluto de media

España tenga un rival bastardo y villano... tenga un hombre que haya pretendido ser rey! Un bastardo rey de Castilla! el hijo de una concubina hedionda sustituir al hijo legítimo de cien reyes!... vamos, señora, vamos á presenciar la muerte de esa muger, causa de todo!

Y el jóven monarca castellano, con el rostro encendido como la grana, las facciones contraídas de furor y los ojos inyectados de sangre, corrió hácia la puerta de la estancia con ademan amenazador.

Doña María tembló un momento al ver á su hijo convertido en la mas espantosa furia. Aquella madre vengativa y sanguinaria se estremeció al contemplar lo que sería su hijo mas adelante con aquellos impetuosos arrebatos y aquel carácter irascible y vengativo. La viuda de Alonso XI abandonó el rico sillón que ocupaba, y se dirigió al rey con ademan suplicante:

— Hijo mio, le dijo, Pedro, por piedad, detente; mira, escucha á tu madre!

El rey se detuvo, y miró á esta con cariño.

— Tranquilízate, hijo mio, repuso la reina cogiéndole una mano con ternura y pasándole otra por la frente, bañada en sudor: tranquilízate por Dios! No ves que era intempestivo lo que querias hacer ahora? Y sobre todo, que perdias tu dignidad de rey, esa dignidad que tan bien sienta á los de tu clase, y que nunca, hijo mio, nunca te debes despojar de ella. Oh! gracias á Dios que veo á tus facciones tomar su dulzura y belleza primitiva.... estabas espantoso... Por Dios, Pedro, no tengas esos arrebatos, porque nunca estan bien en un rey.

Don Pedro permaneció silencioso largo rato. Su madre volvió á ocupar su cómoda y piramidal poltrona. Doña María observaba los menores movimientos del hijo de Alonso XI. Este, que se paseaba por la estancia taciturno y macilento, se volvió á su madre, y le dijo:

— Y la historia del hombre muerto por doña Leonor de

Guzman, madre mia? os habeis olvidado de que quiero saberla?

La reina, que por otro lado sentia se hubiese acabado una conversacion que tanto le interesaba, no pudo menos de sentir cierto gozo interior al ver que su hijo volvía á anudarla.

— Sí, te la contaré, puesto que así lo quieres, le conté con ternura.

— Comenzad, dijo el rey apoyándose en el respaldo del sillón de doña María, y prestando la mayor atención.

— A la edad de veinte años no cumplidos, dijo doña María volviéndose á su hijo, me casó mi padre, el rey de Portugal, con Alonso XI, rey de Castilla, entonces mozo de diez y siete años. Tanto el rey mi padre como yo, ignorábamos que el joven y adolescente monarca castellano tuviese relaciones íntimas y grandes de amor con una joven viuda, decían, y en extremo hermosa. Apenas puse los pies en el territorio castellano llegaron á mis oídos esos ruidosos amores, y además, que el rey estaba loco, casi frenético por su querida. Figuraos, hijo mio, cuál sería mi sorpresa y aun sentimiento, y digo sentimiento, porque aunque no conocía á vuestro padre, ni le amaba por lo tanto, era para mí muy doloroso enlazarme, unirme para siempre con un hombre que nunca me quería por hallarse tan públicamente entretenido. Sin embargo, hubo que resignarse; porque el matrimonio se había efectuado por poderes. Con gran pompa y aparato entré en la corte de Castilla. El rey estuvo conmigo tan galante y obsequioso, que llegué á olvidar cuanto me habían dicho, y aun á creer que tal vez se olvidaría de su querida para amar á la que había de compartir con él legitimamente su corona y su regio lecho. Semejante ilusión me duró ocho días. Porque con motivo de nuestro enlace hubo todo género de funciones y fiestas. Para el mismo día en que hacía ocho de nuestra unión había preparado un magnífico torneo, donde yo sería, como era natural, la reina del palenque. Dichoso día! esclamó la reina; siempre lo recordaré con amargura!

— Y dónde tuvo lugar ese torneo, madre mia?

— En Burgos; en ese pueblo frio y nebuloso fue donde tanto sufrí.

— Continuada.

— Despues de estar esperando largo rato toda la comitiva al rey, que habia desaparecido en el momento de partir, nos dirigimos al palenque asi que vino, y tan luego que ocupamos el solio que nos habian preparado comenzó la funcion. El rey estuvo al principio triste y como distraido, atribuyéndolo yo á que estaba demasiado preocupado con lo que pasaba entre los combatientes. Todo varió de pronto. Su íntimo amigo el conde de Trastamara se acercó á él y le habló al oido dos palabras. Entonces Alonso XI se volvió casi loco, frenético de alegría, buscando en el circo con ojos ávidos la persona que le habia dicho su confidente. La encontró al cabo, porque una muger jóven y hermosa que habia en un palco le tiró su ramillete de azahar y jazmines. El ramo de flores rodó hasta los pies del favorito, que cogiéndole con presteza, se lo entregó al rey. Todo el auditorio observó esta escena, y yo mientras tanto con la cabeza ardiendo, el pecho jadeante y casi muerta, hijo mio, presenciaba mi deshonra. No paró aqui: el rey cogió el ramo con la mayor alegría y se lo llevó á los labios, diciéndome despues: — «Oh! besadlo tambien! es de ella, de ella, á quien amo tanto!» Vuestro padre en su loco arrebató de amor se olvidaba de que semejantes palabras se las decia á su esposa, y que eran otras tantas puñaladas para mi celoso corazon. El torneo se acabo, y nosotros nos retiramos á palacio. Aquella noche la pasé en vela, porque aunque me recogí no pude conciliar el sueño. Mi alma estaba mortalmente herida, y mi corazon se hallaba poseido de la pasion de los celos. Qué noche, hijo mio! cada vez que consideraba cuanto habia pasado aquella tarde maldita, cada vez que recordaba habia sido despreciada en público por una muger... cualquiera, no solo pasaba un rato amargo, terrible, sino que cruzaban por mi mente mil pensamientos de

venganza. Si, Pedro, de venganza, porque en aquel momento solo deseaba vengarme; pero viendo humillada y postrada á mis plantas demandando piedad á aquella muger odiosa, que se habia complacido en manifestar al público que ella sola reinaba en el corazon de Alonso XI, ya que no podia reinar en Castilla. Amaneció otro dia, y apenas la aurora habia desterrado las tinieblas de la noche salté del lecho con intencion de poner por obra la idea que me se habia ocurrido en mi justo deseo. La fortuna me favorecia, porque el rey salió muy de temprano á caza, con intencion de pasar todo el dia en el campo entregado á dicha diversion. Todos menos un noble caballero de la corte del rey me abandonaron inmediatamente, asi que comprendieron que mas valia para Alonso XI doña Leonor de Guzman que su propia y legitima esposa, reina tambien, é hija de reyes de sangre esclarecida y preclara.

— Y el nombre de ese hombre? repuso el rey con el mas marcado interes.

— Llamábase don Gonzalo Martinez, y era gran maestro de los caballeros de Alcántara.

— Llamábase don Gonzalo... luego no existe? dijo don Pedro con la mayor curiosidad.

— No existe, porque... Escuchadme: este caballero se declaró mi protector al verme postergada por una prosti... sí, lo diré, dijo con rabia reconcentrada, por una prostituta, y al verme ultrajada y despreciada por un rey demasiado niño é inesperto. Don Gonzalo me acompañó aquella misma mañana á casa de la de Guzman, quedándose él esperando en la calle mientras yo subia á confundir á la miserable que pretendia ser mas que yo. Estaba sola, y yo creo que mas hermosa que nunca. Al principio vacilé en acercarme á ella, pero acordándome de lo pasado, la cogí violentamente por un brazo, despues de darme á conocer, y le dije con todo el furor de que estaba poseida: «*Hincad la rodilla á la reina de Castilla.*» No es posible que recuerde cuanto

dije á mi entonces abatida rival; solo os diré que cuando mas la vituperaba y escarnecia, se apareció como por encanto vuestro padre, trémulo de ira y espantosamente furioso. Con tan inesperado incidente temblé yo, aunque sin aparentarlo, y mi odiosa y desigual rival lanzó un grito de alegría. — Oh! no quiero recordar lo que pasó, porque volveré á sufrir lo que entonces!

— Referídmelo, señora, os lo suplico vivamente, repuso el monarca deseoso de saber hasta el fin la historia.

— El rey tendió á su querida una mano en señal de proteccion, y con la otra me cogió un brazo con la mayor rabia y me llenó de los mas feos improperios y denuestos. Hizo mas, hijo mio; olvidándose de quien era y de quien era yo, alzó su diestra sobre mí en ademan amenazador!... Oh! me amenazó, Pedro mio, me amenazó delante de su querida, para que ella intercediese en mi favor!... Asombraos! la reina de Castilla, la madre de Pedro I no fue pegada por su esposo porque intercedió por ella la querida de este!

Doña Maria calló despues de esto, y miró con detencion al rey para ver el efecto que habian producido sus palabras en aquel carácter arrebatado y vengativo. Pero don Pedro no hizo mas que palidecer de rabia y decir á su madre con aparente calma:

— Y despues, señora?

— Despues... no recuerdo... Ah! sí, me despidió como á un criado, y se quedó con su amante. Pero antes de arrojar-me de su presencia, me dijo que si algun caballero ó villano tomaba á su cargo mi venganza, porque no dudaba que yo intentaria hacerlo, subiria sin remision á un patibulo. Esto os lo digo para que sepais no dejó de cumplirlo. El maestre de Alcántara, que me esperaba en la calle, condolido de mi situacion, y avergonzado de que un caballero castellano hiciera lo que hizo conmigo vuestro padre, juró vengarme, y para el efecto hizo desaparecer de Burgos á la muger causa de todo. Doña Leonor de Guzman fue llevada por don Gonzalo á

uno de sus castillos y sepultada en un calabozo, pero no para siempre, porque un hombre que hoy vale mucho en Castilla, y que entonces era un miserable aventurero, juró traer al rey viva ó muerta á su favorita, aunque para ello tuviese necesidad de recorrer todo el mundo. Este hombre, que hoy se llama el conde de Ledesma, salió de Burgos, y ayudado por el espíritu de las tinieblas sin duda, encontró á la muger que el rey amaba, valiéndole semejante servicio nada menos que la mas íntima amistad de Alonso XI. No os podré decir, hijo mio, cómo dió con ella el conde de Ledesma, ni cómo pudo sustraerla del poder de don Gonzalo; lo que sí recuerdo es que estando yo una mañana asomada á una de las ventanas del alcázar, disfrutando de la frescura de las mañanas del estío, veo aparecer á dos hombres armados hasta los ojos, y montados en magníficos caballos, que llevaban cada uno en sus brazos una persona desmayada al parecer. Cuando mas se acercaron á palacio pude distinguir que una de ellas era el desgraciado maestre de Alcántara, y la otra la querida de mi esposo. Oh! aquellos dos hombres malditos no se habian contentado con traer solo á doña Leonor; era necesario, como dijeron al rey, que la acompañara tambien su raptor. El infeliz don Gonzalo fue sepultado en un calabozo, donde á poco le leyeron la sentencia que habia recaído sobre él. Vuestro padre, hijo mio, le sentenciaba á muerte! A muerte un caballero tan principal, y cuyo delito consistia en haberse declarado por campeón de una reina desgraciada é insultada á toda hora!

Doña María ocultó el rostro entre sus manos, permaneciendo en esta posicion hasta que dijo don Pedro con la mayor ansiedad:

— Seguid, si os place, madre mia.

La reina dirigió á su hijo una mirada cariñosa, como dándole gracias por el vivísimo interes que manifestaba, y despues continuó de esta suerte:

— Al dia siguiente de ser devuelta al rey su amante pereció en un patibulo y á presencia del pueblo el generoso

maestre de los caballeros de Alcántara. Yo presencié también, aunque oculta por unas celosías, tan terrible escena!... yo le vi subir al cadalso preso y maniatado como un criminal, y vi ¡oh qué horror! rodar su cabeza por el fango que habia formado el polvo y su propia sangre!... Alonso XI y sus cortesanos presenciaban tranquilos y serenos la muerte de aquel hombre noble é inocente! Yo únicamente sentia aquel inesperado y fatal suceso. Mi mente era presa de mil ideas; mi corazon latía con tanta fuerza que parecia querer salirse del pecho, y toda yo estaba en una situacion difícil de pintar. Aquel hombre habia muerto por mí; fue victima de su excesiva caballeridad; justo era que yo le vengase, no es verdad, hijo mio?

Pedro I inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Todos mis sentidos se vieron de pronto embargados por un mismo pensamiento, la venganza. Mi alma no anhelaba otra cosa que ver prontamente vengada aquella sangre noble é inocente que pesaba sobre mi corazon. Los manes de don Gonzalo Martinez estaban pidiendo á voz en grito justicia y reparacion! Tamaño crimen no debia quedar impune, magüer la reina de Castilla echase sobre su regia reputacion una mancha injusta y que jamas existió. — Apenas quedó separada del cuerpo la cabeza del maestre bajé del afeizar de la ventana desde donde vi la ejecucion, lanzando un gemido hondo y lastimero y profiriendo las palabras de *venganza! venganza!* La ocasion no podia ser mas oportuna para ello, porque mientras tenia lugar la ya referida escena en la plaza de Burgos, mientras se decapitaba al gran maestre de una corporacion poderosísima, se instalaba para siempre y públicamente en el mejor y mas lujoso departamento del alcázar la querida de Alonso XI de Castilla. Aquello era lo mismo que presentarla oficialmente no solo á sus reinos, sino á España, al mundo entero! era lo mismo que decirles: esa que habita mis palacios es tanto como mi esposa; sus hijos reyes podrán ser, porque su padre lo es de nacimiento!...

— Reyes los hijos de una prostituta, señora! exclamó el jóven monarca casi fuera de sí é interrumpiendo á su madre.

— Sí, hijo mio, contestó la reina sin poder apenas ocultar su contento: aquella presentacion pública y oficial significaba todo eso. No lo comprendéis vos asi, Pedro?

— Y por qué no sepultásteis entonces veinte puñales en el corazon de la madre de los bastardos?... por qué no le dijisteis haciéndole besar vuestras plantas: «mis hijos reyes serán, y los vuestros unos miserables bastardos!» Ah, madre mia, y cómo os olvidábais hasta de vos misma!...

— No, querido hijo, que inmediatamente de abandonar la ventana desde donde presencié la muerte de don Gonzalo, me dirigí á la habitacion de la amante de mi esposo, de la muger causa de tantos males, con intencion... perdonadme, Dios mio, repuso la reina con hipocresía, con intencion, repito, de enterrar en su corazon el flexible puñal damasquino que me habia escondido en el cinto de mi traje. Sola estaba en un precioso y rico gabinete la querida de Alonso XI, y al parecer triste y llorosa. Al verla me dirigí á ella de una manera tal, que la miserable, asustada y confundida cayó á mis pies pidiendo perdon y misericordia. Os aseguro, hijo mio, que aquel momento sentí el placer mas grande que en mi vida he tenido. Dí treguas á mi justo pesar para gozarme y reirme de ver tan humillada y abatida á la muger que mandaba en el corazon de Alonso XI, y que por su causa habia subido al patibulo un hombre de los mas nobles y poderosos de Castilla. Despues volví á poseerme del furor y de la rabia que alli me habian conducido, y le dije al mismo tiempo que hendia en el aire el flexible acero: — «Vais á morir como una miserable, y vais á morir á mis manos porque he jurado vengar la muerte del hombre inocente muerto por vuestra causa; vais á morir á mis manos porque sois una infame, y porque por vos he sido ultrajada y desgraciada una y muchas veces, porque por vos he llorado y padecido, y porque por vuestra causa he concebi-

do en la desesperacion y en el mayor furor al hijo que llevo en mi seno hace un mes!»

— Y ese hijo?... preguntó don Pedro.

— Ese hijo sois vos! vos, hijo mio, que fuisteis concebido entre lágrimas de amargura y terribles momentos de dolor y desesperacion!

— Seguid, repuso don Pedro grave y taciturno.

— «Perdon!» me dijo doña Leonor tendiendo hácia mí los brazos en ademan suplicante y toda trémula y llorosa. — «No hay perdon para la muger criminal que tantos males ha originado,» le dije haciendo brillar en el aire por segunda vez mi puñal. Pero en el momento precisamente en que iba á vengarme y á vengar de una vez al desgraciado maestre, se apareció el rey y detuvo con mano vigorosa mi brazo. Oh! el rey entonces no me dijo una palabra, ni una queja salió de sus labios; pero llamando al capitán de sus guardias, hoy el conde de Ledesma, le mandó se dispusiese con una buena escolta para conducirme á Portugal. — Vuestro padre añadió despues estas vergonzosas y terribles palabras: — «Vos lo habeis querido, señora; por vuestra causa ha muerto don Gonzalo; vos misma habeis echado sobre vuestra honra el mas grande borron. Nuestro divorcio se verificará al instante, y entonces el vulgo creerá decididamente lo que yo me sospechaba.» — Qué quereis decir con eso, rey de Castilla? le dije entreviendo la mayor de las desgracias. — «Nada, señora, me contestó; el público os cree adúltera, y con la muerte del maestre y vuestra ida á la casa paterna se confirmarán tales sospechas... vos lo habeis querido, y vos misma habeis fabricado vuestra deshonor.» — Semejantes palabras, hijo mio, fueron otras tantas puñaladas que atravesaron sin piedad mi padecido corazon! oh! yo acusada de adúltera á los ojos de Castilla, de Portugal y del orbe todo!... yo, que hubiera muerto antes de conceder el mas mínimo favor á otro hombre que á mi esposo!... Mi dignidad de reina y mi orgullo de muger ofendidos y alarmados con semejan-

tes palabras me hicieron olvidar cuantos sentimientos antes me ocupaban. Tuve que ceder, hijo mio, para librarme de la deshonra, que hoy hubiera caido sobre tí! Todo lo olvidé, ó aparenté olvidarlo; celos, ultrajes, predilecciones, venganzas, todo, para verme libre del terrible turbión que sobre mi débil cabeza se formaba. Juré á vuestro padre no volver á molestar á su amante, ni entrometerme en nada suyo, consiguiendo con tamaño sacrificio verme libre de la infamante nota de adúltera que el mundo iba á echar sobre mí tan sin piedad y tan injustamente, y evitar con este remedio vergonzoso males mayores y de mas trascendencia. Despues de esto, aun no cumplidos ocho meses, me dió el cielo un hijo que con sus besos y caricias me hiciera olvidar cuanto sufrí y aun sufría en el silencio á que me habia reducido. Asi sucedió en efecto. Una vez madre todo lo olvidé, y encerrada con vos toda la vida en mis habitaciones, me creía dichosa con vuestros puros y cariñosos besos. El rey me trató despues de esto con la mayor amabilidad y contento, aunque jamas me amó, y su favorita le hizo sentir mas de una vez el afecto de padre. Esta es la historia que con tanto empeño queríais saber, y que os he referido en vuestra niñez tantas veces. Por ella sabeis lo desgraciada que he sido y lo mucho que he padecido en la edad precisamente en que todo debió de ser felicidad y encanto. No culpo á la querida de mi esposo, sino á mi destino, aunque odio á la primera porque ella ha sido la estrella fatal del segundo. Y sino fuera porque juré vengar al maestre de los caballeros de Alcántara...

— Seguid, señora; qué os detiene?

— Si vieras cuánto me cuesta cumplir con tan sagrado deber!

— Bien, os comprendo: doña Leonor morirá fuera de Sevilla.

— Infeliz! exclamó la reina aparentando sentimiento, cuando su corazon saltaba de alegría en el pecho. La astuta por-

tuguesa se limpió una lágrima violentada que rodaba por su megilla, y dijo al rey:

— Perdon para ella, hijo mio!

— Es tarde.

— Perdon, Pedro!

— No, señora.

— Con que no hay remedio para esa infeliz? repuso la reina queriendo apurar hasta lo último para saber positivamente á qué atenerse.

— Ninguno, señora: causas poderosas me obligan á ello.

— Acaso la muerte del maestro?

— Son tres, y una de ellas es esa que acabais de nombrar.

Doña María se encogió de hombros, aunque conocia perfectamente el pensamiento de su hijo, y repuso con la mayor naturalidad:

— Pongo á Dios por testigo que no os entiendo una palabra, hijo mio.

— Escuchadme: tres son las causas que hacen imposible el perdon de la favorita de mi padre. — Primero, la muerte del gran maestro de Alcántara. Segundo, os ofendió sin piedad, y el delito de lesa-magestad es imperdonable en un pais donde quiera el rey ser respetado y temido. El tercero es de tanto valor como los anteriores. Cuando os oía en mi infancia quejaros de vuestra suerte y de los desprecios que habiais recibido de mi padre el rey y de su asquerosa concubina, la rabia mas espantosa, el furor mayor se apoderaba completamente de mí: en aquellos momentos si soy mayor, asesino á cuantos os hacian padecer; pero como era un niño que no habia aprendido mas que á odiar, me juré yo á mí mismo vengaros de todo cuando empuñase el cetro de Alonso XI. Este tiempo ha llegado ya, y mis palabras estan pidiendo un pronto cumplimiento. Si os concediera la vida de esa muger faltaria á mi juramento, y ya veis si este y la palabra de honor son respetables para un rey.

— Si el destino lo tenia asi dispuesto, cúmplase en buen

hora, contestó doña María, como resignándose á la inflexible voluntad del primer Pedro de Castilla.

—Otros nombres me enseñásteis á aborrecer cuando niño que ahora no recuerdo. Tened la bondad de repetírmelos, señora.

La reina miró asombrada á su hijo.

—Sí, además de doña Leonor de Guzman odio desde el nacer al bastardo de Trastámara, á don Fadrique, don Tello, don Sancho, los hermanos pequeños de estos y al conde de Ledesma. Había otro, amigo del conde, cuyo nombre... ah, sí, un capitán de ballesteros llamado Nuño Fajardo, no es eso, señora?

—Cierto; pero esos hombres...

—Acabad!

—Esos hombres son invulnerables.

Don Pedro soltó una estrepitosa carcajada al mismo tiempo que decía:

—No lo serán con vuestro hijo. El hacha de mi verdugo es de un temple y filo tan superior que no se ha conocido igual.

—Oh, hijo mío, no lo creas! el conde de Ledesma se ha librado siempre de cuantos peligros le han amagado: el conde de Ledesma y su amigo son dos hombres poderosísimos á quienes teme Castilla toda. Yo misma he temblado más de una vez á presencia del primero. No te quede la menor duda que es un ser superior á todos.

—Lo que es el conde de Ledesma es un hombre invencible y audaz.

—Sea lo que queráis; pero guardaos bien de él, hijo mío.

La madre y el hijo guardaron silencio largo rato. Ambos estaban preocupados con una misma idea. El destino fatal de la favorita de Alonso XI iba á cumplirse. Los astrólogos de su esposa habían visto siempre cerca de la estrella esplendorosa y brillante de su favoritismo una nubecilla negra y densa como el humo que despiden las hogueras. La

madre del que despues se llamó Enrique II, el de las mercedes ó el caballeroso, iba á pagar de la manera mas cruel é injusta sus verdaderos amores. El delito de aquella muger hermosa y querida por su bondad, era el de haber amado demasiado á un hombre que la sedujo sin decirle la gran distancia que la fatalidad habia puesto entre los dos. Terrible escándalo! Espantoso atentado que solo podia cometer un Pedro I! Y aunque se ve en esta muerte la crueldad del hijo de Alonso XI, no puede haber duda que la culpa toda la tuvo la celosa y astuta portuguesa, muger cruel y sanguinaria en demasia.

Don Pedro se separó del sillón de su madre diciendo á esta con la mayor cortesía:

—Me dais vuestro permiso para retirarme?

—Sí, hijo mio; pero os encargo que no dejéis de visitarme.

—Me he impuesto el deber de informarme personalmente de vuestra salud todos los dias, madre mia, contestó el jóven monarca besando la ancha y espaciosa frente de su madre.

—Gracias, hijo querido.

Pedro I se inclinó ante su madre en señal de despedida, y salió á poco de la regia cámara cerrando la puerta tras sí.

Don Pedro salió gozoso de la habitacion de su madre, porque de la conversacion que ambos habian tenido habia resultado una muerte. Esta no lo quedó menos considerando que la muerte decretada era nada menos que la de la muger á quien tanto odiaba. Asi es que apenas traspuso el monarca el festoneado dintel de la puerta, cuando se levantó doña María de su asiento, y dando un paseo por la estancia, exclamó con indecible alegría:

—Venganza! venganza, sí! muera esa muger odiosa que tanto me ha hecho padecer, y mueran sus hijos todos para que se acabe de una vez esa raza bastarda y miserable! Venganza! sangre! yo necesito sangre, mucha sangre, para olvi-

dar mis sufrimientos! Ah! respiro; gracias, Señor, gracias os doy porque ya soy reina!... reina para matar, reina para ser obedecida! No haya piedad para ninguno!... muera tambien ese capitán llamado Nuño, y... oh! no puedo nombrar á su amigo, á ese hombre que... tanto temo, amo y aborrezco al mismo tiempo. Dios mio, qué es esto? yo que á nadie temo, me he de asustar con solo pronunciar el nombre del conde de Ledesma? qué clase de influencia ejerce sobre mí ese hombre maldito? oh! no lo sé... no lo sé...

Y doña María, tan furiosa como un demente atacado del mas espantoso acceso de locura, se paró de pronto y miró á todas partes con asombro. Despues se pasó la diestra por su frente abrasadora y dijo con tranquilo continente:

— Es necesario acabar de una vez. — El conde de Ledesma tiene que morir, porque ese hombre no es otra cosa que un demonio que el infierno ha interpuesto en mi carrera; y es necesario que muera antes que nadie, porque sino no podré llevar á cabo mi obra de venganza!... que muera el primero, porque cuando lo veo siento en mi pecho una cosa tan rara!... se obra en mí tal cambio, que no quisiera matar, sino ser noble y generosa con mis enemigos!... Oh, no... que muera, porque sino no podré vengarme de la querida de mi esposo, ahora que el destino la ha puesto en mis manos, ahora que no vive Alonso XI para defenderla y ultrajarme! La hora de la venganza ha llegado... retroceder sería una cobardía! Empecemos por el... conde... y sin embargo de que no quisiera verle, porque padezco tanto, sin embargo de todo... oh! cuánto daria porque él... pero qué digo! ah! me olvidaba hasta de mí misma! yo amar á un hombre que ha sido mi mayor enemigo... á un hombre que me odia de muerte, y que no corre por sus venas la sangre real que por las mias circula? no, no; huya de mí semejante idea y muera Felipe, para que yo pueda vengarme de la favorita de don Alonso, de ese esposo de aborrecible memoria!

La reina se acercó á un resorte que habia sobre la chimenea de mármol negro y tiró de él con mano trémula y vacilante.

El metálico sonido de una campanilla se oyó al instante bibrar en las piezas exteriores.

A los pocos momentos despues se abrió una puerta, por donde apareció una jóven bella y risueña como un dia de primavera. Aun no habia traspuesto el dintel cuando se inclinó con el mayor respeto, diciendo al mismo tiempo:

— Llamaba vuestra alteza?

— Escusada creo la pregunta, contestó doña María con acritud, cuando sabeis que nadie sino yo puede tocar esa campanilla.

— Señora... mi intención era...

— Basta.

La jóven volvió á inclinarse y guardó silencio; pero la reina continuó de esta suerte:

— Ha venido mi secretario?

— Don Alonso de Olmedo hace rato que espera en el gran salon las órdenes de vuestra alteza.

— Conducidle aqui, y que nadie nos interrumpa, lo ois? nadie absolutamente.

— Descuidad.

La bella camarista se alejó de la estancia con la mayor ligereza.

Doña María, en tanto llegaba el personage citado, cerró la puerta que daba salida al departamento habitado por su hijo don Pedro; tomó posicion de su colosal y magnífico sillón gótico, arregló con esmero su negra toca de tul, á fin de que no se advirtiera desaliño en su tocado, y dijo con aparente calma:

— Para empezar mi venganza necesito de ese hombre tan malo como repugnante. Veamos cómo se presenta.

En la cámara real se apareció un hombre que nuestros lectores habrán conocido en él al dueño de la hostelería del

Cuerno de la abundancia. Sus maneras no eran las del torpe y hablador posadero; sus carnes se habian disminuido considerablemente, y sus facciones habian perdido el sello de estupidez é ignorancia que tan bien decia con su enorme corpachon y sus colorados carrillos. Otro hombre se presentó á la reina que el que vimos en el Cuerno de la abundancia informar tan perfectamente al conde de Ledesma de cuanto ocurría á la sazón en la corte del finado Alonso XI. Su abdomen rematado en punta habia desaparecido completamente; sus ojos eran vivos y sagaces ahora, y en sus megillas ya no existía aquel encendido color que acababa de completar el verdadero tipo del bonachon y servicial hostelero de la edad media.

El confidente de la madre de Pedro I frisaba en los cuarenta años: era bajo de estatura, no muy delgado, y de semblante un tanto antipático. Sus ojos, como hemos dicho anteriormente, eran vivos y sagaces; pero tenían esa viveza y sagacidad propia del tigre, y en sus labios se veía siempre pintada la mas espantosa sonrisa. Don Alonso de Olmedo era uno de esos hombres ambiciosos y avaros que jamas han tenido un sentimiento noble y generoso, y que por aumentar sus escondidos montones de oro cometen cuantas acciones se les ordene. Era uno de esos hombres malos por instinto, é indiferente á cuanto no fuera tocar al tesoro que un crimen y otro crimen le habian proporcionado. Doña Maria odiaba de muerte á su confidente; pero estaba plenamente convencida que sin él era imposible llevar á cabo su obra de sangre y esterminio. Así que no solo lo recibió con la mas marcada deferencia, sino que le hizo sentar á su lado, favor que rara vez solía conceder.

Como acostumbrado á semejante trato por parte de la reina, cogió don Alonso con desembarazo una banqueta, y despues de ocuparla dijo á doña Maria con el mayor respeto:

— Qué tiene que mandar su alteza al mas fiel de sus criados?

— Por Dios, Olmedo, no me confundáis con vuestra excesiva galantería. — Vos mi criado?

— Cierto; y por ello tengo el mas grande placer y contento.

— Vamos, os dejaré, porque si no sería el cuento de nunca acabar. — Os he llamado para haceros ciertas preguntas y aun reconvenções.

— Deseo oir las primeras y temo las segundas, contestó el ex-hostelero dando vueltas entre sus manos á un virrete verde con pluma del mismo color, y mirando á la reina con la mayor atencion.

— Sabed, señor mio, repuso doña Maria con tono bromista, que ademas de reconveniros os voy á acusar de poca exactitud.

El confidente de la portuguesa dió un brinco en el asiento y se puso descolorido como un cadáver.

— Acusarme de poca exactitud! dijo sorprendido.

— Sí, de poca exactitud y de falta de verdad.

— Señora, no os comprendo, y cuidado que trato de ello.

— Y me comprendereis si os digo que me habeis engañado?

— Pruebas, pruebas si lo teneis á bien! repuso el de Olmedo un tanto amostazado y mirando á la reina con desconfianza.

— Sí, os las voy á dar. — Escuchadme: — Qué me mandásteis á decir con un escudero que vino de Tarifa por vuestro mandato acerca del conde de Ledesma?

— Si mal no recuerdo, que habia caido en la red.

— Y cayó efectivamente?

— No cabe duda, pues que vino acompañando los restos mortales del llorado y querido padre de vuestro hijo.

— Y decidme, recibisteis la orden que os dirigi por el conducto de vuestro enviado el escudero.

— La recibí, señora.

— Qué os decia en ella?

— Que prendiese despues de muerto el rey al conde de Ledesma y lo trajese á los calabozos de este alcázar.

— Y por qué no lo hicisteis?

— Porque la ocasion no la conceptué oportuna.

— Y despues de enterrado don Alonso, por qué no ejecutásteis mi mandato?

— Porque el conde huyó al estrangero no bien hubo dejado en la catedral el cadáver de don Alonso.

— Y sigue ausente de su patria?

— Señora, qué significa semejante interrogatorio? preguntó el de Olmedo con estrañeza.

— Significa que vuestras noticias son inexactas y que me habeis engañado; significa que, ó que perteneceis á otro, ó que mirais mis mas interesantes asuntos con la mayor indiferencia. — Habeis de saber que el conde de Ledesma está en Sevilla, y tal vez maquinando la ruina de vuestro rey, mi augusto y querido hijo.

— Señora, vuestra alteza está muy mal informada. — El conde de...

— El conde de Ledesma está en Sevilla os he dicho. — El conde de Ledesma lo he visto yo misma. Qué me contestais?

— Nada, si vuestra alteza lo ha visto efectivamente.

— Cómo! dudais?

— Dios me libre! pero es una noticia que me ha llenado de sorpresa.

— Qué hareis ahora para contestarme?

— Buscar por todo el mundo á ese miserable y...

— Vamos, ácadad...

— No sé si vuestra alteza aprobará mi pensamiento.

— Desde luego lo apruebo y os faculto para lo que sea.

— Pues bien, hundiré mi daga en el pecho de ese conspirador, ó lo sepultaré en el mas hondo calabozo de este palacio.

— Si ha de reinar con tranquilidad mi querido hijo, es más eficaz el primer remedio. Y sin embargo, cuánto siento que se derrame la sangre del conde de Ledesma!

— Sentís la muerte del hombre que el día que quiera sepultará en la nada el trono de don Pedro I? Reina de Castilla, pensad bien sobre esto, y juro á Dios que hasta temblareis vos misma. El favorito de vuestro esposo posee un arma terrible, además de la influencia y prestigio que tiene en todos estos reinos.

— Un arma terrible habeis dicho, Olmedo? repuso la reina con rostro un tanto descompuesto, efecto sin duda de la terrible borrasca que en su corazón pasaba; borrasca espantosa, hija de la duda, de la incertidumbre, porque por un lado, y cediendo á sus instintos de venganza, queria, ansiaba á toda costa la muerte del hombre mas querido en Castilla, y por otro deseaba la vida del conde, por quien habia concebido la pasión mas grande y atroz; pasión cuyos límites no conocia la orgullosa y vengativa madre de don Pedro I. — Un arma habeis dicho? volvió á repetir.

— Sí, un arma poderosísima con la cual no solo conseguirá cuanto quiera, sino que podrá penetrar hasta aqui mismo si se le antoja. Es un talisman que pertenece á vuestro hijo, que este no lo ha echado de menos en la herencia paterna, y que toda Castilla venera y respeta. Sin él no es don Pedro verdadero rey de estos ricos y estensos dominios.

— Oh! maldito si comprendo ni una sola de vuestras palabras: de qué me habláis? qué talisman es ese que Alonso XI no ha legado á su legítimo hijo, y que ni él ni yo conocemos?

— Conoceis los testamentos de los reyes de Castilla desde el hijo de doña Berenguela?

Doña María se encogió de hombros.

— Habeis leído el de vuestro esposo?

— Ni he leído el de don Alonso, ni sé quién fue el hijo de esa doña Berenguela que habeis nombrado.

— Os voy á contar una historia, que aunque muy antigua, es asaz importante para vuestra alteza y su augusto hijo.

La reina madre aparentó prestar atención. Y decimos esto porque todavía luchaba en su interior con las dudas

é incertidumbres que ya hemos dado á conocer á nuestros amables lectores.

—El hijo de doña Berenguela, que no conoceis, fue el glorioso don Fernando III, terror de la morisma, ejemplo de virtud, de castidad y de amor á sus vasallos. Fue tan valiente como noble, y tan generoso y magnánimo como amante de Dios y de su sacrosanta religion. Este gran monarca, que con el tiempo adoraremos los fieles en los tabernáculos de nuestros sagrados templos, engrandeció notablemente sus reinos y les dió á fuerza de gloriosas conquistas la estension que hoy tienen. La ciudad que hoy sirve de residencia y corte á vuestro escelso hijo, esta inapreciable perla de sus reinos que conoceis con el nombre de Sevilla, fue uno de los mas hermosos florones con que adornó Fernando III su brillante y esclarecida diadema. Despues de una tenaz resistencia, despues que el monarca hizo su entrada solemne, perdonando á los hijos de Mahoma y premiando á los dignos de recompensa, visitó la suntuosa y magnífica mezquita, cuyas agujas y festoneado de delicado y sutil encaje de piedra veis desde vuestra regia cámara. El gran rey se quedó mudo y estático á la vista de tanta grandeza; pero asi que la sorpresa le dió treguas, se volvió á sus cortesanos y al rey moro destronado y les preguntó: — Oh!

IX — Sabeis alguno de vosotros quién ha sido el autor de esta maravilla?

Todos se encogieron de hombros, y el rey moro se apresuró á decir:

— Su autor, invencible rey, fue el mismo Mahoma, quien recibió la inspiracion de Dios y por su orden se construyó. Todos los hijos de Alá lloraremos eternamente la pérdida de este templo, cuyo pavimento holló mas de una vez con su planta el verdadero Profeta.

— Oh! repuso el rey, si el falso Profeta le erigió por orden del mismo Dios, yo levantaré en su centro un tabernáculo, un altar tan gigante como sus bóvedas, donde estará

toda la pasion y muerte de Jesucristo, del hijo del Padre Eterno. Templo católico será este edificio, y en él me reservaré yo un palmo de tierra donde descansen mis restos!

Y despues de recorrer el monarca todo el templo de Mahoma, cuando ya se disponia á salir por una de sus puertas principales, vió brillar en el suelo una cosa que al instante se incorporó para cogerla. Una hermosa sortija de un valor incalculable fue el hallazgo. Don Fernando la contempló largo rato, y observando que sobre su aro de hierro negro habia compuesto con diversas y ricas piedras el nombre de «María,» dijo con efusion y respeto:

— Oh! la Madre de Dios nunca me abandona! gracias, Señora, gracias una y mil veces! Habrá sido un aviso del cielo? Pues por si acaso, mandaré yo prolongar los muros de este templo, y construiré en este mismo sitio una espaciosa y magnífica capilla, donde se ha de venerar la imagen de María con el título de los Reyes, y donde seré enterrado, como igualmente los reyes mis sucesores que quieran; pero con la condicion espresa que han de conservar esta sortija, joya apreciable que siempre venerarán todos.

— No sé, dijo la reina interrumpiendo á su confidente, qué tiene que ver cuanto habeis dicho con el arma terrible y poderosa que posee el conde de Ledesma, y con la cual puede destronar á don Pedro I.

— Si no me dejais concluir, señora, no podré deciros lo que tanto anhelaís saber.

— Bien, proseguid; pero os suplico que seais breve. Esa relacion me parece un cuento de vieja.

— Cuento de vieja! oh! mejor sería para vos y el rey que realmente fuera lo que habeis dicho. Pero desgraciadamente vais á convenceros de lo contrario. — Sabed, señora, que don Fernando III estimó siempre muchísimo aquella alhaja, por la que la catedral de esta ciudad ganó una de sus mejores y mas magníficas capillas, donde se venera la imagen de María y se conservan intactos los res-



tos del monarca santo. Al morir este se la dejó muy recomendada á su hijo Alonso el sabio, quien se la legó de la misma manera al bravo Sancho IV y este á su hijo Fernando del mismo número. El jóven hijo de Sancho y de doña María Alfonsa de Molina apreció en extremo aquella joya, aunque sin comprender por qué, ni conocer la virtud que tenia, virtud que solo Fernando III sabia, gracias á la aparicion de cierto angel que le envió la inmaculada Madre de Dios.

— Hay tambien apariciones? preguntó la reina con incredulidad.

— Tambien, señora.

— Pues dejad vuestro cuento, sino quereis hacerme reir con semejantes patrañas.

— Patrañas! ya vereis lo que son las patrañas. Fernando IV le dijo á un nigromántico cierto dia que le esplicase si podia por qué pasaba aquella sortija de generacion en generacion tan recomendada y atendida. Por qué le decia su padre en el testamento que la conservase eternamente, y que si la perdia cesaria de reinar en Castilla la raza y familia á que pertenece don Pedro.

— Eso dice el testamento de Sancho IV?

— Los testamentos de Fernando III, Alonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alonso XI tienen escritas esas mismas palabras.

— Y por qué no posee mi hijo esa sortija?

— Porque la tiene el conde de Ledesma.

— Y qué mal hay en eso?

— Que vuestro hijo será el último de su raza que reine en Castilla.

La reina se encogió de hombros.

— Y ese es todo el peligro? dijo con indiferencia. — Reine él mientras viva, y lo demas poco ó nada importa.

— Os engañais: don Pedro tal vez tenga que ceder algun dia su trono y su corona al poseedor de la sortija en-

contrada por Fernando III, si dicho poseedor es de sangre real.

— Entonces hay menos peligro, porque el conde de Ledesma...

— Teneis razon; pero y si se la dá al conde de Trastamara, hijo mayor de vuestro esposo?

Doña Maria miró á su confidente con la mayor sorpresa. El rostro de la estrangera estaba livido, completamente demudado.

— Creéis ahora?

— Nada creo, y sin embargo el mayor temor se ha apoderado de mi corazon. Pero decidme, Olmedo, por qué si sabia mi esposo quanto habeis referido no legó á su hijo legitimo esa sortija como lo demas?

— La razon es muy clara. Don Alonso tenia dos hijos de una misma edad, uno rey por su nacimiento, y otro desgraciado y pobre; y como no tenia dos coronas separadas para los dos, le dió al uno la posesion del trono castellano, y al otro, al que mas amaba, los medios para que se lo arrebatase el dia de mañana al legitimo poseedor.

— Esa es una infamia, Olmedo!

— No he dudado en creerlo asi.

— Oh! y qué hacer ahora?

— Una cosa muy sencilla; quitando la causa principal se evitan los efectos que resultar pudieran mañana.

— Oh! padezco atrocemente cuando me hablais en ese lenguaje enigmático.

— Os hablaré mas claro: vuestro esposo ha obrado en este asunto con toda la prudencia y aplomo que tanto le caracterizaban. Si hubiese entregado la sortija á su hijo Enrique, jóven atrevido, audaz y ambicioso, desde el momento que hubiese espirado don Alonso se enciende Castilla con la guerra mas cruel y sangrienta. El de Trastamara es impotente ahora, porque ignora quanto os he referido, porque esto solo lo sabe el conde de Ledesma, en-

cargado por vuestro esposo de poner el talisman en manos de Enrique cuando este sea capaz de labrar la dicha de los pueblos que hoy gobierna don Pedro I. — Os decia que quitando la causa principal no hay efectos, porque si suprimimos al conde de Ledesma, con él muere el secreto, y la sortija hereditaria en tantos reyes pasa á poder de vuestro hijo. — Aprobais, señora?

— Oh, sí! apruebo!...

— Con que el conde de Ledesma?...

Doña María escondió el rostro entre sus manos.

— Qué me respondeis?

— Sobre qué?...

— Sobre la muerte del que puede destronar á vuestro hijo.

— Oh! no lo sé, Olmedo!...

— Dudais?

— Qué sé yo!...

Y la reina volvió á ocultarse el rostro para dejar salir dos lágrimas ardientes, abrasadoras, que ya no podía contener por mas tiempo. De pronto levantó la cabeza, y con rostro sereno y altivo repuso sin detenerse:

— No, no dudo; y en prueba de ello os ofrezco cien monedas de oro si me traéis la cabeza del favorito de mi esposo.

— Cien monedas!

— Lo dicho, Olmedo.

— Señora, os juro por lo mas sagrado que os vereis libre de ese hombre.

— Eso quiero.

— Con vuestro permiso voy á preparar mi gente á fin de dar el golpe cuanto antes. Esta noche clavará mi fiel Tremendas su agudo puñal en el corazon de ese conde aborrecible.

— Tremendas habeis dicho? Jesus qué nombre tan raro!

— Es el apodo de mi mas fiel sirviente. Siempre que hay que desempeñar algun cometido de la clase del que acabais de encomendarme, me veo precisado á recurrir á ese

tuno, que lo mismo da una puñalada que si se bebiese un vaso de vino. — Yo soy la cabeza y él es el brazo.

— Y podré fiar tanto del brazo como de la cabeza, Olmedo?

— Una vez puesto Tremendas á dar el golpe mataria... á la muger mas hermosa que se le presentase, y eso que es en extremo enamorado.

— Despues ajustaremos el precio de otra cabeza tan importante como la del conde.

— Cáspita! Ha llegado acaso aquella hora de que tanto me hablábais en tiempo del rey don Alonso?

— Ha llegado felizmente para mí.

— Y la persona designada?

— Es una muger tan aborrecible como Felipe.

— Rayo de Dios! es acaso la madre de Enrique de Trastamara?

La contestacion de la reina fue una sonrisa llena de satisfaccion y de venganza, una sonrisa en que se veía retratada la ira y el contento, el despecho y la venganza.

— Con que al fin va á pagar esa miserable cuanto os debe? preguntó el repugnante Olmedo con alegría, porque creía tener ya entre sus manos otras cien monedas de oro.

— Sí, llegó la hora!

— Hora que yo anhelaba para daros pruebas de mi adhesion y respetuoso cariño. Hora de sangre y venganza que el cielo os concede para que en tan corto tiempo goceis lo que habeis llorado por espacio de diez y ocho años, no es verdad, reina y señora?

— Verdad, Olmedo. Aunque me se ocurre una idea. — Vais á encomendar la muerte de doña Leonor á ese hombre que habeis nombrado?

— Probablemente. Os puedo asegurar que es segurísimo su golpe.

— Y si se ablanda con sus ruegos y lágrimas?

— Perded cuidado.

— Sin embargo... os doy otros cien escudos mas si con el conde y la favorita de Alonso XI sois el brazo y la cabeza. — Vamos, haced este favor por mí.

— Pedís de un modo, señora, que no se os puede negar nada absolutamente.

Doña María dió las gracias con una leve inclinacion de cabeza.

— Estoy á vuestras órdenes, señora, dijo el ex-hostelero del Cuerno de la abundancia abandonando su asiento é inclinandose ante la reina.

— Os marchais?

— El tiempo urge.

— Es verdad; pero decidme antes en qué parte del alcázar habita doña Leonor de Guzman.

— En el departamento que da á los jardines principales. Teneis que mandarme alguna otra cosa?

— Nada mas que me hagais el obsequio de ponerme en camino de esa parte del alcázar. Quiero ver por la última vez á la muger que gozaba y amaba mientras yo aborrecia y lloraba de rabia y de celos. Quiero verla para decirle que se prepare á salir de Sevilla.

— Cómo! pues y nuestro proyecto?

— Tendrá lugar en mis dominios. Enrique de Trastamara está en Sevilla, y comprenderéis.

— Perfectamente.

— Lo que conducida á Talavera, villa de mi pertenencia, es mas facil poner en práctica ese proyecto de que me hablábais.

— Bien pensado, señora; pero su hijo se opondrá abiertamente á que salga de aqui, y en ese caso todo se ha perdido enteramente.

— Descuidad, que Trastamara y la corte entera creerán que doña Leonor ha sido llamada á Coimbra por su hijo el gran maestre de Santiago. Una vez en el camino, la conduciréis á mi castillo de Talavera, distante doce leguas de Toledo.

— Y en el momento?...

— En el instante mismo ejecutais mis órdenes. Estais enterado?

— Perfectísimamente.

— En ese caso, marchemos.

Y doña María abrió la puerta por donde habia salido don Pedro I, y desapareció por ella seguida de su confidente Alonso Fernandez de Olmedo.

Ambos se dirigieron al departamento que en el alcázar de Sevilla habitaba la favorita de Alonso XI.





### CAPITULO III.

*De como doña Maria tuvo un encuentro que no esperaba.*



**C**OMO habia dicho el cómplice de doña María, Alonso Fernandez de Olmedo, la habitacion que habitaba la favorita de Alonso XI en el real alcázar de Sevilla ocupaba la planta baja que daba á los jardines principales. Estensos y marmóreos salones, galerías llenas de estatuas y preciosos adornos, y lindos y elegantes gabinetes adornados con tanto lujo como primor, constituían el departamento que en el alcázar de Sevilla habia destinado don Alonso para su querida y siempre amada Leonor.

Dos meses hacia que la madre de Enrique de Trasta-

mara no salió ni una vez siquiera de sus habitaciones; dos meses justos y cabales que no se abrian sus ventanas, ni se oía en su interior otro ruido que sollozos entrecortados y exclamaciones de doloroso sentimiento. La puerta principal que daba entrada á este departamento, en otro tiempo tan concurrido por pages y donceles, caballeros y cortesanos, se hallaba cerrada hacia tambien dos meses, aunque una de sus hojas de dorado metal giró sobre sus goznes mas de una vez para dar entrada al conde de Ledesma, amigo íntimo é inseparable del rey padre de don Pedro I. Esta era la única persona que habia penetrado en aquellas habitaciones en el referido tiempo de aislamiento y reclusion. Leonor de Guzman lloraba noche y dia la muerte del hombre á quien tanto habia amado; del hombre que tan bien habia sabido apreciar los sacrificios y abnegaciones de aquella muger noble y generosa. Su tierno y apasionado corazon no podia soportar no solo pena tan intensa, dolor tan grande, sino el cúmulo de desgracias que presentía. La infeliz conocia que por ella habia padecido la reina, sabia que era orgullosa y vengativa, y no dudaba que muerto su único apoyo trataria de vengarse, haciéndola pasar por las pruebas mas duras y terribles. Tales temores fueron dichos al conde de Ledesma por la madre de los bastardos, con el doble objeto de que aquel amigo noble y cariñoso estuviese sobre aviso y aconsejase la conducta que doña Leonor debia de observar para no verse sorprendida.

— Señora, contestó Felipe cuando esto, tambien mi corazon como el vuestro ha tenido las mismas sospechas y los mismos temores, casi con mas fundamento, porque afortunadamente para vos conozco demasiado bien á doña María y sé hasta dónde puede llegar su maldad. — Pero tranquilizaos: vivid serena y segura, que mientras el conde de Ledesma pueda cumplir con el encargo que recibió de su rey acerca de vos, nadie, nadie absolutamente, ni aun el mismo rey don Pedro, tocará uno de vuestros cabellos.

— Oh! no temo por mí, señor; si temo es por mis hijos.

— Vuestros hijos están libres completísimamente. Descuidad sobre ellos.

— Y los que se crían en la ciudad de Carmona por orden de don Alonso?

— Esos tiernos infantes están mas seguros que los demás. No veis que son unas criaturas indefensas é ignorantes de todo?

— Hijos míos!

— En cuanto á vos, cerrad vuestras puertas y ventanas, cortad toda comunicacion con los de fuera, y procurad vivir en el mayor aislamiento. Tal vez llegue dia en que no se acuerden ni de que habitais siquiera en este alcázar.

Doña Leonor de Guzman hizo al pie de la letra cuanto le habia dicho el único amigo que le quedaba en el mundo.

El departamento ocupado por la favorita de Alonso XI mas pareció desde entonces mansion sepulcral que morada de vivientes. Mil versiones y comentarios se hacian acerca de aquella especie de enterramiento. Quién aseguraba haber visto la sombra de don Alonso venir todas las noches á hacer una visita á la muger que tanto habia amado; y quién decia que esta y toda su servidumbre habia sido trasportada á los infiernos en cuerpo y alma por una mano desconocida, y que al mismo tiempo habia cerrado y encantado aquellas preciosas habitaciones tan ricamente adornadas. Lo cierto es que por espacio de dos meses vivió doña Leonor en la mayor quietud, y que todo el mundo respetó su silencio y deseo de vivir sola y apartada de la corte y de su bullicio infernal. Solo el conde de Ledesma y nosotros, á fuer de verdaderos cronistas, tenemos el derecho de penetrar hasta la misma estancia donde esté doña Leonor.

Era esta un salon no muy grande, llenas sus paredes de preciosas molduras de piedra y de ricas y flotantes colgaduras de damasco y rasó sus ventanas y puertas. En su frente

principal habia una espaciosa chimenea de mármol jaspeado con chapas de plata divinamente cinceladas. Sobre una blanca y abultada cama de ceniza ardian con la mayor lentitud dos ó tres leños de encina, que mantenian en la estancia un grado de calórico en extremo agradable. Cerca de la chimenea de mármoles y plata estaba doña Leonor de Guzman toda vestida de negro y ocupando una rica y elegante poltrona de dorada madera. La madre del que despues de don Pedro reinó en Castilla con el nombre de Enrique II, tendria escasamente de treinta y seis á treinta y siete años de edad: sus bellas facciones conservaban la pureza y perfeccion por lo que doña Leonor habia sido reputada en sus primeros tiempos por la muger mas preciosa y perfecta de Castilla. Sus ojos, negros como el terciopelo y grandes como el de las georgianas, estaban tristes, llorosos y amortiguados: sus mejillas pálidas y sus labios secos y blancos imprimian en aquel bello semblante el sello mas completo del dolor y del sufrimiento. Doña Leonor tenia apoyada su frente en una de sus manos, y de sus ojos grandes y rasgados se desprendian dos lágrimas que no trató de contener. Frente de ella, aunque sentada á un lado de la chimenea sobre un almohadon de floreada tela verde, habia una mora de diez y siete años, tan bella y encantadora como la mas hermosa muger del Oriente. Sus ojos eran negros, su nariz de configuracion griega y sus labios delgados y finisimos estaban teñidos por la mas subida tinta carminosa: casi divina, tenia en sus delicados perfiles el irresistible imperio de la fascinacion y los deliciosos contornos de una estremada belleza: su aire y su mirar, ora era voluptuoso, ora grave y altivo como el de una reina, ó humilde y resignado como el de una virgen: en sus labios de abillantado coral se veía pintada la mas graciosa y encantadora sonrisa, producida por las ideas risueñas y placenteras que cruzaban por su mente exaltada y fantástica, como fantástico era el traje que la cubria.

La jóven mora olvidó por un momento su pensamien-

to, y acercándose á doña Leonor de Guzman, le dijo con acento conmovido:

— Señora... ah! siempre llorando!

La de Guzman levantó la cabeza.

— Cesad en vuestro llanto, querida señora mia... oh! vais á moriros con tanto llorar y tanto padecer! no es tiempo ya de que deis algunas treguas á vuestro dolor?

— No, no es tiempo, Zelima.—Cómo se conoce que nunca habeis padecido...

La jóven se sonrió de satisfaccion.

— Es verdad, dijo; pero qué adelantais con afligiros tanto?

— Si no llorara me ahogaria el dolor.

— Pues haced lo que os ha dicho el conde de Ledesma.

— Oh, imposible!... nada me puede distraer.

— Ni los asuntos de vuestra esclava mas querida?

— Tú mi esclava! no, hija mia; siempre serás para mí la hija del rey moro de Algeciras, la jóven que don Alonso me envió para que la amara y la protegiera. Y si hubieses abrazado la religion católica, te podria llamar mi hija.

— Creedme, señora, yo amo á Dios y á su sacrosanta Madre la Virgen Maria allá en el fondo de mi corazon, tengo mas fé y creencia en ellos que en la religion de mis padres; pero si de pronto renegase de todo Haffiz dejaria de amarme, y yo entonces me moriria de dolor como vos. Espero, señora, que mi amante se haga católico para que nuestra union se pueda realizar despues como se hace en Castilla.

— Y consentirá?

— Al principio se ha negado... pero como me ama tanto!

— Y dónde lo conocisteis?

— En la corte de mi padre.

— Pero decidme, hija mia, cómo se halla vuestro amante en Sevilla?

— Es tanto lo que me ama, que por estar cerca de mí ha entrado al servicio del rey don Pedro.

— En clase de qué, Zelima?

— Oh! vergonzoso es su destino... pero él es noble y rico.

— Es acaso esclavo del hijo de Alonso XI?

— Esclavo es, señora, por estar cerca de mí, por poder hablarme y por exigirme todos los dias veinte veces que no le olvide nunca.

— Desgraciado! y sufre por vos tanta humillacion?

— Todo por nó separarse de mi lado.

— Oh! pues amadle mucho, Zelima, amadle siempre, porque el que sufre los ultrajes y castigos de un rey como don Pedro solo por estar cerca de su amante, qué no hará por esta, hija mia?

— Oh! cuanto yo quiera, dijo Zelima con orgullosa coquetería.

— En ese caso haceos cristianos pronto, y yo seré vuestra madrina.

— Oh! sí, al momento. Esè es mi mas constante deseo.

— Quiera el cielo que seais siempre felices!

Zelima se sonrió de placer. Las palabras de la favorita de don Alonso, palabras dichas con el mejor deseo, llenaron su corazon de alegría y contento. Por su mente cruzaron rápidamente una tras otra mil ideas á cual mas dulces y halagüenas. En todas ellas figuraba como principal protagonista su jóven y querido amante. La hija del rey moro de Algeciras estaba tan embebida con sus pensamientos de inefable dicha, que no notó en una persona que penetraba en el salon con el mayor cuidado, y que se dirigia á doña Leonor con paso mesurado y grave.

Esta persona era la viuda de Alonso XI de Castilla y Leon, que habia entrado sin permitir ser anunciada.

Al verla doña Leonor lanzó un grito de terror y quiso huir de su presencia. Pero doña María le dijo al mismo tiempo que la detenia por un brazo:

— Hacedme el favor de estaros aqui un momento.

Doña Leonor se inclinó trémula y abatida.

— No me esperábais?

— No ciertamente, señora... contestó la de Guzman llena de terror.

— Bien conoceréis que me he tardado mucho en venir á daros el pésame...

— Señora...

— Sí, el pésame por la muerte de vuestro... amigo, á quien yo tambien he llorado. Me agradeceréis que haya dejado pasar los primeros meses de dolor?

— No os comprendo, señora...

— Si despedís á vuestra esclava podré hablaros con mas claridad.

Doña Leonor se volvió á la jóven mora y le dijo con pesar:

— Retiraos, Zelima; la reina de Castilla os lo manda.

La amante de Haffiz abandonó su almohadon, y haciendo una profunda reverencia se ausentó de la estancia.

— Sentaos, dijo la reina á la de Guzman, tomando ella posesion del sillón que la segunda ocupaba anteriormente.

Hubo un momento de silencio á la salida de la bella Zelima. Las dos rivales se contemplaron un instante y de distinta manera. La reina miró á doña Leonor con altivez, sonriéndose al mismo tiempo irónicamente; esta la miró trémula, vacilante, con mirada lánguida y desmayada. Bien es verdad que los corazones de aquellas dos mugeres experimentaban diferentes sensaciones. Doña María no cabia en sí de lo contenta y satisfecha que estaba: su perverso y empedernido corazón rebosaba de placer; una de sus mas desarrolladas fibras, la del orgullo ultrajado, se iba á ver muy pronto vengada, y semejante idea sola le hacia mirar á su enemiga con la mezcla de rabia y placer con que la contemplaba. Doña Leonor de Guzman, por el contrario, estaba triste, asustada y temblorosa. Su noble y sencillo corazón le presagiaba que de aquella visita habian de resultar desgracias, y si lo sentia era únicamente por sus hijos, y muy

mas por los pequeños, que los dejaba solos y abandonados á la furiosa venganza de la reina.—«Dios mio! dijo en su interior, dadme fuerzas y valor para oir los ultrajes de doña Maria!» Pero cómo se engañaba la madre de Enrique de Trastamara. Si doña Maria experimentaba placer y contento en su interior, si su semblante aparecía desdeñoso y altivo como el de la persona que va á castigar á un delincuente, no era porque pensase reparar sus ofensas allí mismo, sino porque la hora de la venganza habia llegado, y esta tendria lugar tan luego como estuviesen atados todos los cabos, como se dice vulgarmente. Doña Maria hubiera estado inoportuna é irreflexiva si hubiese mandado asesinar á su rival en el alcázar del rey y casi á presencia de este y de los hijos de la primera. La reina queria vengarse; pero deseaba ocasion: queria derramar la sangre de sus enemigos; pero no queria hacerlo en parage que ella viese todos los dias. El carácter de doña Maria no era uno de esos caracteres prontos y atropellados que por lograr sus intentos pasan por todo sin reflexionar ni prever consecuencias, no, la reina meditaba y lo combinaba antes á fin de alejar despues toda sospecha que sobre ella pudiera recaer. Queria á toda costa la vida de la concubina de su esposo; pero estaba plenamente convencida que permaneciendo en Sevilla al lado de su hijo Enrique doña Leonor, nada conseguiria sin comprometerse. La reina combinó allá en su mente cierto plan, que solo sabia Alonso Fernandez de Olmedo, que dió los buenos resultados que veremos mas adelante.

El silencio que reinaba lo interrumpió la reina con las siguientes palabras:

—Aquí me teneis, doña Leonor; esta es la tercera vez que os visito: las dos primeras, si la memoria no me es infiel, os las hice en Burgos hará cosa de diez y siete á diez y ocho años. Me equivoco?

Doña Leonor de Guzman miró á la reina con sorpre-

sa, y bajó la cabeza hasta el extremo de que la barba descansase sobre su agitado é intranquilo pecho. La infeliz amante de Alonso XI temia sondear el misterio que encerraban las palabras de la reina. Esta, que no habia dejado de sonreirse de orgullo y satisfaccion al ver el abatimiento de su antagonista, repuso con acento entre altivo y cariñoso:

—Contestadme, doña Leonor: por qué inclináis la cabeza cuando os hablo, y en vez de contestarme á lo que os pregunto, temblais y suspirais tanto? —Vamos, sed franca: me teneis miedo ó respeto? ó acaso vuestra conciencia os dice que me debeis alguna cosa?

Estas palabras, dichas con cierta intencion, produjeron efecto en el generoso corazón de la de Guzman. Levantó la abatida cabeza con orgullo, y contestó á doña Maria con tranquilo continente:

—Nada os debo, señora, ni nada os he debido nunca!

—Estais segura de ello? preguntó la reina palideciendo de corage.

—Segurísima, reina de Castilla.

—Y no os remuerde la conciencia haberme ofendido, ó ser la causa por la cual he sido despreciada, ultrajada, y aun hasta amenazada por?...

—Señora, no me acuseis á mí, no; yo soy inocente!

—Pues á quién acuso?

—A la fatalidad, señora, al destino de ambas: oh! podéis creer que yo gozaba cuando vos padeciais? creéis que á mí me podian agrandar aquellas escenas, mas humillantes para mí que para vos misma, y eso que, como habeis dicho muy bien, érais insultada y ultrajada por vuestro esposo? Ah, señora, y qué equivocada habeis estado si creísteis lo contrario! Yo hubiera deseado que en vez de conquistar el corazón del rey por los medios que adoptásteis, hubiéseis empleado otros que hubiesen dado mejores resultados. Sí, lo hubiese deseado, porque sentia que vos, rei-

na y esposa suya, padeciéseis lo que en realidad debía yo de sufrir; así es que pedia al cielo constantemente que hiciera olvidar mi amor á Alonso XI, amor funesto y desgraciado cuyas consecuencias ni él ni yo pensamos en precaver.

—Vuestras palabras no me satisfacen, contestó doña María, propuesta á no ceder ni un ápice en aquella cuestion.

—Qué quereis decirme?

—Que por mas que hagais para disculparos, siempre sereis la pública querida de don Alonso y la causa por quien olvidó á su hijo y á su esposa. Sobre vos pesará siempre cuanto he padecido yo, sobre vos caerá siempre la maldicion de mi hijo, porque por vos no fue acariciado por su padre ni una sola vez, y porque por causa vuestra tiene hermanos bastardos y ambiciosos que continuamente le asedian por arrebatarle el trono que tan legítimamente posee, y por vos, por vuestra causa subió al patibulo un hombre noble y generoso, cuyos manes estan pidiendo venganza hace diez y ocho años!

—Ah! mentís!... exclamó la inocente Leonor aterrada con lo que oía, mentís, reina de Castilla, que nadie, ¿lo oís? nadie absolutamente ha muerto por causa mia.—Piedad, Dios mio, piedad! dijo cruzando las manos y alzándolas al cielo en señal de súplica:—yo matar... morir nadie por mi causa!... oh! esa es una calumnia que han inventado para acusarme de algo! Una calumnia infame que desmentiré á voz en grito por todo el mundo!

Doña María miró á su rival detenidamente, y le dijo despues irritada y amenazante:

—Mentir yo, muger infame!... Mentir yo é inventar una calumnia para acusaros, cuando no tengo necesidad de acusaciones ni pretextos para haceros espirar en un cadalso ó sepultaros para siempre en un calabozo? No sabeis, miserable aventurera, que va mucha diferencia de ayer á hoy? no habeis pensado siquiera una vez que ya es otra la situacion, y que representamos ahora cada una muy diferen-

te papel? Infeliz!... me dais compasion! os tengo lástima, porque al fin no dejais de ser una miserable con las notas mas infamantes y deshonorosas! sí, me inspirais lástima y desprecio al mismo tiempo... pero escuchadme. No vengo aqui como otras veces á insultaros, á amenazaros y haceros ver la enorme distancia que media entre las dos, no; aquel tiempo se acabó, y harto me pesa haberlo hecho!... me pesa, porque en mis locos é irreflexibles arrebatos me olvidaba que con tales pasos lo único que hacia era rebajarme, descender en descrédito mio hasta vos, miserable y repugnante concubina. Ahora podria vengarme si quisiera y haceros espiar vuestra conducta y crímenes pasados; pero ahora mas que nunca os desprecio, ahora mas que nunca es cuando me inspirais verdadera lástima. — Os perdono, doña Leonor, aunque juré cuando murió el maestro de Alcántara, de cuya muerte os acusaba, que con vuestra sangre habia de vengar la suya noble é inocente; os perdono, porque qué mas espacion ni mas castigo de vuestras culpas pasadas que el dolor que esperimentais por la muerte de vuestro amante y el desprecio con que os miran en España y fuera de ella? — Vivid para llorar; vivid para padecer y espiar vuestros delitos!

La amante de Alonso XI se ocultó el rostro entre sus manos y comenzó á llorar de la manera mas desconsolada.

— Sí, sí, llorad, infeliz, que esa es vuestra mision! Llorad por vuestras culpas, llorad por lo que me habeis hecho sufrir, y llorad por la muerte de don Gonzalo Martinez!

— La muerte de don Gonzalo Martinez no fue por causa mia, señora, dijo la de Guzman dando treguas á su abundante y sentido lloro.

— No lo negueis, infeliz! su cabeza os la concedió el rey.

— Falso!... falso, reina de Castilla, que don Gonzalo murió porque no solo insultó y despreció á don Alonso, sino que se tiró á su cuello con intencion de ahogarlo cuando lo trageron preso de uno de sus castillos.

— Pero averigüad en el fondo de vuestro corazón la causa principal, y vereis cómo la hallais.

— Imposible también, porque la única vez que pedí de veras y con interés á vuestro esposo fue por el maestro, que, aunque grande enemigo mio, le perdonaba cuanto habia sufrido por causa suya.

— Luego entonces, repuso la reina viéndose en la necesidad de ceder, no tenéis delito alguno de que acusaros ni arrepentiros?

— Ninguno absolutamente, señora; creedme por el crucificado Hijo de María. Mi único delito fue amar á un hombre que no conocia.

— Y me negareis que vuestro amor fue la causa de mis desgracias?

— Y por qué no alejasteis á vuestro esposo de mi amor? por qué en vez de perseguirlo é impacientarlo con vuestras tentativas de venganza, no conquistasteis su corazón con halagos y caricias? Oh! si lo hubierais hecho así, yo hubiese abandonado inmediatamente la corte! — En dicho caso tendria un pretesto.

— Pero decidme, si tanto deseábais que vuestros amores tuvieran fin, por qué no huisteis del lado de don Alonso?

— Creedme, señora; pero mas de cuatro veces lo intenté para que cesaran vuestras lágrimas y mis inquietudes.

— Y qué inconveniente os prohibió hacerlo?

— Oh! le amaba tanto, que cuando iba á ejecutar alguno de los proyectos que tenia, perdia el valor y lo aplazaba siempre para mas adelante. Ese mas tarde nunca llegó por no abandonar á mis hijos.

La reina tuvo necesidad de toda su astucia y disimulo para poder oir con tranquilidad cuanto decia su odiosa rival. Esta, que con la mayor sencillez y candor referia cuanto habia pasado, creia en el perdon y engañosas palabras de la madre de Pedro I.

— Con que decidme, señora, no soy mas bien digna de

lástima que de otra cosa? pues qué, pude yo acaso remediar que vuestro esposo encendiera en mi corazón una llama desconocida de amor cuando solo era el conde de Candespina? me podía á mí nadie prohibir ni tenía algo de particular que yo, jóven, libre é independiente por mi estado de viuda, escuchase las ofertas y galanteos de un jóven noble y rico que me hablaba de casamiento á toda hora?

— Con que fuísteis engañada?

— Oh, sí! y cuando me descubrió que era el rey de Castilla, fue cuando ya poseía completamente mi corazón. El destino lo habia dispuesto asi...

— Teneis razon: tambien el destino tenia dispuesto que yo habia de ser desgraciada por esos amores.

— Perdon, señora...

— Sí, ya todo se ha concluido, todo absolutamente. Las cosas han cambiado, pues que de desgraciada que era soy feliz, de no ser atendida en la corte, hoy soy venerada y respetada por ella, de vivir sola, aislada y sin dominios, soy la reina de Castilla y gobierno con el rey los estados que su padre no pudo quitarle para sus otros hijos. Vos, por el contrario, sois sola y desgraciada ahora. — Vivid, doña Leonor; vuestra rival, la que mas de una vez ha levantado su puñal sobre vuestra cabeza para heriros, os perdona de todo corazón ahora.

— Ah, señora, cuán noble y generosa sois! exclamó la agradecida Leonor cayendo de rodillas y besando con entusiasmo la diestra de la astuta portuguesa, que cuanto habia dicho era fingido.

— Alzad, por Dios, y no me confundais asi: alzad, señora, que aunque os perdono, es con ciertas condiciones.

La ex-favorita de Alonso XI miró sorprendida á la reina.

— Con ciertas condiciones habeis dicho?... interrogó toda asustada.

— Sí, con ciertas condiciones que á mi modo de ver no tendreis inconveniente en aceptar.

— Hablad, señora, contestó doña Leoñor con desconfianza.

— Voy á hacerlo con toda franqueza. Al pedir vuestro perdón ayer á su alteza el rey mi hijo, al suplicarle que renovase la sentencia que sobre vos habia recaído...

Y doña María recalcó estas palabras para ver el efecto que hacian en su rival. La infeliz palideció hasta el estremo de asemejarse á un cadáver, sus manos se agitaron convulsivamente, y sus facciones no pudieron ocultar el terror y el espanto que se habia apoderado de su generoso é impresionable corazon. Cuando la sorpresa pánica de que se hallaba poseida le permitió hablar, dijo con voz débil y apagada:

— Qué sentencia, señora mia?...

— Ahí es nada!... qué, no sabiais que el rey os habia sentenciado á muerte? ignorábais que mañana á no ser por mí?...

— Cielos!...

— No lo dudeis... pero ya afortunadamente todo ese peligro ha desaparecido, merced á mis ruegos y lágrimas.

— Ah, señora, cuán buena sois y cuánto me confunden vuestras bondades!...

— Os confunden, señora! y por qué? preguntó con intencion la reina.

— Porque cuando os esperaba furiosa con vuestros justos celos, cuando creí ibais á levantar sobre mi pecho por tercera vez vuestro puñal, os presentais grande, generosa y magnánima para que resalte mas mi culpa y vuestros sufrimientos! Ah, señora!... no podeis figuraros cuánto siento haberos ofendido, cuánto siento haber contribuido en parte á vuestros dolores y pesares!... Por qué no me lo digisteis entonces, y hubiera abandonado al rey para que vuestra alteza hubiese sido feliz y afortunada?... Perdon, reina de Castilla, perdon... pero una y otra hemos vivido engañadas... sí, yo os creía orgullosa y altanera en demasia; y

por consiguiente incapaz de que abrigáseis ningún sentimiento bueno; y vos me teniais á mí en el concepto de egoista y ambiciosa: vos creíais, á no dudarlo, que si yo amaba al rey, era por ser la primera muger de Castilla y la mas adulada de la corte... no es verdad, señora?

— Fuerza es confesarlo... pero vuestro intenso dolor me ha hecho conocer que amábais de todo corazón al difunto Alonso XI.

— Ah! sí, de todo corazón, con delirio, casi frenéticamente... y si en eso hay falta, he sido la muger mas culpable del orbe todo. Lo he amado sin otro interés que amarle, á pesar de que el mundo echaba sobre mí las notas mas feas é infamantes... pero no ha consistido en mí, sino en mi destino... nuestros amores estaban escritos en el libro de los acontecimientos humanos por la mano poderosa que estampa en él la suerte de cada mortal!... Pero decidme, señora noble y generosa, decidme, magnánima reina de Castilla, qué delito he cometido para ser sentenciada á muerte por vuestro augusto hijo?

— No lo sé, ni he intentado saberlo; pero tranquilizaos de todo punto, que semejante peligro ha desaparecido completamente. Su alteza os perdona, con la espresa condicion de que salgais para siempre de la corte. Esto os debe ser indiferente, no es cierto?

— Sí, señora, ciertísimo... no anhele otra cosa desde la muerte de vuestro esposo. Yo iré adonde su alteza me mande, me encerraré para siempre en el pueblo ó fortaleza que designe, ó me supultaré en un monasterio, donde oraré constantemente por el alma de su padre y la dicha y felicidad de sus pueblos. — Os ha dicho su alteza el punto de mi residencia para lo sucesivo?

— Lo ha dejado á mi elección, y por lo tanto...

El ruido de una puerta que se movia hizo callar á la reina y mirar á todos lados con sorpresa.

— No oís ruido? dijo á doña Leonor como asustada.

— Nada ha sonado, señora; podeis estar tranquila y continuar la conversacion interrumpida por una figuracion vuestra.

— Teneis razon: — os decia, continuó doña Maria no sin echar antes una mirada escrutadora por todo el salon, os decia, repito, que como el rey ha dejado á mi eleccion el punto de vuestra residencia venidera y á fin de que esteis mas tranquila y segura, con el objeto de que no vivais sola y aislada los dias que os queden de vida, he accedido á la peticion de vuestro jóven hijo Fadrique, gran maestre de los caballeros de Santiago.

— Qué habeis dicho?... qué peticion os ha hecho ese hijo querido, á quien tanto amaba su padre y á quien tanto amo yo?... Hablad, señora... hablad sin detencion...

— La peticion del gran maestre es acerca de vos.

— Hijo mio! exclamó la dama con toda la efusion del cariño maternal. — Siempre acordándose de su infortunada y desgraciada madre!... pero decidme, noble señora, qué es lo que solicita para mí?

— Que se os permita vivir con él en su ciudad de Coimbra.

— Oh! cuánto placer tendria en ello!

— Se os cumplirá ése deseo, porque mañana, pasado, hoy mismo si quereis emprendereis la marcha á Coimbra, perfectamente acompañada para que no seais importunada en vuestro viaje.

— Gracias por tantos favores, Dios mio!... gracias una y mil veces por tantas bondades y mercedes, señora!... exclamó la de Guzman vertiendo lágrimas de alegría y agradecimiento.

La reina se puso de pies diciéndole al mismo tiempo:

— Esta es mi venganza, y esas las condiciones con que habeis sido perdonada. — Las aceptais, doña Léonor?

— Sí, señora y reina mia, las acepto, y os bendigo por vuestra generosidad.

Un hombre embozado hasta los ojos con una capa de tela oscura se apareció en la escena como por encanto. Al mismo tiempo dijo á doña Leonor:

— Qué habeis hecho, señora?

La de Guzman dió un grito de espanto y cayó casi sin fuerzas en su dorada poltrona gótica. Su acalorada mente le habia hecho ver una vision que no existia. Aquel hombre con todas las formas y ademanes de mortal viviente, distaba mucho de parecerse á la sombra de Alonso XI de Castilla.

En tanto la reina doña María temblaba de pies á cabeza: una palidez estremada cubria sus facciones, y una agitacion febril, casi espantosa, se habia apoderado de todo su cuerpo. La infeliz temblaba como una azogada á la vista de aquel hombre, á quien no conocia. La madre del poderoso Pedro I se figuró allá en su mente, como doña Leonor, que aquel encubierto era nada menos que Alonso XI en cuerpo y alma, que venia á salvar á su amante de la red que ella le tendia con tanto acierto y disimulo. Y tanto lo creía así, que cuando le dirigia la aparicion alguna mirada un poco penetrante, exclamaba ella con todo el terror y el espanto del delincuente, aunque sus palabras espiraban en los labios: — *Perdon, señor! Perdon para vuestra esposa!*

La de Guzman abrió los ojos á poco, y dijo tambien con tanto miedo como su rival:

— Quién sois?!...

— Por Cristo, señora, repuso el encubierto desembozándose, que no puedo esplicarme á qué viene todo ese terror y esa sorpresa!... Qué, no conocéis ya al amigo de don Alonso? se han cambiado de tal modo mis facciones en cuatro días que no nos vemos, que no han sido reconocidas por vos? Vamos, hablad y decidme á qué han venido esos desmayos y sustos: os causo espanto por ventura?

— Felipe... oh, cuánto me alegro que seáis vos! exclamó la de Guzman dando su mano al conde de Ledesma.

— Os alegráis de mi venida, y os desmayáis al verme?

— Perdonad, pero os creí una sombra de... de...

— Adivino vuestro temor y el de esta señora, cuyas facciones no me son desconocidas, repuso el conde mirando con socarronería á la viuda de Alonso XI.

Si grande fue el terror y espanto de la reina al creer fantasma ó vision al embozado, no lo fue menos cuando reconoció en él al conde de Ledesma, al hombre que tanto amaba y aborrecía á un tiempo, cuya presencia le causaba contento y horror, y cuya vida estaba amenazada por el homicida puñal del cruel y perverso Alonso Fernandez de Olmedo. El corazon de la portuguesa palpitaba violentamente, sus manos querian crispase de rabia, y toda ella estaba en una situacion tan espantosa de furor, que de buena gana concluiria alli mismo con las dos victimas que habia borrado ya del libro de los vivientes.

La de Guzman se volvió á Felipe, y le dijo en contestacion de sus palabras:

— Esa señora, á quien creéis reconocer, es la reina de Castilla, conde de Ledesma.

Felipe saludó con altivez á la madre de don Pedro, y repuso dirigiéndose á doña Leonor:

— En nombre de los poderes y facultades que me concedió don Alonso á la hora de su muerte, en nombre de su memoria y de vuestros hijos, os prohibo que acepteis las condiciones que os ha impuesto doña María en cambio de ese fingido perdon de que os ha hablado. — Señora, el día que abandoneis este alcázar y la poblacion donde residen vuestros hijos y vuestros amigos, sois perdida sin remedio!

La reina se puso encendida como la grana y se mordió los labios de despecho. No es posible decir ni pintar

lo que pasaba en el corazón de aquella muger falsa y engañosa.

El conde de Ledesma prosiguió de esta suerte:

— No habeis comprendido, inocente y desgraciada doña Leonor, que las intenciones de la reina era alejaros de vuestros defensores para cometer á mansalva la muerte que desea y ansia desde que os conoció? habeis olvidado que os juró odio eterno y venganza, y que es demasiado perversa y cruel para proponeros tan de repente un perdon que os seduce?

— Caballero! exclamó la reina casi fuera de sí: — mirad que estais ultrajando á la reina de Castilla; observad que faltais al respeto de reina y de señora á la madre de vuestro rey legítimo y verdadero!

El conde dirigió á la reina una mirada de desprecio, y siguió diciendo sin contestar siquiera:

— Buena la hubiérais hecho si yo no estuviese siempre velando por vuestra vida! vamos, señora, confesad que sois demasiado crédula.

La ex-amante de Alonso XI pasaba de una en otra sorpresa. La infeliz no comprendia que pudiera haber tanta maldad en el corazón de una muger.

— Con que era engañada!... dijo mirando alternativa-mente al conde y á la reina.

— Sí, doña Leonor, engañada de la manera mas villana y espantosa!

La reina no se inmutó esta vez: sus facciones permanecieron serenas y tranquilas. Explicaremos la causa. Convencida doña María de que nada podia conseguir en aquel momento, y que si desperdiciaba tan buena ocasion tendria que sesgar en su propósito, se resolvió á engañar al conde como habia engañado á doña Leonor, aunque para ello tuviese necesidad de fingir y de aparecer llorosa y arrepentida. Forjado su plan del mejor modo que pudo combinar en tan cortos instantes, y despues de dar á sus facciones

toda la tranquilidad y el reposo que necesitaban para engañar, comenzó á hablar así, con acento sentido y de amistad:

— Atended, doña Leonor, y vos tambien, conde de Ledesma: nunca ha sido mi deseo de hacer bien y de ser generosa con mis enemigos tan grande como lo es ahora. La razon es muy obvia: en el dia soy dichosa, y no hay cosa como ser feliz para compadecer al desgraciado. Antes, es verdad, no puedo negarlo, cuando érais la feliz y yo la ultrajada, os aborrecia de muerte, deseaba vengarme, derramando vuestra sangre en el dia que mi hijo empuñase el cetro de su padre: ese dia ha llegado, y en vez de vengarme os perdono y os compadezco, porque sois desgraciada, porque os encontrais sola, y porque vuestro dolor intenso y verdadero me ha inspirado lástima y compasion. Sí, creedme, doña Leonor, creedme, conde de Ledesma, y no abrigueis contra mí la menor prevencion: creed en lo que os digo con el alma y el corazon, creedlo por la passion de Jesucristo y los dolores de su Madre... perdono á doña Leonor, porque quiero que mi felicidad se haga estensiva á cuantos me rodean: basta ya de odios y de venganzas, basta de persecuciones, y seamos todos unos. Paz, conde de Ledesma, paz para que prospere con seguridad el adolescente rey, heredero legitimo de Alonso XI, vuestro mas querido amigo... Cese ya entre nosotros esa prevencion que nos teníamos en vida de don Alonso, prevencion que nos perdia á todos!... Unámonos los tres, y el reinado de Pedro I será uno de los mas brillantes de Castilla: unámonos, jurándonos eternamente, poniendo á Dios por testigo, olvido de lo pasado y alianza perpetua! Oh! si aceptais, conde de Ledesma, el iris de paz que os ofrezco, el dia que tal suceda, ese será el mas grande y dichoso para la viuda del rey que os llamaba su amigo. Aceptad, señor, y vos tambien, doña Leonor amiga, aceptad mis proposiciones de alianza y amistad eterna, creed en la sinceridad

de mis palabras, y vereis cuán felices seremos despues de tantas borrascas!

— O fingís á las mil maravillas, ó no hay mas remedio que creer en esa sinceridad de que hablais, señora, contestó Felipe con la franqueza que le era habitual.

— Dudais? repuso doña María mordiéndose los labios con disimulo.

— Dudo, porque conozco demasiado bien vuestro corazon; dudo, porque me parece imposible que la orgullosa y vengativa doña María haya cambiado tan pronto de pensamiento, y porque hasta en vuestras palabras de amistad, en ese deseo que demostrais de que seamos aliados y amigos, veo un nuevo peligro y un nuevo plan, no para mí, sino para ésa infeliz, á quien no podreis querer nunca! Reina de Castilla, solo un medio teneis si quereis que yo sea vuestro aliado, no porque me inspireis simpatias ni aprecio, sino por salvar la vida de la muger que me confi6 á la hora de su muerte el hombre á quien siempre temisteis.

La reina no podia sufrir ya tantos insultos. Tentada estuvo á abandonar su papel de fingimiento y arrostrar el todo por el todo. Pero se detuvo porque conoció que tal vez habria compostura aun si escuchaba las proposiciones del conde de Ledesma. Este repuso acto continuo:

— Qué respondeis, señora? — Os he dicho que si aceptais mis condiciones, no solo haré que creo en vuestras palabras sinceras y verdaderas, segun vos, sino que seré siempre, ¿lo oís? seré eternamente vuestro aliado, ya que inolvidables circunstancias hacen imposible nuestra amistad.

— Oh! exclamó la reina con sentimiento: no os podeis figurar lo que padece mi alma al oiros hablar de ese modo! Es posible que habeis de dudar de mis palabras? pues qué, creeis imposible que yo pueda abrigar en mi corazon algun sentimiento noble y generoso?... No he podido abrir mis ojos á la clara luz de la razon, y en vez de desear venganza

y esterminio, quiera paz y amistad con las personas que el destino ha puesto tan cerca de mí? Ah, conde de Ledesma, y cuán mal juzgais mi corazon! cuán poco lo conocéis, y qué mal haceis en no creer las palabras que el mismo me dicta! sí, porque cuanto os he dicho ha sido dictado por este corazon, que si os fuera posible penetrar sus arcanos, lo habiais de compadecer y muy mas á la persona que lo cobija. Oh! si yo pudiera esplicarme como quisiera no extrañariais ni mis palabras, ni la repentina variacion obrada en mí y en mis ideas. Entonces comprenderiais por qué de orgullosa que era me he convertido en humilde, por qué en vez de desear venganza, solo quiero perdonar y amar á mis enemigos... Solo os puedo decir que todo este cambio y esta mutacion repentina del mal al bien, es debida á una afeccion grande y poderosa, afeccion desconocida que he experimentado por primera vez en mi vida, y que no sé si me traerá felicidad ó desgracias... Sea una cosa ú otra, me creo feliz porque... oh! compadecedme, conde de Ledesma, compadecedme, porque mi razon se extravía...

La madre de don Pedro inclinó la cabeza sobre su pecho, palpitante y agitado, y se llevó ambas manos al rostro para ocultar dos lágrimas que de sus ojos se habian desprendido. La reina lloraba de rabia porque su medio declaracion amorosa habia sido escuchada por Felipe con cierto aire de desden é incredulidad. El amigo de Alonso XI comprendió que la reina trataba de engañarlo, pintándole una pasión que ni por sueños sentia.

— Tranquilizaos, señora, tranquilizaos, y procurad distraerós para olvidar esos pensamientos que son tan fugaces como la chispa que el viento arranca de una hoguera.

— Fugaces! y no se apartan un momento de mi mente? repuso la reina mirando con ternura al esposo de Elvira de Luna y Osorio.

El conde miró á doña María con cierta intencion, y dijo con frio é indiferente acento:

— Permittedme os recuerde, señora, que el tiempo urge, y que vuestra amiga la de Guzman desea saber si le dais permiso para reunirse con su hijo el gran maestre de Santiago.

— Antes que vos llegarais de una manera tan particular y misteriosa, lo tenia ya, señor conde. — Doña Leonor puede marchar cuando guste á Coimbra.

— Me permitireis que os diga su opinion?

La de Guzman miró atónita y sorprendida al conde.

— Decid cuanto gustéis, respondió doña María preparándose á oír uno de los descaros con que acostumbraba á lisonjearle el amigo de su esposo.

— La madre del gran maestre de Santiago, dijo Felipe con la mayor serenidad, desea tener pruebas de que no la engañais: no es cierto, doña Leonor?

La ex-favorita del difunto don Alonso palideció de temor, y dijo con voz ténue y espirituosa:

— Sí, eso deseo...

La reina le dirigió una mirada amenazadora, mirada que nadie notó, y despues de sacar de su escarcela de terciopelo y oro un papel, dijo entregándoselo al conde de Ledesma:

— Leed, y ved si os engaño y la engaño.

Felipe cogió el pergamino con prontitud y lo leyó de cabo á rabo en un instante. Despues se lo entregó á la de Guzman, diciéndole al mismo tiempo:

— Tomad, señora; es una carta de vuestro hijo el gran maestre, en la que pide á su alteza se le permita vivir con vos en su ciudad de Coimbra. Leedla en la inteligencia de que es suya, porque he reconocido perfectamente su letra.

Doña Leonor cogió la carta, y la llenó antes de leer su contenido de mil ardientes y cariñosos besos.

— Os satisface esa prueba, conde de Ledesma? preguntó la reina, cansada ya de tanto fingir.

— Para mí bastá con mucho esa; pero doña Leonor quiere otras además.

Doña María se retorció las manos.

— Otras?

— Otras, señora. Comprenderéis que desea llegar sana y salva á la ciudad donde la espera su hijo don Fadrique.

— Quién se lo estorbará?

— Puede estobárselo una contraorden vuestra.

La reina hizo un movimiento brusco en su asiento, y dijo sin poder ocultar su corage:

— Qué quereis de mí, conde de Ledesma?

— Seguridades, reina de Castilla.

— Mi palabra real.

— Doña Leonor desea otra cosa.

— Pondré á su disposicion una buena escolta.

— No basta.

— Oh! pues entonces que se quede en Sevilla, contestó la reina con acritud: que se quede en Sevilla, ó que haga lo que quiera.

— Escuchadme, reina de Castilla, escuchadme y acabemos de una vez. — Quereis que yo sea vuestro aliado?

— Bien sabeis que os lo he suplicado.

— Pues en ese caso aceptad las condiciones que os indique.

— Veámoslas.

— En primer lugar necesito un salvoconducto para que pueda huir á Francia con toda seguridad el conde Enrique de Trastamara, cuya vida se halla amenazada por el puñal de vuestro hijo don Pedro. — Qué contestais?

— Que tendreis en vuestro poder el salvoconducto.

— Lo necesito ahora mismo.

— No tengo armas con que sellarlo.

— No le hace; estendedlo en un momento, que no faltarán sellos para que vaya en toda regla. Poned con claridad vuestra firma.

La reina se dirigió á la chimenea, donde habia una escribanía, y escribió lo que se le pedía.

— Tomad, dijo entregándoselo al conde de Ledesma.—  
Qué mas deseais?

— Que jureis por lo mas sagrado y sobre la misma imagen de Dios que no nos engañais.

— Juraré, contestó doña María con sereno y reposado continente.

— Concededme el derecho de represalias en el caso de que nos engañeis.

— Os lo concedo.

— Por escrito, señora.

— Por escrito! oh, cómo desconfiais de mí!

— Si he de decir la verdad, no tengo mucha fé en vuestras palabras.

— Y para qué quereis ese escrito? preguntó la reina desentendiéndose de la contestacion del conde y deseando saber el uso que haria de él en el caso que ella faltase á su juramento.

— Lo quiero, señora, para poner á cubierto mi responsabilidad.

— No os comprendo!

— Oh! es muy facil: concediéndome tu alteza el derecho de represalias en el caso de ser engañado, puedo castigar al engañador sin temor de ser molestado, porque presentando el escrito...

— Y si yo faltase á mi palabra y?...?

— Haria lo mismo con vuestra alteza, quedando á cubierto mi responsabilidad con solo presentar vuestro escrito.

— Ah! sois terrible, conde de Ledesma!

— Nada de eso, señora: son medidas preventivas nada mas.— Con que tendré el derecho que os he pedido?

La reina guardó silencio horrorizada. Al pronto trató de negarse á darlo; pero un momento de reflexion le hizo

conocer que todo aquello quedaba reducido á la nada tan pronto como ella quisiese. Por la mente de aquella muger infame habia pasado una idea infernal, horrorosa. Su confidente Fernandez de Olmedo le aguardaba fuera, y el puñal de aquel hombre asqueroso y repugnante se sacaba de su vaina para herir por cien monedas de oro. Doña María le ofreceria doscientas si asesinaba al conde al salir este de la habitacion de doña Leonor. Propuesta á ejecutar aquel infame proyecto, no pensó en negar nada de cuanto le pidiese el hábil Felipe.

— Con que, qué respondeis, señora?

— Que como no he pensado engañaros, tendreis tambien ese escrito.

— Ahora?

— Ahora tambien.

Y doña María volvió á dirigirse á la chimenea y á escribir en otro pergamino.

— Os acomoda asi? le dijo á Felipe entregándoselo al mismo tiempo.

— Perfectamente escrito, contestó el conde guardándose-lo en parte segura: ahora falta otra cosa.

— Todavía mas?

— Todavía.

— Válgame Dios y qué cara me cuesta vuestra amistad... dijo la reina con tono bromista.

— Os habeis engañado, señora, repuso Felipe con prontitud: — lo que ganais con todo esto no es mi amistad, sino mi alianza.

— Teneis razon, me habia equivocado. — Decidme, si gustais, vuestra nueva peticion.

— Que la escolta que acompañe á doña Leonor hasta Coimbra sea compuesta de gente de toda mi confianza y seguridad.

— Se compondrá de vuestros soldados si asi lo deseais.

— Sois en extremo amable, señora.

— Quereis alguna otra cosa mas?

— Sí por cierto: desco mandar la escolta.

La reina miró con lástima irónica al conde, y despues de lanzar en voz baja un *¡infeliz!* con todo el despecho de que se hallaba poseida, contestó con aparente serenidad:

— Tambien os lo concedo. — Teneis mas que pedirme? repuso resuelta á sufrir hasta lo último.

— No, señora, ya he concluido: — quiera ahora el cielo que cumplais cuanto habeis ofrecido! Si asi sucede, tendreis en mí á un servidor fiel y solícito que defenderá hasta morir los derechos de vuestro hijo; si por el contrario...

— Callad por Dios! exclamó doña María con hipocresía.

— Está bien, callaré; pero acordaos que os falta una cosa.

— Acasó el juramento?

— Precisamente.

— Pues para que sea con toda formalidad, hacé falta un Crucifijo, dijo la reina con ironía y resuelta á jurar aunque fuera sobre la misma hostia consagrada.

— Oh! descuidad, que doña Leonor nos conducirá á su oratorio; no es verdad, señora? dijo el conde á la de Guzman, que hasta entonces no habia dejado de pasar de una en otra sorpresa á la vista de lo que pasara á su presencia.

La madre de los hijos bastardos de don Alonso se dirigió á una puerta que habia oculta con una enorme cortina de terciopelo, y la abrió de par en par. A la vista de la reina y del conde de Ledesma se presentó un precioso y reducido gabinete gótico, alumbrado por una lámpara de plata que pendia de lo alto de su bóveda de piedra. Multitud de preciosas estátuas de piedra blanca, que representaban los santos mas notables de la corte celestial, adornaban las paredes de aquel pequeño templo, cuyo altar mayor ó principal lo constituía solo un precioso reclinatorio

de ébano negro con embutidos de oro y plata, terminado en un Crucifijo de marfil de blanco y reluciente esmalte. Frente al reclinatorio habia un pabellon de seda que descubria un magnífico banco de ricas maderas, con los pasajes mas notables de la Biblia en sus anchos bordes y frentes.

La reina penetró la primera en aquel pequeño santuario, donde, á pesar de su sencillez y poco aparato religioso, sintió un estremecimiento involuntario que le hizo titubear por un momento. La idea de que iba á ser perjura le atormentó largo rato; pero el grito de venganza que se levantaba en su perverso corazon le hizo olvidar todo, hasta que podia ser confundida alli mismo por la misma mano del Omnipotente. La reina se hincó de rodillas y besó con terror los pies del Crucificado: despues inclinó la cabeza en el altar y permaneció callada un instante. La viuda de Alonso XI pedia perdon á su modo de los crímenes que iba á cometer.

Doña Leonor de Guzman y el conde de Ledesma estaban de pies detras de ella. La primera risueña y alegre como era natural, y el segundo grave y taciturno. Ambos miraban con la mayor atencion los menores movimientos de la madre de Pedro I. Esta se levantó al cabo, y haciendo una cruz con los dedos índice y pulgar de su temblorosa diestra, y despues de colocarlos en la ya referida forma sobre el pecho del pequeño Crucifijo de marfil, dijo con voz clara, aunque algo ténue:

—Juro por Dios Trino y Uno, juro por Jesucristo Señor nuestro y por los misterios de su sacrosanta religion, que cuanto he dicho al conde de Ledesma y á doña Leonor de Guzman, lo cumpliré al pie de la letra y del mismo modo que lo he ofrecido; y si tal no hiciese, caiga sobre mí la maldicion del cielo y el castigo del perjuro!

La reina separó su mano del Cristo con la mayor prontitud, como si le quemase la fina materia de que estaba hecha la esfigie.

— Habéis reflexionado bien cuanto habeis dicho, reina de Castilla?

— Sí, contestó doña María.

— Estais en cumplirlo?

— Sí, volvió á decir con voz fatigosa.

— Mirad que de lo contrario caerá sobre vuestra cabeza la maldicion del cielo y el castigo del perjuro...

— Lo sé.

— Pues en ese caso permitid que el conde de Ledesma vuestro aliado y doña Leonor de Guzman os besen la mano en señal de amistad y agradecimiento.

Doña María alargó su diestra con orgullo, y se sonrió de satisfaccion, diciendo para sus adentros: — *Tomad y humillaos, miserables, que bastante me habeis humillado á mi!*

Felipe y doña Leonor se inclinaron con respeto, y besaron la mano de la muger que mientras tanto maquinaba la muerte de ambos.

— Estais satisfecho, conde de Ledesma? dijo la reina asi que hubo concluido.

— Lo estoy, señora, hasta el punto de estaros agradecido siempre.

— Y ahora?

— Ahora alianza eterna: no es eso?

— Justamente. Teneis que pedir alguna otra cosa mas?

— Os marchais, señora? dijo la de Guzman con ternura.

— Sí, amiga mia; necesito arreglar vuestra partida con el conde de Ledesma, si tiene á bien acompañarme.

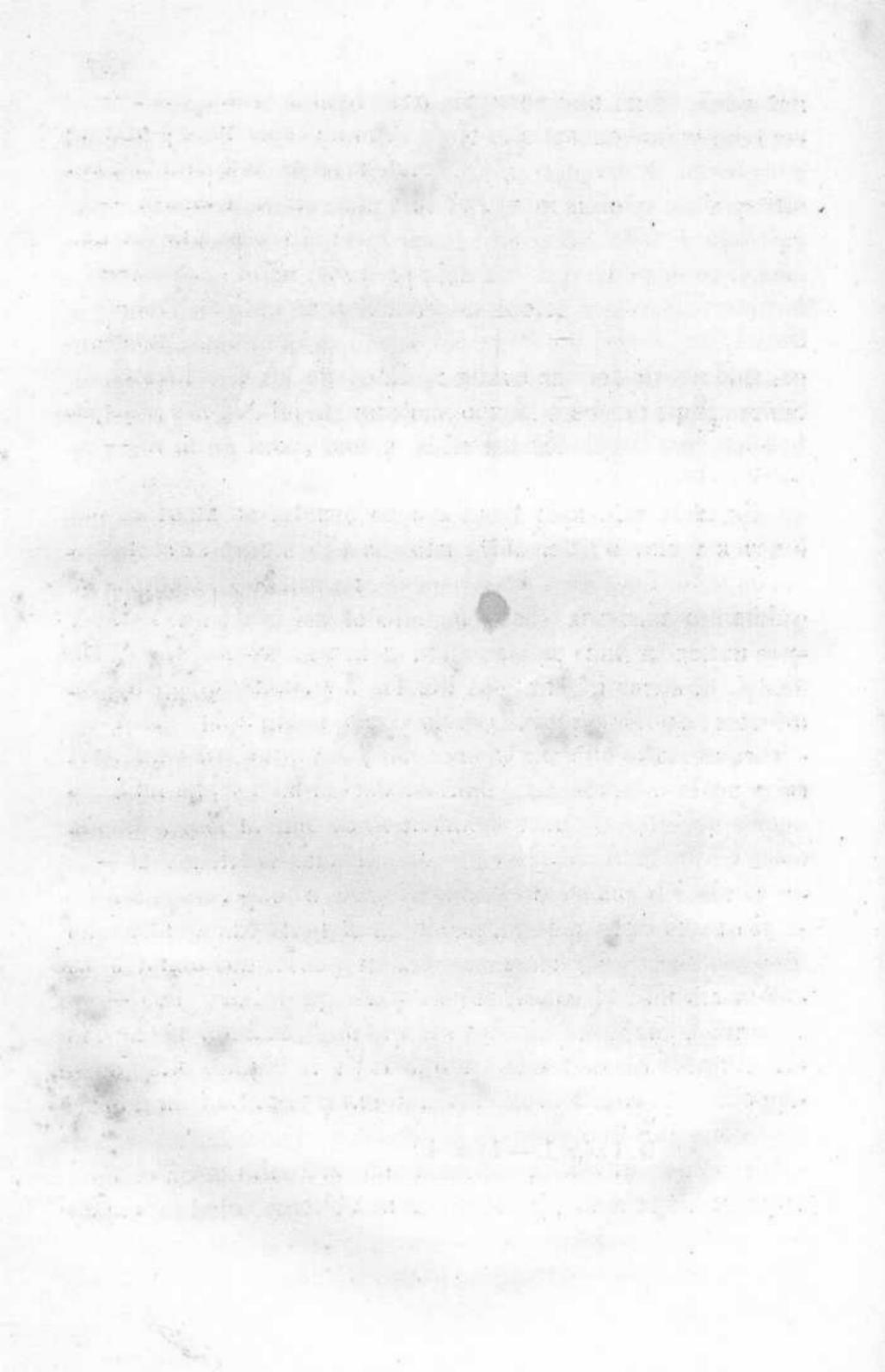
Felipe se inclinó con respeto, y ofreció su brazo á doña María.

Apenas salieron de la estancia los dos nuevos amigos, cuando doña Leonor se acercó al reclinatorio, y cayendo de rodillas ante el Crucifijo, esclamó vertiendo un mar de sentidas lágrimas:

— Gracias, Dios mio, gracias una y mil veces por tantos beneficios y favores!... gracias, porque tan bien velais por el



D. Pedro I. — Lám. 4.<sup>a</sup>



pecador!... oh! qué haria yo para pagaros tantos favores, y para lavar mis culpas pasadas?... quereis que llore, Señor? pues noche y dia derramarán lágrimas de arrepentimiento mis ojos!... quereis que ore? oh! pues yo os prometo estar postrada á toda hora ante tu augusta y veneranda presencia!... Si os pedia que me dejaseis vivir, no era por miedo á la muerte, ni por temor de comparecer ante tu trono celestial, no, Señor Dios; era por mis hijos, á quienes amo tanto, que no quisiera separarme nunca de ellos... bendígotte, Señor, llena de gozo, porque conociendo mi deseo y constante afan, has cambiado los odios y venganzas de la reina en perdon y amistad!

En tanto que doña Leonor daba gracias al Altísimo por los bienes que creía recibir, salieron á las galerías del alcázar el conde de Ledesma y doña María. La primera caminaba inquieta é impaciente, porque deseaba llegar cuanto antes al sitio donde se hallaba escondido el infame Fernandez de Olmedo. El segundo, Felipe, iba tan embebido en sus pensamientos, que ni siquiera se acordaba que conducia del brazo á la reina. Esta aflojaba el paso por momentos, porque habia reconocido la columna donde estaba oculto su cómplice, y queria hacerle una seña significativa sin que el conde lo notase. La profunda distraccion en que este caminaba le vino de molde á la madre de Pedro I, pues al momento que divisó al ex-hostelero del Cuerno de la abundancia le hizo una seña tan clara y significativa, que Olmedo comprendió á las mil maravillas. El miserable se sonrió de placer, porque no solo habia comprendido qué iba á matar, sino que la víctima era el conde de Ledesma, y que valia su cabeza doscientas monedas de oro, cantidad equivalente á la fortuna mas colosal en aquellos tiempos.

A pocos pasos de la columna que ocultaba al confidente de la perversa doña María, dijo esta á Felipe, como ofendida de su silencio y distraccion:

— Cómo se conoce vais molesto conmigo!

— Perdonad, señora; pero iba pensando en la dicha tan grande que recibirá don Fadrique al estrechar entre sus brazos á la infeliz doña Leonor...

— Teneis razon; grande será... y cuándo pensais partir con vuestra escolta?

— Mañana ó pasado, si os place.

— Mi voluntad es la vuestra, conde...

— Gracias, señora.

Doña María se separó de su nuevo amigo, porque habian llegado á la habitacion que ella ocupaba en el piso superior.

— Hasta cuándo, conde de Ledesma?

— Hasta siempre, señora.

La reina se internó en sus habitaciones, y el conde de Ledesma se ausentó de alli con intencion de volver á ver á doña Leonor de Guzman.

Al ver Fernandez de Olmedo que se acercaba el hombre designado por doña María pocos momentos antes, sacó su agudo y delgado puñal, y acarició su punta con cariño.

Felipe pasó grave y silencioso por cerca del asesino. No bien hubo traspuesto la enorme columna que lo ocultaba, recibió en su espalda la mas terrible puñalada. El infeliz cayó al suelo, esclamando con dolorido acento:

— Traicion! traicion!

La reina, que se habia asomado á la balaustrada de la galería alta, lanzó un grito de placer, y se internó en su cámara diciendo con feroz y satánica sonrisa:

— Venganza! venganza y sangre!... Oh! al fin me veo libre de ese hombre, que era el demonio de mi vida! libre, sí, libre para siempre... y por uno de esos accesos extraordinarios en las naturalezas nerviosas comenzó á llorar, dando gritos espantosos de dolor.

Los densas tinieblas de la noche envolvieron en el misterio el asesinato cometido en la persona del conde de Ledesma.



#### CAPITULO IV.

*De como don Pedro confiesa á un esclavo moro que no está contento con su suerte.*

**L**a noticia del asesinato cometido en la persona del conde de Ledesma, favorito del último monarca, habia corrido al siguiente por toda la corte con la espantosa rapidez del metéoro. Un grito formidable de indignacion y espanto se levantó unánime y espontáneo en toda la capital al saberse tal infamia. Cien puños amenazadores se levantaron cerca del alcázar de don Pedro, y los partidarios del generoso y noble Felipe de Ledesma juraron en su dolor reducir á cenizas con sus moradores el alcázar, teatro de tan traidora y villana accion. Todo era confusion y desorden dentro y fuera del palacio real; to-

do sobresalto y desconfianza, porque si semejante atentado se habia cometido con un hombre tan principal y considerado, qué no se haria con sus amigos y partidarios, algunos enteramente de desconocido origen?

El jóven don Pedro fue enterado por su madre de lo ocurrido, si bien se lo dijo de modo que no apareciese su culpabilidad.

El monarca al oír á su madre dió un brinco en el asiento que ocupaba, y exclamó con indecible gozo:

— Con que ha muerto el conde de Ledesma? con que ya no existe ese hombre aborrecible que tanto daño podia hacerme, segun me habeis dicho?... Oh! si conociera al que ha hundido su puñal en el pecho del miserable, lo haria mi primer ministro. Sabeis quién ha sido, madre mia?

Doña María se puso pálida y desencajada, y contestó con miedo y timidez:

— Lo ignoro todo.

— Bien está; yo lo averiguaré. — Qué mas teneis que decirme?

— Que doña Leonor de Guzman sale hoy mismo de Sevilla.

— Para la muerte?

— Para Coimbra.

— Lo prohibo terminantemente.

— Y yo lo quiero... contestó la reina con entereza.

Don Pedro miró á su madre en extremo sorprendido.

— Vos lo quereis? le dijo despues con estrañeza.

— Sí, hijo mio; es necesario, si se ha de llevar á cabo nuestro propósito.

— Os comprendo! os comprendo, señora!... exclamó el rey dando palmadas. — Vive Dios, que teneis la mejor cabeza que yo he conocido.

La reina contestó á su hijo con una forzada sonrisa de agradecimiento.

— Y decidme, señora, preguntó el rey vivamente interesa-

do, llegará esa muger á abrazar á su hijo el gran maestre de Santiago?

— Mucho lo dudo.

— Bien, madre mia; habeis interpretado perfectísimamente mis pensamientos.— Guerra y esterminio para todos los enemigos de mi trono! Guerra y esterminio para el que ose levantar su frente á la altura de la mia!— Y decidme, señora, á quién le toca despues de la madre de los bastardos?

— Al que mas daño os haga de todos vuestros enemigos.

— No conozco mas que al conde de Trastamara.

— Pues el conde de Trastamara debe seguir á doña Leonor de Guzman.

Don Pedro se restregó las manos de alegría y satisfaccion.

En tanto la reina experimentaba los mayores dolores en su perverso corazon cada vez que se acordaba de la muerte de Felipe de Ledesma. La miserable tenia miedo despues de haber mandado perpetrar el crimen, miedo porque se descubriese que habia sido ella, miedo de sí misma. Si hablaba de muertes y asesinatos, si con tanta tenacidad deseaba cometer un crimen tras otro, era porque necesitaba tales pensamientos de sangre para que el remordimiento, ese juez inexorable de la conciencia, no se apoderase de ella. Otro tormento tan grande como los ya referidos atarazaba el alma de aquella muger cruel y vengativa. Su confidente el asesino Olmedo, que siempre que tenia ocasion de mortificarla la aprovechaba á las mil maravillas, le habia dicho que su hijo el rey comenzaba á distraerse con los amores de cierta dama llamada Maria de Padilla, jóven en extremo hermosa, que no tardaria en apoderarse de su corazon y de su albedrío. Su insidioso y dañador discurso fue concluido con estas palabras:

— En fin, señora, vais á padecer tanto con vuestro hijo como padecisteis con los amores de Alonso XI y doña Leonor.

Y no la engañaba en verdad, porque fue tal el prestigio que llegó á adquirir la favorita de don Pedro sobre él, que se creyó cosa de magia ó brujería su rara y extraordinaria influencia.

Doña María trató de aprovechar aquella ocasion, y le dijo sin ambages ni rodeos:

— Decidme, hijo mio, es cierto lo que ha llegado á mi noticia?

El rey se encogió de hombros, y respondió al mismo tiempo:

— No os comprendo.

— Me han dicho, continuó doña María, que estais locamente enamorado.

Don Pedro se puso encendido como la grana y bajó la vista.

— Sé ademas que se llama María de Padilla, y que es muy jóven y en extremo hermosa.

El monarca permaneció en la misma postura, y guardó el mas profundo silencio.

Doña María siguió de esta manera:

— Me han dicho tambien que tiene mucho talento, y que segun los consejos que recibe constantemente de vuestro ministro el de Alburquerque, quien os la ha presentado, trata de dominaros completamente. — Trata de haceros un autómeta, un miserable, sin carácter, accion, ni voluntad propia! — Huid, hijo mio, huid siempre de esas influencias que os convertirán en un miserable como á vuestro padre!... Temed las caricias de esas mugeres que suelen inocular con sus besos cierta ponzaña que el diablo les presta, y con las cuales las amais siempre y os hallais supeditados á su caprichosa voluntad. — Huid, Pedro, si no quereis perder el cariño de vuestra madre, que os ama sin interes y sin otro objeto que el de quereros siempre.

El rostro de don Pedro estaba encendido como la grana, sus ojos despedian fuego, y su nariz se dilataba de vez

en cuando. Si en aquel momento hubiese podido dar rienda suelta á su furor y á su genio de tigre, confundiria á la reina para que no prosiguiese insultando á la muger que ya amaba de todas veras, con toda la fuerza de que era capaz de amar su jóven corazon de diez y ocho años. Pero se contuvo, porque cierto temor á Dios y á la autoridad materna, temor que perdió completamente antes de cumplir los veinte y cinco años, le hizo no cometer tan descabellado é inaudito atentado.

— Qué contestais á lo que os he dicho, hijo mio? dijo doña María viendo que guardaba tan largo y obstinado silencio.

— Qué os he de contestar, señora! repuso con mal humor y preparándose á marchar, á fin de poner término á una conversacion que le iba enojando demasiado.

— Os marchais?

— Ya lo veis, señora.

— Y sin tranquilizar á vuestra madre sobre lo que se dice de vos?

— Y qué culpa tengo yo de que deis oidos á palabras falsas y sin fundamento?

— Luego es mentira?

— Mentira.

— Ah! bien... ya decia yo que era imposible...

— Sí, sí, imposible, contestó el rey saliendo de la cámara de su madre, y dirigiéndose á sus habitaciones.

Estas, que como las de la reina ocupaban la parte superior del edificio, eran las mas suntuosas y magnificas de todo el alcázar. Grandes salones de arquitectura árabe, adornados con elegantes y ricos muebles de ébano y nacar, y espaciosas galerías de piedra, de atrevidos arcos y rico festoneado, constituían el departamento que ocupaba en el alcázar el adolescente rey de Castilla y Leon.

Introduciremos al lector en un espacioso y magnifico salon de esta parte del alcázar, adornado con preciosos

tapices de tela de Persia y almohadones de terciopelo carmesí con bandas y flecos de fino y reluciente oro. Una alfombra de floreado dibujo y de la misma procedencia que los tapices cubria el terso pavimento de precioso mosaico de mármoles de colores. Grandes lámparas de plata aflagrada y de piramidales hechuras pendian del techo de la estancia, y derramaban en las horas de las tinieblas torrentes de viva y sosegada luz sobre los ricos muebles y suntuosos tapices que decoraban la habitacion favorita del primer Pedro de Castilla. Cerca de un hogar de mármol blanco con filetes y adornos de dorado metal, habia una mesa con tapiz de terciopelo grana bordado de oro, y llena de papeles y otros útiles de escribir. El mas caprichoso desorden reinaba entre los objetos que habia sobre la mesa en que firmaba y leía el rey. Un sillón de negro ébano con almohadones de terciopelo tambien grana habia cerca de la mesa, y delante de otro almohadon del mismo color con grandes borlas de oro y plata. El sillón de Pedro I era notable por su mérito artístico y por el rico adorno que lo guarnecía. El ébano, la nacar y el palo rosa, sabiamente combinados, habian servido para hacer los finos arcos y delicados rosetones del orden gótico. Dos preciosos ángeles risueños y juguetones remataban el respaldo, sosteniendo la real corona que fundara Pelayo en el mas escondido rincon de las Asturias.

Un moro de poco mas de veinte años, de facciones perfectas y aire magestuoso, ocupaba tan rica y elegante poltrona. El moro de que hablamos era Haffiz, el esclavo de don Pedro y el amante de la bella é interesante Zelima. El rostro del esclavo del rey no podia ser ni mas simpático, ni mas bello y picaresco. Sus ojos eran grandes, negros y rasgados, como todos los del Oriente, su nariz de preciosa configuracion, y sus labios delgados permitian ver la mas blanca é igual dentadura que se haya visto: su cutis era finísimo, pero un tanto tomado. Una sonrisa burlona y sarcástica se veía dibujada en sus labios, y sus ojos vivos y pe-

netrantes vagaban en todas direcciones sin orden ni concierto. El esclavo Haffiz parecia en aquel momento un loco. La causa no era para menos en un enamorado de su temple. Porque sentado á uso de su pais con las piernas cruzadas sobre el asiento, cansado de esperar á su señor, que le habia dicho que lo aguardase, se habia quedado dormido soñando que su amante habia sido arrebatada por don Pedro. Haffiz abrió los ojos con el mayor espanto, y recorrió con ellos el espacio que se estendia á su vista. Pero asi que se hubo convencido de que todo era un sueño, desplegó la mas graciosa sonrisa y dijo á media voz:

— Zelima es de Haffiz como el Alcorán es de Mahoma.

Una mano fina y blanquísima, aunque vigorosa, cayó con aplomo sobre su hombro derecho al acabar de decir las anteriores palabras.

El jóven de tomada tez y mirada penetrante volvió la cabeza. Don Pedro se hallaba detras de él.

— Esclavo, quién te ha mandado que ocupes mi asiento? le dijo el monarca de mal humor.

— Perdon, perdon... contestó Haffiz abandonando el sillón, y enseñando dos hileras de dientes de brillante esmalte.

— Todo lo compones con tu sonrisa de diablo... dijo el rey sonriéndose tambien, aunque procuraba ocultarlo.

Haffiz, que habia comprendido no habia peligro, por haberse sonreido don Pedro, hizo el mas gracioso gesto en señal de gracias, y se sentó en el suelo cerca de la chimenea, cruzando sus piernas con la mayor facilidad.

El monarca tomó posesion de la poltrona, y despues de arrellanarse en ella con toda libertad, miró á su esclavo de hito en hito por un momento, y le dijo con aparente curiosidad:

— Por qué decias que Zelima sería siempre tuya como lo es el Alcorán de Mahoma?

El moro se mordió los labios, y dijo para sus adentros:— Me ha oido!

— No contestas, miserable?

— Puedo ser franco? preguntó Haffiz.

— Contesta, esclavo... repuso don Pedro montando en cólera.

— Puedo ser franco con tu alteza? volvió á decir el moro con la mas espantosa calma.

Don Pedro se levantó furioso de su asiento para castigar al esclavo que de tal modo se burlaba de él. Pero la serenidad y quietismo del amante de Zelima le desarmó completamente. El irascible monarca cayó sobre su asiento diciendo con sonrisa amistosa:

— Vamos, habla, Haffiz, que te prometo guardar secreto.

— En ese caso os diré que queria decir con mis palabras que Zelima no me sería infiel nunca.

— Y quién es esa Zelima?

— La muger que adora tu esclavo, el astro vivo y esplendente que me guia y anima en mi carrera desgraciada.

— Con que tambien padeces? preguntó don Pedro con el mayor interes.

— Oh! mas que el leon que se encuentra encadenado!

— Qué, te hacen daño, acaso, y no puedes morder con tus afilados dientes?

— No me habeis comprendido.

— Te es infiel tu amante?

— Si tal sucediera, la mataria y me mataria yo despues!

— Luego entonces?...

— Te parece poco humillante mi situacion? — Quieres mas sufrimiento? — Oh! el hijo del Arraez de Málaga no puede besar por mas tiempo la huella que deja en la tierra...

— Qué has dicho, perro judío! pues qué, no puede besar mi planta un miserable descreido como tú?

Haffiz escuchó con resignacion cuanto le dijo don Pedro en su furor, y contestó con tranquilo continente:

— Tu planta es regia; pero la de tus servidores y cortesanos es asquerosa é inmunda!

— Te comprendo: quieres que te saque de la esfera de esclavo?

— Oh! si tal hicieras, juro que no habias de tener amigo mas fiel y constante que el moro Haffiz Avenxore.

— Bien; te prometo que de aqui en adelante te daré á besar mi mano, en vez del pie que te presentaba.

Haffiz se inclinó con respeto ante don Pedro en señal de las mas espresivas gracias.

— Tu Dios te colme de ventura, le dijo con interes y efusion.

— Oh! bien la necesito, porque tambien padezco! exclamó el rey dando riendas al dolor que ocultaba.

— Tú padecer, rey de Castilla, señor de cien pueblos tan grandes como el Paraiso, dueño de tantos guerreros ilustres y de tantas riquezas y joyas como caben en el harem del gran Sultan? Tú padecer, cuando eres el terror de la morisma y el asombro del mundo entero por tus riquezas, valor y poderio? Tú padecer, cuando el mismo sol, destello de la divinidad que habita sobre esa diáfana y azulada bóveda, tiene envidia á los rayos esplendorosos y brillantes que despide tu trono indestructible, sostenido por dos furiosos leones, símbolo de la fuerza y del poder?

— Si, Haffiz; á pesar de todo sufro y padezco mucho en este momento, contestó don Pedro con tristeza, y dejando caer con descuido la cabeza sobre el respaldo de su gran silla.

— Y qué dolores te aquejan, magnánimo é ilustre rey?

— Uno solo es, pero tan grande, que de buena gana cambiaba tu suerte por la mia, de buena gana dejaria de ser el rey de Castilla don Pedro para convertirme en Haffiz el esclavo.

— Deliras?...

— No; porque Haffiz el esclavo tiene de lo que carece precisamente el rey de Castilla. — Haffiz el moro ama con deli-

rio y es amado del mismo modo, lo que el rey de Castilla y Leon ama y no es correspondido como quisiera.

— Te ha hecho traicion doña María de Padilla?

— Me hace traicion porque dice que me ama, y es falso.

— Entonces te compadezco.

— Dice que me ama, y si no fuera rey no me hubiese correspondido.

— Te consta todo eso?

— Sí, Haffiz, me consta; porque si me amara como dice, no recibiria consejos de mis mas perversos cortesanos para hacerse dueña absoluta de mi corazon y albedrío. María de Padilla me engaña, y lo que quiere es mandar en Castilla; me finge amor porque desea especular con el mio. Oh! es una infamia que me ha de pagar el que tenga la culpa!... yo le juro al de Alburquerque que mañana mismo saldrá para siempre de mi corte. — Necio, que se habia figurado que con haberme presentado á María se iba á prolongar su favoritismo tanto como durasen mis amores! Yo quitaré del lado de mi amante esa cáfila de astutos cortesanos que quieren medrar á su costa, y María me amará tanto como yo la amo á ella. No es verdad, Haffiz amigo?

— Ciertamente, gran rey.

— Y siendo amado de María como yo quiero serlo, poseyendo un cetro y una corona, siendo señor absoluto de tantos millones de hombres como se postran á los pies de mi trono, se puede dar mas felicidad y contento?

— Oh! solo tu Dios es mas que tú.

Señor y esclavo guardaron silencio un momento, ambos distraidos con las ideas dulces y halagüeñas que les ocupaba. Don Pedro pensaba en su amor y en el poder y riquezas que el cielo le habia concedido. Haffiz, por el contrario, reconcentraba todo su pensamiento en Zelima, á quien amaba con tanto delirio que no podia olvidarla ni un solo momento.

El silencio que reinaba en la regia cámara fue interrumpido

pido por las pisadas de un hombre que penetraba en ella con paso medurado.

— Quién es? dijo el rey de pronto y volviendo la cabeza hacia el sitio donde se oían las pisadas.

Un jóven de diez y ocho años todo lo mas, lujosamente vestido y con las armas de Castilla y Leon reunidas bordadas en el pecho de su jubon de seda floreada con mangas largas, se presentó al monarca inclinándose con el mayor respeto.

— Qué se os ofrece aqui, pagecico?

— Esta carta ha sido traída para tu alteza, contestó el page entregando un pliego cuidadosamente doblado.

— Hola! nuevas tenemos? veamos quién es el autor.

Y haciendo saltar el lacre que la cerraba con la punta de su puñal, y estendiendo el pergamino sobre la mesa que tenia cerca, comenzó á mascar su contenido con la mayor avidez.

— Bien está, dijo despues de haberla leído. — Si esperan contestacion, repuso dirigiéndose al page, decid que quedo enterado y haré cuanto me piden: marchad.

El page volvió á hacer otra genuflexion, y salió de la estancia precipitadamente. Don Pedro cogió la carta y se la entregó á Haffiz.

— Toma y lee, le dijo; el nombre de tu amante está escrito ahí.

— De Zelima! exclamó inmutándose hasta el punto de asemejarse á un cadáver por lo pálido.

— Sí, de Zelima.

El moro cogió con mano trémula el pergamino y leyó lo siguiente:

« Señor: »

« Antes de partir para Coimbra, adonde he sido llamada por vuestro hermano el gran maestre de Santiago, mi querido hijo, me atrevo á alzar mi voz hasta el trono de vuestra alteza real y augusta para dejaros recomendada, si me es permitido, una jóven mora á quien amo como si fuera hija mia,

y que queda sola y abandonada, porque no me permiten llevar á persona alguna de mi servidumbre. La jóven que os recomiendo, cuyo nombre es Zelima, es hija del último rey de Algeciras, y me fue enviada por vuestro augusto padre cuando conquistó dicha ciudad á los moros que la poseían. Amparadla y protegedla, porque es digno de tamaño favor un angel en virtudes y en hermosura. Si haceis por mi querida Zelima cuanto se os pide y suplica en esta carta, rogará constantemente al cielo para que haga dichosos los dias de vuestro reinado, vuestra súbdita y servidora: =Leonor de Guzman.»

Haffiz entregó á don Pedro el pergamino diciéndole con voz balbuciente:

— Tomad, señor.

— La has leído toda?

— Toda.

— Ya ves como tu amante está bajo mi proteccion.

— Oh! será cierto, magnánimo rey?

— Sí, Haffiz; tu amante Zelima será desde hoy protegida por mí.

— Oh gran rey! por tí diera la última gota de mi sangre! Quiere á Zelima, y en mí tendrás un esclavo sumiso que te bendecirá como á su Dios: ampárala con tu brazo fuerte y poderoso, y yo clavaré mi puñal en el pecho del que ose mirarte con torvo ceño.

— Y... matarias si yo te lo mandase?

— Mataria á todo el mundo, esceptuando á mi Zelima.

— Y si la victima fuese de sangre real?

— Lo mismo.

— Y si fuese hermano mio?

— Lo mismo, si tú lo querias asi.

— Pues en ese caso, mi fiel Haffiz, afila tu puñal cuanto puedas para sepultarlo en el corazon del bastardo de Trastamara.

— El conde de Trastamara!

— Sí; qué te se ocurre?

— Nada... el conde de Trastamara morirá cuando mi rey lo ordene.

— Si tal cosa haces, te juro darte libertad.

— Para nada la quiero sin mi Zelima. — Si ella no estuviese prisionera, no lo estaria Haffiz.

— Zelima te acompañará el dia que me quites de en medio al bastardo, asi como una mano desconocida me ha quitado al conde de Ledesma.

— El conde de Ledesma... no era ese un conde íntimo amigo de vuestro padre Alonso XI, de gloriosa memoria para los castellanos?

— El mismo, Haffiz.

— Su asesinato ha sido un misterio; pero una mano noble y generosa ha restañado la sangre que salia á borbotones de su herida.

— Luego vive ese hombre?

— María de Padilla te lo dirá mejor que yo.

— María de Padilla!... te estás burlando de mí?

— Dios me libre de semejante cosa! — Escúchame: al caer herido el conde de Ledesma, salió María de Padilla de su habitacion con dos mas y lo metieron dentro. Aseguran que curó con tanto esmero la herida que habia hecho el puñal del asesino, que ahuyentó la muerte que ya comenzaba á apoderarse del infeliz amigo de vuestro padre.

— Maldicion!... Pero dime, Haffiz, cómo salió María de su habitacion para socorrer al conde, si la Padilla vive á un extremo de Sevilla y Felipe de Ledesma fue herido en las galerias bajas de este alcázar?

El amante de Zelima miró sorprendido á Pedro I.

— Por qué no contestas?

— Porque tus palabras me han llenado de sorpresa.

— Qué quieres decirme?

— Acabemos, señor; María de Padilla vive en tu mismo alcázar.

— Aquí?

— Aquí mismo, y no muy lejos de tus habitaciones. —

— Me engañas, Haffiz?... —

— Alá me confunda sino es cierto. —

— Pero quién la ha traído? con quién está? oh! habla, habla, y no me tengas en cuidado!... cuéntamelo todo, Haffiz, todo absolutamente, y en vez de mi esclavo, serás mi amigo, mi confidente desde hoy mismo? —

El moro se sonrió de satisfacción y contestó:

— Tu privado el de Alburquerque tiene habitación en palacio, no es cierto? —

— Cierto. —

— Su esposa vive con él aquí, no es verdad? —

— También. —

— Pues bien, con él y con su esposa vive María de Padilla. —

— En clase de qué? —

— Al servicio de la segunda. —

— Oh! qué has dicho? María al servicio de la muger de mi primer ministro? la muger á quien ama el rey de Castilla sirviendo á una miserable, cuando debia de ser al contrario? Oh! todo se acabará desde hoy. Alburquerque y su esposa saldrán para siempre de mi corte. Odio á ese cortesano ambicioso que queria dominarme! María de Padilla seguirá viviendo en el alcázar; pero desde hoy como la muger que reina en el corazon del que reina en Castilla y Leon. Tu amante Zelima acompañará á mi amante María. Te acomoda? —

— Señor, tus favores me tienen atónito: con qué podré yo garte tantas mercedes? —

— Probándome evidentemente que María vive en el alcázar. —

— Dudas, señor? —

— No; pero quiero verlo. —

— Te prometo que lo has de ver. —

— Ahora mismo? —

— Ahora, contestó el moro poniéndose de pie. —

Don Pedro hizo lo mismo, y ambos se dirigieron á la puer-

ta por donde habia salido el page conductor de la carta de doña Leonor. El rey se cubrió perfectamente con el embozo de su capa y siguió á Haffiz, que caminaba grave y silencioso. En poco tiempo anduvieron medio alcázar. Al fin se paró el moro frente de una puerta cerrada y dió dos golpes en ella.

— Adónde vamos á parar pasada esa puerta? preguntó don Pedro lleno de curiosidad, y deseando llegar al término del viaje.

— Esta puerta da á la habitacion de tu esclavo.

— No, de mi amigo.

El moro se inclinó y volvió á llamar.

A los pocos instantes giró la puerta sobre sus goznes, apareciendo detras de ella un moro anciano y de venerable fisonomía. Don Pedro y Haffiz penetraron en una habitacion tan ricamente adornada, que en nada desmerecia á las del mismo don Pedro. El monarca castellano manifestó su sorpresa con las siguientes palabras:

— Quién vive en tan lujoso departamento? á quién pertenecen estas floreadas cortinas y alfombras, estos jarrones de porcelana, y estos muebles tan ricos como elegantes y bellos?

— Tu esclavo Haffiz, cuando se retiraba á descansar á su morada, queria olvidar su triste situacion teniendo los muebles que ves. El infeliz cree todavía que habita el palacio del Arraez de Málaga.

— Luego vives aqui?

— Esta es mi habitacion con efecto.

— Oh! bien; me gusta, porque reina en ella el gusto y la elegancia mas perfecta; y luego... eres rico, Haffiz?

— Lo fui, señor.

— Sin embargo, tanto lujo...

— Tanto lujo de muebles lo heredé de mi padre.

— Bien está; ahora cúmpleme tu palabra.

El amante de Zelima se dirigió sin contestar una palabra á una pequeña puerta que habia cerca de don Pedro, y tocó un resorte de metal dorado que habia en la juntura de las

dos hojas. Estas se recorrieron como por encanto, y permitieron ver al rey una escalera de piedra estrecha y en forma de caracol, que desaparecia hácia el techo de la estancia en forma de espiral. Haffiz subió sus sólidos peldaños con paso grave y mesurado. Don Pedro le siguió sin titubear. A poco se encontró el monarca en una reducida y mas que reducida oscura habitacion de paredes toscas y de deteriorado pavimento.

— Dónde estamos? preguntó el rey lleno de sorpresa.

— En la rotonda del diablo, contestó Haffiz sonriéndose al mismo tiempo.

— Por Santiago, que es un nombre que le cuadra perfectamente: maldito si veo una jota, ni puedo explicarme qué forma tiene esto...

— En esta oscura habitacion vivió, segun dicen, cierto judío dado á las ciencias y al arte de la nigromancia allá por el siglo XII, si la memoria no me es infiel.

— Pues por Cristo, exclamó el rey, que eligió una magnífica vivienda para estudiar los garabatos negros y encarnados de sus libracos!

— Y para qué queria la luz natural, si el diablo le habia prestado para siempre su mas viva y luminosa antorcha? contestó el jóven al mismo tiempo que buscaba á tientas cierta cosa que necesitaba.

— Cáspita! no nos vendria ahora muy mal la tal antorcha para vernos los dedos de las manos! Pero dime, Haffiz amigo, qué venimos á hacer aqui?

— No quereis ver á doña María de Padilla?

— Cierto que sí; pero muy difícil lo creo.

— Difícil lo creéis?

— Demonio! si yo mismo no me veo!

Apenas acabó de pronunciar el hijo de doña María las anteriores palabras, cuando penetró en la estancia de pronto un rayo de luz del diámetro de una moneda de regular tamaño. Aunque no alumbraba demasiado, permitió ver á don Pe-

dro una claravoya practicada en la pared, y á Haffiz pegado á ella y registrando con ojos ávidos lo que habia al otro lado del pequeño agujero.

— Señor, señor... dijo en voz baja, acercaos á mí, y vereis á Maria de Padilla.

Don Pedro dió un salto y aplicó su ojo derecho á la claravoya.

Un salón grande y perfectamente adornado fue lo que se presentó á la vista del monarca.

— Y bien?... dijo volviéndose al moro.

— No habeis visto nada?

— No he visto mas que un salon grande. Haffiz, dónde está Maria?

— Observad á la izquierda, y vereis dos mugeres entregadas al trabajo propio de su sexo cerca de una ventana que da á los jardines de este mismo alcázar.

Don Pedro obedeció á su favorito mirando hácia el lado que le decia.

— Oh! con efecto, distingo á dos mugeres.

— En una reconocerás á la esposa de tu ministro el de Alburquerque, y en la otra á...

— Maria! exclamó don Pedro olvidándose de que podia ser oido.

Pero Haffiz acudió con presteza á tapar el agujero, y la exclamacion del rey solo fue oida por el amante de Zelima.

El rey se volvió á la pared en busca del agujero que tan milagrosamente habia desaparecido. Todos los esfuerzos del monarca fueron inútiles.

— Qué has hecho, miserable! exclamó dirigiéndose al moro con aspecto furioso y amenazador.

— Dar al resorte y tapar la claravoya por donde has visto á Maria de Padilla, contestó Haffiz con tranquilidad.

— Pues ábrela otra vez: yo quiero verla, quiero contemplarla siquiera un instante! Haffiz, amigo mio, hazme este favor, y serás el mas afortunado de los favoritos.

— Me dais palabra de no llamarla , ni de hacer ninguna demostracion que nos comprometa?

— Te la doy.

— Bien ; os voy á dar gusto.

Y el amante de Zelima acercó su diestra al resorte que ocultaba por dentro el agujero.

— Por tu Dios te lo pido , rey de Castilla ; observa y calla , porque sino no tendrás para lo sucesivo este secreto por donde puedas ver lo que pasa en la habitacion de tu amante.

— Callaré , Haffiz.

— En ese caso , mirad quanto querais , repuso el moro haciendo pënetrar en la estancia otra vez la ráfaga de luz que antes los alumbrara.

Don Pedro se acercó de nuevo á la claravoya , permaneciendo en ella largo rato. El jóven hijo de doña Maria se separó de ella mas enamorado que nunca de Maria de Padilla. Cada vez que la contemplaba , le parecia mas bella , mas divina.

— Te queda duda de que es ella , señor?

— Ninguna , Haffiz ; pero quisiera saber cómo existe ese agujero por donde se ve quanto pasa ahi abajo.

— Es muy sencillo ; el judío que habitó esta rotonda lo mandó hacer para ver quanto pasase en ese salon.

— Y por qué se ve todo como si mirásemos desde el techo?

— Porque está practicado el agujero en los arabescos y labores de donde arranca la bóveda , y que la sirven de artesonado.

— Comprendo , Haffiz , comprendo , y te doy las gracias por el servicio que acabo de recibir de tí.

— Rey de Castilla , me he consagrado á tu servicio , y por lo tanto es un deber quanto he hecho. Manda lo que quieras , y serás obedecido.

— Convencido estoy de tu fidelidad , de tu buena fé y del aprecio que me tienes , y por lo tanto quiero recompensar-

te. De hoy en adelante serás mi confidente, mi favorito, el amigo querido en quien deposite mis penas y alegrías, mis temores y proyectos. Tu amante Zelima estará desde hoy bajo mi amparo y proteccion; despues de María de Padilla será la que mande en el alcázar del rey de Castilla y Leon.

Haffiz cayó de rodillas y besó con la mayor humildad los pies del jóven monarca.

— Alza, alza, y no te humilles tanto, hijo del Arraez de Málaga, dijo don Pedro tendiendo sus manos al que poco antes llamaba miserable esclavo.

— Oh! con qué te pagaré yo tantos favores, generoso rey don Pedro?... qué haré para probarte mi amor y el agradecimiento que te tengo?

— Serme fiel siempre.

— Siempre, siempre lo seré, yo te lo juro! — Vive tranquilo y convencido que tu amigo no solo te será fiel siempre, eternamente, sino que tendrá á toda hora dispuesto su puñal para sepultarlo en el pecho del que ose llamarse tu enemigo.

Don Pedro se sonrió de alegría, y repuso al instante:

— Con que tendré en tí un guarda?

— Precisamente: un guarda fiel y vigilante que velará constantemente por tí.

— Y matarás á mis enemigos?

— Mataré al que te ofenda.

— Sin distincion de clase?

— Sin distincion de clase.

— Tanta abnegacion tendrá tambien su recompensa. — Tal vez mañana ocupes el lugar que hoy Alburquerque.

Don Pedro halagaba una de las pasiones que mas dominaban á su confidente. Haffiz era un moro sagaz, previsor y discreto; pero le dominaban dos pasiones poderosas, que ejercian sobre su ánimo una influencia grande y omnimoda. Estas dos pasiones era el amor que tenia á su Zelima, amor grande é inestinguible, que le ponía loco, frenético de furor si veía

en la ahijada de doña Leonor una mirada poco tierna ó un gesto de disgusto: la otra era una ambicion desmedida, terrible, que sacrificaría por ella á Zelima, sino la idolatraba del modo que lo hacia, rayando ya en locura. La promesa del rey le habia halagado de tal modo, que olvidó á Zelima mientras saboreaba tan magnífica y soberbia promesa. Dió treguas á su alegría, y contestó á don Pedro con afectada sorpresa:

— Yo tu primer ministro, rey de Castilla? el esclavo Haffiz elevado á la primera dignidad de tus reinos? Un moro de nacimiento y de conviccion siendo árbitro de la vida de ocho millones de cristianos? Qué has dicho, señor y amo mio!... has pensado bien en ello?

— Sí, vive Cristo; lo he pensado, y no me arrepiento de lo dicho. — Bien puede ser mi primer ministro el hombre que como tú me ama; y el hombre que como tú...

— Acaba.

— Pues bien, el hombre que como tú me quitará de enmedio al enemigo mayor que tengo y que tiene mi corona.

Haffiz palideció, y repuso con voz desfallecida:

— El nombre de ese hombre?

— El bastardo de Trastamara.

El moro tuvo necesidad de volver la cara á otro lado para ocultar su emocion. Enrique de Trastamara no estaba al alcance de su puñal homicida, porque mas de una vez le habia dicho Zelima que velase por la preciosa vida del hijo mayor de su protectora, de su madre adoptiva doña Leonor de Guzman.

— Escúchame, Haffiz, dijo don Pedro: — ya debo de hablarte sin rebozo ni rodeos, y participarte como te tengo ofrecido mis mayores secretos, en cambio de tus buenos y leales servicios. — Aqui para entre los dos, no tengo cuidado en decirte que aborrezco de muerte á los bastardos, y muy mas al que llaman conde de Trastamara. Temo tambien al partido que este representa, y quisiera

cortar de raiz la trama que se urde contra mi y contra la corona que ciñe tan justamente mis sienes. Encárgate tú de hacer desaparecer al bastardo, y yo haré ver despues á esos miserables y revoltosos grandes lo que nunca han querido comprender, y es que el rey no es un grande como ellos, sino el señor dueño y absoluto de sus reinos. Enrique de Trastamara es un miserable y ambicioso como ellos; pero es un enemigo que no quisiera tener: su cabeza vale al que me la entregue el puesto de primer ministro del rey don Pedro I de Castilla. Esta es la mayor prueba de aprecio y cariño que puedes darme, amigo Haffiz; mata al traidor y al infame, que yo cargo con toda la responsabilidad de su muerte.

La situacion del moro confidente de don Pedro no podia ser mas triste. En Haffiz luchaban precisamente dos cosas que le tenian suspenso y dudoso: por un lado Zelima, que le suplicaba velase por la amenazada vida del hijo de su madre; por otro la ambicion, esa pasion que permite el crimen con tal de llegar al grado de poder que desea el individuo que la posee del modo que Haffiz la poseía. El moro se vió en la necesidad de dar una contestacion pronta y definitiva, y olvidándose de su amante y de sus especiales é interesantes encargos, no pensando mas que en su ambicion y en el encumbramiento en que se veria por tan poca cosa, á su entender, se decidió por fin y dijo á don Pedro:

— Rey de Castilla, desecha todo temor, que Enrique de Trastamara no volverá á molestarte en lo sucesivo.

— Será cierto? repuso don Pedro sin poder ocultar su alegría.

— Cierto, ciertísimo, señor. Tu confidente te librárá de ese poderoso enemigo.

— El dia que tal suceda serás el primer ministro de don Pedro I.

Haffiz tuvo necesidad de todo su disimulo para no dar á

conocer la alegría tan grande que experimentaba, producida por las lisonjeras palabras del jóven monarca.

— Señor, contestó con hipocresía, seré lo que me mandes, porque me he propuesto obedecerte en todo; pero quisiera que comprendieses que al ofrecerte á asesinar al bastardo, lo he hecho por el mucho amor que te tengo, y no por miras de lucro, ó porque espere de tu generosidad recompensa alguna.

— Lo sé, Haffiz, contestó don Pedro, aunque en su interior estaba muy convencido de lo contrario.

— En ese caso, mataré al de Trastamara en la inteligencia de que doy á mi rey y señor la mas señalada prueba de cariño y amor; no es cierto, rey de Castilla?

— Oh! ya lo creo! contestó el rey calculando todo el peligro que podria haber para su corona, tan reciamente combatida, si vivia el poderoso conde de Trastamara, que contaba con una corte de prosélitos y amigos compuesta de lo mas lucido y brillante de Castilla. — Ya lo creo, amigo Haffiz, volvió á repetir añadiendo estas palabras: — Tan es cierto que me haces el mas señalado servicio, que me das la mayor prueba de cariño y amistad, que no he titubeado en ofrecerte el puesto mas elevado de mi reino, no en pago de tu servicio, no, sino en premio de tu amistad y abnegacion.

— Sabré hacerme digno de tantos favores y de tan marcada predileccion, repuso el moro inclinándose ante el monarca con el mayor respeto y sumision.

Pocos momentos despues salia don Pedro de la habitacion del futuro ministro de Castilla. Apenas se hubo cerrado su puerta, exclamó en voz sumamente baja:

— Gracias á Dios, ó al diablo, que ya encontré el hombre que he buscado con tanto afan. Ese perro judío, á quien llamo mi amigo, es el mas solemne bribon que come pan en Sevilla; pero me servirá de mucho, porque matará á los que yo le designe. Bien, Haffiz, mata al bastardo, y

serás mi primer ministro; no me importa, porque no disfrutará mucho tiempo de tan alto y elevado puesto!

Una sonrisa maligna asomó á los labios del monarca al proferir las últimas palabras.





## CAPITULO V.

*De como no fue sola Zelima la que oyó el canto de Haffiz.*



**L**a luna, esa maga plateada de las tinieblas, estendia su fantástica luz de blanco color sobre la menuda yerba, el recortado boj y los altos y frondosos árboles de los jardines del real alcázar de Sevilla. Todo yacía en la mas completa calma; el cielo estaba cuajado de estrellas que parecian otros tantos puntos luminosos; el horizonte se hallaba libre enteramente de los negros y compactos nubarrones que con tanta frecuencia se ven en él, y la suave y blanda brisa del delicioso Bétis hacia mover las hojas de los corpulentos frutales, produciendo un ruido igual, aunque apenas imperceptible. Las tortuo-

sas y largas calles de los jardines se hallaban llenas de hojas que el aire sin duda cuando arreciaba con alguna fuerza habia desprendido de las ramas para decorar caprichosamente el menudo césped de que se hallaban cubiertas las veredas y senderos de que hablamos. A un extremo de tan espacioso jardin se elevaba mudo y grave como el gigante morador de las tinieblas el arabesco palacio que servia de residencia á los reyes de Castilla. En sus cristales de diversos colores se reflejaba la luna, hiriéndolos horizontalmente, y despidiendo opacos y lánguidos destellos sobre la parte del edificio en que un gigantesco arbol de redonda copa practicaba la sombra mas compacta. El mayor silencio reinaba tambien en el interior del edificio. Ni una de sus ventanas estaba abierta, y sus prolongadas balaustradas de mármol desiertas completamente. El silencio de la noche es un remedo del silencio de los sepulcros.

Sin embargo, á pesar de tanta soledad, un hombre cubierto casi hasta los pies con un blanco capuchon de cachemira y una cítara de preciosas maderas en su diestra, atravesaba con paso medurado por los senderos y arriates llenos de hojas secas que crujian deshechas bajo su planta. El desconocido que la luna alumbraba de lleno, haciendo resaltar la blancura de su finísimo albornoz árabe, se asemejaba enteramente á un fantasma por su paso grave y cauteloso, y por las formas tan gigantescas que las sombras de los árboles le hacian tomar á veces.

Apenas llegó al alcázar se dirigió á un pequeño pabellon de piedra que sobresalia de uno de sus ángulos, y donde la yedra habia crecido hasta enroscarse en las cornisas y ménsulas que adornaban las ventanas de aquella pequeña parte del edificio, ocupado por la favorita del difunto rey Alonso XI de Castilla.

El desconocido se acercó á la ventana que menos distaba del suelo, y dió tres palmadas que no debieron ser oídas, porque nadie contestó.

— Alá me valga! exclamó el desconocido; si estará dormida la mas hermosa de todas las hermosas del Oriente?

Y acercándose de nuevo á la ventana, de donde se habia retirado, repitió la señal con mas fuerza que antes.

El silencio siguió reinando del mismo modo obstinado que hasta alli.

— No hay duda, cansada de esperarme se ha dormido el objeto de mi amor, repuso el desconocido retirándose á la sombra de un gigante tronco casi desnudo de ramas y hojas que habia enfrente y á muy poca distancia del pequeño pabellon.

— Cantaré lo mucho que la amo, prosiguió, ya que no puedo repetírselo está noche como otras veces... y quién sabe? tal vez oiga en su sueño puro é inocente de vírgen los acordes sonos de mi laud...

Y quitándose el blanco capuchon, que arrojó de sí como mueble que le estorbaba para su intento, después de recostarse con voluptuosidad en el tronco del arbol que le libraba de los rayos de la luna y de preludiar con mano diestra y habil tres ó cuatro acompañamientos á cual mas sentidos y patéticos, soltó al aire su voz clara y argentina de angel, cantando las siguientes trovas acompañadas del laud que pulsaba con destreza y suavidad:

*Sol hermoso, flor querida,*

*de mi vida*

*gloria, esperanza y amor;*

*estrella de las sultanas*

*que engalanás*

*el harem de tu señor.*

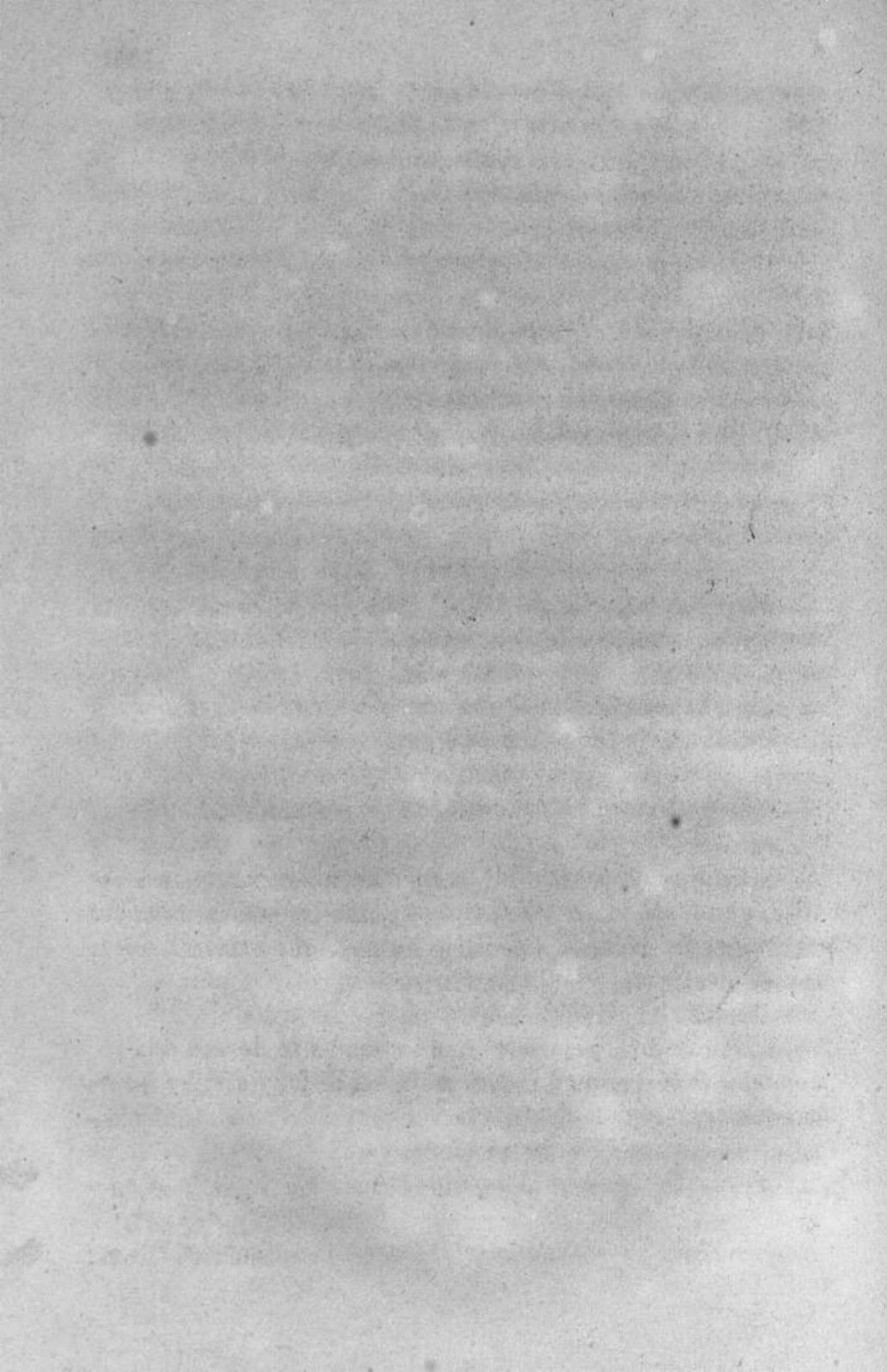
---

*Oye el eco de mi lira*

*que suspira*



D. Pedro I. — Lam. 5.



*por tu belleza sin par ;*

*oye á sus cuerdas de oro*

*«yo te adoro»*

*murmurando sin cesar.*

*Tú eres maga de los sueños*

*halagüenos*

*que deleitan mi existir ;*

*palma esbelta y cimbradora*

*que enamora*

*el claro Guadalquivir.*

*Sal pues á esa celosia ,*

*alma mia ,*

*huri del suelo andaluz ;*

*y la luna nacarada*

*humillada*

*velará su tibia luz.*

Apenas acabó su sentido y enamorado cantó cuando se abrió de pronto la ventana, apareciendo en ella una sombra de muger de bellas y delicadas formas, que exclamó con la mayor alegría, si bien en voz baja:

— Haffiz !

— Zelima mia ! repuso el moro confidente de don Pedro, dejando el instrumento que tañía sobre la yerba, y acercándose precipitadamente á la ventana donde asomada estaba el objeto querido de su amor.

— Eres tú ? preguntó la niña, llena de amor y de alegría.

— Sí, yo soy, hermosa mia... soy tu amante, que viene



á decirte lo mucho que te ama, y á noticiarte que pronto, muy pronto seremos felices.

— La Madre del Dios de los cristianos ha oído mis súplicas! contestó Zelima alzando las manos al cielo, y retirándose de la ventana para dar lugar á que el moro penetrase por ella.

Haffiz no se hizo de rogar mucho: se agarró de la yedra que serpenteaba tan caprichosamente por la pared, y sirviéndole de escala las desigualdades y hendiduras de las piedras, llegó en un momento y sin contratiempo alguno á la pequeña habitación que servia de dormitorio á la bella é interesante Zelima.

Una sombra de hombre se dibujó entonces detras del tronco desde donde habia cantado el moro Haffiz. Era el rey don Pedro, que no pudiendo conciliar el sueño aquella noche, se habia salido al jardin para que el ambiente fresco de las noches de otoño le refrescase algun tanto su acalorada mente, ocupada desde largo rato con mil pensamientos y proyectos de venganza.

Asi que el futuro ministro de don Pedro hubo traspuesto el ancho dintel de la ventana se cerró esta por mano de Zelima, volviendo á quedar todo en el mayor reposo y tranquilidad.

Don Pedro entonces se alejó del enorme tronco esclamando con sordo acento:

— Maldicion! hasta mi esclavo es mas feliz que yo!... oh! esto tiene que concluir; Maria ha de ser mia, y despues esa mora Zelima, á quien amo sin conocerla!

El impresionable corazon del monarca se habia inflamado de amor á la vista de la novelesca escena que habia presenciado.

Pero dejemos á don Pedro entregado á su desesperacion y á sus planes de doble conquista, y volvamos á los dos amantes moros que nos esperan hace rato, sino mienten las crónicas y escritos de aquellos tiempos.

Asi que hubo cerrado Zelima la ventana, se recostó en una especie de divan de terciopelo carmesí que habia cerca de su lecho virginal, diciendo á su amante que se sentara cerca de ella. Haffiz la obedeció con presteza, y cogiéndola una mano cariñosamente, le dijo en tono de dulce reconvencion:

— No has oído seis palmadas que dí antes de ponerme á cantar?

— No he oido mas que los dulces versos de tu trova, contestó Zelima.

— Dormias acaso, amor mio?

— Dormia cansada de esperarte.

— Luego entonces yo soy el que he cometido falta?

— Sí, Haffiz; si falta puede llamarse venir una hora despues de la que me ofreciste.

— Entonces perdóname, reina mia, repuso el moro con tono suplicante; perdóname si te he hecho esperar, si he sido causa de que el temor se haya apoderado de tu tierno y apasionado corazon... Me perdonas, Zelima?

La jóven fijó sus grandes y espresivos ojos en el bello rostro de su amante, y exclamó tendiendo hácia él sus manos:

— Sí, te perdono, esposo mio, te perdono, porque...

— Acaba, acaba...

— Pues bien, porque te amo mas cada dia.

— Ah! y yo á tí, ídolo mio!... y yo tambien te amo cada dia mas... tú eres mi encanto, mi delicia; la mayor felicidad de mi vida es verte, hablarte, y... estrechar entre mis manos ardientes de amor las tuyas, finisimas y blancas como la piel del armiño!... Oh! por tí vivo en la esclavitud, por tí he sufrido los insultos de un rey como don Pedro y las odiosas chanzonetas de su corte corrompida... por tí, amor mio, diera mi vida y haria los mayores sacrificios! Habla, Zelima, manda á tu esclavo, pídele lo que quieras, lo que tu imaginacion mas desee... quieres salir de este pais y pisar las ardientes playas del Africa?

Zelima se sonrió y repuso incontinenti, no sin dirigir á su amante una de esas miradas profundas y fijas que indican amor y agradecimiento á un tiempo:

— No; mi patria es España, y no quiero pisar mas playas que las suyas, ni aspirar otro ambiente que el que despide el delicioso Bétis que murmura casi á nuestras plantas.

— Quieres que reuna un ejército y te conquiste el trono que Alonso XI arrebató á tu padre el rey de Algeciras?

— Tampoco, Haffiz mio; puedo asegurarte que no me llaman la atencion las grandezas de la tierra. Todo es en ella perecedero, porque lo es hasta el hombre, á pesar de ser la obra mas perfecta y acabada del Criador.

Haffiz miró con cariño á su amante, y le dijo sorprendido y lleno de curiosidad:

— Pues qué te llama á tí la atencion, hermosa perla del Oriente?

— Tres cosas nada mas, contestó la niña deseando decirlas.

— Veamos: la primera...

— La primera, repitió, es el amor de mi Haffiz...

— Oh! bendita seas! bendita seas, angel mio!... exclamó el moro loco de alegría y entusiasmo.

— La segunda el amor de mi madre adoptiva. — Y la tercera el deseo que tengo de poder llamarme hija de María, la Madre del Dios de los cristianos.

El confidente de don Pedró se inmutó hasta el extremo de asemejarse á un cadáver. Para que Zelima no advirtiese su palidez volvió el rostro hácia otro lado. La cándida y bella hija adoptiva de doña Leonór, repuso sin detenerse:

— Oh! qué felices seremos el dia en que reconozcamos al verdadero Dios y en que un sacerdote nos una para siempre, Haffiz! para siempre, amor mio... Qué dia tan feliz para tu amante y para tí... no es verdad que lo ansías, Haffiz? no es cierto que lo esperas como tu Zelima con deseo grande, casi con avidéz?... En ese dia seremos felices, porque siendo tu esposa seré tu querida. Dime, amante mio, no deseas ado-

rar al Dios verdadero, cambiar el traje que vistes por la bruñida armadura del caballero, adoptar las costumbres de los cristianos y poseerme siempre, siempre, hasta que la muerte corte el hilo de mi existencia?

— Te amo tanto, Zelima adorada, que si no te poseyera... oh! me volveria loco, me mataria desesperado y maldiciendo tu amor, que ahora es la delicia, el encanto de mi existencia... pero qué dirán nuestros padres, qué nuestros hermanos si apostatamos de nuestra fé y de nuestra religion abrazando la de los cristianos, enemigos irreconciliables de todo lo que pertenezca á la secta del Profeta? Moros hemos nacido, Zelima adorada, y moros debemos morir... ámame á estilo de nuestro pais... amémonos segun nuestras leyes y ritos, y confundámonos en un mar de placeres celestiales, en un golfo de amor y deleites divinos!...

— Nunca! nunca! exclamó la niña con espanto!

— Zelima!

— Oh! sino te haces cristiano conmigo, no seré tu esposa... te abandonaré al momento, huiré de tu presencia, y lloraré en el mas oscuro rincon de España la infidelidad y poca abnegacion de un hombre que prefiere perder al ser que adora, á hacer por ella en obsequio de su amor el mas mínimo sacrificio. — Yo quiero ser cristiana, porque amo á Mariá, y porque se lo he ofrecido á mi madre adoptiva en premio de su amor y de sus bondades para conmigo. — Quiero que el hombre que ha sabido hacerse dueño de mi corazon, pertenezca tambien á mi religion, para poder amarle sin escrúpulo y poder decirle: soy tu esposa para siempre... si miras á otra muger, ofendes y faltas á la tuya propia. — Pero por qué te niegas ahora, cuando siempre me has dicho que mis deseos eran los tuyos? Haffiz, no me amas ya? dijo la jóven palideciendo de temor.

— Zelima, no me desgarras el alma con preguntas tan terribles... no amarte yo!... primero se habia de confundir el cielo con la tierra, ó dejaria de alumbrar el sol! Deliras, infe-

liz? no amarte yo, cuando sin ti sería el más desgraciado de los hombres?

— Pues entonces, por qué te niegas á abrazar una religion que autorizará y protegerá nuestra union?

— Porque seremos maldecidos por nuestros hermanos.

— Y qué nos importa á nosotros su maldicion, si un sacerdote nos bendice en nombre de Dios?

Haffiz se sonrió con desden.

— Te ries?

— Sí, Zelima, me rio de verte tan preocupada! Quién ha imbuido en tu candorosa mente esas ideas y esas palabras?

— Dios, por medio de mi nodriza primero, que aunque llevaba el traje de mora era cristiana en el fondo, y despues por conducto de doña Leonor de Guzman.

— Y estás resuelta?

— Sí, Haffiz; sino te haces cristiano, huiré de ti, ya que me será imposible dejar de amarte.

Y los negros y brillantes ojos de la mora se llenaron de lágrimas ardientes y cristalinas.

— Zelima, amor mio! exclamó el confidente del rey cogiéndola ambas manos, y queriendo secar con su aliento abrasador las lágrimas que tan súbitamente habian inundado los ojos de la hermosa.

— Oh! qué cruel serias si prefirieses verme morir de dolor á abrazar una religion que nos permite estar juntos aun despues de muertos!

— Cesa en tu llanto divino y no me martirices, Zelima... oh! no llores, que tu amante te ama demasiado para consentir que padezcas por su causa...

— Oh! es cierto lo que oigo, Haffiz? repítelo otra vez, bien mio; repítelo cien veces para que no quede duda á tu amante... Con que es cierto?... Con que no he oido mal?... Ah! gracias, gracias; yo te amaré siempre tanto, que nuestro amor dé envidia á los mismos ángeles del cielo.

— Estás contenta?

— Sí, Haffiz mio, contenta como la madre que ha encontrado al hijo perdido, como la muger que ha recobrado al idolo amado de su corazon. — Pero dime, lo estás tú tambien?

— Lo estoy porque te veo feliz, y tu felicidad es la mia; porque yo te amo con delirio, Zelima!

— Y yo, y yo... contestó la jóven con acento embriagador.

Los dos amantes se miraron primero con cariño; despues juntaron sus cabezas espontáneamente, y sus labios estamparon en cada rostro un beso sonoro y delicioso. Zelima desvió su preciosa cabeza con prontitud, y miró á su amante como suplicándole que no se prolongase semejante escena.

— Ahora, le dijo deseando distraerse, cuéntame algo de tu vida; esplicame tus palabras de que pronto, muy pronto habiamos de ser felices.

— Cierto; has de saber que mi posicion ha cambiado enteramente. He logrado hacerme un lugar preferente en el corazon del rey don Pedro. Ya no soy su esclavo, Zelima mia, ya no me arrastro por los suelos, besando su planta al quedar impresa en él; su alteza me llama su confidente, y muy pronto tal vez seré su primer ministro!

— Qué dices!

— Que tal vez llegue á reemplazar en su destino al poderoso Alburquerque.

— Y á qué se debe cambio tan repentino? mudanza tan súbita de la esclavitud al mayor encumbramiento?

— No lo sé... Don Pedro, como todos los reyes, quiere un favorito, y mi buena estrella ha querido sea yo el elegido. — Pero aun hay mas...

— Mas todavía? oh! el cielo nos protege, porque vamos á abrazar la religion del verdadero Dios.

— Tan luego como la luna haya dejado de alumbrar, tan luego como el nuevo dia asome por el horizonte, sale de esta ciudad para Coimbra tu querida madre adoptiva.

— Lo sé, Haffiz, y semejante noticia me trae loca de sentimiento.

— Sabes también que no se le permite compañía ninguna, más que la escolta que para su seguridad la conduce?

— Lo sé.

— Sabes también que ni aun tú misma?

— Todo, todo, Haffiz, todo lo sé, hasta que escribió al rey una carta dejándome recomendada á su alteza, ya que no podia llevarme consigo.

— Pues bien, el rey conoce nuestro amor, y compadecido de tu desgracia, ha jurado protegerte siempre. Su amante María de Padilla ocupará el departamento que deja vacante la ex-amante de Alonso XI. Tú seguirás ocupando este como hasta aqui, protegida por Pedro I de Castilla, y vigilada por tu amante Haffiz. Lloro en hora buena la marcha á Coimbra de tu madre adoptiva; pero no te aflijas por tu suerte, que se ha encargado de ella nada menos que el rey más pederoso de España.

— Y le sucederá alguna desgracia á doña Leonor?

— Ninguna, hermosa mia; muy al contrario, al lado de su hijo don Fadrique, el gran maestre de Santiago, está mas segura que en el alcázar de don Pedro.

— Pero decidme, una vez fuera de Sevilla la de Guzman, podrán vivir tranquilos aqui sus hijos, los hermanos del rey?

— Perded cuidado sobre ese particular; don Pedro los ama como á hermanos suyos que son. Por sus venas corre la misma sangre real que por las suyas.

— Me engañais: don Pedro no puede amar al conde de Trastamara.

— Pero quiere á los otros hermanos.

— Y por qué el hijo mayor de doña Leonor no ocupa en el corazon del rey el mismo lugar que sus hermanos?

— Porque Enrique de Trastamara es un ambicioso que quiere á toda costa la corona de don Pedro, sin tener en cuenta que es de origen bastardo, y que su pretension es tan absurda como descabellada.

— No le hace, querido mio; Enrique de Trastámara es el hijo mayor del difunto rey Alonso XI.

— Pero es bastardo, Zelima, y en Castilla no tienen derecho á los bienes y títulos de los padres los hijos que no sean de legítimo matrimonio. Además, doña Leonor de Guzman no es de raza real.— Con que desengaños, Enrique de Trastámara no será rey nunca.

— Nunca! por qué?

— Porque me consta.

— Decídmelo.

— Porque antes que lo intente siquiera no faltará un puñal amigo de don Pedro que atraviese de parte á parte el corazón del ambicioso.

— Oh! eso es horrible!

— Horrible, sí, pero positivo.

— Sin embargo, repuso Zelima con zalamería, si mi Hafiz quiere, no sucederá tamaña desgracia al hijo mayor de mi madre adoptiva.

— Quién soy yo, amada mia, para poder evitar un golpe que dispondrá el poderoso don Pedro con todas las precauciones posibles, á fin de que no fracase su intento? Has olvidado que yo aqui no soy nada, y que no puedo hacer traicion al rey de Castilla?

— Hacer traicion es librar de la muerte á un inocente, cuyo delito?...

— Zelima, no prosigas... el delito del conde de Trastámara está ya probado, y es conocido por todo el reino. Enrique de Trastámara conspira contra su rey legítimo, y el delito de lesa-magestad se paga con la muerte. Don Pedro está en su derecho, destruyendo los enemigos de su trono.

— Mucho defiendes al rey.

— Sí, lo defiendo, porque sería una ingratitud si tal no hiciera... Don Pedro me llama su amigo, me confía sus cui-tas y pesares, y desde mañana será el protector y el padre de la muger á quien adoro tanto. Tantos favores, Ze-

lima amada, no pueden ser pagados con una ingratitud.

— Bien lo sé, Haffiz mio; pero qué trabajo te cuesta evitar el asesinato, avisando con tiempo á don Enrique para que huya de Sevilla y viva prevenido en lo sucesivo?

— Nada, es verdad... pero si lo sabe don Pedro... en fin, Zelima, no puedo comprometerme, porque tú tambien padecerias. El rey es en extremo vengativo, y en su furor, si llegaba á saber que yo le vendia, era capaz de sacrificarte á tí tambien, hermosa mia. Y sobre todo, que Enrique de Trastamara no conspire contra su hermano, y vivirá tranquilo y sosegado en el parage que quiera elegir.

— Acuérdate, amado mio, que me ofreciste há pocos dias velar por la vida del conde... acuérdate que me lo juraste por nuestro amor, y que estás en el deber de cumplir á tu amante la promesa que le hiciste.

— Pero Zelima!!...

— Escúchame: Enrique de Trastamara es inocente, te lo juro... y Enrique de Trastamara es hijo de mi madre adoptiva. Ella es la que me ruega y suplica constantemente que te hable de su hijo querido, amenazado por el puñal de un asesino pagado por don Pedro...

Haffiz se pasó una mano por el rostro para ocultar la palidez que se estendia por él. Zelima hablaba de un asesino, sin saber la infeliz que este era su mismo amante.

— Sí, continuó la jóven, un asesino pagado por don Pedro, que el dia que este se lo ordene, hundirá su puñal en el corazon de un hombre inocente. — Oh! no te horroriza, amado mio, todo eso? no te indigna la traicion y la cobardía? muger soy, y no hay nada que me cause tanto horror y desprecio como el hombre que mata á traicion, como el miserable que hace el oficio de verdugo en cambio de un destino ó de un puñado de monedas.

El moro se puso lívido y miró á todas partes con asombro. Las palabras de su amante caían sobre su corazon como otras tantas gotas de plomo derretido. Haffiz pensó un mo-

mento, y se dijo interiormente como con miedo: — Si habrá visto Zelima el fondo de mi corazón! si habrá conocido que yo soy el asesino del hijo de su madre!... Oh! entonces... me despreciaría, me llamaría miserable, y huiría de mí horrorizada y llena de espanto!

Y después de reflexionar un instante, y de dar á sus facciones cierto sello de tranquilidad, que asaz bien necesitaban, se dijo con firme propósito de cumplirlo: — Primero es Zelima que todo cuanto exista... quiero mejor una mirada suya que todo el oro de Castilla; un «*te amo*» de su boca divina, que el trono mismo de don Pedro! — Por ella abandoné mi patria y mi pequeño reino, por ella me he arrastrado como un miserable esclavo á los pies del rey y de sus cortesanos, y por ella voy á renegar de mi religión y de mi Dios... por ella no seré el matador de Enrique de Trastámara, sino el que lo libre de las asechanzas de su hermano... qué me importa á mí que viva ó muera? qué, que don Pedro tenga enemigos, y que su trono vacile y aun se hunda? tenga yo á mi Zelima, oiga su voz celestial, que llena de gozo mi corazón, vea sus ojos de terciopelo fijos en mí, y en sus labios la sonrisa del placer, y lo demás poco me importa.

Haffiz cogió las manos de su amada después de lo dicho, y le dijo con ternura y amor:

— Basta, Zelima, amada mía, basta ya, que tu amante velará constantemente por la amenazada vida del hijo de tu madre adoptiva...

— Sí, me lo prometes? repuso la niña con extraordinaria alegría.

— Has podido dudar siquiera un momento que tu amante no había de cumplir lo que te hubiese ofrecido... cuando tú sola eres la que reinas en su corazón, cuando tu pensamiento es el mío, y cuando todos los instantes de mi vida los dedico á tí? Ah! no esperaba eso de tu amor...

— Si he dudado, ha sido porque tú me has dicho que no podías cumplir tu promesa sin hacer traición á don Pedro.

— Cierta; todo eso te he dicho, pero ha sido por oírte, por verte enojada un momento contra mí, que te amo tanto; por ver airado tu bello rostro, y por oírte decir que ya no te amaba como antes, cuando me negaba á obedecerte.

Zelima se sonrió de alegría, y miró á su amante como para darle las gracias.

En esta y otras conversaciones pasaron el resto de la noche los dos amantes moros, pero siempre juntos, mirándose con ternura, y aspirando el aliento que salía de sus pechos palpitantes de amor. Mas apenas la aurora asomó por el horizonte su brillante diadema, cuando Haffiz se despidió de Zelima, no sin estampar al mismo tiempo un ardoroso beso en la frente de la jóven. Despues saltó por la ventana, y cogiendo su blanco albornoz y la cítara de bibrantes cuerdas que yacian cerca del deshojado tronco, desapareció bien pronto por las tortuosas y alfombradas calles del jardin del alcázar real de Sevilla.





## CAPITULO VI.

*De como vuelve à hablarse de Alonso Fernandez de Olmedo.*



Ocho dias no cumplidos hacia que doña Leonor de Guzman habia sido conducida á una fortaleza de Talavera de la Reina, distante siete leguas de la imperial y almenada ciudad de Toledo. Ocho dias que la infeliz madre de Enrique de Trastamara lloraba sin cesar en una de las habitaciones del castillo no solo su desgracia, sino el engaño de que habia sido victima, porque en vez de llevarla á Coimbra, como esperaba, la habian sepultado en

una oscura y honda habitacion del castillo de Talavera, á pesar de sus lágrimas y súplicas.

El destino fatal de la querida del oncenno Alfonso de Castilla tenia que cumplirse tarde ó temprano. Pero por desgracia la hora habia llegado, y el augurio de los sabios y astrólogos de aquellos tiempos iba á tener efecto en el sombrío y triste castillo de Talavera.

Doña Leonor de Guzman salió de Sevilla acompañada por una numerosa escolta que la reina puso á su disposicion, ó mas bien á la de Alonso Fernandez de Olmedo, gefe de tan lucido acompañamiento. Poco ó nada entendia la de Guzman de caminos y atajos, ni si la direccion era para Coimbra ó Aragon. Ella caminaba contenta y gozosa, porque iba á abrazar á uno de sus mas queridos hijos, y no se cuidó ni aun de preguntar el nombre de los pueblos por donde pasaba. Semejante silencio favoreció á las mil maravillas el proyecto del asesino del conde de Ledesma. Despues de unos dias de penoso camino, y á eso de las diez de la noche, divisaron las altas torres y edificios de un pueblo estenso y amurallado. Olmedo habia anunciado á doña Leonor que aquella misma noche llegarían á Coimbra. De modo que apenas divisó la dama el pueblo que se estendia á su vista, y que con tanta obstinacion envolvía la noche entre sus densas tinieblas, exclamó con gran alborozo y contento, elevando al cielo sus manos en señal de gracias, y llevándoselas despues á los ojos para enjugar dos lágrimas que la alegría habia hecho asomar á ellos:

— Coimbra!

— Sí, Coimbra... contestó Fernandez de Olmedo, mordiéndose los labios para no reirse á las barbas de la infeliz madre del gran maestre de Santiago.

Pocos momentos despues entraba la comitiva en Talavera, villa pequeña entonces, aunque perfectamente fortificada. El castillo, que estaba fuera de la poblacion, abrió sus puertas para recibir á doña Leonor y su numerosa escolta.

— Y mi hijo? yo quiero ver á mi hijo, exclamó la de Guzman al trasponer el dintel, y al ver que tras de ella se cerraba la maciza puerta de la fortaleza.

— Dejaos de exclamaciones, señora, contestó el brutal Fernandez de Olmedo; ya vereis á vuestro hijo, si Dios ó el diablo quiere.

— Pero dónde está?

— En Coimbra.

— Pues bien, si está en Coimbra, quiero verlo, quiero estrecharlo entre mis brazos.

— Es que no estais en Coimbra.

— Cielos! qué decís!... dónde estoy? dónde estoy?... dijo mirando á todos lados con horror y espanto.

— No os asusteis, que estais entre católicos-apostólicos-romanos.

— Tened piedad de mí, y decidme dónde estoy...!

— Si tanto empeño teneis en saberlo, os diré que os hallais en el castillo de Talavera, villa de su alteza la reina doña María.

— Cielos!... y no veré á mi hijo?

— Es muy posible que no.

— Dios mio! Dios mio!

— Para que no os pille de sorpresa, os voy á hacer el favor de deciros que estais presa, señora.

— Presa!... engaño! traicion! exclamó cayendo desmayada en los brazos del cruel y perverso Fernandez de Olmedo.

Inmediatamente fue conducida á una habitacion pequeña y segura como un calabozo, donde en vano esperó ocho dias de lágrimas y sufrimientos la llegada de su hijo. La infeliz no queria comprender la triste realidad. Tenia esperanza de salir de allí y abrazar á don Fadrique, aunque el cómplice de doña María no habia penetrado ni una sola vez en la estancia donde se hallaba para alimentar ó destruir el halagüeño pensamiento que le animaba en medio de tanto sufrir y padecer.

Como dijimos al principio de este capítulo, hacia ocho

días que la ex-amante de Alonso XI vivía llorando sin cesar en el castillo de Talavera.

Eran las diez de la mañana á juzgar por el sol. La habitación que servía de cárcel á la de Guzman era un cuarto cuyas paredes de toscas piedras, y cuyos groseros muebles de madera blanca estaban alumbrados por una pequeña claravoya redonda y llena de gruesos barrotes de hierro que había cerca del techo, ó mejor dicho en el mismo arranque de la bóveda. Ni un rayo de sol penetraba en aquel calabozo, donde gemía noche y día la desventurada madre del que después reinó en Castilla con el nombre de Enrique II.

Sentada estaba doña Leonor cerca de una mesa, donde apoyaba el codo derecho y su cabeza en la diestra. Dos lágrimas gruesas y cristalinas se desprendían de sus ojos para rodar magestuosamente por su mejilla, en otro tiempo sonrosada y lozana como la rosa en primavera. En ocho días se había marchitado notablemente aquel interesante rostro, sin igual veinte años antes, y hermoso y seductor aun después de la muerte del padre de don Pedro I de Castilla. Doña Leonor alzó al cielo sus bellos é interesantes ojos negros como el azabache, y exclamó con dolorido acento:

— Señor Dios omnipotente, amparadme, tened misericordia de mí! perdonad á esta vuestra hija pecadora, que demasiado ha sufrido... oh! sí, demasiado, mas de lo que sus fuerzas han podido resistir!...

Doña Leonor inclinó la cabeza sobre su pecho palpitante y agitado, y guardó silencio por largo rato. Después volvió á decir:

— Pero si he nacido para padecer hasta que muera, sufriré con resignacion, lloraré noche y día mi estrella hasta que os condolais de esta desgraciada!

Y volvió á inclinar la cabeza sobre su pecho, y á llorar y sufrir en silencio.

A poco rato se oyó ruido en la puerta, y penetró una persona en el calabozo, tan fea y horrible como el pecado. Era

Alonso Fernandez de Olmedo, que habia recibido orden de la reina para que asesinase inmediatamente á su odiosa rival. El cómplice de doña María estaba medio ébrio cuando entró en la morada de la de Guzman. El miserable habia tenido que recurrir á semejante medio para poder desempeñar su cometido tal como queria. Los gritos y súplicas de una muger no tenian eco en su embotado corazón, cuando sus sentidos eran presa de los densos vapores del vino. El asesino del conde Felipe de Ledesma penetró en la estancia medio tambaleándose, y haciendo horribles muecas y repugnantes gestos. Al verlo doña Leonor dió un grito horrorizada, y le dijo poniéndose de pie:

— Qué quereis aqui?

— Veros, mi hermosa pupila, contestó el asesino riéndose de su misma gracia.

— Huid, miserable, huid, si no quereis que yo misma os arroje.

— Son muy delgadas vuestras muñecas para oponer resistencia á las mias.

— Salid... os lo suplico! dejadme sola... sufra mi dolor y mi encierro sin vuestra presencia repugnante...

— Repugnante, y no hay cuerpo mas gentil que el mio en toda Castilla? repuso el miserable con sus ridículas chanzonetas.

— Sí, repugnante, porque sois un monstruo en figura y en acciones. — Sois un miserable, un malvado...

— Oh! no dirá eso mismo de mí la reina doña María! Para ella seré hermoso, interesante, escelente por todos conceptos, su angel tutelar, en una palabra.

— Lo creo; tiene el alma tan negra como la vuestra, y no dudo que le agraden vuestras deformidades.

— Eh, eh, señora, basta ya de insultos, que el tiempo urge. Os habeis encomendado á Dios nuestro Señor?

— Qué decís? preguntó la de Guzman palideciendo de temor.

— Una cosa muy sencilla, mi querida señora; que si os habeis encomendado á Dios nuestro Señor.

— Y para qué?

— Alabo la pregunta! claro está, para morir...

— Morir! oh! quién lo manda?

— La reina.

— Pero por qué, Dios mio?

— Fragil sois de memoria!... por lo de antaño; no os acordais aun?

— Oh! no, yo no he cometido delito para morir: vos me engañais, Fernandez de Olmedo, vos me engañais para reiros con mis lágrimas, no es cierto? decid que sí, decid que no me he equivocado!

— Yo nunca me equivoco, señora, y en prueba de ello tomad y leed ese pergamino, y vereis como en él se me ordena que ponga fin á vuestros dias.

Doña Leonor cogió el manuscrito y lo leyó con avidez, aunque toda temblorosa y balbuciente.

— Cielos! con que es cierto?

— Y tan cierto...

— Con que todo ha sido un engaño?

— Lo será si asi lo quereis... pero la orden está terminante, ya lo habeis visto.

— Ah! perdon! perdon! exclamó cayendo de rodillas y tendiendo sus manos en señal de súplica hácia el miserable asesino.

— Yo no os puedo perdonar, porque no soy más que un instrumento aqui; me mandan matar y mato, señora.

— Piedad!

— Os he dicho que yo no tengo poder para tanto.

— Oh! yo os daré todo el oro que querais, os haré rico, muy rico, si me dejais marchar á Coimbra.

— Dejaos de ofrecimientos y acabemos.

— Con que no hay perdon?

— No.



D. Pedro I. — *Lám. 6.ª*



— Y sereis tan cruel que me matareis á sangre fria? —

— Os desengañareis por vuestros propios ojos.

— Ah! sois un monstruo!... socorro! socorro! comenzó á decir la infeliz con todas sus fuerzas.

Nadie contestó á sus gritos. Fernandez de Olmedo se dirigió á la puerta y la cerró por dentro. Despues sacó del cinto un afilado puñal y se dirigió á la víctima con feroz sonrisa. La de Guzman huyó despavorida por la prision, esclamando con el mayor dolor, y vertiendo gruesas lágrimas:

— Perdon!... Socorro!... Dios mio! perdon! perdon!...

La infeliz cayó al suelo cansada y abatida: las fuerzas le faltaron cuando mas las necesitaba.

Fernandez de Olmedo se lanzó á ella, haciendo brillar en el aire la flexible hoja de su damasquino puñal.

— Perdon! volvió á decir la infeliz con voz apagada y balbuciente.

— No hay perdon? contestó el infame cogiéndola fuertemente por un brazo y trayéndola cerca de sí para que fuera el golpe mas certero.

Doña Leonor se dejó arrastrar sin oponer la menor resistencia. La desgraciada madre de Enrique de Trastamara casi era un cadáver. Sus megillas estaban pálidas y desencajadas, turbios sus hermosos ojos, y amoratados sus labios finisimos y carminosos antes.

— Os habeis encomendado ya á Dios? le preguntó el malvado Olmedo como gozándose en su dolor.

Pero doña Leonor le miró con desprecio, y contestó con voz resignada y tranquila:

— Él tendrá misericordia de mí, asi como yo la tengo de mis enemigos, á quienes perdono... herid bien, y no hacedme padecer mucho, si me quereis hacer este favor...

Olmedo levantó el puñal; pero al sepultarlo en el blanquísimo pecho de la dama, al ver su santa resignacion y su postura patética é interesante, retrocedió esclamando:



— Maldicion! me falta el valor!

Y salió precipitadamente de la prision cerrando la puerta tras sí.

Doña Leonor miró á todas partes con asombro, y como dudando de que estaba viva se palpó veinte veces el rostro y su cuerpo.

— Qué es esto, Dios mio? duermo ó estoy despierta? vivo ó estoy contigo en el reino de los cielos?... Ah! no, vivo, vivo... pero y el hombre que me amenazaba con su puñal, dónde está? qué se ha hecho de él?... oh! si habré dormido todo este tiempo y habré soñado que me asesinaban!... no, no es ilusion; yo he sentido en mi pecho la punta fria del cuchillo homicida... yo he leído la fatal sentencia firmada por la reina, por esa muger fementida y perjura!... oh! no es sueño, no; realidad, pura realidad es lo que me ha pasado!... Pero dónde está ese hombre? por qué ha huido tan repentinamente cuando le dije que me hiriese?... Ah! este es un misterio que no alcanzo á descifrar... Si Dios en su bondad infinita habrá introducido en el corazon de ese malvado el horror y el arrepentimiento, cuando iba á sepultar su puñal en mi garganta?... Ah! si es asi, Dios mio, dóite gracias una y mil veces y bendígote por tanta clemencia!

Tres dias pasaron despues de lo ocurrido sin que hubiese vuelto á la prision el asesino de Felipe de Ledesma y sin que penetrase en ella mas persona que un hombre de mala catadura y peores maneras, conductor del alimento de la prisionera. Doña Leonor no habia probado bocado en tan largo tiempo ni bebido una gota de agua por temor de ser envenenada. Pálida, estenuada y casi sin movimiento estaba la ex-amante de Alonso XI con vigilia tan larga, abstinencia tan prolongada. La infeliz no calculaba que evitaba un mal para acarrearle otro mayor. Qué conseguia con no morir envenenada, dado caso que los alimentos lo estuviesen, si moria consunta y aniquilada? La debilidad que la consumia y el temor que impone la muerte, no le habia hecho calcular que

la muerte del veneno es mas pronta y menos dolorosa que la lenta y espantosa de la consuncion.

Sentada estaba en un rincon de la prision con la cabeza reclinada en la fria y húmeda pared, con los ojos desencajados, macilento el rostro y la boca entreabierta y exhalando sonidos y frases inarticuladas. Al fin pudo llevarse una mano al rostro, y decir con voz un poco mas clara:

— Dios mio, perdon... yo me muero... quiero agua... agua...

Y miró á todas partes, como buscando el liquido que apetecia. Sus turbios ojos lograron ver un enorme jarro que habia sobre la mesa, llena de todas clases de manjares.

— Oh! me he salvado! dijo incorporándose. — Agua veo, y con ella no me moriré... Fuerzas, Dios mio; dadme fuerzas para poder llegar hasta donde está... Oh! me voy á salvar, si... agua, agua...

Con mil trabajos consiguió ponerse de pie. La infeliz se tambaleaba como la caña que el huracan cimbrea. Al verla de pies tan delgada y macilenta, cualquiera hubiese creido que era un espectro que salia de una mansion sepulcral. Después de inauditos esfuerzos consiguió llegar hasta la mesa. Sus manos flacas y descarnadas cogieron con avidez el recipiente de barro, lleno de agua clara y cristalina.

— Agua! dijo acercando sus labios al grosero borde del cacharro, y bebiendo con tanta avidez, que bien pronto lo dejó sobre la misma mesa completamente vacío.

Mas apenas hubo apurado el receptáculo de tan grosera materia construido, sintió un vigor extraordinario que la hizo exclamar:

— Oh! ya lo decia yo, que me habia de salvar el agua!... veo mas claro, y puedo andar con libertad... repuso dando dos ó tres paseos por la reducida estancia.

Cuando mas contenta estaba la infeliz, cuando se creia fuerte y vigorizada, comenzó á palidecer por grados, y á

sentir en su estómago un ardor vivo y devorador como el fuego mismo.

— Qué es esto, Dios mio? dijo toda trémula, y buscando al mismo tiempo apoyo en la mesa que poco antes abandonara.

Pero no bien hubo apoyado su blanca y descarnada mano en la mesa, cuando sus facciones se contrajeron horriblemente; un sudor copiosísimo inundó su cuerpo, sus manos se crisparon, y cayó al suelo pronunciando con voz débil y suplicante:

— Misericordia... misericordia... oh! muero, muero sin abrazar á mis hijos!... Dios mio, tened piedad de esta inf... e-liz...

Doña Leonor de Guzman era un cadáver despues de proferir las anteriores palabras.

Pocos momentos despues se abrió la puerta de la prision y apareció el cómplice de doña María, seguido de otro hombre tan feo y repugnante como él. Fernandez de Olmedo penetró en la estancia mortuoria con rostro risueño y placentero. El miserable se gozaba en su obra, se recreaba en aquel cuadro terrible é imponente.

Diremos al lector para su inteligencia, que conociendo el asesino cómplice de la reina que le faltaba valor para matar á sangre fria á la de Guzman, se le ocurrió la idea de envenenar los alimentos de la víctima para conseguir el objeto apetecido, porque esta, tarde ó temprano habia de probarlos, si no queria morir de otra muerte peor, en cuyo caso le importaba muy poco á él. El ex-hostelero del *Cuerno de la abundancia* vigilaba constantemente, por cierto secreto conocido de él, los menores movimientos de la de Guzman. Al verla caer despues de haber bebido toda el agua que contenia el jarro, dijo con feroz y repugnante sonrisa:

— Me he ganado cien monedas de oro! oh! á este paso voy á ser mas rico que el mismo Crespo en poco tiempo!

El hombre que acompañaba á Fernandez de Olmedo se

acercó al cadáver de doña Leonor, y lo miró un momento. Despues preguntó sin alterarse:

— Qué hay que hacer con este cadáver?

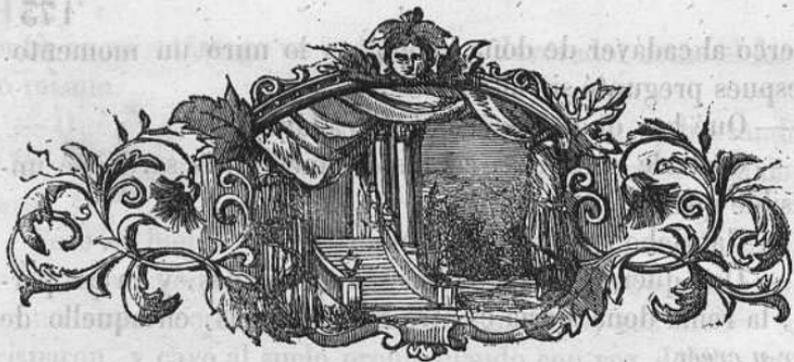
— Cortarle la cabeza, contestó Olmedo mas sereno é im-  
pasible que el mismo verdugo.

— Capricho es despues de muerta.

— Qué quereis? las mugeres son incrédulas, y en esa par-  
te, la reina doña María es otro Santo Tomás, en aquello de  
*ver y creer*.

El verdugo no contestó: cogió por el mango el hacha que  
llevaba sujeta en el cinturon de su blusa encarnada, y divi-  
dió de un solo tajo la cabeza del cuerpo.





## CAPÍTULO VII.

*Que no tiene epigrafe, porque se le olvidó ponerlo al primitivo narrador de estos hechos.*



**D**IAS despues de lo que dejamos referido en el capítulo anterior, recibió la reina doña María en la cámara donde la hemos visto otras veces al infame y malvado Alonso Fernandez de Olmedo, conductor de la cabeza de doña Leonor de Guzman. La madre del primer Pedro de Castilla temblaba como una azogada desde que le anunciaron habia llegado su cómplice al alcázar. El rostro de doña María estaba demudado completamente; su mirada era incierta, y sus manos temblaban como las del delincuente á quien se le pilla *in fraganti*. A pesar de su perversidad, á pesar de su carácter san-

guinario, y de tener un corazón hecho para el crimen exclusivamente, sentia ver á su cómplice, y oír de su misma boca la relacion circunstanciada y detallada de la muerte de su desgraciada rival. Doña María, como todo criminal, era cobarde, y por lo mismo sentia oír en boca de otro la relacion de un crimen mandado y confeccionado por ella. Pero convencida que no podia pasar por otro punto, á no inspirar desconfianza al ex-hostelero, se pasó su diestra por la frente, como queriendo ahuyentar los remordimientos que constantemente la mortificaban desde la muerte de Ledesma, aunque no lo bastante para arrepentirse, y dijo á una de sus doncellas con al parecer reposado semblante:

— Que entre Fernandez de Olmedo.

Y á poco de esto penetró en la cámara el asesino de la de Guzman, sonriéndose como un estúpido, y dando vueltas entre sus manos á su birrete de terciopelo negro con pluma del mismo color.

— Señora... dijo inclinándose con respeto.

— Bien venido, Olmedo, contestó la reina con trabajo, y palideciendo al notar que su cómplice venia vestido de negro.

— Qué estrañais en mí, que habeis hecho ese gesto de disgusto? se permitió decir el asesino, para quien no pasó desapercibida la inmutacion de la reina.

— Habeis elegido, dijo esta, un traje tan triste para verme, que no he podido menos de horrorizarme.

— Este traje es el mas á propósito para anunciaros que ya dejó de existir la que tanto os ha molestado...

— Silencio! exclamó la reina mirando á todas partes como asustada.

— Bien, callaré; pero...

— Por Dios, Olmedo, nos pueden oír, y eso sería espantoso... cerrad esa puerta, y después podreis decirme cuanto querais.

El antiguo hostelero obedeció el mandato de la reina, y se volvió hácia ella sin sonreirse esta vez. Doña María le mi-

ró de arriba á abajo, y tuvo miedo de quedarse sola con hombre de tan horrible catadura. Sin embargo, desterró el miedo, como lo habia hecho con las ideas tristes y amargas reflexiones que la ocupaban al entrar su confidente, y le dijo en voz baja para no ser oída de nadie mas que de él mismo:

— Vamos, decidme lo que haya ocurrido.

— Nada de particular absolutamente... vuestras órdenes é instrucciones han sido perfectamente cumplidas y ejecutadas.

— De veras?

— Y tan de veras, señora... quiera el cielo que no estéis en mucho tiempo donde está vuestra enemiga!

— Con que ha muerto? dijo con feroz alegría.

— Lo mismo que un corderito, señora.

— Oh placer!... ya estoy vengada! exclamó para sus adentros; y alzando la voz: — Pero decidme, amigo mio: estais seguro de ello?

— Segurísimo: contestó el asesino sonriéndose.

— Sin embargo... os dije...

— Ya recuerdo; que queriais ver su cabeza, no es eso?

— Justamente.

— Pues bien, la vereis.

— Ahora?

— En este momento, contestó el miserable asesino abriendo la puerta por donde habia entrado, y desapareciendo por ella con la mayor celeridad.

Al verse sola doña María tuvo miedo de sí misma y huyó despavorida por el aposento, subyugada por las ideas mas terribles, y exclamando como una demente:

— Sangre!... sangre por todas partes y á toda hora!... Dios mio, perdon!... tened misericordia de mí, y quitadme del corazon este peso que me ahoga... ahuyentad de mi mente estas ideas, que tanto me mortifican!... Huid, sombras, huid por Dios, y no me atormentéis mas!... no me mireis

asi; oh! me confundís, me llenais de horror, y... tengo miedo de vosotras! — Pero qué necia soy en dejarme subyugar por unas ideas que tal vez no existan en mi mente! dijo de pronto y procurando serenarse. — Nada, valor, María, valor, y hacerse superior á todo... he mandado matar, porque he padecido, y la venganza es permitida... sí, permitida, aunque bastarda; pero qué me importa?... Ya soy libre, libre, sin esposo, sin rival y sin ama... oh! iba á pronunciar una palabra que me desagrada!... Todos han desaparecido, porque yo lo he querido asi para vengarme de lo que ellos me han hecho sufrir y llorar en el espacio de veinte años! Y por eso he de tener miedo? nada, valor, valor...

Pero como en aquel momento de lucha, en aquel momento de un valor ficticio sintiese pasos, dió un grito de miedo, y exclamó, sin acordarse que Alonso de Olmedo tenia que volver:

— Socorro! socorro!...

El antiguo hostelero del Cuerno de la abundancia se acercó á la reina, diciéndole mas asustado que ella misma:

— Qué teneis, señora?

— Huid de mi presencia! huid...

— No me conoceis? soy yo... Olmedo, vuestro amigo y...

— Ah!... es verdad! estaba preocupada con ciertas ideas... y luego, como entrásteis tan de improviso, he recibido un susto atroz... pero ya todo ha pasado. Decidme ahora con toda formalidad si es cierto que ha muerto la querida de mi esposo.

Fernandez de Olmedo miró á la reina con sorpresa y se hizo la siguiente pregunta: — «A qué viene esto, cuando he salido por la cabeza de su rival como prueba de que no miento? maldito si comprendo hoy á esta muger.» El miserable no conocia que la razon de su cómplice se habia extraviado, consecuente efecto de los punzantes remordimientos que se habian apoderado de su mente.

— Señora, le dijo interrogándola, dudais de mis palabras?

— No; pero dudo que hayais tenido valor para asesinar á sangre fria á aquella muger tan hermosa como resignada y buena.

— Y dudais bien, porque con efecto tuve esa debilidad.

— Luego no ha muerto?

— Ni mas ni menos que su amante don Alonso.

— Oh! no os puedo comprender!... sed claro por Dios, y no me volvais loca con vuestras enigmáticas palabras.

— Señora, la cosa no puede estar mas clara: — escuchadme y lo vereis: en el momento de recibir vuestra orden para que pusiera fin á los dias de la prisionera del castillo de Talavera, me dirigí á la prision donde la tenia bien guardada con cerrojos, candados y centinelas, y le dí vuestra orden para que se enterase de su contenido y se dispusiera á bien morir...

— Con que murió sabiendo que yo la asesinaba?

— Con efecto.

— Y qué os dijo?

— Que Dios tendria piedad de ella, asi como ella la tenia de sus enemigos. — Y en vez de enfurecerse, en vez de llenaros y llenarme de insultos, las palabras «perdono á mis enemigos» salieron mas de una vez de sus labios frios y amaratados.

— Seguid, seguid...

— Os decia que despues de darle á leer su sentencia de muerte, le dije que se preparase á bien morir; y despues de una pequeña lucha, despues de unas cuantas lágrimas demandando perdon, y de algunos ofrecimientos ventajosísimos, que yo no quise aceptar, cayó de rodillas cansada y abatida, y con santa resignacion me vió sacar el puñal del cinto y elevarlo á la altura de mi cabeza para sepultarlo con fuerza en su blanco y agitado pecho...

— Oh! qué horror!... exclamó la reina sin poder contener exclamacion tan natural, y mirando á su cómplice con repugnancia.

— Pero al verla tan hermosa y tan resignada con su fatal destino, me faltó el valor, señora, y huí despavorido de su presencia confuso y avergonzado.

— Hicisteis bien...

— Pero como vuestra orden estaba tan terminante, y yo os habia ofrecido cumplirla á toda costa, resolví envenenar los alimentos de la infeliz, y aunque ella, temiendo semejante cosa, se estuvo tres dias justos y cabales sin probar bocado, surtió mi idea el efecto que deseaba, pues acosada la desgraciada de una sed devoradora, apuró de un solo trago el jarro lleno de agua y de veneno que tenia en su misma estancia. Doña Leonor cayó á poco murmurando palabras que no pude oír desde mi escondite; pero á los pocos momentos era cadáver...

— Oh! con que ya no existe? dijo la reina casi maquinalmente y entre alegre y horrorizada.

— No existe, señora... vuestras órdenes estan cumplidas.

— Mis órdenes, mis órdenes... por qué no decís su destino?

— Porque yo he obedecido vuestra voz, no la del destino de aquella desgraciada; y en prueba de que he cumplido en un todo vuestros mandatos é instrucciones, he traído la cabeza de la victima para que no os quede duda de mi fidelidad... y Alonso Fernandez de Olmedo sacó de un saco de tela tosca que habia traído, la pálida y ensangrentada cabeza de la madre de Enrique de Trastamara.

— Os queda duda ahora, señora? dijo el miserable, dejando en el suelo aquella preciosa cabeza para que la reina la contemplase á su sabor.

Pero doña María, en vez de examinarla, como esperaba su confidente, volvió la cara á otro lado, toda trémula y azorada, exclamando al mismo tiempo con voz suplicante:

— Quitadme eso de delante!... por Dios... no me hagais padecer mas... bastante sufro; tened piedad de mí!... Oh!

apartadla, Olmedo; quitad esa cabeza de mi vista... quitadla... quitadla, si no quereis verme morir!

— Os causa miedo, ó lástima? contestó el malvado como haciendo burla del dolor que la reina experimentaba.

— No sé si es miedo ó lástima... pero quitadla... Dios mio! perdon! perdon! y cayó de rodillas pálida y desencajada, llorando como una Magdalena, y tendiendo hácia el cielo sus manos trémulas y temblorosas como pidiendo perdon.

El asesino del conde de Ledesma y de doña Leonor de Guzman retrocedió espantado al ver la actitud suplicante de la muger que le habia dicho «matad sin piedad.»

— Qué es esto? se dijo en extremo sorprendido. — Se habrá vuelto loca! y se acercó á la reina diciéndole de vez en cuando: — Señora... escuchad... volved en vos... qué tenéis?

— Oh! no os acerqueis á mí, asesino; no me toqueis con vuestras manos ensangrentadas! huid, miserable, huid de mi presencia, y esconded ese puñal homicida que tanta sangre ha derramado!

Fernandez de Olmedo escuchó á la reina sin interrumpirle y con rostro tranquilo y sereno; pero asi que concluyó se acercó á ella con aire amenazador, y le dijo cogiéndola por un brazo:

— Sois una infame, reina de Castilla; y por Cristo que os vais á arrepentir de vuestras imprudentes palabras!

— Huid, asesino, huid de mi presencia, sino quereis que os entregue á la justicia para que espieis de una vez vuestros horrendos crímenes! exclamó doña María casi fuera de sí, y temblando y llorando á un tiempo.

La miserable era presa de los mas punzantes y aterradores remordimientos: su imaginacion se habia estraviado; por todas partes veía fantasmas, y hasta su mismo cómplice le causaba horror y espanto.

— Hacedlo, reina de Castilla, entregadme á la justicia, contestó Olmedo pálido de rabia y riéndose con desprecio;

hacedlo, vive Cristo; pero os juro que á la media hora sabe la corte que habeis sido el asesino del conde de Ledesma y de doña Leonor de Guzman... gritad, infeliz, gritad cuanto querais, que yo tambien gritaré, y veremos cuál de los dos pierde mas...

— Vos, que sois el asesino realmente!

— No, infame reina de Castilla, no soy el asesino... esas muertes pesan sobre vos, y por eso estais loca, por eso teneis miedo de todo, hasta de vos misma! la sangre que yo he derramado por vuestra orden, estad segura de ello, caerá gota á gota en vuestro corazon, y os abrasará el pecho como si fuera fuego...

— Perdon!

— Pedidsele á Dios. — Yo lo único que puedo hacer es libraros de los tormentos que sufrís, repuso Olmedo acompañando dichas palabras con la mas espantosa sonrisa.

— Oh! sí, hacedlo, por Dios; quitadme este peso que tengo en el corazon; haced desaparecer esas visiones tan horribles que me amenazan con sus puños y me miran de un modo tan espantoso!... volvedme la tranquilidad, Olmedo, dadme la paz, y volveremos á nuestra vida de guerra y esterminio... vos sereis el brazo, y yo la cabeza como hasta aqui! ganareis mucho oro, muchísimo; porque son muchos tambien los enemigos del trono de mi hijo!

— Señora, estoy pronto, si quereis dejar de padecer de una vez.

— Sí, resuelta, resuelta, amigo mio... no vea yo visiones y... pero qué haceis!... para qué habeis sacado ese puñal teñido en la sangre de dos personas que me persiguen con incansable afan para llenarme de terror y espanto! Oh! qué ibais á hacer, Olmedo?

— Daros una muerte pronta para que cesen vuestros dolores y martirios.

— Morir!... oh! no, no quiero morir... tengo miedo de comparecer ante Dios... no quiero ver á mis víctimas... allá

en otro mundo, donde no podria huir ni gritar como aqui cuando las veo muy cerca de mí, cuando siento que sus manos frias y ensangrentadas tocan mis vestidos... qué quereis? soy una cobarde... pero quiero vivir para maldecir mi estrella, para renegar de vos, de mi misma, y de cuantos han contribuido á mi condenacion eterna.

— Mirad, reina de Castilla, que comenzais á delirar... Vos sola ¿lo ois? sois la culpable de esas muertes que os han trastornado el juicio.

— Y vos tambien, ambicioso asesino, vos tambien sois culpable, porque vuestro brazo ha dado el golpe, y habeis aprobado mis ideas cuando obcecada con una injusta venganza, os decia que queria matar á los que tanto me habian hecho padecer!

— En fin, señora, acabemos de una vez: vuestro intempestivo é imprudente arrepentimiento os puede acarrear males funestísimos, y me los puede acarrear á mí... La muerte del conde de Ledesma es un misterio para todos; la de doña Leonor lo será tambien... pero temo que en vuestros raptos y accesos de locura descubrais un dia lo que tanto os importa callar... el único medio de salvacion que me queda, porque no puedo negar que he sido vuestro cómplice, es asesinaros aqui mismo y huir en seguida, para que vuestra muerte sea tambien envuelta en los densos velos del mas impenetrable misterio.

— Qué decís, miserable?

— Ya lo habeis oido, señora: yo necesito salvarme, y solo asi podré conseguirlo.

— Oh! pues acercaos á mí, infame asesino! acercaos á mí, y probareis de lo que son capaces las uñas de una muger enfurecida.

— Mi puñal hace mas daño que vuestras uñas, por muy bien afiladas que esten; y si no, ahí teneis la prueba, dijo señalando á la yerta y amoratada cabeza de la favorita de Alonso XI.

— Monstruo!

— Basta ya, reina de Castilla; quereis saber por qué os voy á asesinar sin temor esta vez de que me falte el valor? pues lo hago, porque necesito vengarme de vos, porque me habeis insultado y despedido en premio de mis servicios, y una persona como yo se venga del que le insulta.

— Seriais capaz de matar traidamente á vuestra reina?

— Sí por cierto... no me ablandaron las lágrimas é inocencia de doña Leonor, y eso que á mí no me habia ultrajado, y me iban á seducir las vuestras, cuando sois la muger mas perversa é infame que ha existido! — Callad por Dios, señora!

— Oh! la espiacion! la espiacion! exclamó la reina mirando á todas partes llena de terror y espanto.

— Teneis razon... raro es el crimen que se queda impune en este mundo.

— Perdon, Olmedo, perdon para vuestra reina, que hartó desgraciada es con lo que sufre! — Perdonadla, y os promete que nunca os descubrirá, nunca... las muertes que lloro permanecerán en el misterio en que yacen.

— No hay perdon; os conozco demasiado, y no me quiero esponer.

— Pues bien, basta ya de humillaciones... sois un miserable, un repugnante asesino, y os voy á entregar á la justicia para que pagueis vuestros crímenes... Basta ya de lágrimas y de súplicas... á nadie temo; si en mi destino está escrito que he de morir matando, se cumplirá en un todo... Ahora vais á temblar vos, infame ambicioso, vais á llorar y á suplicarme, y yo me reiré de vuestras lágrimas y os haré colgar como á un malvado del arbol mas alto que haya en la orilla del rio... Hola! parece que palideceis al ver mi actitud? oh! pues mas lo estareis cuando el verdugo lie á vuestro cuello la cuerda con que os ha de ahorcar! Atrás, miserable, atrás, que va á pasar la reina de Castilla!

— Os engañais: la reina será muerta antes de llegar á esta

puerta, contestó el matador de la de Guzman sacando su afilado puñal y defendiendo la puerta por donde habia entrado, y que daba á las habitaciones interiores de doña María.

— Poco me importa vuestra resistencia: llamaré, y será oida mi voz.

— Llamad á quien gustéis, señora; pero os aseguro que no entrarán en la cámara por esta puerta, repuso Olmedo al mismo tiempo que la cerraba con llave y se guardaba esta en el bolsillo para mas seguridad.

— Bien, pediré socorro.

— No serán oidos vuestros gritos.

— Os arrancaré los ojos.

— Mas facil es que yo os parta el corazon antes, señora; y echando á un lado de la estancia con su pie derecho la cabeza de la desgraciada doña Leonor, que le estorbaba en su paso, se dirigió á la reina, puñal en mano y despidiendo rayos de fuego por sus ojos de tigre.

— Sí, sí, acercaos... contestó la reina armada de un valor extraordinario, y dispuesta á luchar con tan desigual enemigo.

Pero en el momento que Fernandez de Olmedo se precipitó sobre ella para herirla en el corazon, se deslizó doña María con ligereza de sus manos y se dirigió á la puerta que daba no á sus habitaciones interiores, sino á las galerías del alcázar desde donde presencié la muerte del conde de Ledesma.

La maciza puerta cedió al empuje vigoroso de la reina, y esta en seguida dijo con voz un tanto agitada:

— Socorro! socorro!...

Fernandez de Olmedo se dirigió á la reina con intento de asesinarla alli mismo; pero retrocedió en seguida á un extremo de la estancia, porque en la puerta se habia aparecido un embozado.

— Maldicion!... exclamó el miserable asesino, en tanto que doña María caía casi sin fuerzas en el sillón que poco antes ocupara.

El encubierto se acercó á la madre de don Pedro, cerrando antes la puerta que daba á las galerías, y la contempló un momento sin hacer caso del asesino del conde de Ledesma. Doña María se apresuró á decir, señalando á su antiguo confidente:

— Socorro... ese hombre me ha querido matar.

— Venganza, digo yo! repuso el desconocido.

— Es verdad, venganza... contestó la reina creyendo que el encubierto contestaba á sus palabras.

— Pues si tengo razon en vengarme, qué habeis hecho de mi madre, reina de Castilla?

Doña María fijó con sorpresa sus ojos en el embozado y se encogió de hombros.

— No me respondeis, señora?

— A qué, caballero?

— Os he preguntado que qué habeis hecho de mi madre... repuso el desconocido temblando de rabia y de impaciencia.

— Ni os conozco, ni he conocido á vuestra madre.

— Mentís, infame doña María, mentís como una miserable!

— Os digo que no os conozco...

— Y me conoceréis ahora? exclamó el desconocido dejando caer el embozo que le cubria el rostro.

Doña María se tapó el suyo con ambas manos y exclamó con dolorido acento:

— Misericordia... es Enrique de Trastamara!

Fernandez de Olmedo comenzó á temblar como un azogado.

— Con efecto, señora, Enrique de Trastamara soy... Enrique de Trastamara, que os viene á preguntar por su madre. Qué habeis hecho de ella, señora?

— Perdon!

— Cómo perdon?... contestadme claramente... dónde está mi madre?

— Misericordia, Dios mio!...

—No me impacientéis, señora... decidme, qué habeis hecho de doña Leonor de Guzman?

—Nada... no sé dónde se encuentra... perdon!

—Sí, sí lo sabeis, infame doña María, si lo sabeis, y vive Dios que me habeis de contestar á las preguntas que os haga, á fé de quien soy!—Atended: mi madre salió de Sevilla hace días escoltada por numerosos soldados al mando de cierto Alonso Fernandez de Olmedo, vuestro cómplice, y en la inteligencia de que iba á ser conducida á la ciudad de Coimbra, residencia ordinaria de su hijo y mi hermano don Fadrique, gran maestre de Santiago. Todo ha sido un engaño, señora; vos lo habíais dispuesto así para que mi madre no desconfiara. Fernandez de Olmedo equivocó el camino por orden vuestra, y mi madre fue sepultada en el castillo de Talavera, villa de vuestra pertenencia. Me negareis todo esto?

—Nada sé.

—Contestad!

—Bien, lo confieso... dijo doña María dominada por el tono imperioso del hijo mayor de su rival.

—Decidme ahora, reina de Castilla, y por qué ha vuelto la escolta y su infame gefe sin mi madre? qué han hecho de ella? dónde la han dejado?

—Oh! tened compasion de mí...

—Nada, señora, no hay compasion... hasta que me digais lo que habeis hecho de mi madre.—Por qué se han venido sin ella los que la acompañaban?

—Dios mio!

—Por qué? contestadme!

—Oh! no lo sé... preguntádselo á ese hombre...

Y doña María señaló á Fernandez de Olmedo, que muerto de miedo se habia arrinconado hasta el extremo de no ser visto por el conde.

—Qué hombre, señora?

—Ese, ese... que veis allí...

Enrique de Trastamara lo distinguió al fin.

— Quién sois, caballero? le dijo.

— Perdon... soy...

— Acabad, deseo saber vuestro nombre.

— Mi nombre... mi nombre...

— En vuestra turbacion conozco que sois el cómplice de esa muger... Fernandez de Olmedo, qué habeis hecho de mi madre?

— Señor...

— Responde, miserable, respóndeme sin dilacion, ó vive Cristo que te hago callar para siempre!

— Perdon, señor... yo no he sido mas que un mero instrumento... todas las órdenes é instrucciones las he recibido de la reina doña María, enemiga implacable de doña Leonor.

— Lo sé; pero yo quiero saber de mi madre.—Dónde está?

— En... en...

— Acaba, miserable!

— Vuestra madre ha sido asesinada de orden de doña María!

— Mentís! mentís!... exclamó esta completamente demudada.

— Conde de Trastamara, repuso Olmedo deseando herir á la reina y que toda la culpa de aquel crimen recayese solamente sobre ella, en prueba de que no miento, mirad esa cabeza... á quién reconocéis en ella?

— Cielos!... mi madre!...

Y el mancebo se llevó ambas manos al rostro.

Doña María en tanto sufría horriblemente: un sudor copiosísimo inundaba su cuerpo, el corazon le daba fuertes y frecuentes latidos, y la voz se le anudaba en la garganta. La infeliz ni podia llorar ni podia pedir á Dios que la librase de tan espantoso suplicio. Muda, estática de terror, vió á Enrique acercarse á ella con ojos llorosos, y decirle casi con ferocidad:

— Negareis ahora , miserable?

Doña María hizo un esfuerzo sobre sí misma , y exclamó en seguida tendiendo los brazos en señal de súplica hácia el bastardo:

— Perdon!

— Lo tuvisteis para mi madre?

— Harto sufro por no haberlo tenido... tened piedad de una muger que ha perdido la razon con tanto padecer.

— No , no hay perdon , señora ; mi madre ha muerto traidora y bajamente asesinada... su cabeza rueda por el suelo de vuestra cámara como cosa despreciada; la vuestra y la del asesino rodarán tambien. — Fernandez de Olmedo , quién ha matado á mi madre?

— Señor...

— Quién ha matado á mi madre?

— El verdugo.

— Miente! exclamó doña María viendo un rayo de salvacion para ella.

— No ha sido el verdugo?

— No.

— Acaso él?

— Precisamente.

Enrique de Trastamara sacó de su cinto tachonado un reluciente puñal de aguda punta.

— Asesino de mi madre , prepárate á morir.

— Señor... perdon!

— Te ablandaron acaso los ruegos y lágrimas de aquella desgraciada?

— No , contestó la reina deslizándose silenciosamente por detras del conde y con direccion á la puerta que salia á las galerías del patio principal del alcázar.

— Oh! pues sino tuviste lástima de un angel , yo no la tengo tampoco de tí , que eres un demonio feo y repugnante.

Y Enrique de Trastamara sepultó su puñal de un solo golpe en el pecho del miserable asesino.

— Perdon! perdon!... exclamó este con sordo acento... ah! me muero... socorro!... nada, todo en balde... ya no hay remedio para mí... Perdon, Dios mio; perdon, señor conde... perdon... conde de Ledesma... y vos, doña Leonor, perdonadme todos para que espire tranquilo y sosegado...

Fernandez de Olmedo cayó al suelo al pronunciar la última palabra. El infeliz cómplice de doña María era á poco de esto un cadáver.

Enrique de Trastamara lo contempló con ojos espantados, y dijo volviéndose al sitio donde estaba la reina:

— De todo teneis la culpa, de todo, muger infame!... hasta la muerte de este hombre pesará sobre vos!

Pero la reina se puso de un salto en la galería, y comenzó á huir por ella ligera y rápida como la corza perseguida.

— Se ha marchado!... exclamó Enrique. — No le hace, el día de la venganza no ha sonado todavía; pero yo voy á dar el primer grito delante de la cabeza de mi madre y del cadáver de su asesino.

— Dormid tranquila, madre mia; vuestro hijo os jura, poniendo á Dios por testigo, que no descansará hasta vengaros completamente... Odio eterno á esa reina infame y á su cruel hijo... Guerra y esterminio á vuestros asesinos. — Venganza! venganza!

Dijo, y desapareció por las galerías, saliendo á poco de Sevilla con direccion á Francia.





## CAPITULO VIII.

*De como una mala noticia puede retrasar la convalecencia mas adelantada.*



Dos meses hacia que habia sido herido el conde de Ledesma, y aunque vivia luchando con una convalecencia larga y obstinada, en inteligencia de doña María y toda Castilla, si se esceptúa el número de sus amigos y al rey don Pedro, habia muerto real y positivamente el franco y verdadero amigo del difunto rey Alonso XI. De muerte habia sido la herida que habia abierto con su puñal el infame Fernandez de Olmedo; pero la mano caritativa de María de Padilla restañó tan á tiempo la sangre que salia á borbotones de la herida, aplicó con tanto acierto y oportu-

nidad las primeras medicinas, que salvó de una muerte casi cierta al mas valeroso de los caballeros y al mas leal soldado que por entonces existia. — Como dijo muy bien el moro Hafiz á don Pedro, la futura favorita de este no solo vió caer herido al conde de Ledesma, aunque no conoció al asesino, sino que le prodigó los primeros ausilios á fin de salvarlo si era posible. — Viendo que respiraba y que daba señas de vida, fue conducido sigilosamente en aquella misma noche á la casa escondida y apartada que habitaba en Sevilla, cuyas señas pudo dar con mil trabajos, aunque sin revelar su nombre. Mas de un mes estuvo en cama padeciendo, rodeado de su tierna y amante esposa Elvira y de su fiel y constante amigo Nuño Fajardo, capitan sin compañía desde la muerte del padre de don Pedro; un mes de continuo dolor y sobresalto para Elvira, de doloroso padecer para el doliente y de constante agitacion y sentimiento para el respetable Nuño; un mes de lágrimas y sufrimiento; un mes de dudas y de horrorosa incertidumbre, porque tan pronto estaba fuera de peligro como á las puertas de la muerte, hasta que Dios tuvo piedad de aquella familia, y la herida se cerró con alegría de todos. Felipe de Ledesma salió del lecho del dolor con el rostro enjuto, pálido, todo él demudado y sin fuerzas para llevarse una mano al rostro: el infeliz se creía bueno, y no contaba con que la convalecencia de un mal cualquiera es mas larga y penosa que la misma enfermedad. Su primer cuidado fue preguntar por doña Leonor, cuya muerte le fue ocultada con oportuna prudencia por Nuño y su esposa. El noble amigo de Alonso XI aunque ignoraba completamente la horrorosa escena que habia tenido lugar en el castillo de Talavera, cada vez que pensaba en la madre de los bastardos, cada vez que recordaba su engaño y la negra traicion de la reina, palidecia de temor y exclamaba con dolorido acento: — «Qué habrá sido de esa infeliz, sola, abandonada... estará en Coimbra, ó habrá pagado doña María otro asesino para que la hiriese al mismo tiempo que yo caía al suelo con el pecho atra-

vesado? Oh Dios mio! cuando mas me necesitaba... cuando he debido confundir á la miserable y salvar á la inocente... consentís que un puñal asesino me sepulte en una cama por espacio de dos meses y... en fin, me vuelvo loco cuando pienso en la infeliz doña Leonor... qué ha sido de ella, Nuño amigo? qué ha sido de ella, esposa mia? contádmelo y no me tengais en tan espantosa ansiedad.»—Nada sabemos... procura tu completa curacion, y lo demas déjalo, abandónalo todo, le contestaban siempre temiendo, y con razon, que la funesta cuanto terrible noticia de la muerte de doña Leonor produjese en su abatido y débil ánimo sensaciones que no podria sufrir atendido su delicado estado.

Pero cuando nos es permitido penetrar en la casa del antiguo capitan de los *Formidables*, hoy conde de Ledesma, hacia ya mas de veinte dias que convalecia de la herida que puso tan en peligro su existencia. Felipe habia recobrado gran parte de sus fuerzas; la peligrosa herida que habia abierto el afilado puñal de Fernandez de Olmedo se habia cicatrizado completamente, y en su rostro comenzaban á verse las señales de una pronta curacion; sus facciones se iban animando por grados, y en sus poco antes enjutas megillas se veía la sonrosada tinta de la satisfactoria y verdadera convalecencia.

Felipe de Ledesma estaba sentado en un magnífico sillón gótico, entre una mesa cubierta de terciopelo carmesí y una muger de treinta y tantos años, rubia y hermosa como el ángel favorito, que no apartaba sus grandes y melancólicos ojos azules del rostro del convaleciente. La habitacion en que este estaba no era de muy grandes proporciones; pero estaba tan lujosamente adornada, que en ella no se veían mas que ricas cortinas de tela de Persia, suntuosas alfombras de la misma procedencia y magníficos sillones de ricas maderas, de construccion gótica y plateresca con mullidos almohadones de terciopelo grana bordados de oro y plata. Ricos tapices de adamascada tela verde y ramos de plata cubrian las paredes del aposento, haciendo resaltar las molduras dora-

das de las puertas y arabescos del artesonado. Magnificas planchas de terso acero con marcos de plata se veían en los cuatro frentes del salon, á falta de las hermosas lunas de Venecia que hoy se conocen; y en fin, cuanto el lujo de la época podia permitir se hallaba alli colocado con tanto gusto como primor por la inteligente mano de la condesa de Ledesma.

Como dijimos mas arriba, una muger jóven aun y hermosa como un angel estaba sentada al lado de Felipe y mirándole con tanto interes como detenimiento. Era la interesante Elvira de Luna y Osorio, que no cesaba de mirar á su esposo contenta y gozosa de que hubiese desaparecido de su rostro la tristeza que habia visto en él los primeros dias de la convalecencia, y la espantosa palidez que lo cubria. La amante y tierna esposa del hijo de Piedad se acercó á él con cariño, y cogiéndole una mano le dijo con el mayor interes:

— Cómo te sientes, esposo mio?

— Oh! perfectamente... ahora es cuando conozco los verdaderos progresos que hago en mi penosa convalecencia.

— El cielo ha escuchado mis ruegos! contestó Elvira.

— Ciertamente, amada esposa mia.

— Y no sientes dolor ninguno en la herida?

— En este momento nada absolutamente.

— Habrás padecido mucho, no es verdad, amado mio?

— Oh! sí, algo, Elvira; pero no siento lo que yo he sufrido, sino lo que te he hecho padecer á ti, ángel mio, repuso Felipe con ternura y dirigiendo á su esposa la mas cariñosa mirada.

— Oh! calla por Dios... he padecido, pero no por los malos ratos que haya pasado, sino por verte á tí sufrir tanto... oh! si yo hubiera podido librarte de tanto martirio, lo hubiera hecho aun á costa de mi vida.

— Bendita seas!

— Pero ya ha desaparecido todo el peligro, amado mio, ya, gracias á Dios, no tenemos nada que temer... nuestras lágrimas

mas se han convertido en alegría, todo en el mundo tiene su compensacion... si he llorado cuando estabas á la muerte, ahora gozo y soy feliz en ver los adelantos que haces... gracias á Dios que te veo bueno... gracias á Dios que te veo sonreir y que ya pasó el gran peligro en que estuviste... si hubieses muerto, qué hubiera sido de mí, que tanto te amo?... Oh! qué sé yo... me hubiese vuelto loca del dolor, ó te hubiese seguido al sepulcro... pero dejemos esto; no quiero afligirte ni afligirme con lo que afortunadamente no ha pasado... vea yo tu sonrisa á toda hora, y demos gracias al Altísimo por tanto bien como nos ha hecho.

— Cuán buena eres, Elvira!

— No es cierto que vives contento?

— Sí, amada mia, contento porque me encuentro otra vez á tu lado, cuando creí separarme de tí para siempre...

— Oh! qué horror! exclamó Elvira llena de terror y espanto.

— Pero...

— Pero... acaba!

— Pero mi alegría se nubla cuando pienso en la desdichada amante de Alonso XI! no puedo saber todavía lo que ha sido de esa infeliz? crees que todavía no estoy bastante fuerte para oír una mala noticia, si no me hablais de ella temiendo esto? Oh! sácame de esta ansiedad en que vivo, Elvira, háblame de doña Leonor, y sepa yo si vive ó ha muerto la mas desgraciada y la mas buena de las mugeres.

— Siempre habeis de hablar de doña Leonor de un modo que me hace daño! contestó Elvira sin ocultar sus recelos.

— Pobre esposa mia, repuso el conde conociendo que Elvira estaba celosa, crees que todo el interes que yo muestro por doña Leonor es porque la amo?

— No lo sé...

— Pues cesa en tus temores y tranquilízate de todo punto, que Felipe de Ledesma no puede amar á otra muger que á la

esposa tierna y cándida que el cielo me ha deparado tan á mi gusto.

— Será cierto?

— Dudas aun, Elvira?

— Oh! no... pero como siempre estais nombrando á esa muger... como en vuestros delirios la llamábais con afan, como su memoria no se aparta un instante de vuestra mente, y como acabais de decirme que vuestra dicha de veros bueno y á mi lado se nubla cuando pensais en ella... oh! á la verdad he tenido celos!...

— Celos de una infeliz que no hace mas que llorar á toda hora la muerte del padre de sus hijos? vamos, serénaos y ved las cosas tal como son en sí... y cuando sepais el motivo por el que me tomé tanto interes por doña Leonor, cuando os cuente lo que ha pasado, no solo me dareis la razon, sino que tendréis lástima y compasion de la desdichada amante de don Alonso. — Este al morir me dejó muy encomendada á doña Leonor, suplicándome que velase constantemente por ella y sus hijos, y librase siempre á la primera de las asechanzas de la reina y de don Pedro, que la odian de muerte. — Podia yo negarme á semejante cosa, Elvira?

— No.

— Pues bien; desde la muerte del hombre grande y generoso que tanto nos amó á ambos, me constituí en defensor, en guarda fijo y perpetuo de la madre de Enrique de Trastámara, que por espacio de dos meses vivió olvidada en el alcázar, pero que pasado dicho tiempo comenzó á ser el blanco donde se dirigian los odios y venganzas de la reina, verdadero demonio por sus perversos instintos. — Doña María visitó á la de Guzman, y entre otras cosas le dijo que el gran maestre de Santiago, residente en Coimbra, solicitaba del rey que se le permitiera vivir con su madre en la capital de su maestrazgo, y que ella habia alcanzado del rey el permiso para que se reuniese al instante con don Fadrique su hijo. — La intencion de la astuta portuguesa era bien cono-

cida, aunque doña Leonor la creyó de buena fé. Doña María queria asesinar á su rival, y queria hacerlo fuera de la corte, porque estaba plenamente convencida de que en Sevilla era una temeridad hacerlo.

— Y aceptó doña Leonor la proposicion de vivir en Coimbra?

— Hubiérala aceptado sino salgo yo, que habia oido todo, y descubrió la máscara de la reina y sus infames intenciones; pero la madre de don Pedro juró y dijo llorosa, poniendo á Dios por testigo, que no nos engañaba, y en prueba de ello que se sujetaba á cuantas pruebas y seguridades se la exigiesen. Me conformé entonces; pero con la condicion de que habia yo de acompañar á doña Leonor con tropa mia á la ciudad capital de los caballeros de Santiago, y que habia de jurar sobre la imagen del mismo Dios que cuanto nos decia era cierto. La infame accedió á todo; pero tan luego como la hube dejado en su habitacion, y al volverme á la de doña Leonor para hacer con ella los preparativos del viaje, recibí en el mismo alcázar de mano de un asesino pagado por la reina la terrible puñalada que me ha retenido aqui dos meses. No sé lo que ha pasado desde entonces, y figuraos lo que padeceré y aun habré padecido en mis delirios al pensar en la de Guzman, que quedaba sola, abandonada, sin ningun apoyo, y espuesta á la venganza de la reina, que, cuenta clara, mandó asesinarme para no tener estorbos en la ejecucion de sus maquiavélicos planes de venganza.

— Con que por orden de la reina fuiste asesinado? oh! esa muger es una infame digna de los mayores castigos!

— Tienes razon, esposa mia... pero dime cuanto sepas de doña Leonor. Hazme este favor por nuestro amor, y está tranquila, que te prometo oir con serenidad cuanto me digas, sea favorable ó adverso. — Vive?

— Nada te puedo decir, Felipe, esposo mio, nada absolutamente, porque Nuño no me lo ha querido decir, temiendo sin duda que yo te lo contase en seguida. — Lo único que te

puedo decir es, que he visto á tu valiente amigo triste y cavizbajo estos dias, y muchas veces lo he sorprendido enjugándose con las mangas de su jubon gruesas lágrimas que se desprendian de sus ojos.

— Cielos! qué sucederá? maldicion!... si yo pudiese salir... confundiria á la reina y le diria á don Pedro que es un malvado como ella!... Elvira, yo quiero ver á Nuño al instante, al instante... y pobre reina si ha mandado asesinar á la madre de Enrique de Trastamara.

— Felipe... por Dios... oh! mas me valiera no haberte dicho nada!

— Por qué?

— Porque veo encendido tu rostro, los ojos despiden fuego, y todo tú estás en una situacion que nos puede traer una recaida en tu mal... Tranquilízate, serénate y no te alteres, por Dios... hazlo por mí... por nuestro amor.

— Tú eres la que debes tranquilizarte, amada mia; nada temas por mí, nada...

En la estancia habia entrado una persona sin ser notada por los esposos. Era Nuño Fajardo, que habia llegado con el mayor sigilo á fin de no interrumpir la conversacion que mantenian Elvira con su esposo. Pero al verlo Felipe le tendió las manos con cariño, diciéndole al mismo tiempo:

— Iba á mandarte llamar, mi querido amigo.

— Te se ocurre algo?

— Sí, Nuño; deseo saber, y espero que tú me saques de la ansiedad en que vivo hace tanto tiempo.

El antiguo ex-teniente de los *Formidables* hizo un gesto de desagrado, y tomó asiento cerca de la mesa donde se apoyaba el conde.

Elvira, pálida como un cadáver, miraba alternativamente á Nuño y á Felipe. La infeliz temia, y con razon, que las noticias que diese el primero sobre doña Leonor causasen en el segundo tal impresion, que su salud retrocediese cuando tanto adelantaba.

Nuño notó de una sola mirada la palidez de Elvira y la agitacion de Felipe, y aunque comprendió lo que pasaba, preguntó despues de tomar asiento:

— Y qué quieres saber?

— De doña Leonor.

— Toma; siempre lo mismo. — Yo creí que era otra cosa.

— Nuño, me engañas como á un niño, y por Dios que no lo esperaba de tí!

— Engañarte! nada de eso.

— Pues dime dónde está doña Leonor, ó qué ha sido de ella.

— Nada sé, porque nada se dice.

— Luego sigue viviendo en el alcázar?

— Seguirá.

— Imposible parece que la reina no se haya aprovechado de mi forzosa ausencia!... pero en fin... qué se sabe de Enrique de Trastamara?

— Está en el estrangero.

— Y ha dejado á su madre sola?

— La habrá dejado.

— Nuño, te repitó que me engañas... y ó me dices cuanto hay, ó lo averiguó yo presentándome en el alcázar ahora mismo.

— No harás tal cosa, porque cometerias la mayor de las imprudencias... la corte y el reino todo te tiene por muerto, y semejante creencia te favorece para tu completa curacion.

— Pues dime lo que haya acerca de doña Leonor.

— A qué quieres saberlo?

— Luego le ha sucedido algo á esa infeliz?

— Si, no puedo negártelo; pero no quieras saber mas.

— Oh! no, Nuño, dime cuanto sepas... no omitas nada... nada absolutamente, si quieres complacerme y darme esta nueva prueba de tu amistad.

— Pues bien; me das palabra de no alterarte con lo que voy á decirte?

- Te la doy.  
 — Mira que es por tu bien...  
 — Descuida, amigo mio.  
 — En ese caso...  
 — Mas que la misma noticia me hacen padecer tus dilaciones. — Qué se ha hecho de doña Leonor?  
 — Ha muerto, Felipe.  
 — Cuándo!  
 — A los veinte dias de tu herida.  
 — Pero ha muerto naturalmente, ó...  
 — Asesinada por orden de la reina.  
 — Cielos!

Y Felipe se ocultó el rostro entre sus manos y comenzó á sollozar.

Elvira le miró asustada, y le dijo, queriendo al mismo tiempo quitarle las manos del rostro:

— Felipe, esposo mio!...

Pero el conde permaneció largo rato en la misma postura, sin hacer caso de las lágrimas de su esposa, ni de las palabras de consuelo que Nuño le dirigia. El generoso Felipe de Ledesma se hallaba poseido del mas intenso dolor, de la pena mas terrible. De pronto alzó la cabeza, y dijo con acento dolorido y lastimoso:

— Infeliz!... de qué le han servido sus hijos, ni los amigos de don Alonso? de qué, que el rey me dejase encargada su custodia, si yo no he podido salvarla?... Oh! puedo vanagloriarme de haber cumplido con exactitud la última voluntad del rey mi amigo y señor! Bien, Felipe... has quedado lucido esta vez! Una muger sola ha frustrado tus planes, se ha burlado de tí, matando á lo que tú mas defendias! Pero vive Dios que esa muger y su hijo van á espiar bien la muerte de la inocente doña Leonor! O don Pedro pierde su corona, ó poco he de poder yo! — Sigue, Nuño. Ha sido muerta doña Leonor en el alcázar?

— No; la de Guzman salió de Sevilla con direccion á Coim-

bra, según le dijeron; pero en vez de ser llevada á la ciudad donde la esperaba su hijo don Fadrique, fue sepultada en el castillo de Talavera, donde murió á los ocho días á manos del cómplice de doña María.

— Y ese hombre?

— Ha muerto á manos de Enrique de Trastámara.

— Bien, ha comenzado la venganza!... pero por qué no habrá venido Enrique á verme antes de huir para el extranjero?

— Porque estaba en la inteligencia de que habías muerto, aunque después habrá sabido lo contrario, porque te escribe una carta desde Francia.

— Dámela.

Nuño sacó de su escarcela de cuero un pliego cuidadosamente cerrado y se lo entregó al conde de Ledesma, diciéndole al mismo tiempo:

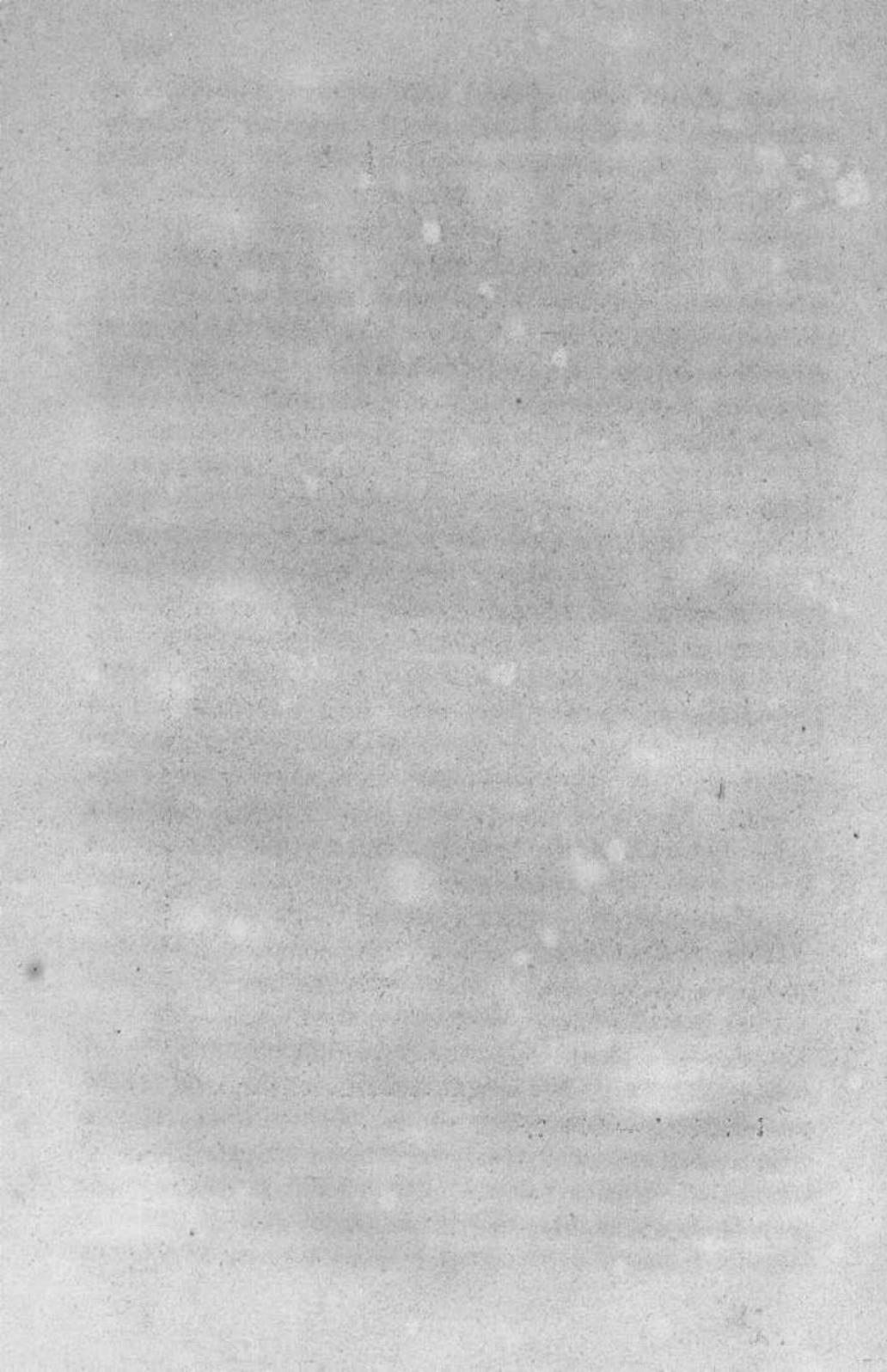
— Toma, y lee de modo que todos oigamos.

Felipe cogió la carta con prontitud, y después de hacer saltar el lacre con armas, que la cerraba, leyó lo siguiente con voz conmovida:

«Poderoso, egregio, noble y leal conde de Ledesma:— Al tomar la pluma para noticiaros la mas grande de las desgracias, tengo traspasado el corazón de dolor, me tiembla el pulso, y mis ojos se llenan de lágrimas que caen sobre el pergamino como otras tantas gotas de fuego! Mi madre ha muerto, conde amigo, mi madre ha muerto asesinada por la reina doña María... yo he visto su cabeza pálida y ensangrentada rodar por la estancia de esa muger infame y servirle de recreo como le sirve al tigre los restos del cuerpo humano que ha destrozado!... yo he visto sus ojos abiertos como pidiendo misericordia al que tan inhumanamente puso fin á su preciosa existencia! Oh! no puedo mas, el dolor me ahoga y la pluma se niega á trazar los caracteres que mi pena le dicta... Sin embargo, haré un esfuerzo para deciros que el asesino instrumento de la reina ha comenzado á vengar la muerte



D. Pedro I. — Lám. 7.º



de mi madre y vuestro alevoso é indigno asesinato. Pero esto no basta... es preciso confundir á doña María y vengarnos del rey en lo que mas aprecia... la corona que posee hay que arrancársela de sus sienes y dársela... al que mas digno se haga de ella. Es necesario que arrojemos al monstruo y que libremos al reino de mi padre de los males que le amenazan!... Sereis vos de los nuestros, conde de Ledesma? dareis con el hijo de vuestro mas querido amigo el grito de venganza? vengareis conmigo la muerte de mi madre, y cooperareis con vuestro valor é inteligencia á destruir al malvado que trata á su patria como pais conquistado? Si sois de los nuestros, dad conmigo el grito de «venganza y esterminio.»

Felipe dejó la carta sobre la mesa y exclamó tambien:

—Sí, venganza, venganza! mueran los tiranos, mueran los enemigos de Castilla! Sin embargo, todavía se puede salvar don Pedro si quiere. Yo le veré, y si sigue mis consejos, su corona no caerá de sus sienes como desea Enrique de Trastamara para que pare en las suyas. —No, antes mi patria que todo! Qué motivo hay para envolver en la venganza de doña Leonor al jóven Pedro I? Espíela solo doña María, puesto que ella tiene la culpa, y que su cómplice ya la ha espiado! Nuño, cuándo has recibido esta carta?

—Hace ocho dias.

—Antes debiste dármela; pero no importa... aun hay tiempo de sofocar el nublado que Enrique de Trastamara prepara por la parte de Francia.

—Con que piensas oponerte á ese movimiento?

—Si don Pedro escucha mis palabras y deja de recibir consejos de su madre, me opondré con todas mis fuerzas y las suyas, no por él, sino por evitar á mi patria los trastornos de la guerra y á la humanidad el derramamiento de sangre; pero sino hay arreglo posible en las costumbres, idéas y modo de reinar del hijo de Alonso XI, enton-

ces seré el primero en dar el grito de rebelion, porque estoy seguro que aunquè Castilla sufra con la guerra fratricida, es un mal que evitará otros mayores para lo sucesivo.





## PARTE SEGUNDA.

### FATALIDAD.



#### CAPITULO PRIMERO.

*En el que se habla de amor, de politica [y] de otras muchas cosas.*



TIEMPO es ya de que hablemos de María de Padilla, de la célebre se villana amante de don Pedro, única muger de cuantas trató este monarca lujurioso que tuvo la habilidad de hacerse querer por él desde el principio de sus amores, hasta que la muerte cortó el hilo de la vida de tan graciosa andaluza. Doña María de

Padilla, según afirman los que la conocieron, era alta de estatura, de cuerpo fino y elegante y de maneras tan distinguidas como graciosas: su cutis no era de un blanco muy subido, ni de un moreno muy atezado, pero fino y sonrosado como la hoja de la rosa; rubios y largos eran sus cabellos, y azules sus ojos, pero tan grandes y rasgados, tan llenos de gracia, voluptuosidad y encantos, que yo tengo para mí que el hechizo que María dió á don Pedro para que siempre le amara, no era otro que su mirada ardiente y fascinadora, mirada que al lúbrico monarca le llenaba de placer hasta el extremo de dejarse dominar por el imperio de aquellos ojos azules de arqueadas cejas y largas y rizadas pestañas. Una nariz de configuración la mas perfecta coronaba unos labios delgados y carminosos que permitian ver cuando se desunian una dentadura de blanco esmalte y del mas fino y compacto marfil. La favorita de don Pedro amaba á este, pero no con tanto desinterés y verdad como la de Guzman á Alonso XI. Leonor era una infeliz que le amaba de todo corazón, porque en ello se complacia á sí misma y complacia á su corazón; sus miras no eran otras que amarlo siempre y amar á los hijos de su amor; pero tanto le daba que don Alonso fuese rey como si no lo fuera. Ella de todos modos le hubiese amado, porque queria á don Alonso y no al rey de Castilla. María de Padilla, por el contrario, era ambiciosa y amiga de figurar hasta el extremo de querer eclipsar con su lujo y grandeza á todas las damas de la corte. Importábala muy poco ó nada que la llamasen la pública querida de don Pedro, y era tan egoísta en su cariño, que queria ser sola, única, egoísmo muy natural, aunque en esta parte sufrió muchísimo, porque don Pedro amaba y perseguia á cuantas mugeres le agradaban. Por lo demás, María de Padilla tenia un excelente corazón, y era tan buena y generosa como pudiera serlo doña Leonor. Amaba al rey de todas veras, y por lo mismo solia darle consejos buenos y prudentes, que, á pesar de ejercer una absoluta influencia en su

amante, nunca eran seguidos ni escuchados por este. Los que crean que doña María de Padilla tuvo parte en la muerte de doña Blanca, primera y única esposa legítima de don Pedro, se engañan muy mucho; porque en su excelente y generoso corazón no podían caber sentimientos tan atroces é inhumanos. Todo al contrario. María de Padilla lloró como suya la muerte de la desgraciada sobrina del rey de Francia, ya que no pudo evitar con su influencia, lágrimas y súplicas, que el cruel monarca cometiese tan inaudito y escandaloso atentado. Ella fue también la que avisó al desgraciado don Fadrique, cuando se hallaba en el alcázar de Sevilla llamado por el traidor don Pedro, que huyese de palacio, en donde su vida corría riesgo; pero esta generosa acción de María de Padilla no tuvo efecto, porque el gran maestro de Santiago había sido muerto á mazadas en el mismo momento de presentarse á su hermano el fratricida don Pedro, que no solo presenció el asesinato del maestro, sino que se hizo servir aquel día la comida delante del cadáver. Digannos sus partidarios y defensores si acción tan terrible tiene disculpa, y si no es digna por ella y otras muchas parecidas, al nombre de cruel que le dieron sus vasallos, y que la posteridad le ha conservado. No somos completos detractores de don Pedro ni de sus hechos, todo al contrario; somos justos é imparciales, y así como somos los primeros en afear ciertos hechos de su vida, así como nos causa horror y espanto sus multiplicados crímenes, crímenes que le dieron muy justamente el título de *Cruel*, así somos también los primeros en reconocer y confesar que el primer Pedro de Castilla tenía varias buenas cualidades que le hacían un buen rey, y que hubiesen contribuido á que fuera el mejor de su siglo si recibe otra educación de la reina doña María. Pero esta vengativa muger no vió en su hijo más que el instrumento de su venganza, cuidándose muy poco si con sus malos y torcidos consejos despertaba en el corazón del niño rey sentimientos perversos y sanguinarios: ella quería conseguir su objeto, y poco ó nada

le importaba en su obcecada ceguedad precipitar á su hijo en la carrera del crimen. Ahora bien, las buenas cualidades que poseía don Pedro, eran bastantes para oscurecer, eclipsar completamente sus vicios y sus defectos? no; y por eso don Pedro no fue ni podia ser un gran rey, por eso don Pedro se le llama el *Cruel*, y por eso aun hoy mismo se leen con horror sus infinitos crímenes y horrorosos atentados.

Difícil y espinosa es en verdad la senda que nos hemos trazado, hoy que los ánimos estan á favor del rey cruel y que se ha hecho moda desmentir la mayor parte de sus crímenes, y santificar otros con esto de que las buenas cualidades de que se hallaba adornado eran bastante á hacer olvidar los desaciertos de su vida. Absurdo grandísimo á nuestro modo de ver, porque esas buenas cualidades y dotes de que hablan sus defensores acérrimos, no eran tantas ni de tan abultado relieve que coladas en una balanza, se mantuviesen al nivel de sus defectos. Absurdo grandísimo que rechaza toda persona que conozca á don Pedro y los hechos de su reinado, toda persona que se empape bien en la historia y que haya consultado las crónicas y escritos tanto contemporáneos como posteriores, toda persona que sabe que las buenas cualidades que se le atribuyen á don Pedro, y que tanto decantan sus defensores, se reducen á un carácter invariable y enérgico, propiedad magnífica para su siglo, con la que consiguió hacer ver á la grandeza, entonces mas envalentonada que nunca, que él no era un grande como ellos, sino el rey ó señor dueño absoluto de Castilla y de la vida de sus vasallos. A esta buena propiedad hay que unir un valor á toda prueba y la justicia estricta y severa, si bien algo dura, que aplicaba al que faltaba á las leyes ó á sus mandatos. Don Pedro era además sobrio en el comer, de gran capacidad y de una constitucion física tan robusta, que jamas ejercicio alguno por duro que fuera pudo fatigar su cuerpo ni apocar su espíritu. Era un guerrero de estraordinario valor, infatigable, y en extremo diestro en el manejo de las armas. ¿Pero de qué sirven estas

dotes, si por efecto de su mala y perniciosa educacion era de sentimientos crueles, sanguinario, porque su mayor gusto era derramar sangre, traidor, ambicioso, y tan entregado al desenfreno de las pasiones, que no habia en su corte, y aun fuera de ella, jóven, casada, viuda ó soltera, que él no persiguiese sin tener en cuenta su dignidad ni si deshonraba con sus impúdicos deseos en su víctima á una familia ilustre ó plebeya? de qué sirve que fuese valeroso, si era sanguinario y perverso? de qué que administrase justicia, si era traidor y perjuro, como lo prueba el modo engañoso con que mató á su mismo hermano don Fadrique y al principe moro, embajador del rey de Granada? de qué que fuese sobrio en el comer y de gran capacidad, si como el bruto no pensaba mas que en la concupiscencia y en los placeres lúbricos? de qué, por último, que tuviese gran energia de carácter para tener á raya á la grandeza de aquella edad, siempre revoltosa y haciendo daño por defender sus fueros y privilegios, si otro de sus vicios mas notables era una desmedida ambicion, como lo prueba los inmensos tesoros que se hallaron en su muerte mientras el reino todo gemia en la mas espantosa miseria, en la desolacion mayor? Digannos sus defensores ahora si sus buenas cualidades pueden hacer olvidar sus abultados vicios y defectos. Don Pedro I fue cruel, porque mató sin piedad y se gozaba como el tigre en el cuerpo que destroza: fue cruel, porque llegaba hasta tal extremo su deseo de derramar sangre, que para él no habia clases, consideraciones ni miramientos de ningun género. Fue cruel, por último, porque mataba á unos sin haber cometido culpa, y á otros por delitos insignificantes, como lo prueba la muerte de doña Leonor de Guzman, que si bien fue obra de doña María, él la autorizó, como ya sabe el lector; la muerte de don Fadrique, las de sus pequeños hermanitos, la cruel y terrible que dió á Garcilaso de la Vega, cuyo cuerpo estuvo espuesto por su mandato en las calles de Burgos á la sazón de correrse toros, la del principe moro, la de doña Blanca su esposa, la de su

tia doña Leonor, reina viuda de Aragon, la del hijo de esta señora, el infante don Juan, y otras muchas que no podemos recordar, y aunque nos tomáramos el trabajo de verlo en la historia, no habíamos de ponerlas aqui, porque seguramente nos habia de ocupar mucho tiempo. Qué nos contestarán á todo esto sus obcecados defensores? qué dirán despues de todos estos hechos? Serán capaces de defender aun y canonizar las acciones de don Pedro? no lo creemos, y cuidado que de muy buena gana, á fuer de justos é imparciales, mudáramos de parecer si sus apologías y razones estuviesen basadas sobre sólidos principios y lógicas razones, ó apoyadas en algun documento fidedigno. Tres siglos y medio hace, si mal no recordamos, que se está buscando cierta crónica que dicen ser la verdadera; pero nunca ha parecido, ni nadie la ha visto nunca. Mientras tanto don Pedro será tenido por cruel, aunque sus defensores digan como otras veces que cuanto dice la historia acerca de él es falso. Si niegan la veracidad á la historia, cómo probarán ellos lo contrario de esta, careciendo de documentos como carecen?

Salga á luz la crónica que aun no ha parecido, y entonces creeremos ó no creeremos. Mientras tanto don Pedro será tenido por cruel, ni es razon despojarle de un título que tan bien ganó desde que comenzó á reinar.....

La situacion de Castilla en la época que recorremos en nuestra novela comenzaba á hacerse difícil y embarazosa. La muerte del conde de Ledesma y de doña Leonor de Guzman, con otros muchos atentados y arbitrariedades que se habian cometido, tenían muy disgustados á los castellanos é irritado á los grandes de tal modo, que no habia medio de contenerlos. Por otro lado la ida á Francia de Enrique de Trastámara tenia en mucho cuidado á los partidarios de don Pedro, y aun á este mismo. Pero el hijo de doña María se encogia de hombros á todo, y despues de sentenciar á muerte á cuantos creía en connivencia con el bastardo, se echaba en brazos de su amada á fin de olvidarlo todo.

Era una hermosa mañana de primavera; el sol iluminaba con sus rayos de fuego que penetraban por varias ventanas, una hermosa y elegante habitacion perteneciente á María de Padilla, pública querida del jóven don Pedro. En un lado de la estancia habia una mesa llena de delicados manjares, frutas y ricos vinos; un laud de delgadas cuerdas y preciosos embutidos de nacar y oro yacía en el suelo abandonado, y cerca de él sentada en un sillón cómodo y elegante se veía á María de Padilla estrechando las manos del monarca, sentado á sus pies y contemplándola en deliciosísimo éxtasis. María de Padilla estaba encantadora, casi divina: su pelo, que le caía dividido en dos partes iguales por su rostro, estaba recogido por detras con gracia y coquetismo; sus ojos brillaban de alegría, y en sus mejillas se veía estendida la mas sonrosada tinta. Don Pedro habia almorzado con ella aquella mañana, y después de oirla cantar acompañada del laud, se sentó á sus pies para contemplarla con amor, fijar sus ojos en los suyos, y aspirar con su aliento las palabras tiernas y amorosas que la bella hija del Guadalquivir solia decir á su amante, y casi volverlo loco de amor.

Don Pedro la miró gozoso y satisfecho de verla tan animada, y la dijo:

— Nunca te he visto como hoy, María.

— Pues qué tengo? preguntó la hermosa haciendo el mas gracioso gesto.

— Te veo tan contenta y alegre...

— Oh! lo creo... hasta hoy no he sido feliz verdaderamente. Hasta hoy no me habeis dicho lo mucho que me amais. Os parece poco motivo?

— Luego me amas mucho?

— Tanto, que sin vuestro amor...

— Qué te detiene?

— Pues bien; sin vuestro amor sería desgraciada; sin vuestro amor, que es el encanto de mi vida, me maldeciría á mí misma, lloraria continuamente, y viviría en la desespera-

cion mayor; pero es verdad que nunca me abandonareis?

— Nunca, amada mia, porque si mi amor es el encanto de tu vida, el tuyo es el hechizo, la delicia de la mia... tú eres mi angel tutelar, mi embeleso, la muger á quien amo con delirio, porque me has comprendido y sabes hacerme sentir placeres que yo desconocia. Te quiero, María, tanto, que yo mismo no puedo decirte lo mucho que te amo. Siento en mi corazon una cosa que me arrastra hácia tí, sueño contigo, y á toda hora te veo tan hermosa y tan amable. Si distraido con con alguna idea creo oir tu voz pura y argentina como la de los ruiseñores que cantan en los árboles del jardin; me estremezco de pronto de alegría, el corazon comienza á darme fuertes latidos, y te busco por todos lados aun despues de estar convencido que era una figuracion mia... tal es la influencia, la magia que ejerces sobre mí, magia divina que me hace el mas feliz de todos los mortales; magia encantadora que sin ella no podria vivir.

— Vuestras palabras me llenan de júbilo, señor y amor mio, porque ellas me hacen ver que ya habeis desterrado de vuestra mente aquellas fatales ideas que tanto me hicieron padecer!

— Qué ideas, hermosa mia?

— No recordais?

— Nada recuerdo.

— Fragil sois de memoria.

— Te pesa acaso que no las recuerde?

— Oh! no, muy al contrario; me alegro, porque me prueba mas y mas de que teneis entera confianza en mi amor. Me da á conocer vuestro olvido que estais convencido ya de que os amo verdaderamente, con desinterés y sin mas miras que el de amaros.

— No te comprendo, María...

— Os acordais cuando me dijisteis sin compadeceros de mi dolor, que yo os amaba porque teniais una corona en vuestra cabeza?



D. Pedro I. — Lám. 8.º



— María!...

— Os acordais cuando me dijísteis que yo no os amaba, y si os aparentaba cariño, era tan solo por especular con vuestro amor y por mandar á un tiempo en vuestro corazon y albedrio?

— Es verdad, todo eso te dije; pero cuándo, María?... cuando no te conocia, cuando no habia recibido de tu amor ninguna prueba que desmintiese la opinion que tan infundadamente habia formado de tí. Pero ya pasó todo... conozco que me amas verdaderamente, porque haces por mí sacrificios que nunca puede olvidar un hombre que te ama como yo; porque si siento alegría al verte, mayor alegría veo pintada en tu rostro divino cuando me ves; si son ardientes y abrasadores mis besos, mas ardientes y abrasadores son los que tú me devuelves... Cómo he de dudar de tu amor despues de haber hecho semejantes observaciones?

— Con que puedo vivir en la inteligencia de que mi amante no duda ya de mí ni del amor que le he manifestado?

— Sí, María, puedes vivir segura de que no dudo de tu amor ni aun soñando.

María de Padilla se sonrió de alegría, y despues de dirigir á su amante una mirada graciosa y coquetona como dándole gracias, le dijo con aparente calma:

— Y podré vivir tambien en la inteligencia de que seré la única siempre que posea vuestro corazon?

— La única.

— Me lo prometéis?

— Si tal no sucede, permita el cielo que caiga muerto á tus plantas.

María de Padilla meneó á uno y otro lado la cabeza en señal de desconfianza. La habil andaluza habia estudiado con detenimiento el corazon y el carácter de don Pedro, y habia deducido de su estudio que el monarca castellano era de corazon facil é impresionable y de carácter inconstante y veleidoso.

—Dudas? le preguntó don Pedro al notar en el movimiento de incredulidad que habia hecho.

—Sí, rey de Castilla, dudo y temo que mis sacrificios sean pagados por vuestra parte con una ingratitud.

—Nunca... jamas! dejar de amarte es imposible; una fuerza irresistible me arrastra hácia tí hoy, como ya te he dicho, y esa misma fuerza irresistible me arrastrará mañana. Pero á qué viene hablar de cosas venideras? hablemos de nuestro amor, de la dicha que experimentamos cuando estamos juntos, y de nuestra felicidad presente. A qué contristarnos con lo que pueda suceder mañana? Desecha esos vanos é infundados temores, y si alguna vez te se vuelven á ocurrir para tu martirio, acuérdate de lo mucho que te amo, y de que te he jurado constancia y amor eterno! Sí, amada mia, desecha esas ideas, que son fugaces como los fuegos fátuos, y no acivares los días de nuestra felicidad con pensamientos tristes y oscuros.

—Vuestras palabras pudieran tranquilizarme sino tuviese pruebas en contrario. Don Pedro, ya he comenzado á llorar vuestra ingratitud; vos amais á otra muger!

El rey miró sorprendido á su amante, y despues le dijo con tono de mal humor:

—Chanzas demasiado pesadas me estais dando, María.

—Chanzas decís! oh! pues no lo son... vos amais á otra muger, y no solo me sois infiel, sino que la habeis traído aqui mismo para hacerme padecer... Ya sé que esa mora que me habeis recomendado, esa muchacha que quereis viva conmigo, es la muger que me ha sustituido en vuestro corazon! oh! tal infamia no la esperaba de vos... maldicion! ya comienzo á espiar mi culpa!

Y María de Padilla se ocultó el rostro entre sus manos para acallar los sollozos. La astuta sevillana sabia muy positivamente que por entonces ella sola reinaba en el corazon de don Pedro; pero concibió la idea de mostrarse celosa, á fin de averiguar la clase de relaciones que habia entre el rey y

la jóven mora que este tanto le habia recomendado.

Don Pedro contempló un momento á su amante, y despues se acercó á ella pálido de dolor y queriendo enjugar con su aliento las lágrimas que María derramaba.

— María! le dijo con acento dulce:—amor mio... escucha, mira que todo ha sido un error de tu acalorada mente... oh! qué te sucede hoy? María... tranquilízate, yo no puedo amar á otra muger, créelo; tú sola reinas en mi corazon y reinarás siempre, porque te amo con tanto delirio, tengo tanto fuego en el pecho, inflamado por tus miradas divinas, tus palabras amorosas y tus besos abrasadores, que es imposible se llegue á estinguir... Además, tus celos son infundados, porque puedo asegurarte sin temor de equivocarme, que no conozco á esa mora causa de tu dolor.

María levantó la cabeza al oir esto, y dijo á don Pedro sin cuidarse de enjugar las lágrimas que inundaban su bello é interesante rostro:

— Me engañais?

— No, María, no te engaño, créeme; y en prueba de ello, te juro por lo mas sagrado, por mi honor si quieres, que no conozco á la mora que te he recomendado.

— De veras?

— Y tan de veras.

— Pues entonces, cómo me habeis encargado con tanto empeño que viva conmigo y que la quiera como cosa propia?

— Es muy sencillo.— Esa jóven mora, cuyo nombre es Zelima, y que es hija del último rey que hubo en Algeciras, la cautivó mi padre cuando conquistó dicha plaza, y se la mandó de presente á su amiga doña Leonor de Guzman. La madre de los bastardos la amaba tanto, que al marchar para el castillo de Talavera me la dejó recomendada en una carta que me escribió para el efecto.

— Y eso solo?...

— Aun hay mas: Haffiz, el amigo fiel que ya conoces, ama con delirio y es correspondido del mismo modo por esa

mora. A él fue á quien le ofrecí protegerla y ampararla, encomendándola á vuestro cuidado y suplicándoos que viviéseis con ella en union y buena amistad. Por lo demas, vivid segura de ello, ni yo conozco á Zelima, ni han sido otras las razones que me han movido á recomendárosla mas que las que os he manifestado. Os convencereis ahora?

— No sé, no sé... sin embargo... me dais vuestra palabra de que no me engañais?

— La teneis, María.

— En ese caso, creo y confieso mi error.

Hubo un momento de silencio. María saboreaba su triunfo, y don Pedro se alegraba en su interior que la pequeña disidencia no hubiese pasado adelante. El silencio que reinaba en la estancia fue interrumpido por las pisadas de un hombre que habia penetrado en ella sigilosamente. Este hombre era Haffiz.

Don Pedro y su amante volvieron con prontitud la cabeza hácia el sitio donde se oían las pisadas. María de Padilla no pudo menos de hacer un gesto de disgusto al divisar al moro: el rey por el contrario le miró con cariño, y le dijo dulcemente:

— Qué ocurre, amigo mio?

— Siento molestar á V. A. y distraerle en momentos tan preciosos; pero...

— Qué hay?

— Una persona, á juzgar por su porte y vestido, de alta prosapia, espera á V. A. en sus regias habitaciones.

— Le has visto el rostro?

— No, porque lo lleva cubierto con el embozo de su magnífica capa de tela oscura.

— Te ha dicho su nombre?

— Tampoco.

— Estraño modo de presentarse en mis habitaciones. Y dices que parece ser persona de rango?

— Lleva espuelas de oro.

— Quién será el importuno que ahora viene á molestar-me? dijo el rey poniéndose de pies. — Por Cristo, que ha elegido muy mala hora de pretender!... estaba por decirle que se viera con mi madre... qué opinas, Haffiz?

— Tu alteza hará lo que mejor crea; pero ya sabeis que vuestra madre está demasiado delicada de salud para dedicarse á la política.

— Cómo á la política? acaso viene ese desconocido á noticiarme alguna conspiracion descubierta, ó...

— Segun he podido comprender, os viene á hacer una revelacion importantísima que os librára de cierto peligro próximo y...

— Ganas me dan de no saberlo... pero no, si mi reina y señora me lo permite, voy á ver lo que quiere ese misterioso personage.

María de Padilla inclinó graciosamente su cabeza, añadiendo al mismo tiempo:

— Sois tan galante, señor, que casi me ruborizais con vuestros favores. Teneis acaso necesidad de mi permiso para retiraros?

— Oh! sí, estad segura que sin él no me hubiese movido de vuestro lado. Eso no es galantería, amor mio; es el deber del amante y del caballero. A que mi amigo Haffiz no deja el lado de su amada sin el permiso de esta? verdad, hijo del Arraez de Málaga?

— Cierto, señor; Zelima es mi sultana, y por lo tanto la obedezco cuando tiene á bien mandarme.

— Lo oís, María? dice que es su sultana, y creo imposible que ame Haffiz á Zelima tanto como yo os amo á vos.

— Luego qué seré yo entonces de V. A.? preguntó María de Padilla con graciosa sonrisa.

— Sois mi diosa, mi angel tutelar, lo que querais, contestó don Pedro estampando un sonoro beso en la diestra de la jóven, y saliendo despues de la estancia acompañado del moro.

— Dime, Haffiz, vive Zelima con doña María? preguntó el rey fuera ya de la cámara donde quedaba su amada.

— Hace mas de un mes, señor.

— Y está contenta?

— Dos ángeles no pueden menos de estarlo, contestó Haffiz.

— Cuánto me alegro! pero dime, amigo mio, es verdad que no hay en toda Castilla dos personas mas felices que nosotros? Tú amas de todo corazon, y eres correspondido de la misma manera por tu Zelima; yo amo con delirio á María de Padilla, y ella me ama á mi casi con loco frenesí.

— Teneis razon; somos los mas felices en amar á esos dos ángeles. Porque si Zelima es hermosa, hermosa lo es tambien la interesante María.

Don Pedro se paró de pronto, y dijo á su favorito en voz baja:

— No conozco á tu Zelima, Haffiz, y en verdad que me alegraría verla, para saber quién ha tenido mas gusto en escoger dama, si don Pedro I de Castilla, ó su futuro primer ministro Haffiz Avenxore.

Haffiz miró al rey primero con sorpresa, y despues se puso livido de temor. Por su acalorada mente habian cruzado á un tiempo mil ideas á cual mas espantosas. Estaria don Pedro enamorado de su amante, y por eso queria verla de cerca? esta fue la idea que mas se le fijó, y la que no pudo desechar, por mas esfuerzos que hizo para conseguirlo. En tanto que el moro forjaba en su cabeza una disculpa que dar al rey para que desistiera de su proyecto, don Pedro volvió á decir con esa impetuosidad de carácter que tenia:

— Me das á conocer á tu amante, Haffiz?

— Señor, para mí seria esa la mayor honra; pero observado que espera á V. A. el embozado portador de tan buenas noticias, y no es cosa de hacerle esperar mucho.

— Ese no es un inconveniente, contestó don Pedro resuelto á no ceder; porque no nos hemos de detener nada en la

mansion de la bella Zelima. Y sobre todo, que el que aguarda á un rey, recibe en ello la mayor honra. — Con que una vez que estamos en el departamento de Maria de Padilla, concúcame al de tu amada.

— Y si os ve vuestra amante? objetó Haffiz recurriendo á su último recurso.

— Maria de Padilla no espia mis pasos.

Entonces Haffiz se internó por las habitaciones interiores, maldiciendo en su interior su suerte y aquella hora malhadada. Don Pedro le siguió sin titubear. A las pocas habitaciones porque hubieron pasado se encontraron con el gabinete donde residia Zelima. Esta se hallaba recostada en un divan de terciopelo, y tan entregada á sus pensamientos, que no sintió los pasos de las personas que acababan de penetrar en su reducido y elegante gabinete árabe.

Don Pedro al verla ahogó un grito de sorpresa. Nunca habia visto muger mas hermosa, ni nunca su corazon habia sentido impresion igual que la que experimentaba á la vista de la bella é interesante Zelima. El impresionable y enamorado monarca contemplaba á la amante de Haffiz casi absorto, y sin cuidarse de si el moro leía en su rostro lo que pasaba en su corazon. Haffiz, con efecto, miró á don Pedro con detencion un momento, y despues de tan minucioso examen palideció de pronto, sus ojos se inyectaron de sangre, sus facciones todas se dilataron de rabia, y sus puños se crisparon de un modo espantoso. El celoso confidente de don Pedro habia comprendido que este, sino se habia enamorado de su amante entonces, lo estaria dentro de poco. Qué seria entonces de él? fue la primera idea que se le ocurrió al infeliz en su horrible tortura. Cómo luchar con un rey tan poderoso, y con un rey del temple y carácter de don Pedro? Pero Haffiz era hombre que todo lo allanaba pronto; en un momento se tranquilizaron sus facciones, dejó de temblar y se sonrió hasta de haber temido que don Pedro le quitase su amante. Por la mente del moro habia pasado lo siguiente: «A qué enfure-

cerme ahora? se dijo dando lugar á la reflexion: don Pedro ha gustado de mi amante, pero tal vez sea una cosa pasajera y no vuelva á acordarse de ella, en cuyo caso yo pondré á Zelima en parte donde este monarca caprichoso y antojadizo no la vuelva á ver mas. Ademas, don Pedro ama mucho á María de Padilla, y esta se encargará de apagar la llama momentánea que la estremada hermosura de Zelima ha encendido en el corazon de su veleidoso amante. Pero si don Pedro se desentiende de todo y persigue á Zelima con sus lúbricos intentos, si la molesta sin cuidarse de mi desgracia y de la suya, oh! entonces mi afilado puñal pondrá fin á mi inquietud y á los dias de ese malvado!» Y Haffiz se sonrió de alegría como el hombre fuerte y poderoso que nada teme de sus semejantes, y que está resuelto á llevar á cabo su propósito. El moro miró fijamente al rey, y le dijo con socarronería:

— Qué haceis tan parado ahí, rey de Castilla?

— Contemplo atónito y sorprendido á esa beldad que no sé si duerme ó piensa, contestó el monarca.

— Esa beldad duerme ahora, pero estaba despierta cuando entramos.

— Luego no nos ha sentido?

— Zelima ignora absolutamente que es observada tan de cerca por el rey de Castilla.

— Zelima... con que es tu amante esa niña, cuya celestial hermosura ha embargado mis facultades y héchome sentir una afeccion que yo completamente desconocia?

— Con efecto, repuso Haffiz palideciendo; esa es la muger que me ha jurado constancia y amor eterno. Esa es mi María de Padilla, la muger á quien amo, y que manda en mi corazon, asi como yo en el suyo.

— Haffiz, eres el mas feliz de los mortales con poseer joya tan estimable, hermosura tan seductora.

— Tal me creo, contestó el moro con orgullo. Pero no queis que la despierte y os presente á ella como su protector, su bienhechor...

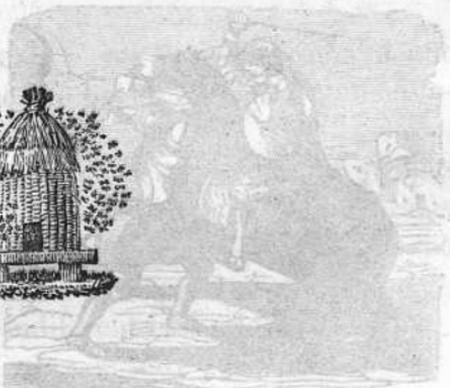
— No, Haffiz, repuso el rey interrumpiendo á su confidente:— déjala que descanse, no interrumpa su sueño puro y sosegado de virgen.— Quería conocerla, y ya lo he conseguido.— Ahora vamos á ver lo que me quiere ese desconocido que tanto empeño manifiesta por verme.

Don Pedro y Haffiz salieron de la habitacion de Zelima, y á poco del departamento ocupado por la favorita del primero. El monarca castellano no pudo menos de echar una mirada á las ventanas de la estancia de su amada, y de decir para sus adentros:

— Razon tiene María de Padilla en tener celos de Zelima... El recuerdo de esa bella mora vivirá constantemente en mi corazon!

Y don Pedro miró despues á su confidente como con lástima, y como si quisiera decirle:

— Te compadezco, pobre amante de Zelima!





## CAPITULO II.

*En el que se ve que el desconocido que queria hablar al rey es un antiguo conocido de nuestros lectores.*



ba posesion de su magnífica y cómoda poltrona :

— No decíais que una persona deseaba hablarme?

— Y no se ha engañado con efecto vuestro esclavo, contestó el desconocido adelantándose hácia el monarca.

Haffiz se puso lívido al oír el epíteto que el embozado le daba. Pero don Pedro, que comprendió cuánto sufría el aman-

te de la hermosa Zelima, se apresuró á decir con aire de mal humor:

—Estraño mucho, caballero, no solo que os presenteis de ese modo al rey de Castilla, sino que llameis esclavo al único amigo fiel y verdadero que tengo. Sabed que Haffiz Avenxore es hijo del Arraez de Málaga.

—Pues el hijo del Arraez de Málaga, antes tu mas vil y adulator esclavo, es tanto comparado conmigo, como el Arraez de Málaga comparado con el rey de Castilla.

Don Pedro y Haffiz se miraron sorprendidos al oír las palabras del desconocido. Este volvió á decir con su tono grave y sentencioso:

—Si me he presentado á tu alteza de este modo y sin quitarme el birrete que cubre mi cabeza, es porque necesito guardar el incógnito, y porque bien puede el descendiente de cien reyes permanecer cubierto delante del rey de Castilla.

—Hablais demasiado alto, caballero, dijo don Pedro comenzando á irritarse con el tono y orgullosas maneras del encubierto.

—Siempre lo hago asi.

—Pues vive Cristo, exclamó el rey levantándose y dando un golpe en la mesa, que no me habeis de hablar á mí en tono tan altanero y descortés!

El desconocido hizo un movimiento de despecho, y repuso algo mas tranquilo y con tono mas suave:

—Sosegaos, rey de Castilla, sosegaos... porque sino no sabreis el motivo que me conduce á vuestra presencia.

—Me es completamente indiferente saberlo ó no.

—No direis eso mismo dentro de muy poco.

—Bien está: comenzad vuestro relato.

—Que salga ese descreido de aqui, contestó el embozado señalando al pobre Haffiz, que ya no podia con tantos insultos.

—Os he dicho, caballero, que ese moro es mi mejor amigo, y por consiguiente puede oír cuanto vengais á decirme.

—Nunca!... ó se marcha ese moro ó yo.

— Lo que es vos no saldreis de aqui hasta que hayais dicho vuestra embajada.

— Que salga el moro.

— De ningun modo.

— Rey de Castilla, temed las consecuencias de vuestra tenacidad! contestó el encubierto dirigiéndose á la puerta.

— Pero don Pedro se puso de un salto en frente de él, y le dijo montandó en cólera:

— No saldreis de aqui!... y si no quereis hablar... el verdugo os arrancará cuanto encerrais en vuestro pecho...

— Paso, rey de Castilla, paso si no quereis deshonoraros.

— Haffiz, llama á mi guardia y que prendan á este miserable! exclamó don Pedro casi fuera de sí y atajando el paso al desconocido.

— Yo miserable! por Cristo que no habeis de decirmelo cuando os diga que soy el conde de Ledesma, el que os ha dado el trono, y el que viene á afirmar en vuestras sienas la corona de Alonso XI, cuya memoria habeis deshonorado!

— Vos el conde de Ledesma?

— Dudais?

— Dudo, porque el amigo de mi padre jamas se hubiera presentado á su rey del modo que vos lo haceis, ni nunca tampoco tan noble y leal caballero hubiese proferido las palabras que vos habeis pronunciado con tono tan feo y descompuesto.

— Y dudareis ahora? replicó el embozado descubriéndose el rostro.

— El conde de Ledesma!... dijo don Pedro dando un paso atrás como sorprendidó.

Pero algo mas repuesto repuso sin detenerse:

— Y qué quiere de mí el amigo de mi padre?

— Hablar con vos en secreto.

— Bien está: Haffiz, retirate por un momento.

El moro salió al instante de la estancia, y don Pedro le dijo al esposo de Elvira con tono grave y circunspecto:

— Conde de Ledesma... os habeis presentado á mí de un modo indigno de vos. — Nunca hubiese creído que vos, el caballero por escelencia, os hubieseis presentado á su rey con aire tan altanero y modales tan descompuestos... merecíais ciertamente otro recibimiento por mi parte; pero en consideracion á mi padre, cuya memoria he deshonrado segun vos, en consideracion á vuestros servicios y lealtad, os permito permanezcáis en mi presencia y digáis cuanto tengáis que decirme.

— Seré muy breve, rey de Castilla; pero antes de comenzar estoy en el deber de deciros que os mostrais demasiado altanero con el que os ha dado la corona que ciñe hoy vuestra frente.

— Harto estoy ya de oiros decir esas palabras...

— Estais fastidiado de ellas porque no os agradan, don Pedro.

— Conde de Ledesma, mucho decantais un favor que en mi concepto no ha existido... si á mi frente la ciñe la corona de Castilla, es porque era el único hijo legítimo de don Alonso; por consiguiente, ni os debo mi reino, ni creo que vos tuvieseis tanto valimiento en Castilla como para no hacer valer mis justos y legítimos derechos... hay una razon mas para que no os crea, señor conde, y es, que si vos hubieseis tenido esa influencia y prestigio, no hubiérais dejado de emplearla en favor de otro hijo de mi padre y en contra mia, que en verdad sea dicho, no me teneis el mayor cariño.

— No solo pude á la muerte de vuestro padre despojaros de su herencia, sino que aun hoy mismo puedo hacer caer de vuestra jóven cabeza la corona de los godos.

— Por Cristo que sois deslenguado y audaz en demasia! Conde de Ledesma, hablad á vuestro rey con otro lenguaje, ó mando á mis soldados que os arrojen del alcázar!...

— Conozco vuestro carácter feroz é impetuoso á un tiempo; sé que nada hay sagrado para vos, ni que á nada ni á nadie considerais; pero espero en que no cometereis el atentado con que acabais de amenazarme...

— Pues esperais mal, conde de Ledesma... oiga yo en vuestra boca otra vez esos insultos, y juro á Dios que sereis arrojado de palacio, sino preso y castigado, cual se merece el que falta á la magestad real.

— Y decidme, qué castigo merece el rey que como vos manda tan arbitrariamente, el que como vos mata y persigue sin mas ley que su capricho y sin mas razon que su odio hácia todo lo bueno y santo? Qué castigo merece un rey que como vos abusa de su posicion, y en vez de cumplir con su alta mision, se convierte en verdugo y tirano de su patria, atropellando cuanto encuentra al paso en su carrera destructora, sin tener en cuenta su dignidad ni consideracion de ningun género? Contestad, don Pedro, y si aun teneis en vuestro pecho un resto de buenos sentimientos, si de algo vale para vos la preclara memoria de vuestro padre, yo os suplico en su nombre que abrais los ojos á la clara luz de la razon, que no os dejeis arrastrar por malos y torcidos consejos, y que oigais siquiera una vez los gritos y lamentos de vuestro pueblo, que llora y se horroriza al pensar en el porvenir que le aguarda.— Sed, señor, noble y magnánimo con vuestros enemigos, amparad al desgraciado, administrad justicia, alejad siempre de vuestro lado á esos pérfidos y ambiciosos cortesanos que creen hacerse dignos de V. A. y de obtener su aprecio, fomentando los vicios y defectos que se despiertan en vuestro corazon, tal vez sin notarlo vos mismo. Esto es cuanto tenia que deciros; aun es tiempo de que os salveis y libreis á vuestro trono de la ruina que le amenaza... creedme, señor, seguid mis consejos, hijos de la buena fé y del cariño que tenia á don Alonso, y que os tendria á vos si hubiese visto en el hijo las buenas prendas que adornaron al padre. Aceptad mis consejos, rey de Castilla, y no solo sereis querido y bendecido por vuestros pueblos, harto desgraciados con el abandono en que los teneis, sino que hasta yo mismo, olvidando resentimientos pasados, olvidando vuestros inauditos atentados y la horrorosa cuanto injusta muerte dada á la inocente doña Leonor, de-

senvainaria mi espada en vuestro favor, y sería vuestro mas fiel y constante amigo y defensor; procuraria por último amar al hijo tanto como habia amado al padre.

Don Pedro, pálido de rabia, se restregaba las manos y miraba al generoso conde de Ledesma con ojos que espresaban todo el odio que en su corazon tenia hácia él. Escuchó con aparente calma cuanto le habia dicho Felipe, y despues de un momento de silencio, dijo con la mayor parsimonia:

— Es eso cuanto teniais que decirme, conde de Ledesma?

— Eso, señor... he querido salvaros, os veía perecer, y todo lo he sacrificado para venir á deciros que á vuestros pies hay un abismo de insondable profundidad. Pero aun es tiempo de cegar ese abismo; todavía podeis salvaros y salvar á vuestra patria del peligro que le amenaza... Abandonad la senda horrorosa y llena de tropiezos que habeis emprendido, hacedlo por vuestra felicidad misma y por la de Castilla, y os prometo por mi honor, por la memoria de vuestro padre, que vuestra vacilante corona no caerá hecha pedazos de vuestras sienes, como sucederá tarde ó temprano si no poneis un pronto y eficaz remedio que libre á la patria del Cid de los males que sufre á consecuencia de vuestra arbitraria y perniciosa administracion.

— Eso creéis? preguntó don Pedro con la mayor intencion y procurando que su cólera no estallase.

— Eso creo, señor, y cuando lo hago, es porque tengo pruebas para ello.

— Pues bien; yo os aseguro que la corona que he heredado de mi padre no caerá de mis sienes mientras tenga una gota de sangre en mis venas, y mientras pueda manejar una espada para esterminar á los enemigos de mi trono! Y ahora que me toca á mí decir y á vos escuchar, es necesario que sepais, conde de Ledesma, que yo gobierno á mis vasallos como quiero y es mi voluntad, y ¡ay! del que ose proferir una queja, ó del que se atreva á desobedecerme! Si á vos os he permitido que sin derecho vengais á reconvenir-

me, valiéndoos de vuestra alta posicion y de la consideracion que necesariamente debe inspirarme el mas íntimo amigo de mi augusto y llorado padre, á nadie, ni aun á vos mismo en lo sucesivo, consentiré que se tome semejante libertad en menoscabo de mi dignidad real.

— Os he escuchado con atencion, y veo con dolor que vuestro indomable carácter no se doblega á la razon ni á los buenos y rectos consejos de un hombre que tiene la vanagloria de haber contribuido y no poco á la dicha y prosperidad de que gozó Castilla durante todo el reinado del gran Alonso XI. — En cuanto á si os debo consideracion por haber sido el mas íntimo amigo de vuestro padre, es una cosa que pongo en duda, porque vuestra conducta pasada me prueba claramente todo lo contrario. Y ahora que hemos llegado casi sin notarlo á este asunto, voy á cumplir con uno de los motivos que me han traído á vuestra presencia. — Decidme, rey de Castilla, qué habeis hecho de la inocente y pura doña Leonor, madre de vuestros hermanos? Y cuenta que al pedirnos noticia de la de Guzman, no lo hago por mero capricho, sino cumpliendo con uno de los mas espresos cargos que vuestro padre me hizo en la hora de su muerte. — Cuéntase, señor, que la mandásteis al castillo de Talavera, y que allí ha recibido por orden vuestra una muerte tan cruel como injusta; atentado á que yo no he podido dar crédito, porque no puedo creer que hayais querido deshonraros y hacer caer sobre vos la nota mas terrible é infamante, la deshonrosa y horrible nota de asesino.

— Conde de Ledesma!... exclamó don Pedro haciendo un gesto tan atroz, que otro hombre que no fuese el conde hubiese tenido miedo de la actitud amenazadora del primer Pedro de Castilla.

— Rey de Castilla, os he preguntado por doña Leonor de Guzman, y en vez de contestarme como debiérais, os habeis desentendido completamente. — Qué habeis hecho de la madre de vuestros hermanos?

— Lo que haria con ellos si pudiese haberlos á las manos... contestó don Pedro con feroz y terrible sonrisa.

— Esperaba de vos semejante contestacion!... Está bien: ya sé que sois no solo cruel y perverso, sino hasta asesino... aunque bien mirado no teneis vos la culpa, sino esa madre feroz y vengativa que tan bien ha sabido inocular cuando niño en vuestro tierno corazon esos instintos de sangre y de venganza! — Bien, don Pedro, sois todo un héroe digno del porvenir que os aguarda.

— Por la corte de Satanás, exclamó el rey dando rienda suelta á su furor, que estoy resuelto á no escucharos mas, audaz avénturero... salid inmediatamente de mi palacio si no quereis que os arrojen á palos.

Las facciones de Felipe de Ledesma se contrajeron de pronto horriblemente, sus ojos se inyectaron de sangre, y todo él estaba en esa situacion en que el hombre no ve ni oye, asemejándose á la fiera más furiosa. Su primera intencion fue ahogar al imprudente é incorregible monarca, y no solo vengar de una vez cuantas afrentas habia recibido, sino la injusta muerte de la madre de los bastardos. Pero reflexionando que cometiendo semejante atentado se desprestigiaba y perdia mucho en el concepto de sus conciudadanos en vez de recibir aplausos por su accion, se decidió á no ejecutarla, magüer dejase impune la muerte de la mas buena de todas las mugeres. Las facciones de Felipe volvieron repentinamente á su primitivo estado de dulzura y nobleza, y despues de dirigir al monarca una de esas miradas que espresan lástima y desprecio á un tiempo, le dijo con la mayor tranquilidad y la mas aparente calma:

— No, rey de Castilla, no me arrojareis de vuestro palacio de un modo tan ignominioso é indigno de un rey, porque creo que no querreis deshonoraros mas de lo que estais.

— Salid inmediatame...

— Voy hacerlo, pero no sin deciros antes que ya que habeis despreciado mis sanos y rectos consejos, ya que no hay

remedio ni arreglo posible entre un rey déspota, cruel y arbitrario, sin simpatías ni amigos, y un caballero noble y leal como yo que venia á salvaros, va á comenzar la lucha, resultando de ella que perdereis vuestro trono corrompido y minado por vuestros vicios, y acaso, acaso tambien la vida. Vuestro reino padecerá, es verdad, en esta lucha; pero se alegrará despues cuando en vez de un rey tan cruel y sanguinario como vos, tenga á uno tan benigno, piadoso y magnánimo como Enrique de Trastamara, llamado por Dios á sucederos en el trono de Alonso XI.

— Salid!... exclamó el rey ciego de rabia y de cólera.

— Sí, voy hacerlo, contestó el conde con su calma habitual:— voy hacerlo, rey de Castilla, pero no sin deciros antes que la muerte dada á doña Leonor de Guzman ha sugerido la idea á Enrique de Trastamara de arrancaros por fuerza la corona que llevais, en venganza de tan atroz y horrible atentado.— Voy hacerlo, pero no sin deciros antes que este que veis aqui, y cuya amistad habeis desechado en momentos tan críticos, cooperará con su influencia y prestigio al deseo de vuestro hermano, con la única mira de librar á su patria querida de vuestros vicios y arbitrariedades, de vuestra ambicion y crueldad.— Voy á salir de vuestro palacio, y aun de vuestra corte, para no volver mientras esteis en ella; pero no será sin deciros antes que muy pronto, tal vez mañana, resuene en los confines de vuestro reino y por la parte de Francia el grito de venganza, salido del pecho del mas tierno de los hijos, grito que resonará por toda Castilla, porque el conde de Ledesma lo quiere asi.

Don Pedro se sonrió malignamente, y repuso sin inmutarse:

— Seguid...

— Si vos, continuó Felipe, hubiéseis conocido vuestros verdaderos intereses hace poco, el conde de Ledesma defenderia vuestros derechos, en vez de cooperar con su apoyo y prestigio á los intentos del primer hijo de vuestro padre...

— Del primer hijo bastardo... repuso don Pedro con sarcástica y burlona sonrisa.

— Bastardo, sí, pero tan noble y generoso como su padre; bastardo de nacimiento, pero fiel trasunto del gran rey, cuya memoria habeis infamado con vuestros muchos y repetidos desaciertos y aun crímenes.

Don Pedro se desentendió completamente de las últimas palabras dichas por el conde, y dijo deseoso de que el amigo de su hermano se espontanease mas con su natural franqueza:

— Con que vais á ayudar en su empresa al bastardo mi enemigo?

— Ya os lo he dicho, con todas mis fuerzas y poder.

— Tanto influjo teneis?

— Tanto, rey de Castilla, que si yo digo á los castellanos muera Enrique de Trastamara en el momento en que lo esten victoreando con mas entusiasmo, gritan «muera» con todas sus fuerzas, contestó Felipe con jactancioso aire.

— Diablo! sois un enemigo en extremo poderoso!

— Y si supiérais una circunstancia de mi poder, mas poderoso me creeríais.

— Desearia saberla.

— No habeis echado de menos una cosa importante en la herencia paterna?

— No, á fé.

— Qué, teneis la sortija de San Fernando, sin la cual vacilará tanto en vuestras sienes la corona de Castilla como la hoja del arbol movida por el viento?

Don Pedro palideció de pronto, y contestó como asustado:

— No, conde de Ledesma, no tengo la sortija de Fernando III.

— Y conoceis la historia de esa sortija y el misterio que encierra su posesion?

— Sí, conde; mi padre me lo esplicó un dia, contestó don Pedro palideciendo mas y mas.

— Pues bien ; una de las causas que me hacen tan poderoso , es la posesion de la sortija que ha venido de generacion en generacion desde Fernando III. — Si llegais á aceptar mis consejos anteriores , si me hubiéseis ofrecido variar de conducta y modo de reinar , la sortija hubiese pasado á vuestro poder , y la corona de Castilla se hubiese afirmado tanto en vuestra cabeza , que no hubiese habido poder bastante en la tierra para arrancárosla.

— Y qué hareis de ella , puesto que yo no pienso variar ?

— Entregársela al conde Enrique el dia que se haya hecho digno de sustituíros.

— Es una amenaza , conde ?

— Una amenaza que cumpliré el dia que hayais cometido tantos crímenes que se os llame el Neron de vuestro siglo. Os he estudiado demasiado bien , conozco tan á fondo vuestro carácter y feroces sentimientos , que no dudo que llegue ese caso.

— Ese caso puedo aseguraros que llegará , repuso el rey con horrible cinismo ; pero tambien os aseguro , vil y miserable aventurero , que no habeis de ver cumplidos vuestros infames deseos.

Y don Pedro se precipitó daga en mano sobre el convaleciente conde de Ledesma. Felipe resistió sin moverse el impetuoso golpe del monarca , viendo con alegría que la daga saltó hecha mil pedazos. Don Pedro se quedó atónito y confuso á la vista de tan para él inesperado incidente ; y el esposo de Elvira le dijo con desden y desprecio :

— Ya veis que venia prevenido , don Pedro... Soy tan cauto , que cuando voy á habérmelas con asesinos y traidores , siempre llevo mi famosa cota de malla ; por cierto , regalo de vuestro padre... quién habia de decir que habia de servirme para librarme del puñal del hijo !

Temiendo el rey que Felipe de Ledesma se vengase allí mismo de la afrenta que acababa de recibir , se puso de un

salto en la puerta de la cámara, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

— Haffiz, Haffiz... há de la guardia...

El conde de Ledesma se embozó hasta los ojos, y sacó su cortante espada con la mayor serenidad, á fin de defenderse de la furia de la soldadesca.

La cámara se llenó en un instante de tremebundos soldados, precedidos por el amante de Zelima, que bendecía aquella ocasion para vengarse de los insultos que le dijo Felipe al principio de este capitulo.

— Soldados, prended á ese miserable, dijo don Pedro señalando al conde.

Haffiz y los soldados del rey formaron un círculo al rededor de Felipe.

— Atrás! dijo este blandiendo su espada; atrás, soldados!

Pero el círculo se iba estrechando cada vez mas, y Felipe tuvo que hacerse paso con el filo de su espada. Un pobre soldado cayó al suelo con la cabeza y el ligero capacete dividido en dos pedazos. Entonces el conde pasó por entre ellos, dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado.

— A él! volvió á decir don Pedro, temeroso de que se le escapase tan preciosa presa.— A él, ó por Cristo que os mando colgar á todos de los árboles de la alameda!

Los soldados se apoderaron de Felipe al oír la terrible amenaza del monarca. Pero el valeroso y esforzado conde de Ledesma repartió grandes mandobles á derecha é izquierda, y dejándose caer el embozo de su capote oscuro, dijo con voz imponente y aterradora:

— Paso, compañeros, paso al conde de Ledesma...

Los soldados, que lo creían muerto como toda Castilla, dieron un paso atrás llenos de sorpresa, y santiguándose cada uno segun fé, creyendo á Felipe vision ó fantasma. Esta magnífica ocasion fue aprovechada por el conde inmediatamente saliendo á todo correr de la cámara, y escondiéndose en el sitio que creyó mas á propósito de la galeria. No tardaron

en seguirle Haffiz y los soldados, alentados por las palabras de don Pedro, y creidos que el conde huiría, como era natural, con direccion á la puerta del alcázar; pero Felipe, previendo eso mismo, se ocultó muy cerca de la cámara, riéndose en su interior de ver correr á los soldados, y aun al mismo don Pedro, en su busca.

Asi que estos pasaron salió el conde de su escondite, y en vez de dirigirse á una de las puertas de salida, á fin de dejar cuanto antes el alcázar donde tanto peligro corria su vida, se encaminó con paso grave y mesurado y tranquilo continente al departamento que siempre habia ocupado la reina doña María. Felipe no pensaba volver mas al alcázar, porque iba á abandonar inmediatamente la corte, y no quiso salir de él sin ver á su odiosa enemiga, sin decirle que la Providencia le habia librado de la muerte para hacerla espiar sus maldades, y sobre todo la horrorosa muerte dada á la inocente madre de Enrique de Trastamara.

Pero en tanto que llega Felipe, digamos algo de la reina doña María, y de lo que sufría la infeliz desde el momento en que la razon se apoderó de su acalorada y obcecada mente.

Triste era en verdad la situacion de la viuda de Alonso XI, y bien espiaba la infeliz sus culpas y maldades. Su razon se estraviaba con frecuencia, y siempre, continuamente lloraba y maldecia la hora en que, llevada por su indomable carácter y extraordinario orgullo, habia mandado cometer los crímenes que pesaban sobre su corazon de un modo punzante y abrasador. Ya no era aquella muger altiva y dominante que conocimos al principio de esta novela, sino un ser escuálido y agoviado bajo el peso de los remordimientos; siempre llorosa y suplicante, siempre huyendo de las ensangrentadas y fantásticas visiones que su acalorada mente le representaba á cada paso para su continuo dolor y remordimiento. Si Felipe de Ledesma, cuya muerte lloraba la reina y era una de las causas mas principales de su martirio, hubiera sabido la

situacion en que se hallaba la desgraciada madre de don Pedro, de seguro no se hubiese presentado á ella para recordarle sus crímenes y conducta pasada. Todo al contrario; el esposo de Elvira de Luna y Osorio estaba en la inteligencia de que aquella perversa muger vivia contenta y gozosa, saboreando el triunfo de su bien combinado plan, y por eso queria verla para recordarle que muy pronto se apoderarian de ella los remordimientos, y padecería como el primer criminal.

En tanto que pasaba en la cámara de don Pedro la escena que hemos descrito anteriormente, estaba la reina en su habitacion entregada, cerca de una mesa, á la lectura de un libro piadoso, donde encontraba consuelo y alivio á los horrosos dolores que tanto mortificaban su alma. Doña María leía con avidez, no sin derramar lágrimas tan ardientes como sentidas, que aquel piadoso libro arrancaba de sus grandes ojos, entonces fijos en la escritura, pero siempre desencajados y de incierta y vagorosa mirada, sintomas infalibles de la demencia que amenazaba á la madre del primer Pedro de Castilla, en justa espiacion de sus horrendos crímenes.

La puerta que daba á las galerías del alcázar se abrió de pronto, aunque con cuidado, apareciendo en el dintel la figura de un hombre, cubierto hasta los ojos con el embozo de su capa. Este hombre era el conde Felipe de Ledesma, que al observar á doña María, al notar en su espantosa palidez y en lo desmejorada que estaba, no pudo menos de decir, si bien para sus adentros:

—Cielos! es esta doña María?

La reina en tanto seguia leyendo en su libro sin haber sentido ruido alguno y vuelta de espalda hácia la puerta. Pero cuando sintió los pasos del conde, que se acercó á ella metiendo ruido á fin de llamarla la atencion hácia él, se volvió de pronto tan sorprendida como asustada, y diciendo con voz temblorosa:

— Quién sois?

— No me conocéis, señora?

Doña María tembló de pies á cabeza al escuchar la voz del desconocido. Pero creída que sería una figuración de su mente, repuso pálida y mas asustada:

— No os conozco... sois acaso otra vez Enrique de Trastámara?... Oh! pues huid, dejadme sola, y no me recordeis lo que quisiera olvidar á toda costa!... si venis á asesinar-me, ya que no pudisteis hacerlo la otra vez, aqui teneis mi pecho, herid sin piedad; pero hacedlo de modo que no me hagais padecer mucho... herid, conde de Trastámara, no os detengais... mirad que en ello me haceis un gran servicio, porque ya me faltan las fuerzas, ya no tengo valor para sufrir y padecer tanto... herid, y quitadme una vida tan llena de amargura; herid, y poned fin á una existencia que no puedo sobrellevar de ningun modo. Sí, sí, quiero morir para dejar de padecer; quiero morir para no ver como veo aqui todos los dias y á toda hora espectros ensangrentados que me buscan y persiguen y tienden hacia mí sus brazos flacos y delgados, tocando mis vestidos con sonreir siniestro y espantoso! Quiero morir... porque prefiero la muerte, prefiero los martirios de la otra vida, á ver siempre cerca de mi la sombra de doña Leonor y del conde de Ledesma!

— Infeliz! exclamó Felipe por lo bajo, compadecido de su enemiga. Y alzando la voz, le dijo con el mayor interes:

— Con que padeceis tanto?

— Oh! de un modo horrible, conde de Trastámara; de una manera tan espantosa, que estoy segura no habia de sufrir tanto en la mansion habitada por el príncipe de las tinieblas! Por eso os pido, os suplico de todo corazon que pongais fin á mis dias!

— Tranquilizaos, reina de Castilla, y no deseéis la muerte, porque vuestros sufrimientos llegarán á mitigarse con el tiempo.

— Nunca!... nunca!...

— Y no encontráis consuelo con nada?

— Con nada.

— Ni aun entregada á la oracion?

— Oh! entonces sí, aunque no puedo olvidar completamente esa idea fija que me atormenta sin cesar.

— Pues orad noche y dia, y vereis cómo hallais consuelo en nuestra sacrosanta religion.

— Ya lo hago, conde de Trastamara.

— Voy á sacaros del error en que estais; yo no soy el conde Trastamara, señora.

— Pues quién sois? repuso la reina sorprendida.

— Un antiguo servidor de vuestro esposo; su mas íntimo amigo.

— No puede ser, caballero; el amigo íntimo y verdadero de Alonso XI ha muerto asesinado en premio de su franca y verdadera amistad, en premio de su lealtad y grandes servicios.

— Y cómo se llamaba ese amigo?

— No puedo pronunciar su nombre!... tened piedad de mí... la voz se me anuda en la garganta... y lloro, ya lo veis, lloro su muerte casi sin cesar...

— Pues enjugad vuestras lágrimas, que el conde de Ledesma no ha muerto.

— Imposible!... vos me engañais, repuso la reina con sonrisa incrédula... no haber muerto, cuando yo misma le vi caer con el pecho atravesado, y cuando no se le ha vuelto á ver? si el conde de Ledesma viviese, no hubiera muerto la favorita de su amigo.

— Es que el conde de Ledesma ha estado dos meses padeciendo horriblemente con la herida que hizo en su pecho el puñal de Alonso Fernandez de Olmedo, ignorando absolutamente cuanto le habia sucedido á la infeliz doña Leonor.

La reina miró á todos lados con mirada incierta y como dudando de lo que oía. Al fin pudo romper el silencio y decir al encubierto:

— Si el conde de Ledesma viviera, hubiese venido á pedirme cuenta de doña Leonor y aterrarme con sus palabras y amenazas...

— Pues aqui le teneis, reina de Castilla... repuso el conde descubriéndose completamente.

Doña Maria dió un paso atrás sorprendida, y exclamando con dolorido acento:

— Alejaos, sombra, huid de mi presencia... Oh! no puedo sufrir vuestra mirada... me hace un daño horroroso en el corazon, toda yo me estremezco... alejaos por piedad... si, no puedo sufrir vuestra presencia!... es verdad, sois el conde de Ledesma... su sombra, su espectro, qué sé yo; pero huid, dejadme sola con mis remordimientos, sed generoso y compadeceos alguna vez de mi sufrimiento... alejaos por piedad, sombra ó vision del conde de Ledesma, volved á vuestro sepulcro y no me persigais mas... si, á vuestro sepulcro... á vuestro sepulcro... dijo cayendo en el suelo trémula y abatida y soltando al mismo tiempo una descomunal carcajada que llenó de espanto al esposo de Elvira.

— Tranquilizaos, reina de Castilla...

— No me nombreis, ya no soy reina de Castilla... solo soy una miserable llena de remordimientos y de dolor... todo el mundo me ha abandonado, todo... hasta mi hijo se ha olvidado de mí...

— Reponeos, señora, tranquilizaos... no soy la sombra del conde de Ledesma, no, soy el mismo conde en persona... no me habeis reconocido?

Doña Maria miró fijamente á Felipe, y le dijo ocultándose el rostro entre sus manos:

— Todavía estais ahí?... es posible que no os ablanden mis ruegos y lágrimas?... sereis tan vengativo y desapiadado que no os habeis de compadecer alguna vez de mi infortunio, ó no os satisface mi arrepentimiento? No os basta lo que sufro desde vuestro asesinato y el de aquella desgraciada? os parece poco todavía el castigo, la espacion que sufro? oh!

pues decidme lo que quereis... decidmelo y lo haré, pero con la espresa condicion de que me habeis de dejar...

— Infeliz! está loca! exclamó el conde dirigiendo una mirada de compasion á la muger que tanto habia odiado toda su vida.

La reina permaneció largo rato con el rostro oculto entre sus manos. La infeliz lloraba y reía á un tiempo. Era presa del mas horroroso acceso de locura.

El generoso Felipe no quiso marcharse sin hacer antes cuanto pudiese por convencer á la reina de que no era sombra, sino el mismo conde de Ledesma en cuerpo y alma.

— Señora, le dijo cón tono dulce y cariñoso:— me inspirais lástima y compasion; volved en vos, que no soy una sombra como pensais, sino el mismo conde de Ledesma, que sabedor de vuestro sincero arrepentimiento y dolor, os viene á perdonar en nombre de vuestro esposo la muerte dada á su favorita... sí, señora, os vengo á perdonar, convencido y penetrado que harto habeis padecido por el crimen que una ciega obcecacion os hizo cometer...

La reina permaneció en la misma postura, y sin dar señales de haber oido las consoladoras palabras del conde. Felipe se acercó á ella mas de lo que estaba, y le dijo con el mismo tono cariñoso y cogiéndola por un brazo:

— No me oís, señora?

Doña María se estremeció toda, y dijo como queriendo huir:

— No me toqueis, sombra ó vision, no me toqueis... dejadme, dejadme por Dios, y tened compasion de mí...

Felipe se apartó á un lado de la estancia profundamente afectado y diciendo en voz baja:

— Ya no hay remedio para esta infeliz!... los remórdimientos le han trastornado el juicio. Oh! la espacion! la espacion de sus maldades... Es necesario confesar que la Providencia no deja impune ningún crimen... Triste ejemplo de esta verdad, esa pobre muger que ahí gime asustada de ella misma,

cuando ayer era tan fuerte y poderosa, tan orgullosa como altiva. — Infeliz doña María!... ayer me causabas horror y desprecio, y hoy te compadezco tanto, que diera cualquier cosa por librarte del horroroso suplicio en que vives! — Pero puesto que tu trastornada razon se estravía mas y mas con mi presencia, te abandono para darte la tranquilidad que ahora te falta.

Y Felipe salió de la estancia real tan sumamente afectado con lo que habia visto, que en mucho tiempo no se le pudo olvidar ni la desgraciada doña María, ni su triste y horrorosa situacion.

Largo rato, aun despues de marcharse el conde, permaneció la reina con el rostro oculto entre sus manos, para no ver la vision ó sombra del que creía su víctima. Pero pasado este, alzó la cabeza como temerosa de encontrarla aun, y diciendo con voz suplicante:

— Dejadme sola... prefiero la soledad á ver vuestro semblante pálido y amenazador; á ver esos vestidos manchados con vuestra propia sangre, mandada derramar por mi orden, y vuestra fija y penetrante mirada que me subyuga y anonada, como pudiera hacerlo una airada mirada del Eterno!

Los grandes y hermosos ojos de la portuguesa estaban tristes y amortiguados, aunque su mirada vagaba incierta y vagarosa como la del demente. Pálidas y desencajadas estaban sus megillas, trémulos y amoratados sus labios y dilatada su nariz. En el semblante de aquella infeliz se veía pintado con los mas vivos y fieles colores lo que pasaba en su alma, demasiado combatida para poder sufrir por mucho tiempo mas tan penosa y horrible situacion. En el desfigurado y macilento rostro de la madre de don Pedro se veía retratada esa mezcla de horror y padecimiento, de miedo y de temor, que se apodera del culpable cuando los remordimientos comienzan á barrenar la conciencia.

Así que la reina se hubo convencido de que lo que creía sombra del conde de Ledesma habia desaparecido, se hincó

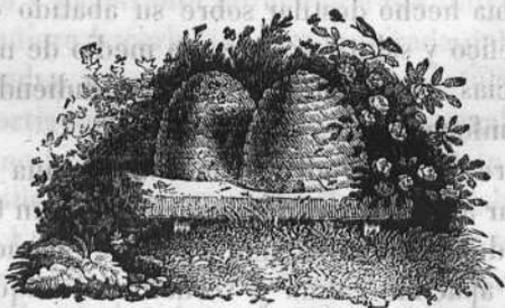
de rodillas, y alzando las manos al cielo, comenzó á decir entre lágrimas y sollozos:

— Se ha marchado!... ha desaparecido ya esa sombra que tanto me hacia padecer! — Gracias, Dios mio... gracias, Señor omnipotente, porque habeis permitido que se retire, para que mi agitado espíritu recobre en parte la calma y el reposo que tanto necesita. — Gracias, Señor; pero cuándo os apiadareis de mí... cuándo me verá libre de tantos sufrimientos y martirios?... Sed generoso y tened compasion de una pobre muger que harto ha espiado sus crímenes con tanto llorar y padecer! — Dadme, Señor, reposo en el alma, tranquilidad en la conciencia, y sosiego en mi agitado espíritu... y si todo esto no lo he de conseguir sino con la muerte, quiero morir pronto, porque hasta la muerte es menos horrorosa que mi situacion!

Y doña María, despues de decir con santo fervor su plegaria, abandonó la postura en que acabamos de verla, y se puso á dar paseos por la estancia con mesurado paso y tranquilo semblante. No parece sino que compadecido el cielo de su dolor, habia hecho destilar sobre su abatido corazon ese bálsamo benéfico y salutífero que, en medio de nuestras mayores desgracias, nos alienta y anima, infundiéndonos valor y confianza, conformidad y consuelo.

A la madre de don Pedro se le ocurrió una idea que se propuso llevar á cabo, porque aliviaria en algun tanto para lo sucesivo sus dolores y sufrimientos. Habia pensado en aquel momento de apacible calma y verdadera tranquilidad, que abandonando el teatro de sus crímenes, dejando á Castilla y refugiándose en Portugal, su patria, tal vez conseguiria con el cariño de su anciano padre y demas familia mitigar las fatigas de su espíritu. Este pensamiento, que adoptó como único remedio eficaz para tranquilizar en parte su conciencia, pues allí no veria á cada paso como en Sevilla los lugares testigos de sus maldades y crímenes, y podria distraerse con mas facilidad de la idea que continuamente le mortificaba á la vis-

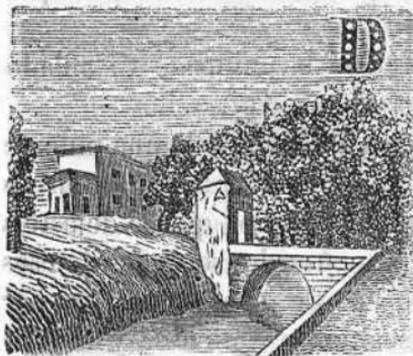
ta de tales objetos, no solo le pareció bueno, sino que se propuso ejecutarlo al instante. Por otro lado su único hijo comenzaba á distraerse con livianos amores, y á hacer tan poco caso de ella, que la infeliz queria retirarse á su patria para no verse en la dura necesidad de sufrir mayores desengaños de don Pedro, cuyo carácter irascible y tan espantosamente fuerte y obcecado, le causaba miedo mezclado de dolor. La reina reflexionó un poco mas acerca de la idea que se le habia ocurrido, idea que creyó inspiracion divina, y se resolvió á despedirse de su hijo aquel mismo dia ó al siguiente, y emprender al instante la marcha para la corte de su padre, el caduco rey de Portugal, donde no solo esperaba ser bien recibida, sino que padeceria menos su espíritu por las razones ya dichas.





### CAPITULO III.

*Háblase en este capítulo de otras varias cosas que sucedieron.*



**D**ESESPERADO y furioso volvió don Pedro á sus habitaciones por no haber podido dar alcance al valeroso conde de Ledesma, que en su concepto debió sumergirse en la tierra, ó llevar alas en los pies, para que él y sus soldados regresasen al alcázar no solo sin aprisionarlo, sino ni aun siquiera verlo. El monarca llegó jadeando, seguido de su confidente Haffiz, y despues de dejarse caer en su

poltrona tan cansado como lleno de rabia, dijo al amante de Zelima:

— Daría medio reino al que me entregase vivo á ese bribon que se titula conde de Ledesma, cuando ha sido siempre un aventurero audaz y deslenguado.

— Mucho ofreces á mi modo de ver por un hombre que nada vale.

— Que nada vale dices? Poco conoces al conde de Ledesma, porque de conocerlo no hubieras proferido semejantes palabras. — Ese bribon que se llama amigo de mi padre, goza de gran prestigio en Castilla, y tiene tanta influencia y poder, que peligraria indudablemente mi corona si no estuviese colocada en mi cabeza.

— Luego le temes?

— Yo temerle! qué has dicho?

— Como dices que dieras la mitad de tu reino por tener en tu poder al conde de Ledesma, creí que le temias.

— No, Haffiz, don Pedro I no teme á nadie en el mundo, lo oyes? á nadie absolutamente. Si deseo tener en mi poder al conde de Ledesma, no es por librarme de sus amaños é intrigas, encaminadas todas á despojarme de mi manto y corona real, no; yo hago tan poco caso de eso como el marinero de la pasagera y benigna tormenta; si deseo verlo en los calabozos de mis castillos, es por vengarme de los insultos que con inaudita audacia osó decirme.

— Y por qué no le impuso silencio la punta de tu afilado puñal?

— Porque una tupida cota de malla le libró de una muerte tan cierta como pronta. En seguida te llamé, como asimismo á mi guardia, y fuisteis tan torpes y bellacos que le dejásteis escapar. — Ganas me dan de recompensar los servicios de esos perillanes y cobardes con una docena de palos bien dados por el verdugo, para que otra vez sean mas valientes y arrojados. — Cuando pienso que un hombre solo ha podido mas que ocho bien armados, la vergüenza me ahoga!

— Pues tranquilízate, que el conde de Ledesma estará en tu poder dentro de muy poco.

— Me lo aseguras?

— A fé de quien soy.

— Por Santa Eulalia, mi patrona, que he de pagarte bien ese servicio... casi prefiero al conde de Ledesma que á Enrique de Trastamara.

— Puede mas?

— No solo puede mas, sino que me inspira mas odio que el bastardo, y eso que aborrezco de muerte al hijo mayor de mi padre.

— Bien está: tendrá V. A. al conde.

— Sí, Haffiz, tráemelo; y aunque siga Enrique fuera del alcance de mi brazo, verás á lo que queda reducida la amenaza de Ledesma y esa famosa conspiracion que preparan allende los Pirineos para arrancarme la corona que tan justamente ciñe mis sienes. — Tráeme al conde de Ledesma, y juro á Dios que su sangre será la primera que derrame el verdugo para escarmiento de esos necios aristócratas que todavía pretenden no conocerme.

Esto dijo don Pedro á su esclavo; pero en realidad estaba asustado con el feo carácter que iba tomando la sedicion, y mas asustado aun con las palabras que le dijo Felipe. A pesar de que don Pedro era valiente y animoso, á pesar de su carácter y de la confianza que tenia en sí mismo, temia por su porvenir, porque un vago presentimiento le anunciaba males sin cuento, males que no pensó en prever ni menos en evitar; muy al contrario, en vez de prepararse para cuando la tormenta rugiese, se entregó á todo género de excesos y maldades, consiguiendo con su desacertada conducta empeorar mas y mas su propia causa. Grandes deseos se le pasaron de aceptar las proposiciones de paz y amistad que Felipe de Ledesma le ofreciera tan generosamente al principio de su entrevista con él; pero don Pedro era tan orgulloso y de carácter tan inflexible que no las

aceptó, aunque conocia el grande error que cometia por no aparecer débil y complaciente precisamente con el hombre que mas aborrecia desde niño.

Pero bien pronto se olvidó de todo lo ocurrido, bien pronto sucesos tan importantes y de tan graves y funestas consecuencias, sucesos que no debia olvidar nunca, porque de ellos dependia nada menos que su trono y aun su existencia misma, fueron olvidados repentinamente, y el recuerdo de la bella Zelima vino á apoderarse completamente de su veleidosa é impresionable imaginacion. Don Pedro se entregó en cuerpo y alma á pensamientos tan agradables, á ideas tan halagüeñas, que de todo se olvidó, pensando al mismo tiempo en el modo de volverla á ver para decirle lo que le gustaba y la llama de amor que su sin par hermosura habia encendido en su corazón.

Haffiz le miraba de vez en cuando con esa mirada profunda y escudriñadora del que quiere leer en el semblante lo que pasa en el corazón, y aunque rara vez se equivocaba en sus observaciones, esta vez se engañó de medio á medio, porque creyó que su amo se ocupaba en política, cuando todo su pensamiento estaba dedicado á la hermosura de Zelima.

Rey y confidente fueron interrumpidos en sus pensamientos por la aparicion de una persona, que habia andado tan pausadamente, que solo fue sentida cuando se halló cerca de don Pedro. Esta persona era la reina doña Maria, que mas que persona humana parecia un espectro recién sacado de la fosa. El continuo padecer le habia encorvado su cuerpo, antes tan esbelto y noble, sus cabellos estaban llenos de canas, y su andar era tan pausado por efecto de la debilidad que se habia apoderado de todos sus miembros, que casi le costaba trabajo mantenerse de pies sin un apoyo que la sostuviese.

Trabajo le costó á don Pedro reconocer en aquella sombra á su madre; pero asi que se hubo convencido era

ella, salió á su encuentro con prontitud, y dándole una mano para conducirla á la gótica poltrona, le dijo con el mayor y mas marcado interes:

— Estais enferma, madre mia?

— Sí, Pedro, enferma, y con enfermedad de muy difícil curacion.

El rey la miró con sorpresa, y despues de colocarla en su sillón, donde la reina dió muestras de lo cansada que estaba, lanzando un prolongado suspiro, hizo señas al moro amante de Zelima para que los dejara solos.

Haffiz obedeció inmediatamente, no sin hacer antes una profunda y respetuosa reverencia.

Asi que se hubo marchado el hijo del Arraez de Málaga, se acercó don Pedro á su madre y le dijo con el mismo tono cariñoso:

— Con que padeceis tanto?

— Sí, hijo mio; tanto que ya no puedo mas.

— Nada he sabido: por qué no me habeis avisado?

— Porque no queria molestarte, cuando tan ocupado estás.

— Y no os engañais, señora; sucesos de la mas alta importancia me tienen ocupado noche y dia.—Pero decidme, cuál es vuestro mal? qué clase de enfermedad os aqueja, que en tan corto tiempo se han encanecido vuestros cabellos y se ha desfigurado vuestro rostro de un modo tan notable?

— Un mal incurable, hijo mio, como ya os he dicho al principio.

— Pero de qué padeceis?

— Del corazon, Pedro, y los males del alma tarde ó nunca se curan.

Don Pedro se encogió de hombros.

— Y qué motivos habeis tenido para enfermar del alma? dijo despues demostrando la mayor curiosidad.

— Motivos grandísimos, motivos que me hacen padecer tanto que casi ya me faltan las fuerzas.

— No os comprendo.

— Mas vale asi, hijo mio. — Quiera el cielo que no llegues al estado en que hoy vive tu madre! Los remordimientos matan y aniquilan insensiblemente como la mas penosa y mortal enfermedad. Ellos son la consuncion del alma y el barreno que mina nuestra existencia.

— Y de qué teneis vos remordimientos?

— No me lo preguntes, hijo mio, no me lo preguntes, si no quieres verme llorar y padecer. — No me lo preguntes, porque de contestarte tendria que aparecer culpable ante tus ojos.

— Me llenais de confusion, señora! vos culpable? y de qué, madre mia? Contestadme, si quereis sacar á vuestro hijo de la ansiedad en que está. — Vos culpable, cuando vuestra vida fue un tejido de males y desventuras, de desgracias y tormentos que llevásteis con santa resignacion?

— No; y hé ahí, hijo mio, por qué soy culpable hoy, y por qué sufro y padezco tanto. — Mi vida, como habeis dicho muy bien, fue un tejido de desgracias y tormentos, porque vuestro padre me habia despreciado y ultrajado, y en fin, por todo lo que sabeis; pero yo no sufría esto con santa resignacion, como habeis creído; muy al contrario, me habia propuesto vengarme de los que mas me ofendian, y si entonces callaba, era porque no podia conseguir mi objeto en vida de don Alonso. — Pero el cielo quiso para mi desgracia que el rey bajase al sepulcro antes que yo, y entonces fue cuando, orgullosa y mas vengativa que nunca, descargué mi mano implacable sobre los que creí me habian ofendido, y gozosa de mi triunfo y de mi venganza, no me acordé que la Providencia me confundiria tarde ó temprano con la suya fuerte y poderosa. — Este caso ha llegado, hijo mio; yo he perdido el reposo y la tranquilidad de mi alma, yo no duermo ni vivo, porque á cada paso y á toda hora veo fantasmas y visiones que me per-

siguen y amenazan. — Mis cabellos se han encanecido, y mi espíritu y mi cuerpo están tan abatidos, que me faltan las fuerzas hasta para sostenerme. — Oh! la espacion! la espacion de mis crímenes!

Don Pedro miró á su madre con fija atencion, y despues le dijo con tono risueño y bromista, sin duda para animarla:

— Os confieso con toda verdad que creía á V. A. con mas valor y espíritu. — Es posible que vos tengais miedo de visiones y fantasmas, cuando estas no existen, si acaso, mas que en vuestra mente?

— Cuando nuestra conciencia es acosada por los remordimientos, hijo mio, bien pronto el valor y el espíritu se doblegan abatidos y enervados. Oh! vos no sabeis lo que son los remordimientos; vos no sabeis lo que es tener una idea fija que mata y consume el cuerpo y el espíritu. — Sobre todo, la persona de mas valor tiembla y llora á la vista de un espectro ensangrentado que dice sin cesar con voz lúgubre y fatídica: — «Venganza, venganza!»

— Y vos creéis en esas apariciones?

— Creo, contestó la reina.

Don Pedro se sonrió, moviendo la cabeza á uno y otro lado en señal de incredulidad.

— Os reis! exclamó la reina horrorizada.

— Ya lo habeis visto, señora.

— Luego entonces negais el poder de Dios?

Don Pedro guardó silencio.

— Oh! no, hijo mio, no os riáis, que vuestra madre ha huido mas de una vez desalentada y temblando de la sombra de doña Leonor de Guzman, una de mis víctimas. — Si vos la hubiéseis visto como yo con sus vestidos ensangrentados, su rostro flaco y descarnado, y tendiendo hácia mí sus brazos, oh! de seguro no os reiriais de mis palabras!

— De todos modos me reiría, porque sé que todos esos

fantasmas no son mas que figuraciones de una mente demasiado exaltada.

— Tal lo creía yo tambien; pero si como yo hubiéseis tenido esta mañana mas de una hora al conde de Ledesma fijo y perenne delante, mirándoos del modo que lo hacia, no hubiéseis creido que era una figuracion de la mente, sino realidad y pura realidad.

— Ciertamente que no lo hubiera creido una figuracion de la mente, porque no habia motivos para ello.

— Que no habia motivos, decis? Escuchadme, Pedro, repuso la reina bajando cuanto pudo la voz, y mirando á todas partes como temiendo ser escuchada:— El conde de Ledesma es otra de mis víctimas: por disposicion mia, cuando la venganza era el móvil de mis acciones, un asesino pagado sepultó en el pecho del noble amigo de vuestro padre su afilado y agudo puñal. Yo le vi caer al suelo sin decir una palabra y anegado en su propia sangre!

— Por disposicion vuestra fue asesinado, y por arte del demonio curó de su herida ese malvado, cuya cabeza deseo ver ensartada en la lanza de uno de mis soldados ó en la mia propia. — No lo habiais de tener delante esta mañana, si no ha muerto desgraciadamente?

La reina miró á todos lados como dudando de lo que oía, diciendo al cabo decidida á no creer:

— Imposible! el conde de Ledesma murió en el acto de ser herido... yo misma lo vi. — Os han engañado.

— Vos sí que sois la engañada, señora, y en prueba de ello, sabed que el conde de Ledesma ha estado aqui hoy mismo hablando y tratando conmigo de ciertos negocios de escasa importancia.

— Luego es cierto?

— Cierto, señora, cierto, ya os lo he dicho.

La reina se llenó de alegría al saber semejante noticia. Sus facciones se animaron de pronto, una sonrisa de satisfaccion y contento vagó por sus labios, y alzando sus

manos al cielo, exclamó con voz sentida, aunque algo trémula por el placer de verse aliviada en algun tanto de sus remordimientos:

— Gracias, Dios mio! gracias una y mil veces... porque viviendo el conde, mis remordimientos se mitigarán y no tendré que llorar mas que una muerte... la de la querida de mi esposo, que harto me hizo sufrir...

— Os alegráis que viva el conde de Ledesma? dijo don Pedro apenas pudiendo contenerse.

— Oh! sí, me alegro que viva, porque su muerte pesaba sobre mí, y ya tengo ese delito menos de que acusarme.

— Pues yo siento, como os lo digo, que el asesino que pagásteis para que le asesinara no lo hubiese hecho efectivamente... Si me dais á mí el encargo, no me contento con darle una sola puñalada...

— Callad por Dios!

— Qué quereis; vos os alegráis de que viva, y yo siento que no haya muerto. — Pero, vive Dios, que no tardará mucho en pasar á mejor vida, abandonando gustoso ó no gustoso esta, llena de azares y sinsabores.

— Serás capaz de asesinarlo? dijo la reina horrorizada.

— Tan capaz como vos lo fuísteis.

— Pedro, ten piedad de tu madre!

— Señora...

— Deja vivir al conde de Ledesma...

— Nunca!

— Hazlo por mí.

— Imposible.

— Con que no hay remedio?

— Ninguno.

— Pues bien; en ese caso os abandonaré para siempre.

— Como gustéis, señora, contestó don Pedro con la mayor indiferencia.

— Mañana mismo salgo de vuestra corte con direccion á la

de mi padre, donde pienso acabar mis dias, lejos de un hijo ingrato é indiferente á los sufrimientos y pesares de su madre.

— Hacedis perfectamente, si creéis que allí habeis de ser mas feliz que en la corte de Castilla.

— Seré desde luego mas feliz, porque encontraré mas tranquilidad y reposo, y porque procuraré no saber los desaciertos y arbitrariedades que aqui me dicen cometeis. Si estimárais en algo mis consejos, os diria que variáseis de conducta.

— Desde luego aceptaria el que acaba de darme V. A., si no hubiese hecho el propósito firme é invariable de no recibir consejos de nadie, y de no variar ni un ápice la conducta que me he propuesto seguir.

— Es acaso esa de desaciertos y arbitrariedades?

— Justamente.

— Hacedis bien, hijo mio, repuso la reina poniéndose de pie y comprimiendo los sollozos que las palabras frias é indiferentes de su hijo habian producido.

— Os marchais? dijo don Pedro.

— Sí, hijo mio, me marchó, y me despido de tí para siempre.

— Señora... para siempre?

— Sí, mañana mismo salgo para Lisboa, y como pienso concluir allí mis dias, por eso me despido de tí hasta la eternidad. — A Dios, Pedro, á Dios, hijo mio, sé feliz, y ten presente á toda hora el ejemplo de tu madre. — Acuérdate que ningun crimen queda impune, y que la espiacion llega tarde ó temprano. — A Dios...

Y al echar la reina sus delgados brazos sobre el cuello de su hijo, prorumpió en un sentido y copiosísimo llanto á que don Pedro no fue insensible, pues gruesas lágrimas asomaron á sus ojos, impidiéndole el dolor proferir ni una sola palabra.

— A Dios!... volvió á decir la reina separándose de él, y saliendo á poco de la regia cámara.

Don Pedro la vió marchar con los ojos preñados de lágrima.

mas, y sin tener accion ni fuerza para dirigirle la palabra. Pero así que la reina hubo traspuesto el dintel de la puerta, se enjugó con la manga de la túnica las lágrimas que se habian detenido en sus ojos, y dijo como queriendo alejar de su mente todo pensamiento triste:

—Dejémonos de lloriqueos y suspiros, y vamos al jardin á ver si veó asomada á alguna ventana á la hermosa Zelima, y su lindo rostro me hace olvidar el sentimiento que la tierna despedida de mi madre me ha causado.

Esto diciendo, salió el monarca de su cámara dirigiéndose á los jardines del alcázar, adonde no tardó mucho en llegar.

Haffiz lo vió salir solo, y maquinalmente le siguió á cierta distancia.

El espacioso y magnifico jardin del alcázar presentaba en el dia de que hablamos el aspecto mas encantador y risueño. La primavera del año de gracia de 1356 estaba tan adelantada, que casi iba precipitándose en los ardientes brazos del estío. La floreciente y frondosa vegetacion de aquel suelo privilegiado estaba por consiguiente en todo su apogeo y lozanía; los árboles, cuajados de verdes y picadas hojas, entrelazaban sus ramas formando bóvedas tan compactas, que á duras penas podia el sol hacer penetrar por ellas sus vivos y obstinados rayos. El cielo era puro y tenia ese azulado color que solo se ve en los paises del Mediodia, donde la naturaleza se admira ella misma de verse tan hermosa y galana; las flores despedian deliciosos y aromáticos perfumes, y alguno que otro ruiseñor con sus trinos y gorgeos de consumado artista, cantaba en la mas apartada y oscura espesura los celos que tan triste le traen en esta poética estacion.

Don Pedro penetró en el jardin seguido de Haffiz, sin cuidarse ni pararse á admirar las bellezas que la naturaleza ostentaba, dirigiéndose al pabellon habitado por la amante del hijo del Arraez de Málaga. La mente del rey, ocupada solo por esta idea, sufrió un terrible desengaño cuando se encontró con las celosias corridas en las ventanas pertenecientes á

la bella Zelima. Y decimos que sufrió dicho desengaño, porque iba el rey tan seguro de encontrarla allí, que casi lo daba como cosa hecha.

Don Pedro se volvió bruscamente, y dijo con aire de mal humor y en voz baja:

— Maldicion! no está... qué haria yo para hacerla asomar á la ventana?... nada, no hay mas remedio que aguardar aqui á ver si el deseo de ver las flores ó respirar el aire libre la acerca á esa ventana, que talmente parece la de un convento. — Oh, Zelima, Zelima, cuánto te amo... no sé lo que daria porque me amaras tanto como yo te amo á ti ó tú amas á Haffiz.

El rey volvió á mirar á la ventana con detenida atencion, pero bien pronto quitó la vista convencido que nada habia al través de las celosías.

En tanto que don Pedro no quitaba ojo de la ventana perteneciente á la habitacion de Zelima, Haffiz el moro, furioso como un tigre, sacaba pausadamente del cinto su puñal para sepultarlo traicioneramente en el pecho del jóven monarca y acabar de una vez con el infame. El confidente de don Pedro estaba, aunque oculto, á poca distancia de este, y no solo veia las demostraciones de impaciencia que hacia el rey porque las celosías permanecian corridas, sino que oyó cuanto habia dicho al poco tiempo de llegar á aquel sitio. Ya no podia quedar duda al moro de que don Pedro amaba á Zelima, y de que estaba resuelto á emplear cuantos medios fuesen suficientes para lograr sus intentos. Haffiz tenia confianza en su amante; pero esto no era bastante á tranquilizarlo, porque sabia que don Pedro era muy capaz de recurrir á medios violentos, si, como era natural, encontraba resistencia en la jóven. El moro volvió á guardar el puñal en la vaina, decidido á no recurrir á él hasta tanto que no hubiese otro medio de librar á Zelima del peligro que la amenazaba tan de cerca, y de librarse él mismo de los sufrimientos y dolores que semejante suceso le ocasionaria. Haffiz observó atentamente á

su amo, y notó con sorpresa que sus facciones se animaban por momentos, espresando claramente la satisfaccion y alegría producidas por haber hallado el objeto que buscaba hacia rato con tanto afan. El moro sacó mas de lo regular la cabeza para ver si descubria el objeto que á don Pedro le animara tan de repente. Haffiz nada vió, contentándose con observar al rey y no perder de vista ni sus mas insignificantes movimientos.

Con efecto, cansado el rey de esperar inútilmente tendió la vista por el jardin, y creyó distinguir por entre el crecido boj la sombra de una muger jóven que paseaba sumamente despacio, sin saber que era observada. Don Pedro creyó que era Zelima aunque no le habia podido ver el rostro, y ahí tenemos esplicada la causa de su súbita animacion y alegría.

Al fin la persona que paseaba atravesó una calle bastante ancha, y entonces don Pedro no solo tuvo lugar de verla, sino que lanzando un grito que no fue dueño de contener, se lanzó en pos de la jóven, que no era otra que Zelima.

Haffiz tambien la conoció, y lanzando una imprecacion horrible, siguió al rey resuelto á asesinarlo si llegaba á tocar con sus impúdicas manos á la hermosa hija del último rey moro de Algeciras.

Zelima siguió su tranquilo paseo muy agena de cuanto pasaba tan cerca de ella, y esperando encontrar á su amante en el jardin, que, como ella, habria salido á disfrutar de tan hermoso y hechicero dia.

El rey la siguió largo rato sin saber qué hacer para llamarle la atencion, y prendado cada vez mas de su bello rostro y gentil y gallardo cuerpo. Al fin se decidió á llamarla por su nombre, resuelto á no dejar pasar tan bella y propicia ocasion, diciendo con voz un tanto trémula y entrecortada:

—Zelima... Zelima.

La jóven mora volvió con prontitud la cabeza, figurándose que habia sido llamada por su amante.

Don Pedro se acercó á ella con prontitud, diciéndole con afectada galantería:

— Adónde dirigís vuestros pasos, hermosa perla del suelo andaluz?

La jóven dió un paso atrás sorprendida, y miró al rey con estrañeza. Sus labios no se movieron, siguiendo su paseo sin hacer caso del desconocido, que caminaba á su lado ufano y contento como si la hermosa le hubiese dispensado el favor de que la acompañara.

Zelima tuvo miedo y apretó el paso. Si ella hubiese sabido que Haffiz la iba custodiando, le hubiese importado un ardite de que el audaz desconocido la siguiese con tanto empeño. Pero como la infeliz lo ignoraba, deseaba llegar cuanto antes al alcázar para verse libre de aquel importuno que en su vida habia visto.

— No me contestáis, hermosa Zelima? dijo el rey.

— Caballero, no os conozco, y por lo tanto os suplico que me dejéis sola. — Quiero pasear sin compañía.

— Con que rehusais la mia?

— Creo haberos dicho que quiero pasear sola.

— Oh! no, yo no puedo dejaros... imposible... necesito hablaros, y no es posible que desperdicie esta ocasion que tanto he ansiado, hermosa Zelima.

— Sin embargo...

— Oh! no, no, dijo el rey cayendo de rodillas; no seais tan cruel, escuchadme y tened compasion de mi... yo os amo, Zelima, si, os amo tanto, que sin vos no puede ser feliz el hombre que hoy rige los destinos de Castilla.

Si grande fue la sorpresa de Zelima al oir declaracion de amor tan inesperada y pronta, mayor fue aun cuando supo que la persona que tenia á sus pies era nada menos que el poderoso rey de Castilla don Pedro I. Apesar de todo guardó la mora silencio, dando manifiestas señales de querer salir de aquella situacion. Don Pedro tendió hácia ella los brazos, exclamando con enamorado acento:



D. Pedre I.—*Lám.* 9.<sup>a</sup>



— Ah! sí, os amo, Zelima, os amo con todas las veras de mi alma, y espero de vos que no rechazareis un amor tan puro como grande. Si viérais lo que he sufrido desde que os conocí por no veros en ninguna parte... yo he estado loco, frénético... buscándoos por todas partes... porque mi deseo era veros... oh! sí, veros y admiraros, veros para deciros que os amo mucho, con delirio, que sois mi encanto, mi continuo pensamiento y el único ser por quien daria la corona que adorna mis sienes, y hasta la vida... no rechaceis mi amor, porque entonces, estad segura de ello, me moriria de dolor, Zelima hermosa; sin él no podré vivir, y sin él nada quiero, nada absolutamente. Con que amadme, hermosa perla, encanto de mi corte, acoged mis súplicas con piedad, y dirigidme una de esas miradas divinas que embriagan y trastornan. Amadme, ó corresponded á mi vehemente pasion, y os juro que sereis la muger mas querida de mi corte, la primera dama de ella, el sol brillante que la ilumine, y cuyos rayos servirán para mantener siempre viva é invariable la llama ardiente, el volcan terrible que arde en mi corazon, y que encendió vuestra hermosura para no volverse á apagar jamas... volcan que continuamente arde y que se inflama y crece á vuestra vista. Zelima, repuso el rey con tono suplicante y lastimoso, Zelima bella, correspondereis á la pasion que por vos tiene el rey de Castilla?

— No, contestó la jóven secamente y deteniéndose á su pesar porque don Pedro la detenia á la fuerza.

Al oír el monarca semejante contestacion se puso lívido de cólera, y miró á la amante de Haffiz con tan feroz expresion, que la infeliz bajo los ojos trémula y asustada. don Pedro le dijo en seguida:

— Con que no aceptais mi amor?

— No, os he dicho, volvió á decir la mora con el mismo tono.

Pero esta vez don Pedro no se puso lívido ni manifestó su carácter como antes, sino que volviendo á caer de rodillas



á los pies de la jóven, le dijo con el tono mas patético:  
 —Zelima!... Zelima hermosa, accede á mis ruegos, si no  
 quieres ver morir á tus pies al hombre que te ofrece una co-  
 rona en cambio de tu amor... sí, di que me amas, y en el mo-  
 mento en que abandones tu religion, el lazo santo é indisolu-  
 ble del matrimonio nos unirá para siempre... y ese siempre  
 lo pasaremos entregados en un mar de dichas y placeres, de  
 ventura y felicidad... oh! no deseches mi amor, escúchame  
 un momento y ten piedad de mí.

La mora miró al rey como con lástima y le dijo:

—Alzad, señor, alzad, y no me confundais con vuestra es-  
 cesiva galantería; abandonad esa postura, porque tan alta y  
 elevada persona no debe humillarse tanto ante una esclava po-  
 bre y miserable que vive á merced de estraños.—Alzad, rey  
 de Castilla, si quereis darme gusto.

—Oh! sí, hermosa mia, yo haré cuanto sea de tu agrado;  
 pero cree, y está segura de ello, que el rey de Castilla se con-  
 ceptúa muy feliz y honrado á los pies de la bellissima Zelima,  
 no pobre y miserable esclava como has dicho con demasiada  
 humildad, sino la noble y distinguida hija de un rey desgra-  
 ciado. Y sobre todo, Zelima mia, yo siempre que te vea me  
 postraré á tus pies, porque no puede ser menos, porque en  
 tí no adoro yo solo á la muger hermosa que ha sabido inspi-  
 rarme una pasion grande, vehemente, sino á un ser divino y  
 encantador que es mi dios, mi angel tutelar...

—Qué decís, señor? oh! yo creo que delirais...

—No, no deliro, Zelima; cuanto te digo me lo dicta á mí  
 antes el corazon... Te amo tanto, que no sé qué haria por  
 convencerte y hacerte conocer la estension de mi pasion, el  
 amor tan grande que te tengo.

—Qué mas prueba que permanecer en esa postura? Yo os  
 suplico que la abandoneis, señor.

El rey se puso de pies en un momento.

—Ya estás servida, le dijo.

Don Pedro creyó percibir un rayo de esperanza. Zelima

era muger, y la promesa de una corona deslumbra mucho para no ser admitida. El amor que el lúbrico monarca le pintaba con tan vivos colores y con formas tan colosales, no era ni con mucho lo que don Pedro sentia por ella en aquellos instantes. Es verdad que el hijo de doña María era en extremo impresionable, pero tan inconstante y veleidoso, que la pasión mas grande y ardiente se convertia al momento en un tibio afecto, cuando no en olvido eterno, tan luego como conseguia su deseo. Cuántas infelices deslumbradas por sus magníficas promesas y descripciones, de constante é inefable felicidad fueron victimas de su desenfrenado y brutal apetito, viéndose abandonadas al instante y teniendo que sepultarse en el mas escondido y apartado lugar para llorar su deshonra y desventura! Pero respecto á Zelima se engañaba el monarca, si creía que el deslumbrador brillo de su diadema real le habia seducido á ella, que miraba con tedio y desprecio esas galas mundanales, porque para Zelima no habia mas encanto que su amante, importándole lo demas muy poco ó nada.

Creido don Pedro que ya estaba próxima á ser suya la amante de su favorito, y augurando bien de sus corteses palabras y decidido empeño de que no se arrodillase á sus pies, le dijo rebosando alegría por todas partes y dando señales del mayor contento:

— Con que aceptais el amor del rey de Castilla, hermosa hija de Algeciras?

— Siento tener que repetiros las mismas palabras que os dije antes.

— Con que eso es decirme otra vez que no?

— Precisamente.

— Y no me dais alguna esperanza? porque aunque esperar es cosa tan triste, yo esperaré, sino gustoso, resignado, pero en la inteligencia de que despues he de recibir el premio.

— Ninguna, rey de Castilla, ninguna absolutamente.

— Decidme siquiera por qué rehusais un amor tan grande como el mio, un amor que iba á ser vuestra felicidad.

- Tengo razones poderosas.
- Decídmelas.
- Perdonad, pero me he propuesto guardar el mayor secreto.
- Sin embargo, yo quiero saberlo.
- Y yo no puedo decíroslo: hacedme el favor de no ponerme en el caso de tener que desobedeceros.
- Zelima... oh! esto es insufrible! esto es mucho peor que todos los martirios del infierno!... amadme por Dios... mirad que sin vuestro cariño es imposible, imposible de todo punto que yo pueda vivir...
- Siento como cosa mia vuestro martirio y sufrimiento; pero qué quereis que haga? puedo yo acaso remediar eso?
- Sí, Zelima, puedes remediarlo amándome.
- Oh! y eso es imposible!
- Imposible! y por qué?
- Porque yo no puedo amaros.
- Ingrata!
- No me llameis ingrata, porque yo no os he consentido con palabras dulces, ni menos he pagado vuestros favores y cariño con una deslealtad.— Yo ni os amo, ni jamas os he consentido.
- Con que no me amas?
- Ya lo habeis oido, señor; á qué engañaros?
- Maldicion! los demonios van á cargar con mi ánima! exclamó don Pedro en un momento de desesperacion.— Pero no, Zelima, decid que todo ha sido en broma, que lo habeis dicho sin otro objeto que el de poner en tortura por un corto momento nada mas mi corazon... sí, di esto para tranquilizarme... es verdad que tú me amas tanto como yo á ti? di que sí, bella é interesante Zelima, di que sí, si no quieres verme morir loco y desesparado á tus plantas, di que sí... dame este pequeño consuelo... óigalo yo de tu boca divina, y verás cómo descanso y me tranquilizo... qué trabajo te cuesta pronunciar semejantes palabras? qué, que me digas que me amas

aun cuando no sea cierto? oh! yo quiero oirlo de tu boca... dilo, Zelima, y me haré la ilusion de que esas palabras tan encantadoras salen de tu corazon para tranquilizarme. —

— Jamas! mi labio no puede pronunciar lo que no siente el corazon! —

— Zelima!

— No quiero engañaros, rey de Castilla, y en verdad que debiais de agradecérmelo. No sería inicuo y feo que yo os consintiera, fomentando vuestra pasion, cuando nunca, lo oís? nunca habia de corresponder á ella? —

— Oh! me estais desgarrando el alma de un modo espantoso! tened compasion de mí y no seais tan cruel!

— Compasion tengo cuando hago por destruir esa pasion que ya mañana os mortificará menos. Cruel sería si os engañase con mentidas palabras. — Pero sabedlo, don Pedro, yo no os amo ni puedo amaros nunca.

— Con que nunca!

— Nunca, ya lo habeis oido.

— Oh! esto es horroroso... cuando yo tanto os amo... cuando... y el monarca se ocultó el rostro entre sus manos para ocultar á Zelima su dolor.

La jóven mora le miró con atencion, y tuvo lástima de él por un momento. Zelima le habia dicho la verdad con su natural franqueza. Ella no podia amar á otro hombre que á su querido é inolvidable Haffiz. Pero don Pedro tocaba todos los resortes imaginables para seducir á aquella belleza inconquistable. Ya no suplicaba y gemia porque la amase, sino porque le cargaba tanta obstinacion y constancia en decir que no, y se habia propuesto que á toda costa fuese suya la amante de su favorito.

Don Pedro levantó la cabeza al cabo de un largo rato. Sus megillas estaban encendidas y llorosos sus ojos. Zelima al verlo en aquel estado, que le enternecia mucho mas porque conocia el carácter y temple del rey, le dijo con su natural bondad y dulzura:

— Tranquilizaos, señor... oh! cuánto siento que sufráis tanto!

— Solo vuestro amor me puede tranquilizar, Zelima.

— Mi amor... ya sabéis que no puede ser.

— Oh! pues debierais de amarme...

— Debiera! no alcanzo á comprender...

— Sabiendo y conociendo mi amor, estais en el deber de corresponderme.

— Engañado estais, rey de Castilla. Si yo os hubiese inspirado ese amor con sutiles palabras, con promesas y engaños, ó en una palabra, si yo os hubiera consentido, casi estoy por concederos la razon; pero qué culpa tengo yo de que me viéseis y me amáseis? por eso he de estar obligada á corresponderos? Si yo, por ejemplo, estuviese enamorada de vos y vos no me amáseis, os podria obligar á ello? no, y lo que haria sería llorar y sufrir noche y dia y maldecir constantemente mi mala suerte ó estrella que á tal punto me habia llevado.

— Pues bien; ya que estoy condenado á vivir en desgracia tanta, sepa al menos la causa, el origen que ha producido vuestra negacion.

— Os dije no hace mucho que era un secreto.

— Y pensais ocultarlo?

— Sí.

— Oh! ni aun esta gracia, ni aun este pequeño consuelo quereis concederme?

— Señor...

— Zelima, os suplico que me digais los motivos que os prohiben aceptar no solo mi amor, sino la corona de Castilla.

— Motivos graves y poderosos son, que puesto que os empeñais en saber, os los diré uno por uno. — En primer lugar yo no puedo amaros, porque mi corazon hace tiempo que pertenece á otro hombre á quien amo con todas las veras de mi alma, á quien amo tanto, que de serle infiel padeceria yo misma horriblemente; un hombre que será mi esposo, y que ha

sabido hacerse dueño de mi corazón en tales términos, que siempre, constantemente será suyo.

— Y ese hombre?

— Es Haffiz, ayer vuestro esclavo, y hoy vuestro más querido favorito: no es cierto, rey de Castilla?

Don Pedro movió la cabeza á uno y otro lado en señal de asentimiento, si bien de cierto modo siniestro que la jóven no percibió.

— Seguid, le dijo el rey sin quitar ojo de su bello semblante.

— El segundo motivo es, que no os amo porque no me inspirais amor, y por qué no decirlo? ni aun simpatías, cosa que no estrañareis porque son casos enteramente independientes de la voluntad de uno. Y aun en el caso de que os amara porque me inspiráseis cariño, yo no podría querer á un hombre que está en el deber de ser constante y fiel con su pública y conocida querida María de Padilla, siendo esta la muger que mas os quiere y que mas pruebas ha dado á V. A. del cariño y generoso desinterés.

El rey se inmutó al escuchar á Zelima. La mora no solo le recordaba su obligacion, sino que le echaba en cara su inconstancia y poca fidelidad.

— Esta tercera razon, unida á las anteriores, hace imposible de todo punto que yo os ame.

— Imposible, sí, dijo el rey resuelto á arrostrar el todo por el todo; hace imposible que me améis, pero no hace imposible que yo os ame.

— Y qué adelantareis con eso?

— Basta ya, Zelima; os he pintado mi amor hácia vos tal como lo sentia; os he ofrecido una corona en cambio de él y mi mano de esposo, codiciada por las mas principales princesas de la cristiandad, y no solo habeis rehusado mi amor, sino que me habeis dicho que ni aun simpatías podreis tenerme; pues bien, esta es una cuestion que se tiene que resolver en muy pocas palabras para trazar yo en vista de vuestra

contestacion mi linea de conducta; pero advirtiéndoo de paso que el rey don Pedro I de Castilla cuando se propone una cosa no la abandona hasta conseguirla.

Zelima miró al rey asustada y pálida como un cadáver.

— Qué quereis decirme con eso? le dijo.

— Que me gustais demasiado para que yo desista de vuestra conquista.

— Pues tened entendido que Zelima no será mas que de Haffiz.

— Os engañais, infeliz; Zelima será del rey de Castilla el dia que este quiera.

— Primero me parto el corazon!

— No lo hareis... contestó el rey con infernal sonrisa.

La mora temblaba de pies á cabeza á la vista del feo giro que iba tomando la cuestion. La infeliz temia por ella en aquel momento, porque qué podria hacer si don Pedro se empeñaba en arrancarla de alli y en sepultarla en alguna habitacion donde tarde ó temprano habia de ser victima de sus repugnantes y lúbricos deseos? Cómo oponerse, sin apoyo, sin defensor que la protegiese? La infeliz no sabia qué hacer para librarse de don Pedro; al fin le dijo, procurando dar á su rostro la tranquilidad posible:

— Hacedme el obsequio, rey de Castilla, de dejarme paso; necesito descansar.

— Nunca, repuso el rey; ó me dais una esperanza, ó me veré en la precision de conducir yo mismo al alcázar; pero no á vuestras habitaciones, sino á las mias.

— Y con qué objeto? dijo mas asustada que nunca Zelima.

— Con el objeto de teneros cerca, y...

— Seriais tan villano, rey de Castilla?

— Villano decís? vamos, veo que delirais; y por eso os perdono.

— Si, villano y mas que villano, porque un caballero no es capaz de cometer atentado tan inicuo y vergonzoso.

— Pues yo sin ser un villano, sino caballero, y el primer

caballero de Castilla, lo cometeré si encuentro en vos resistencia, sin que crea que mi caballerosidad se resienta.

— No puedo creerlo.

— Pues engañada estais si creis lo contrario de lo que os he dicho.

— No puedo creerlo, porque os deshonraríais con accion tan fea.

— Acabemos de una vez, Zelima; yo os amo y necesito que seais mia al momento; quereis serlo de buen grado?

— Oh! me causais un horror tan grande, que en vez de inspirarme odio y repugnancia os tengo lástima, rey de Castilla! repuso la jóven fuerte y valerosa y con aire de desprecio y gravedad.

Don Pedro se sonrió malignamente, aunque algo lleno de despecho, diciendo con tono socarron:

— Vos sí que me causais compasion, pobre paloma próxima á caer en poder del gavilan! vos sí que sois digna de lástima!...

— Primero me haria pedazos yo misma...

— No, no lo hareis, Zelima... contestó don Pedro con su burlona sonrisa.

— Que no lo haré decís? oh! poco me conoceis, don Pedro... y sobre todo, quién me lo impedirá?

— Yo.

— Muy difícil lo veo.

— Yo os lo impediré conduciéndoos ahora mismo al alcázar y encerrándoos en parte segura hasta tanto que seais mia.

— Oh! no, tened piedad de mí; yo no puedo amaros, imposible; mi corazon hace tiempo pertenece á otro hombre. Sed generoso con una pobre muger que en nada os ha ofendido, y que os bendecirá constantemente si la dejais libre y tranquila como vivia antes de conoceros.

— Nunca! os diré yo ahora; y asi como vos sois inflexible en aceptar mi amor, asi yo lo seré en no hacer caso de vuestras lágrimas y súplicas. — Nada, Zelima, ó mia ó de nadie...

aceptad mis proposiciones y vereis cuán felices seremos... trocad mi amor por el de Haffiz y vereis cómo ganais en el cambio.

— Cada vez me causais más horror! oh! sois un monstruo, rey de Castilla!

— Basta ya, dijo don Pedro; si no quereis ser mia de buen grado, lo sereis á la fuerza. Me he propuesto poseeros, y sería un caso asaz estraño que Pedro I desistiese de su propósito, cuando cuantos placeres y proyectos concibe los pone por obra en seguida. — Os juro á fé de quien soy, que sereis mia muy pronto, Zelima.

— Pues yo os juro tambien que no lo seré!

— Vos!... y quién sois vos para jurar cosa tan arriesgada?

— Una muger llena de confianza en Dios, en si misma... una muger que preferirá la muerte á la deshonra, y que tiene un amante que sabrá defenderla y vengarla.

— Por Dios que me causais risa con vuestras amenazas!... con que teneis un amante que os defenderá de mis asechanzas? infeliz! y no sabeis, pobre inocente, que ese hombre de quien tanto esperáis es un perro descreido, un miserable esclavo, cuya vida me pertenece?... Buscad otro defensor, porque el que teneis no solo vale bien poco, sino que tal vez mañana... hoy mismo quizás, lo veais colgado de la rama de un arbol ó del gancho de una picota...

— Cielos!... dijo la pobre niña trémula y asustada.

— Qué es eso?... os veo asustada, y en verdad que no acierto á comprender.

— Perdon!... exclamó Zelima cayendo de rodillas á los pies del rey, y derramando un torrente de abundantes y sentidas lágrimas.

— Perdon... y para quién?

— Para Haffiz, señor, que es inocente y que os ama tanto como á un hermano... perdon para él, aunque yo muera... perdonadle, señor, hacedlo por lo que mas estimeis en este mundo... por Maria de Padilla, por vuestra madre!... oh! si

yo viese á mi Haffiz en la situacion que habeis dicho... me volveria loca... me moriria de dolor!— Señor, sed noble y generoso, tened compasion de mí y del pobre hijo del Arraez de Málaga, el mas fiel servidor que tiene V. A.!

Don Pedro no pudo menos que enternecerse al oír las palabras de la bella mora, y al verla tan hermosa á sus plantas suplicar y pedir por su amante cuando ella estaba amenazada tambien.

—Zelima! le dijo el rey levantándola con afectuoso ademán, oh! cuánto siento lo que sufrís... levantaos, hermosa mia, levantaos y enjugad esas lágrimas.

—Pero perdonais á Haffiz?

El monarca reflexionó un momento. Una idea diabólica se le ocurrió entonces.

—Perdonais á Haffiz? volvió á preguntar Zelima con esa impaciencia propia del que aguarda una contestacion que ha de dar la vida ó la muerte.

—Sí, Zelima hermosa, le perdono...

—Será cierto? oh! gracias, gracias, magnánimo rey! gracias una y mil veces por tan grande favor... me dais la vida, me volveis la felicidad.

—Con que tanto amais á Haffiz?

—Tanto, señor, que casi raya mi amor en frenesí...

—Feliz él! dichoso y afortunado, que tal suerte tiene! dijo el rey como envidiando la suerte de su esclavo.

Y acordándose de su idea y del gran partido que de ella podia sacar en semejante circunstancia, cerró las puertas de su corazon á todo sentimiento noble y generoso, y repuso con la mayor sangre fria y midiendo palabra por palabra á fin de que todas fuesen oidas por la jóven:

—Si perdono á vuestro amante, es con ciertas condiciones.

Zelima hizo un gesto de desagrado y repuso en seguida con cierto temor no infundado:

—Ah! con ciertas condiciones... y cuáles son ellas?

— No las adivináis?

— No á fé.

— Pronto habeis olvidado que yo os amo tanto tambien, que sin vos ni seré feliz, ni podré vivir tranquilo y sosegado.

— Y bien?...

— Que perdono á Haffiz en cambio de vuestro amor.

Zelima estuvo á punto de caer desmayada. Cuando mas creida estaba de que el rey no volveria á hablarle de sus repugnantes proposiciones, escuchaba unas palabras que causaban en su corazon un efecto tan espantoso como desgarrador. Cómo hacer para salvar á su amante y salvarse ella? hé ahí la idea que atormentaba á Zelima, el puñal que insensiblemente se iba clavando en su tierno y puro corazon, que hasta aquel dia desconocia completamente la desgracia y el padecimiento moral. Cómo por salvar á su amante se entregaba ella á don Pedro, y cómo, si no lo hacia, dejaba morir al objeto querido de su alma? Situacion dificil y terrible era esta para una jóven tan buena y tan pura como Zelima.

— Qué contestais? le dijo don Pedro deseoso de saber el resultado de su proposicion.

— Que no puedo ser vuestra.

— Está bien, morirá Haffiz.

— Don Pedro!...

— Amadme y lo salvais.

— Nunca!

— Pues bien; no habrá piedad para él.

— Oh! no, no lo mandeis matar! eso sería cruel, horroroso... tened compasion de mí, de él, que al fin es vuestro amigo, vuestro mas fiel servidor... perdonadle, señor...

— Siempre que consintais en ser mia, desde luego.

— Oh! no es posible!

— Pues morirá Haffiz.

— Perdon!

— No hay perdon.

— Os lo suplico en nombre de Dios...

— No hay perdon. — O vuestro amor ó su muerte.

— Pues bien; su muerte: Haffiz preferirá morir á verme deshonrada y á verse deshonrado... Yo moriré despues, y nos amaremos en el cielo libres de malvados como vos! — Matadlo, rey de Castilla, matadlo cuando gusteis, que él y yo sufriremos con resignacion tamaño dolor, pena tan grande é intensa como la de separarnos por un momento, porque yo le seguiré al instante, y nuestras almas volarán juntas y abrazadas á la mansion del justo! — Matadlo, don Pedro, que prefiero verlo muerto á ser vuestra; matadlo cuando querais, pero temed las consecuencias de vuestro crimen. Y sino aprended con el ejemplo de vuestra madre. Ved lo que era ayer y lo que es hoy! Sed perverso y cruel, que tarde ó temprano sereis víctima de los remordimientos, porque la conciencia es un juez implacable y rígido que ni olvida ni perdona.

— Con que preferís su muerte?

— Sí, contestó Zelima con estraordinario valor.

— Pues bien; morirá, y despues sereis mia.

— Despues de su muerte seré de Dios, porque habré dejado de existir.

— Os engañais. Sin armas, y rodeada de gente de toda mi confianza, no podreis atentar contra vuestra vida á ninguna hora del dia ni de la noche. — Os he dicho que he formado decidido empeño en poseeros, y vive Dios que poco he de poder si no lo consigo.

— Es necesario poner término á esta enojosa y repugnante conversacion, don Pedro; dejadme continuar mi peseo, si no quereis que alborote el alcázar pidiendo socorro, y si no quereis que publique vuestra infamia y villanía á voz en grito.

— Muy brava estais, pobrecilla!

— Paso, señor.

— No hay paso.

— Que grito.

— Gritad enhorabuena.

— Mirad que despues que haya acudido gente voy á publicar vuestra infame accion y villano proceder.

— Hacedlo, sí; en ello me hareis un gran servicio, porque quiero que mi pueblo me llame cruel.

— Oh! sois un monstruo!

— Pero un monstruo demasiado bello, no es verdad? dijo el rey con su infernal y burlona sonrisa.

— Un monstruo tan horrible, que merecíais los mayores castigos.

— Estáis en extremo ofuscada y no estraño que habéis asi.

— Hacedme el obsequio de dejarme pasar, don Pedro, repuso Zelima al mismo tiempo que procuró escaparse por uno de los lados que el rey dejaba en descubierto.

Pero el monarca se le puso delante, diciéndole con su calma habitual y eterna sonrisa sarcástica:

— No hay paso, bellissima mora.

— No? pues yo me lo abriré con vuestro puñal... y al decir Zelima dichas palabras, arrancó del tachonado cinto del rey la daga que llevaba.

Don Pedro permaneció inmóvil en su sitio.

Zelima entonces levantó la flexible daga á la altura del pecho del monarca, diciéndole con altanería:

— Paso...

— Os he dicho que no.

— Paso, rey de Castilla, volvió á decir la jóven, pero esta vez haciendo bajar el puñal hasta el pecho del rey.

Don Pedro se hizo á un lado para evitar el golpe, y Zelima se deslizó entonces ligera como una corza por el hueco que el monarca habia dejado. La amante de Haffiz corria por el jardin con direccion al alcázar con una ligereza extraordinaria; pero repuesto algun tanto el rey de su sorpresa é indignado de verse burlado por una muger, al parecer sin recursos de imaginacion, y que en seguida pregonaria cuanto con él le habia sucedido, partió detras de ella mas ligero

y veloz que la desgraciada Zelima, que huía contentísima de verse libre de tan infame enemigo. Don Pedro casi tocaba ya los vestidos de la jóven, cuando esta, que no lo habia sentido, volvió la cabeza y dió un grito de espanto al ver á su perseguidor. La infeliz no pudo mas y cayó de rodillas esclamando con dolorido y suplicante acento:

— Perdon! perdon!

El rey se puso delante de ella, y le dijo con tono sarcástico y risueño:

— Perdon!... muy generoso es necesario ser para perdonar á la que ha tratado de asesinarme... y recordad que vos lo habeis intentado con ese puñal que aun conservais en una de vuestras manos.

— Y que conservaré mientras esteis mortificándome con vuestras repugnantes palabras... puñal que conservaré por si necesito defenderme de vuestros atentados... arma que el cielo ha puesto en mis manos para librarme de la deshonra!

— Infeliz! me inspirais tanta lástima, que ya me haceis reir con vuestras bravatas... ese puñal volverá á mi poder ahora mismo.

— Primero me dejo arrancar el corazon!

— Dadme el puñal, Zelima.

— No.

— Os lo mando.

— Poco me importa vuestro mandato.

— Os lo quitaré á la fuerza.

— Intentadlo si quereis, rey de Castilla, intentadlo y veremos si podeis, contestó la jóven con extraordinaria valentía.

— Sois bastante débil para trabar lucha conmigo. Con que dadme el puñal, si no quereis que os lo quite á la fuerza.

— No, no os lo doy, don Pedro.

El rey, indignado y casi fuera de sí al ver tanta tenacidad, se acercó á la jóven, y cogiéndola por un brazo con todas sus fuerzas, le dijo furioso y embravecido como el tigre:

— Soltad el puñal, infeliz!

— Piedad!... me haceis un daño horroroso... Oh! sois un monstruo tan repugnante como abominable!

— Dadme el puñal...

— No...

Don Pedro se sonrió malignamente y apretó con tanta fuerza el delicado brazo de la jóven, que la infeliz dió un grito espantoso de dolor seguido de las palabras:

— Socorro! socorro!...

Al oír Haffiz este grito de su amante salió precipitadamente por entre el follage, con el rostro desencajado y lívido de corage, y se presentó al rey diciéndole casi con ferocidad:

— Veremos, infame rey de Castilla, si la lucha es desigual entre los dos!

Don Pedro retrocedió espantado y sorprendido á la vista del moro, y Zelima cayó desmayada despues que lo hubo reconocido.

Los dos rivales, rey y esclavo, se miraron un momento con detencion. Ni Haffiz pudo hablar, ni don Pedro tampoco. Al primero se lo impedia un sentimiento de ira y de respeto, de desprecio y lástima: al segundo la confusion y la vergüenza.

El rey echó una mirada de venganza á los dos amantes, y desapareció dejándolos solos. Entonces Haffiz cogió en brazos al objeto querido de su alma, y partió tambien con direccion al pabellon que esta ocupaba, no sin estrecharla veinte veces contra su corazon.

Zelima volvió al cabo de corto rato de su desmayo, gracias á los esfuerzos de su amante. Al verse la jóven en su habitacion y cerca de él, le echó los brazos al cuello derramando un torrente de lágrimas, que bien pronto se mezclaron con las de Haffiz.





## CAPITULO IV.

*De como don Pedro se propuso llevar adelante su intento.*



**L**os sucesos que hemos referido en el anterior capítulo, solo sirvieron para que el malvado don Pedro se encendiese mas y mas de amor por la bella y valerosa Zeli-ma. No era el amor que don Pedro la tenia uno de esos amores puros y castos que suelen existir; nada de eso, don Pedro no conocia semejante clase de amores; los suyos por lo regular eran desenfrenados, de deseos lúbricos y de apetito tan brutal, que semejábase á una fiera cuando se hallaba en dicha situacion.

Al separarse el dia antes de su victima, cuando tan repentinamente se presentó Haffiz, comenzó á combinar un plan tras otro, y todos encaminados á llevar á cabo su propósito, porque don Pedro, como habia dicho muy bien á Zelima, era hombre que jamas desistia de su propósito si era cosa que deseaba llevar á cabo. Y como su amor á la mora habia sido acompañado de tantas circunstancias, de tantos contratiempos, y como él no estaba acostumbrado á verse contrariado, formó por lo mismo formal y decidido empeño en poseer y vencer á hermosura tan poco asequible. Por otra parte don Pedro era sumamente vengativo; jamas perdonó una injuria, y deseaba vengarse de Zelima que tantas le habia dicho, con justa razon hasta cierto punto. Y como la venganza que mas deseaba don Pedro, y con la que quedaba mas satisfecho, era con la completa posesion de la bella é interesante Zelima, se decidió á robarla y sepultarla en una de sus habitaciones, donde no tendria la infeliz mas remedio que sucumbir tarde ó temprano.

Semejante idea trajo ocupado al rey toda la noche y el dia que medió desde que fue concebida la idea hasta que se puso por obra. Pero para llevarla á cabo no podia hacerlo solo, porque tenia que ser de noche y arrancarla á la fuerza si oponia, como era natural, resistencia. Ademas, si él tomaba parte en la nocturna espedicion, y por casualidad fracasaba y llegaba á descubrirse, se comprometia muy mucho. Por consiguiente, don Pedro necesitaba valerse de gente muy sagaz y entendida que le trajesen á la mora sin comprometerse y con el mayor sigilo, porque María de Padilla vivia con la jóven y podia enterarse de todo.

A falta de Haffiz, único que hubiera servido para semejante lance, llamó el rey á uno de sus escuderos llamado Rui-Pero, hombre sumamente adulator, interesado, vano y charlatan hasta el extremo.

Rui-Pero penetró en la estancia con paso mesurado y aire respetuoso. Al divisar al monarca hincó una rodilla en tierra, y despues de besarle con singular respeto la mano que es-

te le presentó, le dijo, no sin hacer antes una profunda reverencia:

— Qué tiene que mandar V. A. á este su mas fiel criado y servidor?

— Confiaros una mision de la mas alta importancia: os comprometéis á salir airoso de ella?

— Pienso que sí, señor.

— Y teneis gente de confianza que os ayude y que sean sordos, ciegos y mudos?

— Cásputa! circunstancias son esas muy dificiles de encontrar en muchos hombres... sordos, mudos y ciegos...

— No me habeis comprendido, y por Dios que siento seais tan torpe!

— Señor...

— No quiero hombres que tengan esos defectos físicos, porque de nada me servirian ni á vos tampoco; lo que he querido decir es, que sean ciegos porque no han de ver, sordos porque no han de oír, y mudos porque no han de hablar; en una palabra, hombres prudentes y callados que han de olvidar al instante cuanto hayan visto ú oído. Me comprendéis ahora, Rui-Peró?

— Perfectísimamente, ilustre señor.

— Les advertireis que si por casualidad revelasen algo de lo que viesen, los entrego al verdugo para que se entretenga un rato con sus cabezas. Si por el contrario, cumplen bien con su cometido, tendrán una magnífica recompensa, como vos asimismo un ascenso en la gloriosa carrera de la caballería. Qué decís? puedo contar con la fidelidad de vuestra gente, ó me venderán como Judas á Cristo?

— Con mi cabeza respondo á V. A. de ellos.

— Hola, esa es una garantía que no me desagrada!— Con que decís que serán fieles y...

— A toda prueba.

— Y arrojados?

— Como buenos castellanos.

— Y sobre todo callados y prudentes, verdad?

— Lo mismo que estátuas.

— Bien, Rui-Peró: ahora escuchad las instrucciones que necesariamente necesitáis saber.

— Una sola pregunta, señor...

— Hablad.

— Habrá necesidad de sacar las espadas en esa aventura?

— No lo sé; pero qué, teneis miedo?

— Dios me libre de semejante cosa! lo decia para ir bien armados y pertrechados, y llevar las mejores espadas que han salido de la fábrica.

— Nunca estará de mas, Rui-Peró, porque acaso, acaso tengais que habérosla con cierto moro valiente y denodado que peleará aunque sea contra veinte. Si tropezais con él, os aconsejo y mando que le enterreis en el pecho esa magnífica espada de que me habeis hablado.

— Está bien.

— Prestad atencion, que voy á daros instrucciones.

Rui-Peró escuchó al monarca con toda la atencion posible. Este comenzó á hablar de esta suerte:

— Para esta noche tendreis dispuesta vuestra gente, cuyo número no debe pasar de cuatro y vos cinco; le encargareis el mayor sigilo y prudencia tan necesaria en estos casos, y así que la noche esté en la mitad de su carrera, os dirigireis á las galerías bajas de este alcázar y á la habitacion misma que por tanto tiempo ocupó doña Leonor de Guzman, antigua favorita de mi padre...

— Que en paz descansen uno y otro! no pudo menos de decir el charlatan escudero con aire triste y compungido.

— Silencio! dijo el rey incomodado de verse interrumpido.

Rui-Peró se quedó inmóvil como una estátua. Don Pedro continuó dando sus instrucciones de este modo:

— Una vez en dicho departamento, es decir, así que hayais podido abrir la puerta y penetrar con vuestra gente en